

CRISTINA PRADA

LAS NOCHES EN
LAS QUE EL CIELO
ERA DE COLOR
NARANJA



Índice

Portada

Dedicatoria

Nota de la autora

Agradecimientos

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Epílogo

Notas

Créditos

Encuentra aquí tu próxima lectura

Gracias por ad

Visita **Planetadel**

u1

nueva forma de dis

¡Regístrate y a

exclus

Primer

Fragmentos de p

Clubs de lect

Concursos, sor

Participa en pre

Plan

Comparte tu opini

y en nuestras r



Explora

Des

*Al hombre de mi vida.
Cada palabra que escriba siempre será
de los dos.
Te quiero muchísimo.*

Nota de la autora

La historia de Reese y Sophie y todas las situaciones que aparecen en ella están inspiradas en la ciudad de Pristina y otros lugares de Kosovo, y los conflictos en la antigua Yugoslavia que tuvieron lugar entre 1991 y 1999. Hemos querido ser tan fieles a la realidad como hemos podido, pero nuestra intención es contar las emociones que se vivieron y se viven allí y, sobre todo, una historia acerca de la amistad, la felicidad y, como siempre, el amor más incondicional.

Agradecimientos

Este libro es un sueño hecho realidad. Desde que me autopubliqué hace ya dos años he vivido muchísimas cosas maravillosas y todas os las debo a vosotros.

A mi marido Giuseppe y a mi hijo Pasquale. Os quiero muchísimo. Sois toda mi felicidad y nunca tendré palabras suficientes para agradeceros todo lo que me apoyáis. A ti, que aguantas los «sólo una línea más» o «este párrafo y termino» y que siempre tienes una sonrisa y un abrazo que darme, que me haces reír cada día, que me haces feliz cada día, que te quiero más y más cada día. Y a mi pequeño,

que promete portarse bien para dejar trabajar a mami y que se arma de paciencia y siempre acepta cuando le digo que hoy no podemos ir al parque, pero que mañana vamos a estar el doble en los columpios. SOIS MI VIDA.

A mi familia, a la que tiene DNI español y a la que usa Carta de Identidad italiana. Ya sea aquí, en Nápoles o en cualquier parte del mundo, os quiero muchísimo, aunque a veces discutamos. Además, llevarse bien absolutamente todo el tiempo tiene que ser muy aburrido.

A Carmen. Eres una persona increíble y te mereces que te pasen cosas no buenas sino espectaculares. Me

apoyas, me escuchas, me ayudas y siempre sabes coger al unicornio desbocado por el cuerno, mirarme a los ojos y decirme: bájate de la nube y haz las cosas bien. Además, eres la mejor organizadora del tiempo que he conocido y la creadora de expresiones geniales como «dejar mangada» o «hacer una alvarada». Te quiero mucho querida.

A Tiaré. ¿Qué haría sin ti? Solo espero poder devolverte alguna vez todo lo que haces por mí: el apoyo, la paciencia y los consejos que me das. Eres una persona generosa y buena y cualquiera que te conozca más de dos segundos sabe que es una suerte tenerte

como amiga. Me encanta trabajar contigo y espero poder seguir haciéndolo muchos años. ¡Arriba Empotradoras Films!

A Silvia, Montse, Aroa y Tiaré (otra vez). Desde que montamos el chat del Messenger nos hemos reído, hemos llorado y nos hemos contado todo lo que nos pasaba. Ahora resulta que si no os digo buenos días por las mañanas y buenas noches cuando ya estoy en la camita, parece que me falta algo. Sois increíbles y lo único que nos falta es que nos toque a alguna el sueldo Nescafé para toda la vida y nos costee a las

demás una quedada una vez al mes para beber Martinis Royale y reírnos en directo. Os quiero muchísimo.

A mis chicas del Face. A Patri, Campanilla, Jessica, Nacary (y su guapísimo Lionell), Irene, Súper Emma (¡Vivan el Capitán América y Marty McFly!), Pam, Beatrice, Adeila, Beatriz, Abby, Danny, Iris, Ana, Sam, Rebekah, Macarena, Olimar, Cecilia (gracias por todo lo que haces por nosotros), Rocío, Elena, Saray, Loli (tienes un arte que no se puede aguantar), Ana Belén, Noe, Esther, Mitera, Noelia, Rita, Laura, Reyes... y todas las chicas del grupo *Aquí Manda Ryan Riley* y las que llevan los perfiles de Ryan y Maddie en Twitter

(son geniales)... Nada de lo que me ha pasado sería lo mismo sin vosotras, chicas.

A la Editorial Planeta y a sus sellos Esencia y Zafiro. A todas las personas que trabajan allí. Un libro es el resultado final del esfuerzo de mucha gente, no solo del escritor. Muchas, muchas gracias a todos. También quiero aprovechar para dar las gracias y mandar un saludo a todas mis compis, de mi editorial o no, con las que me encanta charlar y pasar el rato. Son unas profesionales increíbles y unas compañeras todavía mejores: Patri, Chloé, Chari, Lola, Scarlett, Sam (otra vez), Elena, Irene, Ana, Connie, María

(Alissa), Alejandra, Mita... y sé que me estoy olvidando de alguien, así que como dirían en Nápoles: ¡un beso circular para todas!

Y para terminar: la guinda del pastel. La persona sin la cual nada de esto sería posible. A mi editora: Esther. Este viaje me ha llenado de felicidad y, en gran parte, te lo debo a ti. A veces una se asusta un poco, por el motivo que sea, y saber que tengo a una gran profesional y, sobre todo, a una gran persona como tú vigilando para que todo salga bien y cuidando de mí, hace que esos momentos pasen volando. Me ayudas en todo, me escuchas y tienes una paciencia infinita. Respetas el trabajo

del autor como pocas y nos defiendes con uñas y dientes. ¡No te cambiaría por nadie, jefa! Muchas gracias por todo lo que haces por mí.

MUCHAS GRACIAS A TODOS.
ESPERO QUE DISFRUTÉIS MUCHO
DE REESE Y SOPHIE.

—EN-226-TH —murmuro para mí mientras paso el índice por la hilera de ejemplares perfectamente ordenados en la estantería—, EN-226-TH...

La balda se termina y no encuentro el libro. Frunzo el ceño y miro a mi alrededor. Debo de haberme equivocado. Giro sobre mis pies y regreso al pasillo principal. Examino el letrero con flecha incluida. Efectivamente, no sólo me he equivocado de estantería, sino también de sección.

Silver, eres un absoluto desastre,
me digo.

Avanzo unos pasos inspeccionando a ambos lados, y, al fin, encuentro el pasillo de clásicos contemporáneos ingleses. Asiento suavemente y me adentro en él. Sin embargo, apenas he caminado un par de metros, cuando doy un respingo y, con rapidez, regreso al corredor principal. ¡Hay una pareja montándose en el suelo!

—Lo... lo siento —tartamudeo a la vez que rompo a reír.

Lo hago siempre que estoy nerviosa. Mi padre dice que es una costumbre adorable, pero no creo que sea una opinión imparcial.

—¿Sophie? —oigo que me llaman cuando ya me he alejado varios metros.

Me freno sorprendida por haber oído la voz que acabo de oír y me vuelvo de nuevo.

—¿Sarah? —pregunto extrañada, mirando cómo mi mejor amiga y compañera de piso se revuelve para tratar de colocarse bien el sujetador y bajarse la camiseta debajo de un chico con pinta de jugador de fútbol universitario—. ¿Qué haces ahí?

—Despedirme de Preston — responde ajetreada mientras los dos se levantan.

Observo al muchacho más concienzudamente.

—¡Ése ni siquiera es Preston! —me quejo.

—Me voy a Kosovo —gimotea ella como si eso le diera una gran carta blanca sexual.

El chico termina de arreglarse la ropa y recoge su mochila del suelo.

—Adiós —le despide Sarah pizpireta dedicándole una enorme sonrisa.

—Adiós, preciosa —responde él echando a andar.

Espero a que se marche y vuelvo a prestar atención a Sarah, que se sacude enérgica la falda.

—¿Sabe el verdadero Preston que ya tienes un nuevo Preston? —comento socarrona.

—¿Por qué seguimos hablando de él? Ya es historia —comenta emprendiendo la marcha.

La sigo.

—¿El nuevo o el viejo?

Sarah se frena en seco y me hace un mohín. Yo le dedico mi mejor sonrisa en absoluto arrepentida y ella acaba haciendo lo mismo.

—¿Nos vamos a comer? —inquire deteniéndose de nuevo, esta vez frente a la pantalla de un portátil apagado sobre una de las mesas de estudio, que utiliza como espejo improvisado para arreglarse su melena rubio ceniza—. Penny ya debe de estar esperándonos.

Niego con la cabeza.

—Adelántate tú. Yo iré en cuanto pueda. Tengo esa entrevista con el profesor Masterson, ¿recuerdas?

—¿Por las jornadas? —especifica recogiendo su bolso y acercándose a mí.

—Sí, hoy me dirán si soy una de las ponentes.

Las jornadas en realidad son las «Jornadas de Autores Noveles de Nueva York» que organiza cada año la Universidad de Columbia. Conseguir una ponencia en esas jornadas es el mejor escaparate que una escritora novel como yo puede obtener en esta ciudad. El reconocimiento es prácticamente inmediato.

—La verdad es que estoy un poco nerviosa —confieso.

Sarah suelta un bufido.

—Vas a conseguir una ponencia, porque eres una excelente escritora —me anima sin asomo de dudas—. Yo todavía tengo fantasías con Liam.

Liam Hamilton es el protagonista de mi primera novela. Una pequeña editorial se ha interesado en ella y, si todo sale bien, saldrá publicada en unos meses. Dentro de dos semanas me reuniré por primera vez con ellos y me presentarán a mi editora.

No tengo más remedio que volver a sonreír ante su comentario y juntas regresamos a nuestra mesa en la sala de

estudio de la biblioteca.

—Pues, entonces, ¿nos vemos en el restaurante?

Asiento.

—Qué remedio —bromeo.

Ella me dedica un nuevo mohín.

—Me caes fatal —se queja.

—Tú, a mí, peor —respondo fingidamente seria.

—Yo te odio a muerte.

—Yo soborné a la junta que concede las becas para que te la dieran en un país en guerra.

Sarah me mira alarmada y yo no puedo evitar echarme a reír. Un joven que trata de leer a unas sillas de

distancia me asesina con la mirada y la risa se me corta de golpe.

—Lárgate —le susurro divertida a Sarah.

Ella sonrío y finalmente se marcha.

Voy a echarla mucho de menos.

Todavía no puedo creerme que ganara la beca de periodismo Woodward-Frankel, aunque lo cierto es que ha sido algo merecidísimo. Su trabajo de investigación sobre el conflicto en la exYugoslavia es brillante. No tuvo rival. Fuimos a Washington, para la ceremonia, con su padre y su hermano Michael. Los dos estaban muy contentos, pero también un poco preocupados. Esa beca significa que se marchará seis

meses a Kosovo. Ése siempre ha sido el sueño de Sarah, ser reportera de guerra, y estoy segura de que se convertirá en una extraordinaria.

Termino los textos en los que estoy trabajando y poco después de la una recojo mis cosas y salgo de la biblioteca. Mientras bajo la escalera, no puedo evitar sonreír. Éste es mi edificio favorito en toda Nueva York. No sólo porque esté lleno de libros, sino por su arquitectura. Es majestuoso y sencillo al mismo tiempo, realmente precioso. Además, me encanta que esté dentro de Bryant Park. Eso lo hace aún más mágico.

Rodeo la construcción y atravieso el parque para poder llegar a la parada de metro de Times Square con la 42.

Esquivo a una decena de turistas que contemplan admirados los jardines y sonrío cuando me cruzo con una excursión de preescolares. Todos van agarrados a una cuerda que la profesora sujeta en un extremo. Seguro que también van a la biblioteca.

Mi recién estrenado iPhone comienza a sonar. Lo saco del bolso y suspiro nerviosa al ver el nombre del profesor Masterson en la pantalla. Instintivamente miro el reloj. No llego tarde.

Me desvíó por uno de los senderos con el móvil en la mano para tener algo de intimidad. Sólo espero no encontrarme a una pareja montándoselo, sería la segunda en lo que va de mañana.

—¿Diga?

—¿Sophie Silver?

Asiento.

—Sí —respondo nerviosa al darme cuenta de que no puede verme.

—Soy el profesor Masterson. Te llamaba a propósito de nuestra reunión de esta mañana.

—Estoy a punto de llegar —me disculpo, aunque no sé por qué lo hago. Aún faltan treinta minutos.

—No te preocupes. Ya no es necesario que vengas.

Me freno en seco. Sabía que no lo tenía fácil para conseguir una ponencia en esas jornadas, pero nunca imaginé que ni siquiera quisiesen escucharme.

—Profesor Masterson —lo llamo intentando reordenar mis ideas lo más rápido posible.

No puedo perder esta oportunidad. Tengo que convencerlo, aunque sea por teléfono.

—Expondrás el día 23 —me interrumpo.

¿Qué? ¿En serio?

¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Eres mi apuesta personal —me advierte—. No me decepciones.

—No lo haré —respondo convencida sin dejar de sonreír, casi reír.

—A finales de semana recibirás toda la documentación. Nos veremos a principios de la que viene y empezaremos a trabajar en tu presentación. Enhorabuena, Sophie.

—Muchas gracias —contesto entusiasmada.

Cuelgo y comienzo a dar saltitos y palmaditas. ¡Es una pasada! ¡Estoy feliz! ¡Bien! ¡Bien! ¡Bien!

—Parece que te han dado una buena noticia.

Su voz me detiene de golpe y automáticamente mis mejillas se tornan de un rojo más que brillante. Joder, creía que estaba sola.

—No pares —continúa burlón—. Estaba siendo de lo más divertido.

¿Se está riendo de mí?

El enfado acaba de sustituir al bochorno. Me giro despacio y alzo la cabeza. Sin embargo, cuando al fin lo tengo delante, vuelvo a quedarme ridículamente inmóvil.

—Soy Reese —se presenta lleno de impertinencia, confirmándome que, en efecto, acaba de reírse de mí, y mirándome directo a los ojos con los suyos increíblemente azules.

Tras un momento aparta la vista, como si supiese con exactitud lo que acaba de provocar en mí, y le da un trago a su botellita de agua. Sin quererlo, mis ojos vuelan hasta sus labios. Son muy sensuales.

—Pensé... pensé que estaba sola — me excuso obligándome a dejar de mirarlo.

Es muy atractivo. Tiene el pelo castaño y su rostro parecería algo aniñado si sus ojos no borrarán por completo esa idea. Son azul oscuro, misteriosos, duros, incluso fríos, y es del todo imposible no quedarse embobada con ellos.

Debe de estar corriendo por el parque. Su pantalón deportivo y su camiseta, los dos en tonos grises, lo delatan. Además, su respiración está suavemente agitada y su armónico torso se levanta arriba y abajo.

¿Cómo será ese torso sin camiseta?

¡Silver!

¿Qué demonios me pasa?

Él sonrío; está claro que le divierte el mal rato que estoy pasando y, de alguna manera, eso me activa. No estoy aquí para alegrarle la mañana a nadie, por muy guapo que sea.

—¿Sabes? —comento insolente—. Es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas.

Giro sobre mis pies y doy el primer paso dispuesta a volver al sendero principal.

—¿No vas a contarme la buena noticia? —pregunta ignorando por completo lo que acabo de decirle.

Suena de lo más impertinente, incluso antipático.

—No —contesto volviéndome de nuevo.

¿Quién se cree que es?

—Una lástima —añade perdiendo su vista al frente—. Apuesto a que era algo muy emocionante —sentencia socarrón, riéndose claramente de mí una vez más.

¡Qué capullo!

Cómo me gustaría poder gritarle que acaban de concederme el premio Pulitzer y el Nobel de Literatura y que me ha tocado el superbote de la lotería, todo a la vez.

—Pues la verdad es que sí que lo es —replico malhumorada.

Se atrapa el labio inferior con los dientes, apenas un segundo, en un gesto muy sexy, y una media sonrisa dura, incluso un poco arisca, se cuelga en su sensual boca. De pronto me cuesta recordar si estoy enfadada o no. Acabo de darme cuenta de que deberían prohibirle morderse el labio y sonreír por el bien de todas las mujeres de la humanidad.

—¿Por qué no vienes hasta aquí y me lo cuentas? —me propone presuntuoso, como si tuviese que agradecerle que esté dispuesto a pasar unos minutos conmigo—. Puedes acercarte dando más saltitos y palmaditas.

Tendría que haber tomado clases de defensa personal. Ahora podría dame el gusto de tirarlo al suelo de una patada.

—No pienso ir a ningún sitio —contesto muy digna—. No soy el entretenimiento de nadie, y mucho menos el tuyo.

—Permíteme dudarlo, muñeca — replica áspero y aún más arrogante.

Pero ¿qué...?

—¿Acabas de llamarme *muñeca*? —
inquiero molesta y muy muy
sorprendida. ¡No nos conocemos!
¿Cómo es capaz de tomarse esas
confianzas?

—Me gusta ese vestido —añade sin
suavizar un ápice su tono, ignorando mi
enfado por completo— y no sé si ha
sido en las palmaditas o en los saltitos
cuando me ha gustado todavía más.

De forma automática me llevo las
manos al bajo de la prenda. Hago
memoria. No he hecho ningún
movimiento especialmente brusco. No
puede haberme visto nada. La dignidad
bulle en mi garganta, pero entonces sus

ojos se encuentran con los míos y, de forma inexplicable, todos esos sentimientos se diluyen.

—¿Cómo te llamas?

Su voz es ronca y muy masculina, y poco a poco va llenándose de calidez.

No es una pregunta, es una suave orden e instintivamente algo dentro de mí percibe la diferencia.

—Sophie, Sophie Silver.

De pronto me doy cuenta de lo nerviosa que estoy.

—¿Y a qué te dedicas, Sophie?

Mi nombre en sus labios suena diferente.

—Soy... soy escritora —respondo tratando de comportarme como una adulta de veintiséis años y no como una cría de quince.

—¿Qué tipo de novelas?

—Romántica —contesto en un golpe de voz.

Él vuelve a atrapar su labio inferior con los dientes y me dedica otra vez esa media sonrisa de la que es imposible escapar.

—¿Y tú?

No sé por qué lo pregunto. No me interesa lo más mínimo. ¡Qué frustrante!

—Creo que no voy a decírtelo —responde arrogante sin que la sonrisa lo abandone—. Vengo a correr aquí todos

los días a la misma hora. Si mañana te portas mejor, quizá te lo cuente.

¡Esto es el colmo! Pero ¿quién se cree que es?

Abro la boca dispuesta a llamarlo de todo. Estoy furiosa. No me conoce y se ha reído de mí prácticamente con cada frase. Apremio a mi cerebro para que diga algo inteligente que lo deje a la altura del betún, pero se niega a colaborar.

Él gira sobre sus pies y, derrochando toda esa presuntuosa seguridad, echa a correr y desaparece por el sendero parque a través.

¿Qué ha pasado? Y, sobre todo, ¿por qué demonios no he sido capaz de reaccionar? Observo con el ceño fruncido el camino por el que acaba de irse. Es demasiado guapo. Por un instante no puedo pensar en otra cosa.

Cabeceo de nuevo y resoplo con fuerza mientras me obligo a volver al sendero principal. Vale, es muy guapo, pero también antipático, arisco y muy arrogante. En una palabra, es *odioso*, así que no pienso malgastar un solo segundo más pensando en él.

Salgo del parque, cojo el metro y me reúno con las chicas en la terraza del Delightful, el pequeño restaurante donde trabajo.

—Explícame otra vez por qué venimos a almorzar a este sitio — inquiero malhumorada, quitándome el bolso y dejándolo en una de las sillas a la vez que me siento en la contigua—. Trabajo aquí. Es el último lugar donde quiero pasar mi tiempo libre.

Mi pregunta es exclusivamente para Penny, porque sé que ha sido idea suya y, sobre todo, porque ella también trabaja aquí. De hecho, así fue como nos conocimos hace ya dos años.

—Precisamente porque trabajamos aquí —responde sin asomo de dudas—. Sé cómo de limpia está la cocina. ¿No visteis el documental del Discovery Channel?

—Yo no veo documentales de comida —responde Sarah mientras coge su Coca-Cola *light* con mucho hielo y dos rodajas de limón y bebe un sorbo.

—Tú no ves el Discovery Channel —replico.

—Estás de muy buen humor —me dice Penny con una sonrisa socarrona en los labios.

Tiene razón. Estoy de un humor de perros. Tuerzo el gesto y apoyo las dos manos sobre los brazos de la silla para incorporarme mínimamente y cruzar las piernas al estilo indio.

—Una Coca-Cola *light*, por favor —refunfuño cuando veo acercarse a Nick, otro de los camareros del

Delightful.

—¿No te ha ido bien con el profesor Masterson? —pregunta Sarah.

—Me ha ido muy bien —me obligo a contestar.

Entonces ¿por qué estoy tan enfadada? Debería estar dando volteretas triples de alegría.

—Seré una de las ponentes de las jornadas —añado.

Sarah y Penny se miran boquiabiertas.

—¡Pero eso es genial, idiota! —me grita Sarah.

—¿Y por qué estás cabreada? —continúa Penny con el ceño fruncido.

Eso me gustaría saber a mí. En realidad, estaba felicísima hasta que me he encontrado con ese tío tan odioso en el parque. Me pongo los ojos en blanco mentalmente. No pienso dedicarle un segundo más de mi tiempo.

—Vamos a celebrarlo —propongo con una renovada sonrisa reconduciendo la conversación y cada uno de mis pensamientos.

Cojo mi refresco de la mesa y lo alzo para brindar.

Soy feliz, muy feliz. Lo más parecido a un oso amoroso hasta arriba de Prozac el día de su cumpleaños.

Las chicas también sonrían y enseguida me imitan.

—¡Por nosotras! —grita Penny.

—¡Por nosotras! —repetimos.

Cuando terminamos de comer, me he reído tanto que, aunque lo hubiese tenido clarísimo, ahora tampoco podría recordar por qué estaba tan enfadada.

Penny se queda en el Delightful, su turno empieza en diez minutos, y Sarah y yo regresamos dando un paseo al Village. No podemos resistirnos y acabamos entrando en una docena de tiendas. Sarah nos disculpa diciendo que necesita algunas cosas de última hora que llevarse a Kosovo, pero creo que el bikini que se compra en Forever 21 y mi vestido nuevo de TopShop no entran

precisamente dentro de lo que una corresponsal de guerra de prestigio llevaría en su maleta.

—Voy a la tienda del señor Liang — le anuncio a Sarah a unas manzanas de nuestro edificio—. Nos hemos quedado sin pan de molde.

Ella asiente.

—Compra algo de fruta.

Ahora la que asiente soy yo.

Las dos comenzamos a andar en direcciones opuestas, pero, cuando apenas nos hemos separado unos pasos, Sarah se gira de nuevo.

—Trae también cereales —me pide señalándome—... y mantequilla de cacahuete —recuerda—... y una botella

de Absolut Mandrin.

—¿Algo más? —pregunto burlona.

—Son todos alimentos de primera necesidad —se defiende—, y el vodka es para emborracharnos. Me quedan tres días aquí y tenemos que vivirlos al máximo.

Da una palmada y lanza el puño al aire a la vez que suelta un grito a lo animadora de instituto, lo que provoca que un par de chicas que pasan junto a ella la miren como si acabara de bajar de un platillo volante. Ella se encoge de hombros y yo no puedo evitar sonreír justo antes de dirigirme definitivamente a la tienda.

Espero mi turno para pagar con una caja de Capitán Crunch bajo el brazo y las manos ocupadas con todo lo demás. La amable ancianita que tengo delante ha decidido pagar con un arsenal de monedas de cinco centavos que lleva en su viejo monedero. Pongo los ojos en blanco. Me quedan horas en esta cola.

Resoplo aburrida y reviso la tienda con la mirada perdida. El *stand* de revistas llama mi atención. Me fijo con más detalle y estoy a punto de sufrir un colapso nervioso. ¡Es él! ¡El odioso impertinente con el que me encontré en el parque! ¡Y está en la portada de la revista *Esquire*!

Atónita, camino hasta el expositor y observo la publicación de cerca. No me lo puedo creer. La portada es en blanco y negro. Él ocupa el centro de la imagen; lleva un precioso traje de corte italiano negro, una camisa blanca y una delgada corbata también negra. Está rematadamente guapo; destila todo ese atractivo que he tenido la desgracia de sufrir en directo. Ni la portada ni la fotografía en sí están adornadas con ningún otro detalle salvo un titular: «Reese Montolivo: Bienvenidos a la política del siglo XXI».

Tiene que ser una broma.

Intento coger la revista, pero llevo tantas cosas en las manos que no soy capaz. Camino con paso torpe hasta la caja y aún más torpe dejo todos los artículos sobre el mostrador. La anciana, que finalmente ha decidido pagar con un billete de veinte, se marcha.

Regreso al expositor. Sin embargo, cuando mis dedos están a punto de rozar la publicación, me detengo en seco. ¿Para qué la quiero? Me importa bastante poco que sea o no sea famoso y por qué. No pienso volver a verlo.

El señor Liang me observa y suspira brusco.

—¿Qué? —pregunto confusa
andando de nuevo hacia el mostrador.

Entonces me doy cuenta de que ya ha metido todas mis cosas en una bolsa de papel y espera a que me decida a pagarle.

—Son veintinueve con diez —me informa.

Algo me dice que no es la primera vez que lo hace.

Miro hacia atrás y ahora es el chico que me sigue en la cola quien pone los ojos en blanco.

—Son veintinueve con diez —repite el dependiente.

—Lo... lo siento —musito con una sonrisa.

Sin embargo, antes de que pueda pensarlo con claridad, voy hasta el *stand*, cojo el ejemplar de la revista *Esquire* de un golpe y regreso a la caja.

—También me... me llevo esto —
comento con poco convencimiento.

Es simple y pura curiosidad.

«Por supuesto.»

Ni siquiera la voz de mi conciencia me apoya.

Entro en el apartamento y dejo la bolsa sobre la isla de la cocina. Al oírme, Sarah sale de la habitación y se acerca a paso ligero. No sé si es por la mantequilla de cacahuete o por el vodka de mandarina.

Saco los cereales y los guardo en el armario. Sarah pasa a mi lado, coge dos vasos y los llena de hielo. Ha ganado el Absolut Mandrin.

—¿Qué más has traído? —pregunta curiosa, entreabriendo la bolsa de papel con el índice—. ¿El *Esquire*? —continúa diciendo con el ceño fruncido mientras la saca.

—Sí —contesto girándome con la bolsa de manzanas en la mano y metiéndolas en el frigorífico con la clara intención de que no pueda verme la cara—. Hay un... un artículo muy... muy interesante.

Miento bochornosamente mal.

—Por Dios, es incluso ridículo lo guapo que es.

Por suerte para mí, la espectacular portada con Reese Montolivo capta toda su atención.

Sarah abre la revista y pasa las páginas hasta el reportaje en cuestión, mientras yo sigo guardando las cosas tomándome todo el tiempo del mundo, tratando de convencerme de que no me interesa nada de lo que ponga en ese artículo. Fracaso estrepitosamente.

—Ese programa de entrevistas en el que participa en la ABC, ¿cómo se llama? —Trata de hacer memoria—. «Actualidad política» —se autorresponde—, está muy bien.

Nunca lo he visto, pero sí recuerdo algún que otro anuncio.

—Escucha —me pide llamando mi atención—: «“Nunca hemos conseguido que nos vean tantas mujeres”, apunta el director del programa, “y eso se lo debemos al chico del millón de dólares”.»

—¿El chico del millón de dólares? —inquiero procurando sonar del todo desinteresada. No tengo claro que lo haya conseguido.

—La revista *Star* le puso ese apodo —contesta sin levantar sus ojos pardos del *Esquire*—. Es lo que cuesta un anuncio de doce segundos en su programa y obviamente es por él. Es una

estrella de la televisión, inteligente y guapísimo. Tiene que tener a las mujeres haciendo cola por pasar doce segundos en su cama... y estoy segura de que más de una pagaría ese millón.

Asiento y tamborileo nerviosa con los dedos sobre el mármol de la isla de la cocina. Finalmente me giro y me muerdo con suavidad el pulgar. Debe de ser un auténtico mujeriego.

—Fue corresponsal de guerra — continúa leyendo—. ¡Dios mío, es ese Montolivo! —grita como si hubiese descubierto cómo hacer volar los coches.

Yo me doy la vuelta de nuevo. Este hombre es una caja de sorpresas. Cada vez me cuesta más trabajo fingir desinterés.

—Lo estudiamos en la universidad —me explica—. Es uno de los mejores corresponsales que ha habido. Estuvo en la guerra de los Balcanes como enviado de *The New York Times* en el noventa y uno. Sólo tenía diecisiete años y les dio una lección de periodismo a todos. A finales del noventa y cinco dejó de escribir y simplemente desapareció. Nadie sabe qué ocurrió —sentencia encogiéndose de hombros.

Si en 1991 tenía diecisiete años... ahora, en 2008, debe de tener treinta y cuatro.

—Voy a hacer la cena —me anuncia cerrando la revista de pronto y caminando hasta el frigorífico—. *¿Spaghetti boloñesa?* —me pregunta inspeccionando las baldas.

—Claro —respondo distraída.

Sarah comienza a sacar todo lo que necesita mientras yo sigo mirando la publicación como una estúpida.

Reacciona, Silver.

Salgo de la cocina y prácticamente huyo a mi habitación. Me estoy escondiendo de una revista. Eso, sin duda, debe de ser algún tipo de récord

entre las situaciones más ridículas de la historia. Me quito el bolso que llevo cruzado y la cazadora vaquera y los tiro sobre la cama.

He visto a Reese Montolivo cinco minutos en un sendero de un parque. Punto y final. Ahora a comportarse como una adulta y regresar a la cocina a emborracharme con vodka de mandarina.

«No sé qué es más adulto: tú o tu bebida.»

—Nos hemos quedado sin apio — comenta Sarah entrando en mi cuarto y sorprendiéndome en plena autorregañina.

—Joder, qué susto —me quejo dando un respingo.

No la esperaba.

—Bajo un momento a la tienda del señor Liang —continúa mirándome de arriba abajo con perspicacia—. ¿Estás bien?

—Sí —respondo con poco convencimiento.

Sarah me observa un par de segundos más y finalmente se marcha.

Cuando oigo cerrarse la puerta principal, resoplo y pongo los ojos en blanco.

—Eres lo peor, Silver —murmuro para mí.

Camino perezosa hasta la isla de la cocina para rescatar mi vaso de Absolut, pero, al cogerlo, totalmente en contra de mi voluntad, vuelvo a reparar en la revista. Es una estupidez. Si quiero leerla, puedo leerla. No estoy haciendo nada malo. Asiento enérgica para reafirmarme en esta idea y abro el *Esquire*.

Observo la foto central del artículo. Puro atractivo traspasando las páginas de papel cuché. Tuerzo el gesto y paso la hoja veloz. Habla de su familia. Nació en Nueva York. Su padre es abogado y su madre, profesora, y tiene un hermano. Aparte de eso, no dice mucho más.

Al ver escrito el nombre del programa, recuerdo de inmediato el anuncio. Miro nuestro reloj de la cocina con la forma de la caseta de Snoopy que Penny se empeñó en regalarnos, ya que, según ella, un objeto de Snoopy es lo que le da calor de hogar a una casa. Si la memoria no me falla, creo que lo están emitiendo justo ahora.

Dejo la revista sobre la encimera y ando el puñado de pasos que me separan del salón. Me siento en el brazo de nuestro viejo sofá y cojo el mando de la pequeña mesa de centro. Mientras busco la ABC, oigo un ruido y automáticamente apago la tele pensando que Sarah ha entrado. Al ver que no es

nada, me pongo los ojos en blanco. La norma sobre la revista se aplica también a la televisión. Puedo hacer lo que quiera. Además, sólo es curiosidad por saber si en realidad es tan bueno como Sarah dice o lo guapo que sale en la revista le ha nublado la mente.

Encuentro la cadena en cuestión y observo con atención. Un hombre, que imagino que será el presentador, está hablando del deficiente acceso a la Sanidad para la mayoría de los estadounidenses. La protagonista de la entrevista es una mujer de unos cincuenta años muy elegante pero con cara de pocos amigos. Tardo un par de segundos de más en darme cuenta de que

es la gobernadora del estado de Nueva York, Sabine Morisson. Ella defiende nuestro sistema de salud. Advierte que, aunque al gobierno le preocupan aquellos que no pueden acceder a él y que siente una enorme empatía por su situación, si se convirtiera en gratuito y universal, el país acabaría en bancarrota. Casi no ha terminado la frase cuando enfocan a Reese Montolivo. Está increíblemente guapo con un traje de chaqueta de un tono oscuro y una camisa blanca sin corbata y con los primeros botones desabrochados.

—Las medicinas no son baratas y ponerse enfermo en este país, tampoco, por eso, simplemente, echémoslos a un lado educadamente mientras disfrutamos de nuestro superávit económico — comenta sardónico, presuntuoso, con la misma descarada exigencia del parque y con la misma sexy y dura sonrisa en los labios—. No les interesa que enfermen y tampoco les interesa que se curen, perderían votos de las dos maneras.

Ha sido mordaz, pero también perspicaz y, sobre todo, muy inteligente. No ha necesitado soltar ninguna parrafada con decenas de datos técnicos o alusiones a leyes que en el fondo nadie entiende ni recuerda.

La gobernadora lo mira sin saber qué decir. Su sonrisa se ensancha y creo que estoy a punto de suspirar. Es el hombre más atractivo que he visto en mi vida. Reese Montolivo comienza un discurso muy fresco y brillante sobre las necesidades reales del país y no las que la gente increíblemente rica que puede pagarse el mejor seguro médico cree que tiene. Pone ejemplos muy cercanos y concluye diciendo que el problema, como siempre, es que el que manda nunca se pondrá en el pellejo del ciudadano y, por lo tanto, jamás podrá entenderlo.

—No es una cuestión de empatía, señora Morisson —concluye dirigiéndose a la elegante mujer—. La gente puede decirle dónde guardarse esa empatía. Se trata de servir y proteger a quien la puso en su bonita mansión de gobernadora.

Se oyen aplausos en el plato y el moderador toma la palabra para sacar del aprieto a Sabine Morisson.

Realmente es la estrella del programa. Es muy inteligente y sagaz. Después de cómo se ha comportado esta mañana, es lo último que imaginé que pensaría de él.

Suena la puerta y, torpe, intento cambiar de canal, pero el mando se me resbala de entre las manos, cae al suelo y se mete debajo de la mesa.

—No tenían apio, pero he comprado cebollas de las moradas, las que son muy picantes.

Me arrodillo deprisa, trato de alcanzar el mando y, cuando por fin lo consigo, me doy en la cabeza con el borde de la mesa al levantarme.

—Joder —mascullo.

¡Dios Santo, ¿cómo puedo ser tan torpe?!

Acariciándome la nunca con una mano, cambio de canal con la otra justo antes de que Sarah llegue al salón.

Recuerdo perfectamente mi discurso sobre ser adulta y poder ver lo que quisiera, pero también conozco a mi compañera de piso y lo último que deseo es que empiece a atar cabos y ganarme uno de sus interrogatorios.

—¿Cebolla roja? —inquiero desviando su atención y rezando por no tartamudear. Eso le daría demasiadas pistas.

Ella asiente entusiasmada.

—Van a quedar de miedo —sentencia.

Aproximadamente unas dos horas después, doy fe de que sustituir el apio por las cebollas rojas no ha sido tan buena idea como parecía. Menos mal

que el vodka de mandarina ha conseguido que, como siempre, todas nuestras desgracias nos parezcan algo divertidísimo.

No tengo ni la más remota idea de a qué hora me voy a la cama.

Mmm... tengo mucho sueño.

Me giro hasta quedar bocarriba, pero no abro los ojos. No quiero. El sonido de Nueva York dos plantas más abajo inunda el ambiente despacio. El murmullo de la gente y los coches, los pájaros escondidos en los árboles de la 4 Oeste, *Fans*, de los Kings of Leon,* sonando muy bajito desde alguna otra ventana... Me encanta esa canción.

Todo es muy idílico hasta que oigo un frenazo y a dos hombres pelearse en griego. Sonrío resignada y me acurruco bajo el nórdico tapándome hasta las orejas, tratando de olvidarme de que ya es de día, pero estamos a finales de mayo y hace demasiado calor. No tengo más remedio que huir de mi escondite y, por fin, mirar el reloj. Pienso prepararme un desayuno de esos que hacen historia y después pintarme las uñas antes de ir a trabajar...

¡Son las diez menos cuarto!

¡Maldita sea! ¡Llego tarde!

Me levanto de un salto. Mi jefe va a matarme. Me doy una ducha rapidísima. Me pongo un vestido con florecitas

estampadas y cojo mi cazadora vaquera. Me anudo las Converse camino de la puerta y me ordeno mi media melena castaño claro, casi rubio, con los dedos mientras bajo la escalera justo antes de salir disparada hacia la parada de metro de la 4 Oeste. Odio ser impuntual y odio mi pelo. ¿Por qué no puedo tenerlo ordenado, brillante y perfecto como en los anuncios de champú? Me miro en el reflejo de la ventanilla de un coche aparcado en la acera. Maldita sea. Busco una gomilla en el bolso y acabo recogíéndomelo a toda prisa en una coleta. Anuncios de champú, también os odio.

Cuando todavía falta una estación para llegar a mi parada, el tren se detiene en seco sin ánimo de arrancar de nuevo.

—No, no, no —farfullo.

¡Voy a llegar estrepitosamente tarde!

Una voz atraviesa el viejo sistema de megafonía del metro y avisa de que, por mantenimientos de vías y estaciones, el tren tendrá esta parada como fin de trayecto. ¡Mierda! ¡Estoy a diez manzanas del Delightful!

Cuando al fin consigo salir del metro, me doy cuenta de que mi única oportunidad de llegar más o menos a

tiempo pasa por coger un taxi, pero en hora punta, en pleno Manhattan, es casi imposible.

Después de unos diez minutos intentándolo, miro al otro lado de la calle y tuerzo el gesto. Aún queda una solución, aunque sea la peor de todas. Alzo la cabeza y resoplo con los ojos cerrados. El día comienza muy pero que muy bien.

Cruzo la calzada desafiando el tráfico y atravieso la entrada oeste de Bryant Park. Paso las hileras de mesitas y entro en los jardines. Apenas he avanzado un par de metros cuando veo el sendero que tomé ayer. Por un

momento tenía la esperanza de que, aunque hubiera querido, no hubiese logrado encontrarlo.

Me detengo en seco convenciéndome de que sólo deseo coger aire. En un gesto absolutamente impulsivo y casi involuntario, como si no me atreviese a pensarlo, cojo el sendero y me adentro en él. De inmediato reconozco el banco de acero forjado, todo el pequeño espacio en realidad y, casi al mismo tiempo, me doy cuenta de lo nerviosa que estoy.

No sé qué hago aquí. Ni siquiera quiero verlo. Además, parezco haber olvidado que llego tardísimo.

Con mi sentido común de vuelta, giro sobre mis pasos dispuesta a seguir mi camino.

—¿Te marchas?

Su voz es lo mejor de todo.

Me vuelvo poco a poco y aún más nerviosa. Sé muy bien lo que voy a encontrarme y algo dentro de mí me pide con desesperación que me largue antes de que sea demasiado tarde.

Alzo la cabeza despacio y todas mis sospechas se hacen injustamente realidad. Otra vez va vestido con ropa deportiva en tonos oscuros y de nuevo lleva una botellita de agua en las manos.

No hay nada en absoluto en él que no merezca una segunda mirada al borde del desmayo.

Reese Montolivo sonríe. Es plenamente consciente del aspecto que tiene y de lo que provoca en las mujeres.

—No —me obligo a contestar.

No pienso dejar que crea que verlo me afecta lo más mínimo.

Da un trago de agua y de forma involuntaria toda mi atención vuelve a centrarse en sus perfectos labios.

—Mejor —responde con esa mezcla de naturalidad y seguridad, como si todo le saliese siempre tal como quiere—. Tienes que contarme tu buena noticia.

—Antes tienes que decirme a qué te dedicas —replico.

Si piensa seguir con este jueguito, podemos jugar los dos. Además, necesito con urgencia concentrarme en algo, lo que sea, y olvidarme de su respiración suavemente agitada por la carrera.

—Soy carpintero —contesta.

¡Maldito mentiroso! Ni siquiera se ha inmutado.

—¿Carpintero? —inquiero a mi vez. Él asiente—. ¿Haces muebles? ¿Los barnizas?

—Veo que tienes bastante claro cuál es el trabajo de un carpintero —responde y de inmediato da un trago de

agua.

Entorno los ojos. Otra vez se está riendo de mí.

—¿Y te gusta?

—Muchísimo —responde

presuntuoso con una media sonrisa en los labios.

¿Se puede tener menos vergüenza? Antes de que me dé cuenta, sonrío contagiada de su humor.

—No puedo seguir —me disculpo—. Sé quién eres.

Reese Montolivo me estudia esperando a que continúe. El gesto vuelve su mirada aún más sexy, pero también más intimidante. Creo que necesito un segundo.

—Sé que eres actor —comento fingiéndome convencida—. Me encantan tus películas y tuvo que ser genial ganar un Oscar.

Mi comentario lo pilla por sorpresa y yo sonrío victoriosa mentalmente.

Donde las dan, las toman, Montolivo.

Sin embargo, no tardo más de un par de segundos en echarme a reír.

—Lo siento —me excuso de nuevo aún riendo—. De verdad sé quién eres. Ayer te vi en la portada de una revista.

Él aprieta su labio inferior con los dientes y sus ojos azules recuperan toda su arrogancia. Algo dentro de mí se remueve, brilla por la manera en la que

me está mirando y mi risa poco a poco se diluye en la forma absolutamente obnubilada en la que ahora lo contemplo yo.

Éste no era el plan.

—Creo que es la primera vez que me ha molestado que no me reconociesen.

Me dedica su media sonrisa y enseguida aparto mi mirada de la suya. ¿Por qué me pone tan nerviosa? Cuando me mira, me siento diferente.

—¿Y tu buena noticia? —inquire —. ¿Cuál era?

Otra vez suena como una suave orden.

—Ayer me seleccionaron para participar en unas jornadas de autores noveles en la Universidad de Columbia.

Asiente. Tengo la sensación de que está impresionado y de forma instintiva una sonrisa se dibuja en mis labios.

—Suenan muy importantes.

—Lo es —respondo orgullosa.

Sin decir nada más, cubre la pequeña distancia que nos separa. Camina seguro pero a la vez despreocupado, de nuevo destilando la arrogancia del que sabe que todo juega siempre a su favor. Se detiene a un ínfimo paso de mí, coge el bajo de mi vestido y lo acaricia con suavidad entre sus dedos. Yo contengo un suspiro

milagrosamente. No llega a tocar mi piel, pero consigue que todo mi cuerpo se encienda.

—Me gusta tu vestido —susurra con una voz salvaje, sensual, mientras su mirada se clava en la mía— y me gusta charlar contigo.

El corazón me late desbocado y mi respiración se acelera de modo irremediable hasta desaparecer. Su olor es delicioso y me envuelve por completo. Huele a gel caro y a menta suave.

Reese suelta despacio mi prenda y alza la mano. La acomoda en la piel de mi cuello y sus dedos se deslizan hasta esconderse bajo mi pelo.

—Respira, Sophie —susurra de nuevo.

Esas dos palabras me dejan al borde del colapso. ¿Qué digo? ¿Qué hago? ¿Qué pienso? Él sonríe. Una sonrisa sexy, presuntuosa y dura, todo a la vez y, sin más, se marcha dejándome otra vez bochornosamente inmóvil.

Ya ni siquiera lo veo en el sendero cuando logro salir de esta especie de burbuja y empezar a caminar alejándome en la dirección opuesta a la que él ha tomado. ¿Cómo es capaz de conseguir que me sienta así?

Llego estrepitosamente tarde, como era de esperar. Por suerte nuestro jefe no está y Gordon, el cocinero, que por lo

general es un ogro, está de un inexplicable buen humor. Me he librado.

Acabo mi turno a eso de las cuatro. Gordon ha resultado estar no sólo simpático, sino también muy generoso, y deja que Penny y yo nos repartamos media bandeja de magdalenas de canela recién horneadas que sobran después de rellenar el expositor.

Antes de ir a casa, paso por la biblioteca a devolver algunos libros y a coger otros nuevos para seguir trabajando en las jornadas. Me gustaría leer algunos fragmentos de *Delta de Venus*, de Anaïs Nin, uno de los primeros libros eróticos de la historia, en mi ponencia.

Estoy esperando a que la bibliotecaria me dé la tarjeta con la fecha de devolución cuando un chico se acerca al mostrador y pregunta por la hemeroteca. Automáticamente recuerdo lo que me contó Sarah acerca de que Reese Montolivo empezó como reportero de guerra de *The New York Times*.

La curiosidad me puede de nuevo.

—A mí también me gustaría consultar la hemeroteca —le digo a la mujer afroamericana del otro lado del mostrador.

—Segunda planta a la derecha —contesta displicente—. Las pantallas están en mantenimiento. Tendrá que

fotocopiar lo que desee leer —me comunica automática.

Sospecho que debe de haberlo dicho unas mil veces en lo que va de día.

Asiento, cojo mis libros y me encamino a la escalera.

La hemeroteca es inmensa, mucho más de lo que pensaba. Por suerte, la encargada de esta zona es muy simpática y me ayuda a localizar los ejemplares de *The New York Times* del año 1991 en adelante. Reese Montolivo dejó de firmar artículos a finales del noventa y cinco, pero no empezó en la televisión hasta principios de 2000. Hago memoria de nuevo y recuerdo que el reportaje

mencionaba algo acerca de que estuvo desaparecido unos años. Debe de referirse a este período.

Cierro el último periódico y estiro los brazos por encima de la cabeza. Empiezo a estar cansada. Miro el reloj. Es tardísimo, y además me muero de hambre. Me levanto arrastrando la silla con cuidado de no hacer ruido. Fotocopio todos los artículos para poder leerlos en casa y los guardo en mi archivador y coloco los libros encima. Me cuelgo mi bolso cruzado y lo cojo todo.

Pienso en dar un paseo, pero los libros pesan demasiado y acabo cogiendo el metro.

—¡Hola! —anuncio al aire cerrando la puerta del apartamento.

Avisarnos voz en grito cada vez que entramos en el piso es una costumbre que hemos heredado de cuando compartíamos habitación en la residencia de estudiantes. Aunque, por mucho que anuncies a bombo y platillo que estás entrando, en una habitación de diez metros cuadrados es imposible no acabar viendo el culo peludo del ligue de tu compañera esconderse veloz bajo el edredón.

—¡Estoy arreglándome! —responde Sarah desde su habitación.

Sonrío y voy a mi cuarto. Dejo la pila de libros y las carpetas sobre la cama y lanzo el bolso junto a ellos. Me muero de ganas de comerme un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada de arándanos.

—¿Qué zapatos me sientan mejor? —me pregunta Sarah apareciendo desde el pasillo y apoyando las dos manos en el marco de mi puerta—. ¿Éstos? —inquire alzando y escondiendo un pie y dejando ver sólo el que está calzado con un elegante salón negro—, ¿o éstos?

Cambia los pies y ahora sólo veo el que lleva un bonito botín rojo.

Frunzo los labios sopesando las opciones.

—Los negros —me decido al fin.

—Opino lo mismo —comenta satisfecha.

Regresa a su habitación y a los pocos segundos vuelve a la mía con los dos zapatos iguales y colocándose los pendientes.

—¿Qué haces todavía así? —me apremia—. Preston vendrá a buscarnos en cinco minutos.

—¿Cuál de los dos? —pregunto socarrona.

Ella me hace un mohín y yo sonrío encantada.

—Vamos a divertirnos —me anima.

—No, no puedo.

Sarah pone los ojos en blanco incluso antes de oír mi excusa.

—Mañana tengo que entrar a trabajar a primera hora en el Delightful —me defiendo.

—¿Y? —pregunta como si realmente fuese incapaz de entenderlo.

—Que no puedo pasarme toda la noche bebiendo, toda la mañana sirviendo mesas y pretender escribir algo inteligente para las jornadas por la tarde.

—Vaya, qué adulto ha sonado eso — comenta reflexionando sobre mis palabras.

—Ha dado hasta un poco de miedo, ¿verdad? —añado.

Tuerzo el gesto consternada, pero no soy capaz de fingir más tiempo y las dos nos echamos a reír.

—Vente —gimotea por última vez.

—No puedo —respondo sin que la sonrisa me abandone, pero sin concederle un resquicio de duda al que agarrarse. Si eso sucede, estaré saliendo por la puerta antes de que pueda darme cuenta.

Además, estoy deseando leer los artículos que he traído de la hemeroteca, aunque ese detalle prefiero guardármelo para mí. Creo que ni siquiera quiero reconocerlo en voz alta.

—Ésta pienso guardártela —
sentencia fingidamente hostil a la vez
que gira sobre sus tacones y sale de mi
cuarto.

—Diviértete.

—Lo mismo digo —responde sin
volverse.

Yo sonrío y observo el pasillo
desierto hasta que oigo cerrarse la
puerta principal. Doy una palmada y me
reactivo. Me pongo el pijama, cojo los
artículos y voy hasta la cocina.

Desde que ojeo el primero, ya no
puedo parar. ¡Son brillantes! Explica la
situación en los Balcanes de una manera
clara, concisa y directa. No se anda con
rodeos para relatar las cosas que

pasaban allí durante la guerra ni tampoco las endulza. Me sorprende que, conforme voy avanzando en las fechas, los artículos son cada vez más duros, incluso un poco desencantados. En 1995 comienza a criticar abiertamente la posición de las fuerzas internacionales en el conflicto y, sobre todo, la de los altos mandos de los Cascos Azules.

El despertador suena implacable. Abro los ojos y frunzo el ceño confusa al verme rodeada de papeles. Tardo un segundo en comprender que me quedé dormida leyendo. Cojo uno de los artículos al azar y, antes de que me dé cuenta, estoy acurrucándome y leyéndolo de nuevo. Tiene muchísimo talento.

Cuando vuelvo a levantar los ojos de los artículos y miro el reloj, me doy cuenta de que llevo más de una hora leyendo. ¡Voy a llegar tarde! ¡Otra vez!

Me levanto de un salto y corro hacia el baño. Después de darme una ducha en tiempo récord, me pongo mis vaqueros favoritos y mi camiseta de Los Ramones y me siento en el borde de mi cama de Ikea para anudarme las zapatillas.

Recojo todos los artículos, los meto en el archivador y salgo disparada.

Ya en el vagón de metro, me pongo un poco de brillo de labios y me recojo el pelo en una cola utilizando la ventanilla como espejo. No sé cómo lo hago, pero llego puntual. Me siento tan

orgullosa que entro con la respiración entrecortada por la carrera pero con una sonrisa de oreja a oreja. Odio ser impuntual, aunque últimamente no lo parezca.

—Hola, Penny —saludo a mi compañera de trabajo mientras paso al otro lado del mostrador.

—Hola —responde sin levantar la vista de los cubiertos que seca—. ¿Alguna aventura sentimental en estas diecisiete horas?

—Ninguna que merezca la pena contar —respondo burlona, empujando la puerta batiente de la cocina—. Buenos días, Gordon —saludo al cocinero.

Él no responde, sólo gruñe. El buen humor de ayer no le ha durado mucho. Dejo mi bolso y mi cazadora sobre uno de los gigantescos congeladores y me anudo el mandil.

—¿Has desayunado? —masculla.

Niego con la cabeza. Él también lo hace, malhumorado, y con cara de pocos amigos termina de hacer un sándwich de pavo y me lo tiende.

—Cinco minutos —me advierte.

Si no lo conociera desde hace más de dos años, pensaría que quiere envenenarme.

Le sonrío a la vez que le doy las gracias y cojo mi sándwich. Tiene una pinta deliciosa y yo estoy muerta de

hambre. Me subo al congelador y me acomodo contra la pared. Saco mi carpeta del bolso para repasar el trabajo de ayer. Sin embargo, con lo primero que me encuentro son los artículos de Reese Montolivo.

Tuerzo los labios y observo una de las hojas fotocopiadas con detenimiento. No debería colarme por él. No sé si volveré a verlo y, aunque así fuera, no creo que a él le interese para nada más aparte de reírse de mí.

Apenas he pasado del titular cuando Penny entra en la cocina empujando la puerta con fuerza.

—Tenemos el trabajo más aburrido del mundo —se queja haciendo hincapié en cada palabra.

—Eso es porque tú trabajas más bien poco —se apresura a rebatirle el cocinero.

—Cállate, Gordon —replica ella—. Eres un gruñón.

Él masculla algo sobre chicas maleducadas y ella le responde con un mohín, lo que consigue que el cocinero resople y se concentre de nuevo en la decena de verduras que está cortando. Penny sonrío victoriosa y yo lo hago observándolos a los dos. Un día va a conseguir que la meta en el congelador.

—¿Qué lees? —me pregunta al tiempo que coge el artículo por un extremo y lo observa apenas un segundo.

—Un reportaje de *The New York Times* que saqué ayer de la hemeroteca.

Mejor no contar toda la historia. Tendría que responder a muchas preguntas.

Ella resopla y saca una revista de cotilleos de su bolso.

—¿Cómo pretendes que te pasen cosas interesantes leyendo artículos de la hemeroteca? —Alza la mirada y recapacita sobre sus propias palabras —. ¿Cómo pretendes que te pasen cosas interesantes yendo a la hemeroteca?

Sonrío otra vez sin levantar la vista del artículo y le doy un nuevo bocado a mi sándwich. La hemeroteca está en la biblioteca y la biblioteca está llena de libros. Si muriese allí, moriría muy muy feliz.

Abre la revista sobre la enorme mesa de la cocina y comienza a pasar las páginas distraída.

—Las cosas fascinantes les pasan a personas que viven la ciudad con intensidad, como Madonna o Lindsay Lohan.

—¿En serio quieres que te pase todo lo que le ha pasado a Lindsay Lohan? —pregunto socarrona.

—¿Qué me paguen por ir a fiestas, tener dinero para aburrir y haber rodado una peli con Chris Pine y tirármelo? — Penny vuelve a alzar la cabeza, vocaliza la expresión *Oh my fucking God* y se muerde el labio inferior absolutamente maravillada sólo con imaginárselo desnudo—. Sí, por supuesto que sí — responde volviendo a la realidad y a su revista—. Quiero la vida de Lindsay Lohan.

Gordon se limpia las manos con un grueso trapo de cocina blanco y sale de la cocina.

—Creo que lo has simplificado bastante —comento divertida.

—Me he quedado con lo fundamental.

Su última palabra se pierde en su suspiro asombrado.

—Pero... ¡qué bueno está! — comenta admirada.

—¿Quién? —pregunto curiosa.

Ella coge la revista con las dos manos y la alza para que pueda ver a Reese Montolivo en las páginas centrales de *In Touch* con una de esas rubias con pinta de supermodelo escandinava. Creo que estoy teniendo un *déjà vu*. Está increíblemente guapo, como en la portada del *Esquire*, como en la tele, como en el parque... ¡Maldita sea!

—No está mal —respondo
esforzándome en sonar indiferente.

¿Quién demonios es esa mujer?

Penny suelta un bufido del todo indignada.

—Idiota, está cañón —sentencia dejando de nuevo la publicación sobre la mesa—. Es el hombre más atractivo de toda la condenada tele.

La campanita de la puerta principal tintinea avisándonos de que tenemos un cliente.

—Un tío así no te lo encuentras en la hemeroteca —comenta socarrona.

En la hemeroteca no, pero en el parque...

—Moved el culo —brama Gordon asomándose a la puerta—. Hay un cliente esperando.

Penny le dedica un nuevo mohín y él entorna los ojos. Sonrío y me bajo de un salto. Prefiero ir yo o éstos dos montarán la tercera guerra mundial detrás de la barra.

Doblo el artículo y me lo guardo en el bolsillo del mandil a la vez que abandono la cocina.

Cuando alzo la cabeza, me freno en seco. ¡El cliente es Reese Montolivo!

—Un expreso —pide con la vista concentrada en su teléfono último modelo.

Yo asiento y me esfuerzo en reactivarme. Él aún no me ha visto y no quiero que lo haga y me pille mirándolo boquiabierto.

—Sí... sí, cla... claro —tartamudeo en un susurro.

El simple intento de esas dos palabras parece llamar su atención y alza la cabeza.

Nuestros ojos se encuentran un único segundo antes de que, con prudencia, me dirija hacia la máquina de café. El

corazón me late otra vez ridículamente deprisa y me muevo torpe y nerviosa. ¿Qué hace aquí?

Sirvo un expreso en una de nuestras bonitas tazas de porcelana blanca y la coloco en su platito a juego. Estoy tan acelerada por dentro que temo acabar tirando el café en el puñado de metros que me separan de la barra.

—Su café —susurro con la vista clavada en la porcelana.

Él no dice nada, pero puedo notar su misteriosa mirada sobre mí. Mi respiración se acelera aún más y me humedezco el labio inferior con discreción para contener un suspiro.

—Siéntate conmigo —me ordena.

Su comentario me hace alzar la cabeza y casi al mismo tiempo sus ojos increíblemente azules atrapan los míos. Nunca pide las cosas por favor, ni da las gracias. En otra persona detestaría esa actitud, pero con él da la sensación de que así es tal como tiene que ser.

—Mi turno acaba de empezar — respondo—. No... no puedo.

¡Tranquilízate, Silver!

Reese Montolivo ladea la cabeza increíblemente sexy sin dejar de mirarme. Los nervios bullen con más fuerza en la boca de mi estómago. Por Dios, es guapísimo.

—Tomaré el café en la terraza — anuncia y, sin más, sale del local.

Lo observo hasta que atraviesa la puerta y se pierde entre las mesas que no pueden verse desde el mostrador. Tiene las piernas largas y un andar muy masculino, lleno de seguridad. Si con ropa deportiva me parecía muy atractivo, con unos vaqueros oscuros y una camisa blanca remangada hasta el antebrazo y los primeros botones desabrochados está arrebatador.

Suspiro con fuerza. Sopeso opciones. Tengo que tranquilizarme. No puedo salir ahí hecha un manojo de nervios y dejar que vuelva a reírse de mí.

Entro en la cocina, aunque en realidad no sé por qué lo hago. Penny continúa leyendo la revista y no me presta mucha atención. Lo prefiero, así me ahorro tener que explicar por qué estoy igual de acelerada que si hubiese venido corriendo desde Times Square.

—Mmm —murmura encantada con la vista clavada en el *In Touch*— y encima es Géminis como yo.

—¿Quién? —pregunto despistada.

No le estaba haciendo demasiado caso.

—Reese Montolivo —responde como si fuera obvio—. La revista dice que hoy es su cumpleaños, 23 de mayo, así que es Géminis. Se lleva bien con

los Aries y los Virgo —continúa haciendo memoria—. Odia a los Tauro y su pareja ideal es un Cáncer, como tú —sentencia con sorna.

Sonrío nerviosa y de inmediato me obligo a disimularlo. Me pregunto cómo reaccionaría si le contara que está ahí fuera y quiere que me siente a tomar un café con él.

—Seguro que esta noche monta un fiestón de esos que hace temblar la ciudad —añade.

Asiento por inercia increíblemente incómoda. Seguro que pasa la noche rodeado de supermodelos como la de la revista. Frunzo el ceño. La idea me enfada y ni siquiera sé por qué.

—¿Estás bien, Sophie? —me pregunta Penny prestándome toda su atención.

—Sí... sí, claro —respondo con rapidez a la vez que vuelvo a asentir para reafirmar mi respuesta.

Por Dios, ¿estoy celosa?

Necesito salir de aquí. ¡Es ridículo que esté celosa!

Voy tan acelerada que ni siquiera veo la montaña de bandejas apiladas y estoy a punto de tropezar y darme de bruces contra el suelo. Otro motivo más para sentirme de lo más ridícula.

Antes de empujar la puerta y volver a salir, suspiro con fuerza. Necesito empezar a ser más misteriosa y segura

de mí misma cuando él esté cerca. No es que normalmente lo sea, pero esto ya está empezando a ser bochornoso.

Preparo un nuevo café, el otro ya se había enfriado, y lo coloco con cuidado sobre el platito. Estoy a punto de echar a andar hacia la terraza cuando, pensativa, me humedezco el labio inferior. Lo hago siempre que estoy demasiado nerviosa como para hacer cualquier otra cosa. Dejo el café sobre la barra, voy hasta el coqueto expositor de magdalenas y cojo una de vainilla y arándanos.

Tomo aire de nuevo y me encamino hacia la terraza. Estoy a punto de arrepentirme y dar media vuelta una decena de veces. Al dar el primer paso

fuera del local, mi respiración se evapora. Está sentado a una de las mesas del fondo. Lleva unas Ray-Ban Wayfarer negras y disfruta de la mañana soleada, o es el sol el que disfruta de él, quién sabe. Me gusta su pelo castaño. Me gusta que parezca tan cómodo, tan seguro de sí mismo sentando en una terraza cualquiera de una calle cualquier del oeste de Manhattan. Y me gustan sus ojos azules, aunque estén espectacularmente cubiertos por esas gafas de sol.

Reese Montolivo se da cuenta de mi presencia. Me mira de arriba abajo impertinente y descarado y por último

me dedica una sexy y presuntuosa media sonrisa.

—Pensaba que iba a tomarme un café de lo más aburrido y ahora te tengo a ti para que me entretengas —comenta con ese punto algo arisco y muy exigente que nunca abandona su voz.

Pero ¿quién se cree que es?

—Ya te lo dije una vez. Yo no soy el entretenimiento de nadie y mucho menos el tuyo. No te conozco y ni siquiera me caes bien —sentencio.

Mi cristalino enfado parece divertirle muchísimo, como si de alguna manera hubiese reaccionado exactamente como esperaba.

Dejo su café de mala gana sobre la mesa y me doy la vuelta.

Es un gilipollas engreído.

—Y esa magdalena, ¿es porque no me conoces o porque no te caigo bien?

Sus palabras me frenan en seco. Otra vez ha sonado tan presuntuoso que tengo ganas de tirarle el dulce, el plato y hasta una silla a la cabeza.

—Es una tontería —contesto displicente a la vez que me vuelvo de nuevo y dejo el *muffin* sobre la mesa.

—Tiene una pinta deliciosa — comenta recostándose sobre la silla de metal.

Mi cerebro quiere ponerme las cosas difíciles y por un momento no estoy del todo segura de si habla del dulce o de mí.

—Es una tontería —repito con la esperanza de que, a fuerza de decirlo, se convierta en una verdad inexpugnable—. Estaba leyendo una revista de cotilleos...

—Qué feo —me interrumpe divertido.

—Soy humana —respondo contagiándome de su humor y ambos sonreímos—. Decía que hoy es tu cumpleaños —me excuso a la vez que, nerviosa, me cruzo de brazos.

Vuelvo a sentirme tímida y acelerada. No debería importarme lo que piense de mí y, ya puestos, ni siquiera debería haberle traído la magdalena.

—Podrías haber leído que me gustan de chocolate —se queja otra vez divertido.

—Idiota.

—Siéntate.

—Eres muy mandón.

Su sonrisa se transforma en una media y sexy y las mariposas de mi estómago se agitan descontroladas.

Vuelvo a humedecerme el labio inferior discreta y rápidamente a la vez que miro hacia el interior del local. No

consigo divisar el mostrador, pero imagino que tampoco hay nadie interesado en ver lo que estoy haciendo.

Aparto la silla despacio y me siento frente a él. Reese Montolivo no levanta sus ojos de mí. Estoy tan nerviosa que ni siquiera sé qué hacer con mis manos.

—¿Cuántos años cumples?

Ya sé cuántos cumple, pero necesito un tema de conversación con urgencia.

—¿Eso no venía en tu revista? —
inquiere socarrón a su vez.

—En... en realidad yo... yo no la estaba leyendo. Penny, mi... la otra camarera —digo señalando con torpeza hacia el local—, ella lo estaba haciendo.

Maldita sea, ¿qué me pasa? Ni siquiera soy capaz de mantenerle la mirada. No quiero acabar haciendo el ridículo o diciendo algo inapropiado. Lo mejor será que regrese al restaurante y me encierre en la cocina o, mejor aún, en la cámara frigorífica. La magdalena y sentarme aquí han sido dos ideas francamente malas.

—Será mejor que vuelva —digo a punto de levantarme.

—¿Tartamudeas siempre que estás nerviosa? —pregunta ignorando por completo mi comentario.

Debería marcharme y no mirar atrás, es lo más inteligente, pero algo en el modo en que su voz ronca y masculina

ha acariciado cada palabra y, sobre todo, algo en la manera en la que me mira consiguen que me sea imposible hacer algo tan sencillo y sensato como levantarme e irme.

—Sí —respondo monosilábica a la vez que asiento un poco avergonzada.

—¿Y por qué lo estás ahora?

Creo que él sabe perfectamente la respuesta a esa pregunta.

—Por... por ti —me sincero.

—¿Por qué? —inquire sin levantar sus ojos de mí.

—No lo sé —respondo, y esta vez le mantengo la mirada.

Reese Montolivo echa la cabeza hacia atrás estirando y tensando su perfecto cuerpo buscando de nuevo el sol a la vez que lanza un largo y profundo suspiro. Tengo la sensación de que, sin palabras, acaba de decir muchísimas cosas y esa idea hace que ya no quiera marcharme.

—Cumpló treinta y cuatro años — pronuncia mirándome de nuevo. Algo en su voz ha cambiado. No está siendo irónico ni burlón—. ¿Y tú?

—Veintiséis.

Me gustaría tener algo que beber sólo para poder jugar con la taza.

—Y eres escritora y trabajas como camarera.

Asiento.

—Sólo es algo temporal —me explico—, aunque me gusta trabajar en la cafetería. Es divertido.

Ahora es él quien asiente.

—Y tu trabajo, ¿te gusta? —pregunto al ver que él sigue callado—. ¿Salir en la televisión, ser famoso y todo eso?

—Sí y no —contesta enigmático con una media sonrisa.

Frunzo el ceño.

—¿Cómo que sí y no? —demando confusa.

Sonríe de nuevo, claramente riéndose de mí una vez más. Es antipático. No se esfuerza por ocultarlo

y, por algún extraño motivo, eso le hace todavía más atractivo.

—Tiene cosas buenas, como conseguir que las chicas me regalen magdalenas.

Pongo los ojos en blanco fingidamente consternada mientras trato de disimular una sonrisa.

—¿Y las malas?

Me observa y su mirada se vuelve más fría, más hermética. No parece la clase de persona a la que le guste hablar y mucho menos si no es por iniciativa propia.

—No me gusta que un pirado me persiga con una cámara de fotos cuando estoy corriendo por las mañanas.

—Yo sé por dónde corres por las mañanas, así que, si no empiezas a ser más amable, lo publicaré en Twitter y te arruinaré la vida.

Encantada con mi propia broma, comienzo a reír. Reese no deja de observarme. Aunque trata de disimularlo, puedo ver sus perfectos labios curvarse hacia arriba en una incipiente sonrisa.

—Me arriesgaré —sentencia al fin, y otra vez consigue que su ronca voz suene increíblemente sensual.

Su mirada me hipnotiza y poco a poco dejo de reír. Tiene los ojos más bonitos que he visto nunca.

—Lo peor es esa presión de no saber nunca por qué alguien se acerca a ti —continúa reconduciendo la conversación.

Yo me revuelvo en el asiento y cambio de postura tratando de escapar de la atmósfera de pura electricidad que se ha creado entre nosotros.

—¿Al chico del millón de dólares? —comento burlona.

No quiero que se dé cuenta de lo nerviosa que estoy.

—No me llames así —replica muy serio.

No está bromeando.

—Lo siento —musito.

Soy una idiota. Acaba de decir que odia la fama y yo le llamo por el apodo que le puso la revista *Star*.

La poca relajación que había conseguido alcanzar se esfuma y vuelvo a sentirme muy incómoda.

Él sigue observándome y por un momento creo que sus ojos podrían traspasarme y mirar dentro de mí.

—¿Sabes? He estado leyendo algunos artículos que escribiste para el *Times* cuando eras corresponsal de guerra en los Balcanes —comento tratando de sacar un nuevo tema de conversación y, de paso, dejándole claro que no sólo leo revistas de cotilleos—. Hiciste un trabajo increíble allí.

Su mirada se recrudece y su expresión cambia. Parece enfadado, más arisco de lo que suele ser.

—No... no soy periodista pe... pero creo que son muy buenos —añado nerviosa.

No dice nada y yo creo que he metido la pata hasta el fondo. Se levanta ágil, se saca la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros y, de ella, un billete de veinte que deja sobre la mesa.

—Tengo que irme —me anuncia frío, sin ni siquiera mirarme.

Yo también me levanto. No entiendo nada.

—¿He dicho algo que te haya molestado? —musito.

Reese Montolivo alza la cabeza y por fin vuelve a atrapar mi mirada. No soy capaz de identificar lo que veo en sus ojos azules, pero sé que algo ha cambiado. Abre la boca dispuesto a decir algo, pero parece arrepentirse y guarda silencio a la vez que se pasa la mano por el pelo.

—Adiós, Sophie —se despide y, sin ni siquiera esperar respuesta, gira sobre sus talones y se marcha.

—Adiós —murmuro, pero lo hago para mí. Reese Montolivo ya ha desaparecido calle arriba.

Después de unos segundos bochornosamente inmóvil, cojo el billete de veinte, el café y la magdalena

y regreso al local.

No entiendo qué ha pasado.

Me cobro el café pero yo pago la magdalena con las propinas que tengo en el bolsillo del mandil. Sé que es un gesto ridículo, pero quiero hacerlo. Al sacar el billete, el artículo doblado cae al suelo. Me agacho a cogerlo y lo observo un segundo. Con toda probabilidad le he parecido una pesada que averigua su cumpleaños en una revista y saca sus viejos trabajos de la hemeroteca. Su *groupie* particular.

«No creo que seas la única.»

Pongo los ojos en blanco. Voz de mi conciencia, te odio.

El resto del turno lo paso de un humor de perros. Por un lado, estoy frustrada y molesta por la imagen que le he dado y, por otro, estoy aún más enfadada por toda la importancia que le estoy concediendo. No se lo merece.

Mientras me quito el delantal y me pongo la cazadora vaquera, me obligo a dejar de pensar en él de una maldita vez. Hoy es el último día de Sarah en la ciudad y vamos a salir con Penny a celebrarlo. Cualquier cosa que no sean mis amigas de forma automática deja de existir, más aún si esa «cosa» es algo tan odioso, engreído, antipático y arrogante como Reese Montolivo.

Vamos al Salisbury Red Hotel y nos lo pasamos de cine. A la tercera ronda de vodka de mandarina, los chistes son cada vez más malos, pero inexplicablemente nos reímos todavía más.

Me despierta un ruido molesto y chirriante al otro lado del pequeño apartamento. Abro los ojos un segundo y vuelvo a cerrarlos de inmediato. Todo me da vueltas. El sonido se repite. Es el timbre.

No van a rendirse, así que me levanto y casi en el mismo instante me llevo las manos a la cabeza a la vez que resoplo. Tengo un dolor de cabeza horrible.

Después de maldecir a Sarah y a Penny por cada copa que me bebí ayer, consigo llegar hasta la puerta y abrir. Me encuentro cara a cara con un mensajero de esos que atraviesan la ciudad en una bici sin frenos a toda velocidad.

—¿Sophie Silver?

—Sí —respondo con la voz ronca.

Parece que mi cuerpo aún no se ha despertado del todo.

Me entrega un sobre de color sepia y me hace firmar en un albarán. Mientras cierro la puerta, veo el escudo de la Universidad de Columbia en el remite y sonrío de oreja a oreja. Es la documentación de las jornadas.

Tan pronto como regreso al salón, Sarah está al otro lado de la isla de la cocina, totalmente despeinada y con cara de pocos amigos, preparando café. Me siento en uno de los taburetes y sonrío cuando me tiende una botellita de agua helada y el bote de ibuprofeno. En un par de horas saldrá hacia el aeropuerto. Todavía no acabo de creérmelo.

Desayunamos y la ayudo a terminar la maleta. La bajamos entre las dos y estamos a punto de caernos unas tres veces en las dos plantas que nos separan de la calle. Sarah está hecha un auténtico manojo de nervios y la verdad es que yo también. Voy a echarla mucho de menos.

Volvemos a abrazarnos antes de que se monte en el taxi y después me quedo de pie en la acera viendo cómo mi mejor amiga se marcha camino del aeropuerto para coger un avión ¡a Kosovo! Desde los quince años, siempre hemos estado juntas. Definitivamente voy a echarla muchísimo de menos.

Me llevo las manos a la cintura y miro a mi alrededor a la vez que suspiro. No deben de ser más de las once. Bajo la cabeza y me humedezco el labio inferior fugaz, discreta y, sobre todo, nerviosa. Bryant Park está sólo a cinco paradas de aquí.

Sé que es una estupidez, pero odio pensar que se haya formado una imagen tan distorsionada de mí. No soy ninguna fan histórica.

Antes de que la idea cristalice en mi mente, subo de prisa a mi apartamento. Sólo pensaba coger mi bolso, pero, otra vez, antes de que me dé cuenta, me cambio mis vaqueros por un bonito vestido y me suelto el pelo.

Camino del metro, me retoco mis desastrosas ondas castaño claro, casi rubio, con los dedos en un desesperado intento de que queden ordenadas y no parezca que acabo de meter los dedos en un enchufe. No tengo nada claro que lo haya conseguido.

Llego a la entrada oeste del parque increíblemente nerviosa. Me he repetido una y mil veces que sólo he venido hasta aquí para aclararle lo que sucedió en la terraza de la cafetería, pero ahora no estoy del todo segura de que sea sólo por eso. Lo cierto es que me muero de ganas de verlo.

Mejor no sigas pensando, Silver.

Atravieso el camino lleno de coquetas mesitas de cafetería y entro en los jardines. No tardo en llegar al pequeño sendero donde nos encontramos por primera vez y tardo mucho menos en estar aún más nerviosa.

Me siento en el banco. Me coloco bien la falda del vestido y me agarro al borde de hierro forjado. No sé qué hacer con mis manos.

Lo observo todo y siento cómo el corazón me da un vuelco con cada pequeño sonido. Los diez primeros minutos sigo nerviosa; los diez siguientes, inquieta, y, cuando me doy cuenta de que llevo treinta minutos esperándolo, me siento total y completamente abochornada.

No va a venir y yo soy rematadamente estúpida.

Estoy regresando a la parada de metro de la 42 cuando mi móvil comienza a sonar. Lo saco de mi bolso y

miro la pantalla. No tengo el número registrado, pero sé que es de la centralita de la universidad.

—¿Diga?

—Sophie, soy el profesor Masterson.

—Profesor Masterson —respondo más animada—. Hoy mismo he recibido la documentación de las jornadas y ya...

—Sophie —me interrumpe.

No me ha gustado nada ese *Sophie*.

—¿Ocurre algo? —pregunto tratando de no sonar tan preocupada como me siento.

—Sophie, me gusta mucho tu trabajo —se apresura a decir—. Eres una excelente escritora y sabes que lo creo

de verdad.

El profesor Masterson hace una pequeña pausa, como si estuviera reuniendo valor. Un escalofrío helado me recorre la columna.

—La junta ha decidido sacarte de las jornadas, Sophie.

—¿Qué? ¿Por qué?

No puede ser.

—Consideran que tu trabajo, hasta ahora, no es lo bastante impactante. Tu libro está en vías de publicarse en una editorial, pero ésta es demasiado pequeña. Además, no creen que la literatura romántica sea un buen emblema para las jornadas.

Cierro los ojos y cabeceo. ¡Estoy furiosa! Básicamente me está diciendo que no puedo participar porque no les gusta lo que escribo ni para quién lo hago. Sólo son estúpidos clichés. E. L. James ha vendido más de cien millones de ejemplares y decenas de editoriales pequeñas dejaron de serlo cuando sus autores noveles se convirtieron en superventas.

—He hecho todo lo posible, Sophie.

—No se preocupe, profesor Masterson.

Sé que, si hubiese sido por él, estaría en el evento.

—Lo siento de veras —se despide antes de colgar.

—Yo también lo siento.

Cuelgo y, abatida, me siento en el bordillo de la acera, pero un taxi pasa a una velocidad endemoniada y está a punto de segarme las dos piernas, provocando que me levante de un salto. No me lo puedo creer. Esas jornadas iban a ser mi gran oportunidad.

Doy un profundo resoplido y pierdo mi vista en la calle. Estoy a un paso de empezar a martirizarme cuando noto que una gota de agua aterriza en mi mejilla. Alzo la mirada y suspiro al ver que empieza a llover. Genial. El día mejora por minutos.

Por mucho que corro hasta la parada de metro y de allí a casa, llego a mi apartamento completamente empapada. Cierro la puerta sin ninguna amabilidad y voy directa a mi habitación. Tengo que cambiarme de ropa.

Me estoy recogiendo el pelo húmedo en una coleta cuando caigo en la cuenta de que he subido con tanta prisa que he olvidado recoger el correo. Resoplo por enésima vez y, aunque ya he estornudado en dos ocasiones, bajo descalza.

Recojo al menos cinco sobres y vuelvo a mi apartamento. Los dejo sobre la isla de la cocina y comienzo a revisarlos. Los dos primero son facturas; el tercero, publicidad... y, al

ver el sello de la editorial en el cuarto, frunzo el ceño. Se supone que no tengo que reunirme con ellos hasta dentro de dos semanas.

Abro la carta rompiendo el lateral del sobre y saco el papel.

—«Estimada señorita Silver — murmuro mientras mis ojos recorren ávidos el folio—, le agradecemos la confianza que ha depositado en nosotros. Lamentablemente y sin merma de sus indudables méritos, nuestro departamento de autores noveles ha aconsejado romper nuestro principio de acuerdo...»

¡No me lo puedo creer!

Aún sujetando la carta, dejo caer mi mano sobre la encimera. No puede ser. ¡Maldita sea! ¡No puede ser!

Estoy a punto de echarme a llorar. ¿Cómo puede haberse torcido tanto mi vida en un único día? Comienzo a dar pisadas rápidas sobre el gastado parqué. De pronto regreso a mi habitación y me cambio todavía más rápido que hace unos minutos. Me pongo mis vaqueros, una bonita camiseta y mis botas de la suerte. Camino de la puerta llamo a Penny y quedamos en el Salisbury Red Hotel. No pienso quedarme hundida y llorando. No me lo merezco.

—¿Por qué tanta prisa? —pregunta mi amiga cobijada bajo el umbral de la puerta del pub—. Está diluviando.

—Mi vida es un asco —digo sin más.

Ella asiente un par de veces y me abre la puerta para que entre. Esas cinco palabras lo dicen todo.

Dejo el paraguas en un cubo junto a la puerta y me dirijo flechada hacia la barra. Necesito olvidarme de este día ya.

—Desembucha —me pide mientras busca al camarero con la mirada.

¿Por dónde empiezo?

—El profesor Masterson me ha llamado para decirme que ya no seré ponente en las jornadas de autores noveles.

Penny me mira y tuerce el gesto. Sabe lo importante que era para mí.

—Y, al llegar a casa, había una carta de la editorial esperándome. Ya no les interesa mi novela.

—Sophie, lo siento —me dice con sinceridad.

Yo me encojo de hombros sin saber qué otra cosa hacer. Me niego a llorar.

—Y encima esta mañana me... me he comportado como una auténtica estúpida. —Estoy tan nerviosa y tan enfadada—. He ido a Bryant Park...

Penny me mira interesada y también algo confusa y automáticamente me freno en seco. No puedo hablarle de Reese Montolivo. Me deja demasiado mal en demasiados sentidos.

—¿Para qué has ido a Bryant Park?
Piensa, cerebro, piensa.

—He ido a... a la biblioteca —tartamudeo—, a preparar mi exposición —continúo cuando ya vislumbro la mentira que voy a decir—. ¿No te parece una idiotez? He pasado la mañana en la biblioteca preparando unas jornadas en las que ya no voy a participar.

Penny asiente llena de empatía y yo suspiro mentalmente. Me he librado. No quiero ni pensar cómo se pondría si le cuento la verdad. Creo que, en primer lugar, me daría una paliza por haber quedado como una descerebrada delante de él tres veces, y después me daría otra por no haberlos presentados cuando Reese Montolivo ha estado en el Delightful.

—¿Qué queréis tomar? —pregunta el camarero deteniéndose al otro lado de la barra.

Es moreno, con el pelo ondulado, casi rizado, y los ojos oscuros. Exactamente el tipo de Penny.

—Cuatro Absolut Mandrin —

responde mi amiga.

Yo la miro con el ceño fruncido.

—¿Esperamos a alguien? —

pregunto.

Mi amiga niega con la cabeza mientras se mueve al ritmo de *Single Ladies*,* de Beyoncé, que suena a todo volumen.

El camarero deja los cuatro vasos frente a nosotras. Penny coge dos y me tiende uno.

—El primero, de un tirón —me informa—. Hay que olvidar este día de mierda.

Obedezco sin rechistar. El vodka baja ardiente por mi garganta y no puedo evitar toser cuando el cristal se separa de mis labios. Si te lo bebes así, la única manera de apreciar el sabor a mandarina es mirando la etiqueta.

—El segundo —dice Penny cogiendo los otros dos vasos y tendiéndome uno de nuevo—, lo disfrutamos como señoritas —sentencia guiñándome un ojo.

Sonrío. Estoy completamente de acuerdo.

Con nuestras copas en las manos, nos volvemos en busca de una mesa libre. Tenemos suerte y enseguida localizamos una.

—Por lo menos te queda el trabajo en el asco-Delightful —trata de animarme sentándose.

Sonrío por el agregado al nombre del restaurante, pero en realidad no me hace ninguna gracia. El trabajo en la cafetería me parecía divertido cuando era algo temporal hasta que pudiera vivir de mis libros. No es mi empleo soñado para el resto de mis días.

—Necesitas follar —dice como si fuera muy obvio.

Yo la miro no sé si más ofendida o más escandalizada, pero ella, en lugar de retractarse, asiente a la vez que frunce los labios. Yo cabeceo buscando una réplica válida, pero, si hago

memoria, no puedo evitar caer en la cuenta de que mi vida sentimental, lo mismo que la sexual, no es precisamente para echar cohetes. ¿Cuánto tiempo hace del último?

—Si tienes que pensarlo es porque hace una eternidad —comenta como si ese crucial detalle fuera aún más obvio—, lo que refuerza mi teoría: necesitas follar.

—Los tíos son lo peor —me defiende.

A falta de una respuesta mejor, echémosles la culpa.

—Sí, pero algunos están buenísimos —replica resignada.

Entonces pienso en Reese Montolivo. Reese Montolivo un poco sudado con la respiración suavemente acelerada. Reese Montolivo recostado de esa manera tan sexy en una de las sillas de la terraza del Delightful. Reese Montolivo en la portada del *Esquire*... El cabronazo está más que buenísimo, es un maldito dios griego.

—¿En qué estás pensado? — pregunta Penny.

—En nada —me apresuro a responder.

Mi amiga me mira perspicaz enarcando las cejas, pero decide concederme el beneficio de la duda.

Menos mal. No me apetece nada que me sometán a un interrogatorio con el odioso de Montolivo como protagonista.

Nos pasamos las tres horas siguientes bebiendo. Ni siquiera miro el despertador cuando llego a casa y me tiro en la cama todavía vestida. Sé de sobra que no va a ser una hora que me apetezca ver.

Quiero quitarme la cazadora, pero no quiero levantarme. Me abro las solapas y empiezo a sacarme las mangas. Me giro para tener una mejor postura y no sé cómo consigo que uno de los brazos se me quede atrapado bajo mi propio cuerpo. Tengo muchísimo sueño

y todo empieza a dar vueltas por la teoría de Penny de «ya que no puedes follar, deberías beber». Odio a Penny.

Otra vez me despierta algo estridente sonando en algún punto de la casa. Abro los ojos a regañadientes. Ayer olvidé echar las cortinas y el sol entra molesto como si no tuviera nada mejor que hacer que fastidiarme. Me duele muchísimo la cabeza, otra vez, y sigo odiando a Penny, mucho. Sea lo que sea lo que suena, se detiene, pero a los segundos comienza de nuevo. Me froto los ojos con las palmas de las manos y muevo la cabeza torpemente hacia el sonido. Es mi móvil.

Me obligo a enfocar la vista y lo veo en mi mesita. Estiro el brazo para cogerlo, pero de inmediato tengo que encogerlo. ¡Joder! Me duele muchísimo. ¿Por qué? Alcanzo el teléfono con la otra mano y por último descuelgo, o por lo menos lo intento. Me encanta este móvil, pero todavía no me acostumbro a eso de la pantalla táctil y que no tenga más que un mísero botón.

—¿Diga? —refunfuño.

—¡Sophie! ¡Soy yo!

Me despierto de golpe y me incorporo todo a la vez. ¡Es Sarah!

—Siento no haberte llamado ayer, pero es que no he parado ni un solo segundo —se excusa—. ¡Esto es

alucinante!

—Me alegro mucho.

Y lo digo de corazón; que mi vida sea un asco no significa que no me alegre por ella.

—¿Ya has vivido alguna aventura?
—pregunto socarrona.

—No, pero presiento que está al caer —responde convencida—. Este sitio va a darme el Pulitzer.

Sonríó de oreja a oreja. No lo dudo.

—He conocido a un montón de gente increíble —continúa. Está emocionadísima—, y no lo vas a creer —continúa como si cayese en la cuenta de algo—: ¿sabes quién está aquí?

—¿Quién? —pregunto curiosa.

Su voz se llena de interferencias y soy incapaz de entenderla.

—Sarah —la llamo—. Sarah, no te oigo.

El ruido se hace más intenso y de pronto la línea se queda en el más absoluto silencio. Me separo el teléfono de la oreja para ver si la llamada se ha cortado y en ese preciso instante la oigo llamarme a voz en grito.

—¡Sophie! —repite—. Las comunicaciones son un asco —se lamenta—. Bueno, cuéntame, ¿qué ha pasado en mi ausencia?

—Más de lo que piensas —murmuro.

Enseguida me arrepiento. No es algo de lo que quiera hablar cuando ni siquiera estoy segura de haberme despertado del todo.

—¿En serio?

Guardo silencio, rezando porque se olvide del tema espontáneamente. No va a pasar.

—Sophie —me apremia.

«Bocazas.»

—Me han quitado la ponencia en las jornadas y la editorial ya no está interesada en mi novela.

—Lo siento muchísimo.

—Lo sé.

—Esto es una señal, Sophie —se apresura a decir con total seguridad.

—Una señal, ¿de qué? —pregunto escéptica.

—De que tienes que venirte aquí —sentencia resuelta.

—¿Qué?

El *jet lag* debe de estar afectándole seriamente.

—Lo que has oído. Tienes que empezar de nuevo, Sophie. Aquí vivirás un montón de aventuras y con ellas escribirás un libro aún mejor que se pelearán por publicar.

Sonrío. La teoría es perfecta, pero la práctica... eso es otra cosa.

—No puedo irme a Pristina —digo realzando lo obvio—. Están en guerra.

¡Es una locura!

—Meeec —vocaliza imitando el sonido de error de los concursos de la tele—. Kosovo, capital Pristina...

—Sabelotodo —la interrumpo socarrona.

Estoy segura de que acaba de hacerme un mohín.

—No me interrumpas, idiota —se queja divertida—. Es un país independizado desde hace tres meses. La guerra terminó hace nueve años. Ahora estamos en un conflicto militarizado supervisado por la OTAN y las Naciones Unidas.

Definitivamente va a ser una gran periodista.

—«Conflicto militarizado» suena a guerra —replico.

—Sophie, no le des más vueltas. — Trata de reconducir la conversación—. Mete cuatro trapos en una maleta y coge el primer avión.

—No puedo —respondo de nuevo como si fuera obvio.

¡Y es obvio!

—Sí, sí que puedes.

Es una mandona. ¿A quién me recordará?

—Tú misma has dicho que tu vida es un asco.

—Yo no he dicho que mi vida sea un asco —me defiendo.

—Pero lo has pensado —replica sin asomo de duda.

Touchée.

Oigo revuelo al otro lado de la línea y a Sarah hablar con alguien.

—Tengo que dejarte —me anuncia—. Vamos a cubrir una noticia. Prométeme que te lo pensarás.

—Me lo pensaré —respondo automática.

—Sophie —se queja, supongo que por mi falta de entusiasmo.

—Te prometo que me lo pensaré —añado más convencida.

Pensar nunca ha hecho daño a nadie.

—Gánate ese Pulitzer —la animo socarrona.

—No lo dudes.

Colgamos y vuelvo a dejarme caer en la cama. Es una locura, pero la verdad es que una parte de mí no puede evitar pensar que sería la aventura más emocionante de mi vida.

Suspiro hondo con una sonrisa en los labios y miro el reloj. Si no quiero llegar tarde al trabajo, será mejor que mueva el culo.

En el Delightful tengo una de las jornadas laborales más patosas de toda la historia. Mezclo los pedidos, me peleo con la máquina de café y se me cae la bandeja, dos veces. Penny amenaza con meterme en el congelador a mí en vez de a Gordon.

—Y lo peor es que ni siquiera me estás dando conversación —protesta exasperada mientras colocamos los vasos recién salidos del lavavajillas.

—Lo siento —me disculpo sin mucho entusiasmo.

—Me hice amiga tuya para tener a alguien con quien charlar en esta pesadilla de trabajo.

La miro francamente mal y ella sonrío encantada con su propia broma, lo que hace que me vea obligada a pegarle en la cara con el trapo. Entonces ella se lamenta y la que sonrío soy yo, aunque me dura poco, ya que decide enrollar el trapo como lo hacían con las

toallas húmedas en *Desmadre a la americana* y me pega en el culo con ella.

—Duele —me lamento frotándome el trasero con la palma de la mano.

—Lo sé —responde satisfecha.

Nada más llegar al apartamento, me quito el bolso y la cazadora. Los lanzo contra mi sofá de segunda mano de Raymour & Flanigan y me siento a mi mesa, frente al portátil. Voy a escribir un libro nuevo y voy a triunfar. No hay espacio para las dudas ni para lamerse las heridas. Sin embargo, superado el entusiasmo inicial, me doy cuenta de una acuciante y dura realidad: no tengo ni la más remota idea de qué escribir.

Suspiro hondo y miro por la ventana.

Cuando nos mudamos a este apartamento, a Sarah no le importó que pusiera mi pequeño escritorio aquí en lugar de en mi propia habitación. Yo quería que estuviera bajo la ventana que da a la calle Perry porque así me siento un poco más como Carrie Bradshaw. Ella siempre miraba por la ventana, ladeaba la cabeza y escribía una frase perfecta en su viejo Mac. Yo tengo la ventana, el Mac y las mismas vistas, pero no me inspiran con tanta facilidad ni por asomo. Además, aunque es lo último que quiero, no dejo de darle vueltas a la misma idea: si me voy a Kosovo, no veré a Reese Montolivo

nunca más.

Así me paso los tres días siguientes, trabajando en la cafetería y después fingiendo que lo hago delante del ordenador. No sé qué escribir. Aunque nunca me atrevería a decirlo en voz alta, comienzo a pensar que, quizá, ni siquiera debería seguir escribiendo.

El miércoles estoy sentada a mi mesa golpeando el bolígrafo cada vez más rápido y desquiciadamente sobre mi bloc de notas cuando pierdo la vista en la ventana por enésima vez y suspiro con fuerza también por enésima vez. ¿Qué me retiene aquí? ¿Y si, como dice Sarah,

todo esto es una señal? ¿Y si tengo que darle un giro de ciento ochenta grados a mi vida? ¿Renovarse o morir?

Parece que la ventana por fin ha funcionado.

Entro en la página web de Virgin Airlines y me compro un billete a Pristina para dentro de dos días. Quiero empezar de cero y qué mejor sitio para hacerlo que un país que también está partiendo desde la línea de salida. Cada calle de Pristina comprenderá exactamente cómo me siento.

Me levanto y, más nerviosa de lo que he estado en toda mi vida, me preparo para hacer las dos llamadas que debo hacer. La primera, a Sarah. Me

parece entender que me dice que irá a recogerme al aeropuerto y que me reservará una habitación en su mismo hotel. No estoy muy segura. No ha parado de gritar desde que le he anunciado que nos veremos en cuarenta y ocho horas.

Cuelgo con una sonrisa de oreja a oreja, pero casi en el mismo instante resoplo. Ésta ha sido la llamada fácil, ahora viene la difícil.

Jugueteo con el teléfono entre mis manos sin animarme a llamar. No se lo van a tomar nada bien. Finalmente reúno valor y deslizo el dedo sobre la pantalla. Éste sería uno de esos momentos en los que me gustaría que

saltara el contestador, poder dejar un mensaje, que alguien lo borrara por accidente sin oírlo y dentro de cinco años poder decir aquello de «¡Pero si os lo dije!».

—¿Sophie? —responden al otro lado.

—Hola, papá. ¿Estás ocupado?

Por favor, di que sí. Por favor, di que sí.

—Para ti, nunca, Peque. Cuéntame.

Resoplo por enésima vez.

—Llamaba pa... para ver cómo estabais —murmuro nerviosa a la vez que, aún más inquieta, me levanto—. ¿Qué tal ma... mamá?

Soy una cobarde y mis labios intermitentes acaban de delatarme.

—Muy bien. Ha salido con Julie a tomar algo. ¿Y tú? —pregunta perspicaz. Sabe de sobra que tengo algo que contarle—. ¿Cómo estás?

—Bien.

Me pongo los ojos en blanco. Por Dios, tengo veintiséis años. Tengo que echarle valor.

—Papá —digo envalentonada—, recuerdas que Sarah se ha marchado a Kosovo con la beca que ganó, ¿verdad?

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Pues me ha surgido la oportunidad de poder acompañarla y he aceptado.

Durante un par de segundos, no oigo nada. Como he hecho con Sarah, me aparto el teléfono de la oreja para ver si se ha cortado la llamada.

—Peque —más que decirlo, creo que lo ha resoplado—: ¿lo has pensado bien? Hasta hace prácticamente dos días estaban en guerra.

—Lo sé.

—Sé que te desenvuelves muy bien lejos de casa y estoy muy orgulloso de ti, pero una cosa es hacerlo en Nueva York y, otra muy distinta, en el otro lado del planeta. —Trata de hacerme entender armándose de paciencia.

—Papá, las cosas se han torcido un poco aquí. Ya no expondré en las jornadas, la editorial ha rechazado mi libro... Necesito un cambio.

—Necesitar un cambio sigue sin parecerme un motivo de peso para mudarte a un país que tiene cascos azules patrullando por sus calles.

Tiene razón.

—Tienes todo el derecho del mundo a pensar que esto es una locura, pero quiero hacerlo.

Mi padre resopla otra vez. Es teniente de bomberos en la estación 87 de South Boston y el hombre más valiente que conozco, pero, cuando se

trata de mi madre, de mis hermanos o de mí, le cuesta un mundo ceder si ve el más mínimo peligro.

—Prométeme que tendrás cuidado —claudica.

La sonrisa más grande del mundo se instala en mis labios. Necesitaba saber que está de acuerdo con esto.

—Tendré cuidado.

—Y no hagas tonterías —me advierte—. Usa la cabeza. Eres una chica lista, quédate siempre con eso. —Suspira—. Dios, tu madre va a volverse completamente loca.

Mi sonrisa se ensancha aún más, pero en el mismo microsegundo tuerzo el gesto. No va a tomárselo nada bien.

Me despido de mi padre y de inmediato me voy a mi habitación y comienzo a hacer mi maleta. Un par de horas después, lo tengo casi todo listo. Sólo me llevaré una maleta pequeña. Es un sitio caluroso, según he visto en internet, pero, sobre todo, no necesitaré mucha ropa porque no voy allí a hacer turismo o a lucir palmito. Tengo mis prioridades muy claras.

Estoy nerviosa, pero es una sensación diferente, mejor. No estoy inquieta, estoy emocionada. Todo va a cambiar y, aunque asusta, es lo que quiero.

La alarma suena, pero yo ya estoy despierta. Los nervios burbujan en mi estómago y todo mi cuerpo está en tensión. ¡Me voy a Kosovo!

Me levanto de un salto y me meto en la ducha. Aunque tengo el equipaje bien preparado, todavía debo comprar algunas cosas, explicarle a mi jefe que me marcho y, lo más importante, despedirme de Penny. También tengo en mente algo más que hacer, pero es una idea tan increíblemente estúpida que me niego incluso a pensarla.

Llego al Delightful con una mezcla de nostalgia y pura emoción. Atravieso la puerta y camino hasta la barra. Penny está secando los vasos al otro lado del

mostrador con cara de pocos amigos. Al alzar la cabeza y reparar en mi presencia, frunce el ceño extrañada.

—¿Qué haces aquí? Es tu día libre.

—Ya... ya lo sé, pero... pero tenía que hablar con vosotros. ¿Están Gordon y el jefe?

Su expresión se vuelve aún más confusa a la vez que asiente. Me mira esperando a que continúe y, cuando se da cuenta de que no voy a adelantarle nada, me dedica un mohín que me hace sonreír y empuja la puerta batiente de la cocina para llamarlos. A los pocos segundos, los dos salen.

Cuando les explico todo lo que me ha ocurrido estos días y que voy a marcharme a Kosovo, los tres me miran como si me hubiera salido una segunda cabeza.

—¿Estás segura? —balbucea atónita Penny.

—Sí, claro que lo estoy.

—¿Segura de verdad? —inquire de nuevo.

Resoplo algo molesta.

—Cuando Sarah nos dijo que se marchaba, no te pareció tan extraño —me quejo.

—Porque Sarah es Sarah y tú eres tú, Sophie.

No tengo del todo claro qué ha querido decir, pero sospecho que no me deja en muy buen lugar.

—No te enfades —me pide—, pero ella está más... —parece no encontrar la palabra adecuada— ... preparada para una aventura así —suelta al fin—. Tú eres demasiado... —Ahora no creo que no encuentre la palabra adecuada, más bien no quiere tener que decírmela.

—Ingenua —la interrumpe Gordon.

—Yo habría dicho inocente —se apresura a rebatirle Penny.

—Voy a estar bien —les aclaro a los tres.

Penny resopla y finalmente rodea el mostrador con el paso ligero y me da un abrazo de oso.

—Cuídate mucho —me advierte sin soltarme.

—Lo haré.

Hace unos días pensaba que echaría muchísimo de menos a Sarah. Ahora sé que echaré muchísimo de menos a Penny. Tal vez podría convencerla para que viniese con nosotras.

—Espero que conozcas a un guerrillero kosovar sexy que te haga ver las estrellas —dice soltándose.

Mi sonrisa se ensancha y, aunque trata de disimularlo, a Gordon también se le escapa una.

—Va a conseguir que acabe encerrándola en el congelador —farfulla divertido.

Yo sonrío de nuevo. Me pregunto si es un buen momento para comentar que ella tiene exactamente los mismos planes con respecto a él.

Me quedo unos minutos más y, tras despedirme otra vez de todos, me marcho. Atravieso la puerta del Delightful suspirando y sonriendo al mismo tiempo. Estos últimos días estoy descubriendo de cuántas maneras se puede estar nerviosa.

De vuelta a casa, me paro en el Rockefeller Plaza. Quiero comprar una guía sobre Kosovo. No necesito

repetirme que no voy a hacer turismo, pero una guía me ayudará a tener nociones básicas sobre el país y la cultura que me serán muy útiles.

Estoy atravesando Times Square camino de mi apartamento, balanceando con suavidad mi bolsita de papel de Posman Books, cuando, sin ningún motivo en especial, alzo la cabeza y me encuentro prácticamente de frente con la gigantesca pantalla de televisión que ofrece las últimas noticias en la esquina de la 44. No ocurre nada en particular, pero esa pantalla tiene un reloj y ahora mismo son las doce en punto. Son las doce en punto y yo sólo estoy a un par de manzanas de Bryant Park. Suspiro

con fuerza. Supongo que es una estupidez y ni siquiera debería planteármelo, pero voy a marcharme al otro lado del mundo y sólo quiero verlo. Además, aunque me he negado a admitirlo, es exactamente lo que llevo queriendo hacer desde que me he levantado.

Miro a ambos lados y cruzo la calzada camino del parque, pero no he avanzado más de un par de metros cuando me detengo en seco. ¿Qué estoy haciendo? No somos nada. Ni siquiera tengo muy claro que me caiga bien y todavía recuerdo el ridículo que hice esperándolo durante más de media hora hace unos días. Lo tengo clarísimo;

entonces ¿por qué algo dentro de mí me grita a pleno pulmón que me arrepentiré si me marcho sin verlo una vez más?

Cabeceo enfadada y comienzo a andar como si lo estuviese haciendo en contra de mi voluntad. Llego al parque en cuestión de minutos. Tomo el pequeño sendero y enseguida me encuentro con el viejo banco de hierro forjado. Estoy acelerada e inquieta, pero también sé que lo estoy de manera diferente.

Me siento y me limito a esperar. Los primeros cinco minutos estoy tan nerviosa que ni siquiera puedo pensar, pero, cuando ya llevo quince sentada en el banco, comprendo que no va a venir.

No quiere volver a verme y es más que probable que haya cambiado su ruta y su hora de correr sólo para no encontrarse con la *groupie* tarada.

Tuerzo el gesto. Yo no soy así y odio que se haya formado una imagen tan equivocada de mí. Sin embargo, antes de que me dé cuenta, un enfado lleno de una bulliciosa dignidad se apodera de mi cuerpo. Es un gilipollas. Él no ha tenido ni una sola frase amable conmigo desde que nos conocimos y no le ha importado lo que yo pudiese pensar de él.

Me levanto y vuelvo al camino principal. Reese Montolivo se acabó y esta vez es de verdad.

En mi apartamento, reviso que lo llevo todo por tercera vez y vuelvo a sentarme en el borde de la cama. El avión no sale hasta las cinco de la mañana, pero ya he llamado al taxi. Prefiero ir con tiempo. Además, aquí sentada no me queda otra que pensar y pensar y, en definitiva, ponerme como un flan.

Cuando llaman al portero automático, me levanto de un salto con una sonrisa inmensa y nerviosa, pero una sonrisa al fin y al cabo.

El taxista sube los siete escalones que separan mi portal de la acera y me quita la maleta de las manos. Aún no ha amanecido. Yo suspiro de nuevo y lo

sigio hasta el coche amarillo. Tomo asiento y espero a que el conductor lo haga. Por un momento parece que todo está pasando a cámara lenta. Voy a hacerlo. Voy a empezar de nuevo. Todo va a cambiar. Sólo espero no estar equivocándome.

—A la terminal de salidas del JFK, por favor.

Estoy asustada, mucho, pero tengo la excitante sensación de que voy exactamente a donde tengo que ir.

Son las once de la mañana en Nueva York, lo que significa que son las cuatro de la tarde aquí. No, creo que no. Hago memoria. Debería estar más atenta cuando Sarah me explica este tipo de

cosas. Son seis horas, recuerdo victoriosa, así que son las cinco de la tarde en Kosovo. Más me vale tener claro el huso horario. Sobre todo para tomarme la minipíldora. Todavía recuerdo lo pesada que se puso la doctora Miller con que debía tomármela siempre a la misma hora. Hace cuatro años que lo hago y me lo sigue repitiendo con cada receta.

Bajamos directamente a la pista desde el avión. El aeropuerto es algo pequeño, pero también increíblemente fortificado. Paso un control de seguridad militarizado y al fin llego al vestíbulo.

Aquí todo el mundo parece ir con prisas. Tiene el aspecto de un aeropuerto común, pero no lo es.

Sarah me ha mandado un *email* diciéndome que ha tenido que salir a cubrir una noticia, pero que mandará a un tal Matt a recogerme. Me asegura que es un tío simpático y muy guapo. Según mi queridísima amiga, con esas señas no tendré ningún problema en reconocerlo.

Me detengo junto a las puertas de salida y me quito la cazadora vaquera. Aquí hace más calor del que imaginaba. Me aliso mi camiseta gris con pequeños estampados y sigo el movimiento hasta mis viejos vaqueros. Tomo aire. Extrañamente, ya no estoy tan nerviosa

como cuando me dirigía en taxi al aeropuerto o, por lo menos, no lo estoy de la misma forma. Empiezo una nueva etapa en mi vida, emocionante y muy diferente a todo lo que me ha pasado hasta ahora, y quiero disfrutarla. Voy a disfrutarla.

Mi mirada se pierde en la diáfana sala y todo mi cuerpo se tensa cuando veo a una pareja de soldados patrullando. Nunca había visto una ametralladora tan de cerca. Llevan los cascos pintados de azul. Deben de pertenecer a las fuerzas de paz desplegadas por la ONU. En el vuelo he leído varios artículos para ponerme al día. La guerra de Kosovo empezó en

1996. En 1999 intervinieron las fuerzas internacionales de la OTAN y las Naciones Unidas y desde ese mismo año se envió un destacamento, la KFOR, para velar por la seguridad de la población y evitar un recrudecimiento del conflicto. En teoría la guerra ha acabado, pero nada en esta ciudad, aun sin haber salido del aeropuerto, parece indicarlo.

En ese preciso instante, las puertas se abren y un chico algo mayor que yo entra con el paso acelerado. Lleva un polo blanco y unos formales chinos marrones. Se detiene en el centro del

vestíbulo y mira a su alrededor. Comprendo inmediatamente que se trata de Matt.

Dejo la cazadora sobre mi maletita, la tumbo con el pie y tiro de ella a la vez que echo a andar.

—¿Matt? —lo llamo cuando estoy a unos pasos de él.

Él se gira y al fin repara en mí.

—¿Sophie? —inquiere con una bonita sonrisa.

Asiento y le tiendo la mano que me queda libre. Tiene el pelo castaño peinado de una manera muy clásica y los ojos grandes y marrones.

—Siento el retraso —se disculpa—.

No contaba con que pondrían un nuevo control militar a un par de kilómetros.

—No te preocupes —me apresuro a contestar—. No llevo aquí ni cinco minutos.

Él me sonrío de nuevo y me hace un gesto indicándome que va a coger mi maleta. Yo se lo agradezco con otra sonrisa. Sarah tenía razón, es muy simpático y también muy guapo.

—El calor aquí es un poco asfixiante —comenta al ver mi cazadora—, pero te acostumbrarás.

Camino de la salida, nos cruzamos con una nueva pareja de soldados. No puedo evitar quedarme mirándolos; sin

embargo, no llaman la atención de Matt de ningún modo. Supongo que al cabo de un tiempo simplemente te acostumbras.

—El coche está cerca —me anuncia—. De todas formas, no estamos muy lejos de la ciudad.

Cruzamos las puertas de cristal. El calor se hace más intenso en cuestión de segundos. Matt lleva su vista a un lado y alza la mano. Por inercia, miro hacia donde él lo hace y creo que estoy a punto de desmayarme.

No puede ser.

Sencillamente no puede ser.

Está apoyado, casi sentado, en la puertezuela abierta de la parte de atrás de un viejo jeep militar. Sus manos agarran con fuerza el metal a ambos lados de sus caderas y sus antebrazos se tensan armónicamente. Lleva una sencilla camisa azul grisáceo de lino de la que se ha desabrochado los primeros botones y remangado las mangas. La luce por fuera de unos vaqueros gastados y unas Adidas blancas que lo están aún más. Está guapísimo, con las mismas Ray-Ban con las que lo vi la última vez; en realidad, está aún más

guapo que aquel día. Sin duda alguna, ha conseguido que su aura de delirante atractivo se mude con él de continente.

Al verme, se incorpora y esa misma tensión se reparte por todo su cuerpo. A pesar de la distancia que nos separa y sus gafas de sol, siento su mirada recorrer cada centímetro de mi piel.

El corazón me late ridículamente deprisa y creo que he dejado de respirar. ¿Qué hace aquí? ¿Qué hace Reese Montolivo aquí? No puedo pensar en otra cosa.

Matt echa a andar y yo me obligo a hacerlo con él.

—Sophie, éste es mi hermano —nos presenta—. Reese, ella es Sophie.

Reese Montolivo da un paso hacia nosotros. Por un momento creo que va a caminar hasta mí y abrazarme y, ya puestos, también a besarme. Sólo he necesitado verlo un segundo para que mi imaginación vuele libre. Pero entonces, se pasa la mano por el pelo y con ese simple gesto soy muy consciente de que ha recuperado todo su autocontrol. Le quita mi maleta de las manos a su hermano y, sin ni siquiera saludarme, la guarda en el maletero sin mirar atrás.

Rodea el coche y se sienta al volante. Parece enfadado. Está claro que no tenía ni la más remota idea de a quién

venía a recoger. Vuelve a pasarse la mano por el pelo y su mirada se pierde al frente.

—Sube —me indica Matt sacándome de mi ensoñación.

Asiento obligándome a dejar de observar a Reese y me acomodo en la parte de atrás del jeep. Él no dice nada y se limita a arrancar. Con el rugido del motor, comienza a sonar *I'm Alive*,* de Johnny Thunder.

Salimos de la zona del aeropuerto prácticamente en segundos. Antes de que me dé cuenta, estoy contemplando de nuevo a Reese. ¿Cuánto tiempo lleva aquí? ¿Por qué no me lo dijo? Las

preguntas bullen en mi garganta y tengo que hacer un esfuerzo enorme por no pronunciar ninguna.

—Esto te gustará, ya verás — comenta Matt girándose hacia mí—. Es como el calor, sólo tienes que acostumbrarte.

—Seguro que sí —musito.

—Sarah me ha dicho que eres escritora —continúa— y has venido a vivir aventuras para escribir tu próximo libro. Eso suena bien.

De reojo, veo cómo Reese resopla malhumorado y se agarra con más fuerza al volante. Empiezo a pensar que le molesta que esté aquí.

—Sí —respondo y, no sé por qué, empiezo a ponerme nerviosa—, quiero probar a... a escribir cosas nuevas.

Alzo la mirada y me encuentro con la de Reese a través del espejo retrovisor. Todo esto es demasiado desconcertante.

—Pues, si has venido buscando aventuras —dice Matt trayéndome de nuevo a la realidad—, éste es tu lugar.

Reese acelera. Su hermano lo reprende con la mirada, pero él no le hace el más mínimo caso. Yo suspiro bajito, tratando de que no se den cuenta, e intento por todos los medios

tranquilizarme. Desde luego, el universo siempre me tiene reservada una mejor que la anterior.

El aire templado me acaricia la cara y lo agradezco. Atravesamos la ciudad relativamente rápido. Intento prestar atención, observar las calles que vamos cruzando, pero estoy tan inquieta que me es imposible concentrarme.

Detiene el coche en una calle cualquiera y la música se para en seco.

—Éste es tu hotel —me anuncia Matt.

Tal y como me ha pasado antes, sus palabras me sacan de golpe de mi burbuja.

—En realidad todos vivimos aquí —
continúa—. Es el hotel más decente de
Pristina.

¿Reese también vive aquí? Genial.
Lo último que necesitaba: compartir
cama con el enemigo. Quiero decir,
techo. Jamás compartiría cama con él.
Maldita sea. Subconsciente, no me
traiciones.

«¿Sólo el subconsciente?»

Me obligo a mirar el edificio y
automáticamente alzo las cejas. Es
increíble, muy alto y antiguo, lleno de
molduras y con una inmensa puerta. Me
sorprende que los serbios no lo
bombardearan durante la guerra.

Imagino que fue porque la prensa internacional estuvo alojada aquí desde el principio.

Matt se baja y mueve su asiento para que yo pueda hacer lo mismo. Continúa hablando del hotel, de Pristina y de que la ciudad es muy bonita a pesar de todo, pero lo cierto es que no le estoy prestando atención.

Para mi sorpresa, Reese se quita las gafas y las tira con brusquedad sobre el asiento a la vez que se apea del jeep. Camina hasta la parte de atrás del coche, abre la puertezuela sin ninguna delicadeza y saca mi maleta.

—No es necesario —digo mientras me apresuro a lanzar las manos para cogerla.

Ahora mismo sólo quiero meterme en el hotel.

Pero él no suelta mi equipaje y, cuando yo intento quitársela, nuestros dedos se rozan. Una corriente eléctrica me sacude y todo lo que me he esforzado en tratar de controlar en el jeep, incluso en Nueva York, me arrolla por dentro. Sus ojos se clavan en los míos y, sin quererlo, vuelvo a sentirme abrumada, tal como me he sentido cada vez que he estado cerca de él.

—No... no es necesario —repito en un murmullo.

Tiro con delicadeza de la maleta suplicándole mentalmente para que la suelte y me deje escapar. Reese Montolivo parece escuchar mi petición y, despacio, deja mi valija en el suelo.

—Ten... tengo que... que irme — musito.

Estoy demasiado nerviosa. Reese me observa y por un momento su expresión se suaviza, como si el hecho de verme tartamudear despertara algo de ternura en él. Por un instante nos quedamos mirándonos. Tiene los ojos más azules que he visto nunca... pero no puedo permitir que el momento me absorba y me obligo a apartar la vista.

Suspiro hondo y me giro hacia Matt.

—Muchas gracias por traerme —
digo esforzándome en sonreír.

—Ha sido un placer —contesta él.

Comienzo a andar hacia el hotel muy concentrada en mi paso. Reese continúa observándome y lo último que necesito es darme de bruces contra el suelo. Ya he hecho el ridículo suficientes veces delante de él.

¿Qué hace aquí? Sencillamente no me lo puedo creer.

Cruzo la pesada puerta y atravieso el vestíbulo hasta llegar a una desvencijada recepción. Por un momento tengo la sensación de que me he transportado a un hotel de los años cuarenta. Las paredes están cubiertas de

papel pintado algo antiguo y también algo ajado y una lámpara de araña gigantesca lo corona todo. Me sorprende, incluso me parece extraño, que haya sobrevivido ahí colgada.

—¿Puedo ayudarla en algo, madame? —me pregunta un hombre saliendo de una pequeña habitación tras el mostrador. Está impecablemente vestido con un esmoquin y perfectamente peinado con la raya a un lado.

—Sí —contesto con el ceño fruncido.

Debemos de estar a algo así como doscientos grados. ¿No tiene calor?

—Quisiera saber cuál es la habitación de Sarah Becket, por favor. Soy Sophie Silver.

El hombre me dedica una profesional sonrisa.

—Mademoiselle Becket nos informó de su llegada. Ella está alojada en la habitación 207. Usted tendrá la 208. ¿Me permite su pasaporte?

Asiento y le entrego mi documentación. Mientras espero, me doy cuenta de que, junto a la recepción, separado por un ceremonioso arco, hay un bar. Parece un sitio muy bullicioso. La gente no deja de entrar y salir,

también hombres y mujeres de uniforme, pero no patrullando, sino como simples clientes.

—Su llave —me informa tendiéndome una adornada con un llavero de plata labrado—. ¿Necesita ayuda con su equipaje?

Niego con la cabeza.

—Gracias —añado con una sonrisa que el hombre me devuelve.

Giro sobre mis pies y me dirijo a la majestuosa escalera. No puedo dejar de pensar que en 1940 este sitio debía de competir en lujo y elegancia con el mejor hotel de París.

Subo a la segunda planta y me encamino a mi habitación. Estoy llena de curiosidad. No sé qué esperar de mi cuarto. La puerta se atranca y tengo que pelearme con ella. Al final la empujo con fuerza con el hombro y la cadera y se abre chirriando y chocando contra la pared.

Entro con el paso titubeante. Las paredes también están decoradas con papel pintado, pero de un tono diferente al del vestíbulo. Tiro de mi maleta y atravieso el pequeño recibidor hasta llegar a la habitación en sí. Sonrío encantada. Es tan vieja que ya ni siquiera es *vintage*, pero a la vez es muy bonita y acogedora.

Una cama de matrimonio con un gran cabecero preside la estancia. Tiene dos mesitas a juego y también una cómoda y un tocador. Me acerco al mueble y acaricio el marco del espejo de madera envejecida. Es precioso, realmente precioso, parece sacado de una novela de Jane Austen. Hay una polvera y un pastillero con una imagen de un cuadro, creo que de Monet, reproducido al detalle. Lo cojo y lo acaricio con cuidado. Nunca pensé que encontraría algo así aquí.

Tras un par de minutos embobada con cada detalle, tomo aire a la vez que choco las palmas de mis manos contra

mis caderas. Es hora de ponerse en marcha.

Dejo la maleta sobre la cama, la abro y saco uno de mis vestidos. Conseguí dormir algo en el avión, así que decido darme una ducha para quitarme la pesadez de encima y salir a conocer la ciudad. No tengo ni idea de cuándo regresará Sarah y estoy deseando explorar. Además, ya estamos prácticamente a última hora de la tarde. En un sitio tan caluroso como parece que es Pristina, esta hora es la mejor para pasear. No quiero ni pensar cómo será la temperatura a las doce del mediodía.

Me anudo las Converse y me cuelgo el bolso cruzado. Guardo en él mi móvil y la guía que compré sobre la ciudad. Trae un mapa. Me será útil.

Bajo al vestíbulo con la sonrisa en los labios. El viaje ha comenzado con algunos detalles con los que no contaba, sobre todo con uno, pero no pienso pensar en ello un solo segundo.

Me acerco a recepción para preguntar por dónde empezar, pero no hay nadie. Me apoyo en el mostrador y me inclino levantando los pies, tratando de buscar en el pequeño cuarto anexo al empleado tan simpático y elegante de antes. No hay ni rastro.

—Ese vestidito también me gusta.

Su voz atraviesa el bullicioso ambiente y soy capaz de captar el deje arrogante con el que ha pronunciado cada letra. Me bajo de un salto e inmediatamente me aliso la prenda. Creo que incluso intento estirla para que, por arte de magia, me llegue por los tobillos.

Reese sonrío encantado. Está claro que he reaccionado tal como esperaba.

—¿Qué quieres? —pregunto arisca.

No entiendo por qué cada vez que lo veo está más guapo que la anterior. Es increíblemente injusto.

—¿Qué haces aquí? —inquire clavando sus preciosos ojos en los míos.

Ya no parece furioso, pero algo me dice que quiere que responda a esa pregunta y quiere que lo haga ya.

—No he venido por ti —me defiende con rapidez—. Ni siquiera sabía que estabas aquí.

Me niego a que dé por hecho que he venido aquí siguiéndolo o algo por el estilo. Sin embargo, creo que, al ser yo la primera que ha mencionado el tema, parezco extrañamente culpable.

Bien hecho, Silver.

Reese Montolivo me dedica su media sonrisa y la sangre me hierve. ¡El sucio bastardo lo piensa de verdad!

—Quieres vivir aventuras —comenta burlón.

¿Por qué, de pronto, me siento como una niña pequeña? No hay nada de malo en querer conocer mundo y, además, no tengo por qué darle ninguna explicación de lo que hago o dejo de hacer.

—No es tu problema —replico—, y este hotel parece muy grande, ni siquiera tenemos por qué volver a coincidir.

Giro sobre mis pies y comienzo a caminar dispuesta a alejarme de él.

—¿Eso significa que no vas a traerme más magdalenas?

Aunque no lo veo, sé que tiene esa impertinente y presuntuosa sonrisa en los labios. Me detengo en seco y me doy la vuelta despacio. Maldita sea, no me equivocaba. Pero ¿quién se cree que es?

—Todavía no tengo claro que te merecieras la primera —respondo insolente.

—Apuesto a que incluso la pagaste con las propinas que te ganabas trabajando tan duro.

¡Qué gilipollas!

Se está riendo de mí. Nunca había tenido instintos homicidas hasta que lo conocí.

—Claro, porque soy incapaz de olvidar que eres un capullo presuntuoso y me tienes en la palma de tu mano —comento sardónica.

Puede que sea un poco así, pero no pienso reconocerlo jamás.

—Yo no lo había expresado mejor —contesta arrogante—, muñeca —sentencia disfrutando de la rabia que sabe que esa simple palabra me provoca.

Yo frunzo los labios y me giro de nuevo. Mi cuerpo protesta, pero hago oídos completamente sordos. Lo odio y quiero perderlo de vista.

—¿Adónde vas? —pregunta.

No se acerca. La seguridad de sus palabras es tan aplastante que vuelve a pillarme fuera de juego, como si algo en su voz me ordenase que le respondiese.

—No es asunto tuyo —le espeto al tiempo que me doy la vuelta por cuarta vez.

Sigo furiosa, pero desobedecer a esos ojos azul oscuro es muy complicado.

—Siempre tienes que decirle a alguien adónde vas. Es la primera regla aquí —replica arisco, exigente. Logra intimidarme.

—Voy... voy a conocer la ciudad.

Odio tartamudear delante de él.

—Ahora tengo algo de tiempo.

¿Qué?

—No quiero ir contigo —respondo con el ceño fruncido.

No pienso pasar un solo segundo más con él. No voy a darle la oportunidad de que vuelva a reírse de mí.

—No voy a dejar que te pasees sola por ahí.

Da un paso hacia mí y todo mi cuerpo traidor se tensa y se enciende sin remedio.

—Me las apañaré —murmuro, y tengo que dar las gracias porque mis palabras no se hayan entrecortado.

—No, no lo harás —sentencia dando un paso más—. O vienes conmigo o te quedas en el hotel.

Está demasiado cerca y yo creo que acabo de perder el poco sentido común que me quedaba. Bajo la mirada y la clavo en las puntas de mis Converse blancas. Me siento intimidada y

nerviosa, pero, al mismo tiempo, algo que ni siquiera entiendo brilla dentro de mí con una fuerza cegadora.

Suspiro tratando de tranquilizarme, pero, como no tengo claro haberlo conseguido, alzo la cabeza y me limito a asentir.

Qué rápido te convencen, Silver.

Reese Montolivo atrapa su labio inferior con los dientes y, sin dudarlo, agarra mi mano obligándome a echar a andar. El contacto me sacude por dentro. Sigo odiándolo, pero las mariposas que revolotean en mi estómago no opinan exactamente lo mismo.

Salimos del hotel y caminamos hasta el mismo viejo jeep militar. Me abre la puerta y espera paciente a que me monte.

Cuando él lo hace, arranca y la música vuelve a sonar. No reconozco la canción. No es la misma de antes. Se incorpora a la calzada sin mucho cuidado y, rápido, nos adentramos en la urbe.

Conduce a una velocidad bastante alta teniendo en cuenta lo caótico del tráfico. Ya no parece tenso ni incómodo. Me recuerda al Reese Montolivo de Bryant Park.

Decido dejar de mirarlo, aunque sea de reojo, eso no me lleva a ninguna parte, y me centro en la ciudad. Abro mi

bolso y saco la guía. Quiero saber exactamente dónde estamos. El problema es que nunca he sabido orientarme muy bien y preferiría morirme antes que preguntárselo a él.

Reese me observa un segundo y vuelve a hacer ese gesto tan sexy de apretarse el labio con los dientes antes de sonreír con algo de malicia. Para desgracia del género femenino, una sonrisa de lo más sexy.

—¿Has traído una guía de viaje?

—Sí, una guía, Montolivo. Vienen muchas fotos y palabras y tú tienes que leerlas —hago una pausa absolutamente a propósito—, las palabras, no las fotos —añado socarrona.

Estoy tan satisfecha por mi propia broma que comienzo a reír, pero, cuando de forma involuntaria gruño como un cerdito, paro avergonzada y mis mejillas se tiñen de inmediato de un rojo brillante. Reese Montolivo me mira de reojo y una sonrisa tenue pero sincera aparece en sus labios. Me gusta esa sonrisa.

—Parece una guía muy interesante. —¿Está siendo amable? Me temo lo peor—. ¿Viene la mezquita del mercado?

Frunzo el ceño confusa.

—No lo sé —respondo mientras reviso las páginas tratando de encontrarla.

—Comprueba si las visitas en grupo continúan o se han cancelado temporalmente por culpa de la guerra — sentencia riéndose de mí una vez más.

¡Qué capullo!

Abro la boca dispuesta a defenderme, y de paso llamarlo de todo, pero me contengo. No voy a entrar en su juego de ninguna manera.

Gilipollas. Gilipollas. Gilipollas.

Reese sonrío más que satisfecho y yo cierro el libro de golpe y lo meto de nuevo en mi bolso. Si no fuera porque no tengo ni la más remota idea de dónde estamos, saltaría del coche en marcha.

«Para eso tienes la guía, ¿no?»

Sin previo aviso, Reese detiene el jeep y se baja. Parece que hemos llegado a dondequiera que vayamos. Me quito el cinturón de seguridad y, cuando estoy a punto de tirar de la manija para abrir la puerta, Reese me sorprende haciéndolo por mí y esperando a que salga. Sé que no son más que buenos modales, pero no puedo evitar sorprenderme.

Mis pies apenas han tocado el suelo cuando me coge de la mano y me obliga a empezar a caminar. El tacto, el calor y toda la electricidad de su palma contra la mía despiertan las mariposas en la boca de mi estómago. Aun así, mi sentido común vuelve a tomar el control

de la situación. No estamos paseando, incluso me cuesta seguir su ritmo. Sin embargo, da igual cuántos peros le ponga, me gusta ir de su mano.

Atravesamos un par de calles más y accedemos a una avenida bastante grande. Al fondo veo el techo de un edificio bastante peculiar. Recuerdo haber leído algo sobre él en mi guía. Hago memoria. Es el palacio de Juventud y Deportes.

Casi sin darme cuenta, dejo de prestar atención a mi alrededor tratando de recordar algún que otro detalle sobre el edificio. Creo que fue construido en los años setenta.

Reese se detiene y yo lo hago por inercia. Involuntariamente alzo la mirada, sorprendida de que nos paremos y dispuesta a preguntar por qué, pero una vez más su armónico rostro y su mirada fija en algún punto al frente me distraen. Nunca había conocido a alguien tan guapo.

Él se da cuenta de que lo observo y, despacio, se gira hacia mí. Tal y como paso junto al jeep, nos quedamos mirándonos. Yo, hipnotizada por esos ojos azules; él, con toda probabilidad pensando que he sufrido una embolia cerebral o algo por el estilo.

Finalmente, sonrío, pero tengo la sensación de que se obliga a hacerlo, como si se hubiese propuesto romper este momento pero en el fondo no quisiera, y ligeramente me señala al frente con la cabeza.

Me obligo a salir de esta especie de red construida a base de fantástico atractivo y miro hacia delante. Lo que encuentro me roba el aliento. Había oído hablar de este monumento, pero nunca lo había visto. Es espectacular. Siete letras mayúsculas de al menos tres metros de alto y de un maravilloso color amarillo forman la palabra «NEWBORN».* Es

sencillo, pero en absoluto simple. Está cargado de fuerza. Un perfecto alegato al mundo.

Boquiabierta, doy un paso adelante y Reese me suelta la mano sin dejar de observarme.

—Lo inauguraron a principios de este año —me explica—. El 17 de febrero. Fue todo un acontecimiento.

Me acerco hacia las inmensas letras sin dejar de contemplarlas. Están llenas de mensajes escritos a mano. Las palabras que más se repiten son *libertad, paz e independencia*. Creo que va a gustarme mucho este lugar.

Los pasos de Reese me distraen. No necesito mirar para saber que está justo detrás de mí. Me pregunto si él también nota todo lo que nos rodea cuando estamos juntos.

—Esa misma noche repartieron rotuladores permanentes entre todos los asistentes para que cada uno pudiese dejar su mensaje, y ahora cualquiera puede hacerlo —añade.

Yo sonrío a la vez que agarro con fuerza la correa de mi bolso y doy un paso hacia atrás hasta colocarme junto a Reese.

—Es precioso —pronuncio sin asomo de dudas—. Creo que es el monumento con más sentido que he visto

nunca.

Reese vuelve a girar la cabeza para mirarme y, al notarlo, yo también lo hago. En sus ojos veo algo diferente. Mis palabras han provocado algo en él. Sin embargo, apenas un segundo después, su expresión vuelve a cambiar, llenándose de la arrogancia y la frialdad que siempre lo acompañan.

—Sabía que te gustaría —comenta displicente—. Es amarillo y grande, lo más parecido a una piscina de bolas para una cría disfrazada de adulta, justo lo que eres tú.

Yo finjo una sonrisa de lo más impertinente. Sólo ha dicho eso para enfadarme y conseguir desviar la

atención sobre el hecho de que él también piensa que es mucho más que una simple escultura.

No me engañas, Montolivo.

Giro todo mi cuerpo ante su atenta mirada e incluso me permito dar un paso más hacia él, disminuyendo la distancia que nos separa hasta difuminarla del todo.

—¿Por qué no puedes admitir que a ti también te gusta?

—¿Vas a firmar o no? —pregunta arisco.

Mi sonrisa se ensancha. Parece que el chico del millón de dólares tiene sentimientos, aunque sea por un monumento.

Me acerco a la escultura a la vez que rebusco en mi bolso en busca de algunos de los rotuladores que sé que guardé. Sonrío de nuevo cuando encuentro uno negro; además, es permanente.

Me lo llevo a los dientes y lo muerdo pensando qué escribir. Tras unos segundos, sonrío de nuevo. Lo tengo claro. Me inclino sobre la W y escribo «Buena suerte». Nunca está de más en los nuevos comienzos.

Cuando estoy terminando de escribir mi escueto pero conciso mensaje, Reese se inclina sobre mí y lo lee. Aunque trata de disimularlo, sus labios se curvan en una sonrisa.

—Los dos la necesitaréis —comenta mordaz.

Yo decido ignorarlo. Estoy de muy buen humor.

—¿Adónde vas a llevarme ahora? —pregunto levantándome y guardando el rotulador—. Acabas de poner el listón muy alto —apostillo insolente.

Reese ni siquiera se molesta en contestarme. Agarra mi mano de nuevo y comenzamos a caminar. Tras un par de minutos, el entramado de calles se vuelve más angosto y las aceras, más estrechas. El suelo común de una carretera de cualquier ciudad cambia por un empedrado antiguo, lleno de

adoquines desiguales. No podría asegurarlo, pero creo que nos estamos adentrando en el casco histórico.

Reese gira en el siguiente cruce y yo lo hago con él tratando de mantener su ritmo. Inmediatamente llama mi atención un grupo de chicos. No deben de tener más de diez años. Están jugando a las damas en una desvencijada mesa con un tablero aún más viejo. Están riendo y charlando. No entiendo una palabra, ni de serbio ni de albanés, ni siquiera sé qué hablan pero, cuando uno de los chicos golpea el tablero con la dama y comienza a gritar sin dejar de reír, está claro que ha ganado. Ese lenguaje es universal.

Sonrío y de forma automática mi mirada se pierde en el edificio junto a los niños y en los siguientes. Cada uno es de un color, pero no dan un aspecto caótico, sino más bien todo lo contrario. Cada uno aporta algo particular y distinto a la calle.

Un claxon suena con fuerza y me saca de mi burbuja. Reese aprieta mi mano y tira de mí para que me coloque a su espalda, protegiéndome del tráfico que en estas callejuelas tan angostas de pronto se ha vuelto feroz.

—Aquí tienes que moverte rápido, muñeca —me advierte.

Asiento. Un claxon y un poco de tráfico no van a asustarme. Vengo de Nueva York, no de un pueblecito perdido de Oklahoma.

Seguimos andando y, a cada metro que avanzamos, la estrechez de la calle aumenta al mismo ritmo que el número de personas, las pequeñas furgonetas y las motos, a veces en contra dirección, y el griterío en general. De pronto reina el caos. Una auténtica locura que cobra sentido en el momento en que Reese acelera el paso y accedemos a una gran plaza que resulta ser un mercado.

Está atardeciendo cuando nos detenemos a unos metros de la calle por la que veníamos. Sonrío boquiabierta.

Es increíble. Los edificios antiguos de colores que han llamado mi atención continúan uno tras otro hasta albergar esta plaza cuadrada. Un centenar de puestos se amalgaman en el centro. Venden comida, y también ropa, flores y especias. A causa de estas dos últimas, todo está lleno de unos colores maravillosamente vivos que resaltan en contraste con los toldos de los puestos, todos verdes o corintios.

—Es precioso —murmuro admirada—. Está lleno de vida.

—Sí, como una canción de Los Beatles —replica arisco.

Otra vez toda esa antipatía y mordacidad puesta sobre la mesa con el único objetivo de reírse de mí.

—Eres un gilipollas —me quejo volviéndome hacia él y zafándome de su mano.

No me arrepiento. Es la pura verdad.

—No estás descubriendo el fuego, muñeca —responde sin suavizar un ápice su tono—. Además, eso es justo lo que te vuelve loca de mí.

¡Es el colmo!

—No eres tan irresistible como te crees —replico tratando de sonar mínimamente amenazante.

Reese me dedica su media sonrisa, dejándome del todo claro que no ha creído una sola palabra de esa frase. Da un paso hacia mí y yo suspiro bajito tratando de controlar cómo mi cuerpo se revoluciona con su proximidad. No pienso permitir que vea cuanto me afecta

—Si mañana te pones otro vestidito como éste, te enseñaré la parte oeste de la ciudad. Prometo dejar que me sigas mirando así de embobada.

—No... no tengo ningún interés en... en mirarte de... de ninguna manera.

Genial. Tenía que tartamudear justo ahora.

Avergonzada, aparto la mirada y la centro en cualquier cosa que no sea él. Aun así, de reojo puedo ver cómo su sonrisa se ensancha. No lo culpo. No he estado demasiado convincente.

Sin embargo, apenas un instante después, unos militares armados con cara de pocos amigos llaman mi atención. No son como los que vi en el aeropuerto y no me refiero sólo a que no llevan cascos azules. Estos soldados desprenden hostilidad y cada persona del mercado procura eludir sus miradas. Les tienen miedo.

—¿Son paramilitares? —susurro.

La expresión de Reese se recrudece, pero no por ellos, sino por mi pregunta.

—Son militares —replica sin ninguna amabilidad—, serbios.

—Creí que... que no... no podían estar en Pristina —murmuro algo inquieta.

—Pues no te quepa duda de que están —sentencia sin levantar sus ojos de los míos—. Si te metes en algún lío con ellos, di que eres periodista. Eso todavía significa algo por aquí y con un poco de suerte evitará que te maten.

Al escuchar su última frase, trago saliva instintivamente.

—¿Por... por qué quieres asustarme? —pregunto clavando mi mirada nerviosa en mis manos.

No había sentido miedo hasta ahora. Esos hombres y, sobre todo, sus palabras han hecho que un escalofrío helado me recorra la espalda.

Reese me observa durante unos segundos y por último exhala con fuerza todo el aire de sus pulmones. Coloca el reverso de sus dedos en mi barbilla y, con suavidad, me obliga a alzar la cabeza.

—No quiero, Sophie —susurra con la voz ronca y masculina.

Otra vez siento que su fría mirada puede traspasarme. Sin embargo, algo que ni siquiera entiendo me hace imposible apartar mis ojos de los suyos.

En ese segundo exacto, el ambiente enmudece por completo. Todo se sumerge en un silencio demasiado extraño y pesado. Y en ese segundo exacto, el sonido más atronador que he oído jamás lo inunda todo.

Sólo veo un reflejo naranja de fuego.

Uno de los preciosos edificios al otro lado de la plaza explota y se desintegra, fulminando el aire con trozos de ladrillo y piedra.

El ruido es desgarrador.

Reese se abalanza sobre mí, haciendo que me arrodille en el suelo. Esconde mi cabeza en su pecho y me protege con su propio cuerpo.

Otra vez ese intenso segundo de angustioso y absoluto silencio y después todo se llena de gritos y gente corriendo hacia todas partes.

Reese levanta la cabeza despacio y me obliga a alzar la mía. El humo es demasiado espeso y engulle el aire. Nuestras respiraciones están agitadas. Observa con la expresión endurecida cada centímetro de mi rostro para comprobar que no estoy herida.

Estoy asustada, pero al mismo tiempo me siento extrañamente protegida. Alza la mano, la desliza por mi mejilla y sus dedos se esconden en mi pelo. Mi respiración se acelera aún más mientras me pierdo por completo en sus ojos azules y en la manera en la que me está mirando ahora mismo.

—Vas a complicarme mucho las cosas, lo sé —susurra.

Yo saboreo el tacto de su mano sin comprender lo que ha querido decir con esa simple frase. No obstante, cuando estoy a punto de preguntar, él se levanta, me coge de las manos y me obliga a hacer lo mismo.

Da un paso adelante y contempla el edificio convertido en ruinas. Yo, aturdida, lo contemplo a él, el mercado, la casa que estaba y ya no está. Todo tiene otra vez ese reflejo naranja, pero por un motivo del todo diferente. Casi ha anochecido y el sol escondiéndose en el horizonte tiñe el cielo de ese color con sus últimos rayos de luz.

Me giro de nuevo hacia Reese. Tiene la mirada perdida en el mismo lugar. En este momento, ese desencanto con el mundo con el que siempre parece convivir se hace tan fuerte que casi puede llegar a ahogar. Está enfadado, frustrado, triste.

Inconscientemente, alzo la mano, como si ésta tuviese voluntad propia, y busco la suya. Una irrevocable sensación se ha instalado en el fondo de mi estómago y lo aprieta con fuerza, pidiéndome a gritos que lo consuele de alguna forma. Mi mano se llena de calor cuando toca la suya. Reese deja que la acomode contra la de él, pero ni siquiera ha pasado un segundo completo

cuando, arisco, la separa. Me observa un instante y todo ese enfado que ya había sentido que tenía se hace cristalino en su mirada.

—¿Estás bien? —murmuro.

—Vámonos —dice volviéndose y echando a andar, ignorando por completo mi pregunta—. Ya has visto suficiente por hoy.

Su reacción me despierta. Está claro que Reese Montolivo no necesita que lo consuelen.

Lo sigo tratando de caminar a su paso, pero ahora el ambiente, por culpa de la explosión, es todavía más caótico y descontrolado y no tardo en quedarme rezagada tratando de esquivar motos,

personas y coches. Una mujer de unos setenta años tira de mí y comienza a hablarme, pero lo hace en su idioma y no entiendo una sola palabra de lo que dice. Está muy nerviosa y no para de señalarme la plaza.

—Señora, no... no la entiendo.

El ruido de los vehículos acelerando y frenando se mezcla con las sirenas de las primeras ambulancias a unas calles de nosotros.

La anciana señala aún con más ímpetu la plaza. Va a romper a llorar en cualquier momento. Yo miro hacia donde indica su mano, pero no tengo ni

idea de a qué se refiere. Obviamente, sea lo que sea, está relacionado con la explosión, pero no sé el qué.

—Lo... lo siento, señora, no... no hablo su idioma.

Quiero ayudarla, pero no sé cómo. Cada vez estoy más inquieta. A lo mejor era su casa o alguien de su familia está herido. Miro a mi alrededor buscando algo que pueda ayudarme, pero ¿el qué? No voy a encontrar a un traductor titulado esperando tan feliz en una esquina.

En ese momento alguien me agarra de la muñeca y tira de mí. Sé quién es. Todo mi cuerpo lo sabe. Me giro hacia Reese aliviada. Seguro que él se

defiende hablando serbio y albanés y puede ayudar a la mujer, pero, antes de que pueda decir nada, echa a andar llevándome con él.

—Es... espera. Ne... necesita ayuda.

Reese no me oye o finge no hacerlo, porque ni siquiera me mira.

Echo la vista atrás. La anciana está llorando desconsolada con la cara escondida en sus propias manos.

—Te... te... tenemos que... que a... ayudarla, por... fa... favor.

Nunca he odiado tanto tartamudear como ahora. Respiro hondo. Maldita sea, tengo que tranquilizarme.

—¡Reese!

Mi voz sale con fuerza, clara, limpia.

Él se vuelve sorprendido y clava sus ojos en los míos. También le ha asombrado la forma en la que he pronunciado su nombre. Me pregunto si esa repentina seguridad ha sido precisamente porque se trataba de él, su nombre. De pronto, todo el valor que sentía se ha evaporado en sus ojos azules.

—Ne... necesita que la... la ayudemos —musito.

Mira por encima de mi hombro y después vuelve a mirarme a mí.

—Por favor —susurro.

Reese suelta todo el aire de sus pulmones despacio sin liberar mi mirada. Finalmente echa a andar hacia la mujer y tira de mí para que lo siga.

Cuando llegamos hasta ella, Reese pronuncia algo en lo que me parece que es serbio y ésta, de inmediato, agarra sus dos antebrazos con sus trabajadas manos. Muy nerviosa, comienza a hablar. Reese trata de calmarla. Tras un par de segundos de conversación, frunce el ceño ante algo que ha dicho la anciana y pronuncia una sola palabra. La mujer suspira muy aliviada y literalmente se lanza a sus brazos. Sigue llorando, pero ahora lo hace de puro alivio.

Reese sonríe, pero la sonrisa no le llega a los ojos y por un instante tengo la sensaci3n de que está aún más tenso que antes. Llama a una de las chicas que pasa acelerada a nuestro lado y, tras intercambiar un par de frases, deja a la anciana a su cuidado.

Enseguida se gira hacia mí, me estrecha la mano de nuevo y tira para que comience a caminar. Yo lo sigo en silencio, pero no puedo evitar pensar, casi recrearme, en la buena acci3n que acaba de hacer.

—Lo que has hecho ha sido muy bonito —murmuro.

Reese se vuelve como un ciclón. Está aún más furioso que antes, como si cada una de mis palabras lo hubiera llenado de rabia.

—No tienes ni idea de lo que dices. Mira a tu alrededor, Sophie, y entiende de una jodida vez dónde estás.

Lo que ha dicho, pero, sobre todo, cómo lo ha dicho, su voz, me dejan clavada en el sitio. Me siento intimidada y, sin embargo, al mismo tiempo, un enfado abismal lo arrasa todo dentro de mí. Sólo trataba de ser amable. No entiendo por qué siempre tiene que ser antipático.

Malhumorada, me zafo de su mano, pero él vuelve a atraparla sin ninguna delicadeza.

—¿No entiendes que no quiero estar contigo? —protesto.

—¿Y tú no entiendes lo poco que me importa lo que quieras o no? —replica cortante.

Sin darme opción a decir nada más, reanuda la marcha y casi me arrastra con él. Pienso seriamente en soltarme de su mano y salir disparada, pero, dado que no tengo la más remota idea de dónde estamos y que no hablo una sola palabra ni de serbio ni de albanés, no creo que llegara muy lejos.

Ninguno de los dos dice nada en los casi diez minutos que pasamos callejeando hasta llegar a la parte moderna de la ciudad, donde ha aparcado el coche. Creo que incluso está aún más enfadado, pero no me importa; yo también lo estoy.

Ya a unos metros del jeep, tiro de mi mano y él me suelta a regañadientes. Acelero el paso y me adelanto para abrir mi puerta. Reese se detiene en seco y aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Lo conozco desde hace poco, pero lo suficiente como para saber que eso le ha

fastidiado. Sonrío con malicia. Algo dentro de mí sólo quiere vivir para molestarlo.

Justo antes de montarme en el vehículo, llevo mi mirada al frente sin ningún motivo en especial y me encuentro de nuevo con el monumento Newborn. Suspiro y me detengo a observar cada letra amarilla. A pesar de cómo ha terminado el día, o de lo antipático que se haya mostrado, ha sido él quien me ha traído a conocer Pristina, y, hasta que han aparecido esos soldados, estaba siendo genial. Tuerzo el gesto. Creo que estoy siendo un poco

injusta, aunque el hecho de que tenga algo de culpa no implica que él no se haya comportado como un gilipollas.

—A pesar de todo, la ciudad me ha parecido muy bonita —murmuro mirándolo a través de la puerta abierta del jeep.

Reese, a punto de subirse al coche, se frena de golpe y resopla. Se vuelve y quedamos frente a frente, sólo separados por el viejo vehículo militar. Al fin su expresión parece relajarse y ladea la cabeza increíblemente sexy. Yo tengo que contenerme para no lanzar un suspiro admirado. Por Dios, es guapísimo.

—¿Siempre vas a ser así de insufrible? —pregunta divertido.

—Eso depende —respondo contagiada de su humor—; ¿siempre vas a ser así de antipático?

—¿Y quitarte lo que más te gusta? —replica sin ningún remordimiento a la vez que se acomoda tras el volante.

Yo abro la boca absolutamente escandalizada, dispuesta a llamarlo de todo, pero Reese me interrumpe.

—Vamos, muñeca. No puedo perder toda la tarde contigo.

Pero ¿es que nunca piensa ser amable?

—Eres un capullo —dice imitando mi voz—. ¿Algo más? —pregunta tan impertinente como divertido con una tenue sonrisa en los labios.

Lucho por no devolvérsela. Creo que el peor de mis problemas es que no puedo evitar que en el fondo me haga gracia.

«No lo dudes.»

—También eres un gilipollas —protesto burlona subiéndome al jeep.

—Y tú has sido muy valiente —replica robándome la reacción.

Sus palabras me hacen suspirar y otra vez tengo que esforzarme muchísimo por no dejar que la sonrisa más grande del mundo inunde mis

labios. Tengo la sensación de que está orgulloso de mí y de alguna manera eso me llena por dentro.

—Gracias —musito clavando la mirada en mis manos.

Puedo notar cómo Reese me observa hasta que finalmente lleva su vista al frente y arranca el motor.

—Por cierto, ¿qué le ocurría a la mujer? —me animo a preguntar.

Ya hemos atravesado una docena de calles con el *Whole Lotta Love*,* de Led Zeppelin, sonando de fondo.

—Sólo quería saber el color de la fachada de la casa que había explotado.

—¿Qué? —pregunto con el ceño fruncido.

No entiendo nada.

—Su hija vive en esa plaza. La anciana está casi ciega. Quería saber el color para asegurarse de que su familia estaba bien.

Sonrío. No iba tan desencaminada cuando he pensado que debíamos ayudarla.

—Hablas muy bien... —Lo cierto es que no sé cómo continuar. Creo que era serbio pero también podría ser albanés.

—Serbio —me interrumpe confirmando mis sospechas—. Pasé mucho tiempo aquí hace algunos años.

—Sí, lo sé. Fuiste corresponsal en los Balcanes desde los diecisiete —lo interrumpo probablemente más admirada

de lo que debería.

Reese sonrío y yo acabo de darme cuenta de que le he puesto en bandeja que esté riéndose de mí durante semanas.

—Lo... lo sé por... por casualidad. He dicho los diecisiete de... de manera arbitraria. ¿En el noventa y uno tenías... tenías diecisiete? —pregunto fingiendo que no tengo ni idea de su vida—. Bueno, ahora tienes treinta y cuatro.

Su sonrisa se ensancha. ¿Qué estoy haciendo? ¿Estoy quedando todavía peor! Le he dejado clarísimo que sé en qué año estuvo aquí y que recuerdo a la perfección la edad que tiene ahora.

—Qué romántico —bromea riéndose claramente de mí a la vez que detiene el jeep frente a la puerta del hotel

Qué ridícula eres, Silver.

Clavo mi vista de nuevo en mis manos, que juguetean con el bajo de mi vestido.

—Yo... yo, fue la revista... lo leí en una revista.

Tierra, trágame.

—No pasa nada. Me siento halagado —continúa socarrón.

—Fue... fue la... la revista —repito.

Es mi única defensa.

Reese se inclina sobre mí y coloca su mano grande y masculina encima de mis dedos nerviosos. También toca mi

vestido, y eso hace que mi corazón se acelere aún más.

—Y me encanta que tartamudees —susurra tan cerca que su cálido aliento baña mi mejilla—. Me gusta ponerte nerviosa.

Sin más, retira su mano, se separa de mí y se baja del coche. Por suerte, mientras lo rodea, se detiene a charlar con otro hombre que lleva una cámara de vídeo colgada del hombro y eso me da unos segundos más. Si tuviera que bajar ahora, creo que las piernas no me responderían.

Al fin salgo del jeep y caminamos hasta el hotel. Ya no me lleva de la mano y, en contra de mi voluntad, lo echo de

menos. Sin embargo, no tengo tiempo para darle vueltas a lo ridícula que puedo llegar a ser, ya que, con el primer pie que pongo en el vestíbulo, unos pasos acelerados llaman de inmediato mi atención.

—¡Sophie! —grita Sarah entusiasmada.

Miro a mi derecha justo a tiempo de ver cómo mi amiga llega corriendo hasta mí y me da un abrazo con todas las letras.

—No sabes cómo me alegro de que ya estés aquí —me dice a la vez que se separa.

—Y yo —respondo con una sonrisa. La he extrañado muchísimo.

En ese instante, Sarah mira a Reese y frunce los labios, aunque enseguida su expresión cambia, como si simplemente hubiese descartado la posibilidad de que pudiésemos venir juntos de algún sitio.

—Subamos a la habitación — propone tirando ya de mí en dirección a la escalera—. Tenemos mucho de que hablar.

Asiento sin perder la sonrisa y dejo que me guíe. Antes de poner mis Converse en el primer peldaño, me giro con disimulo y observo a Reese. Sigue de pie, en el centro del vestíbulo, observándome. Su arrogancia y todo su magnetismo me sacuden y soy muy

consciente de que, aunque me esté alejando y él esté quieto, limitándose a mirarme, soy yo la que está hechizada por completo.

Nunca me había sentido así.

—¿Qué tal el vuelo? —me pregunta Sarah mientras atravesamos el ancho pasillo.

—Bien, muy bien —respondo tratando de dejar de pensar en Reese.

Nos detenemos delante de la puerta 207. Saca una llave idéntica a la mía y la mete en la antiquísima cerradura.

—Siento no haber podido ir a recogerte —se disculpa forcejeando con la puerta. Veo que no soy la única—.

Tuve que salir a cubrir una noticia que al final ha resultado ser un fiasco — sentencia poniendo los ojos en blanco.

Sonrío y la sigo habitación adentro.

Sarah se quita el bolso y lo deja sobre la cama antes de entrar a toda prisa en el baño. Yo echo un vistazo a mi alrededor paseando por el cuarto. Es idéntico al mío. Sin embargo, cuando miro a mi espalda, frunzo el ceño al comprobar que la puerta del baño no está.

—¿Y tu puerta? —inquiero confusa.

—La cerradura se atascó. Me quedé atrapada dentro hasta que consiguieron desatrarla. Desde entonces, no tengo.

Sarah se quita los zapatos, se mete en la bañera y corre la cortina. Tras unos segundos, estira su brazo y tira su ropa al suelo.

—Voy a darme una ducha rápida — me informa asomando la cabeza— y bajamos a cenar algo.

Vuelve a desaparecer y oigo el agua correr. Me siento en su cama y me arrastro hacia el centro para poder subir las piernas y cruzarlas al estilo indio.

—Que no te engañe la ausencia de puerta. El hotel está muy bien —empieza a explicarme—, y el bar, aún más. Siempre está muy animado. Se llena con periodistas de todo el mundo y militares guapísimos.

Sonrío mientras abro mi bolso y saco la guía.

—Lo del uniforme es un cliché —
comento burlona.

—Eso es porque tú no has visto cómo le queda a algún que otro casco azul —me replica volviendo a asomarse.

Ambas sonreímos y Sarah se esconde de nuevo tras la cortina.

Abro el pequeño mapa, señalo el hotel con el índice y trato de seguir con él el camino por el que me ha llevado Reese. Sonrío de nuevo cuando leo «Palacio de Juventud y Deportes» en las pequeñas indicaciones. Justo ahí está el

monumento, aunque no esté nombrado. Supongo que aún no estaba construido cuando se editó la guía.

—Matt es muy simpático, ¿verdad?
—comenta cambiando transversalmente de tema.

La verdad es que ha sido muy amable.

—¿Te gusta? —pregunto socarrona.
No creo que sea el tipo de Sarah, pero tampoco sé si aquí puede permitirse seguir teniendo un tipo.

—No —responde sin más—. Es muy mono y todo eso, pero no me va.

Asiento. Ya lo imaginaba.

—La empresa para la que trabaja tiene contratos millonarios con el Gobierno norteamericano. Se encarga de la reconstrucción de algunos edificios relacionados con telecomunicaciones en el centro de la ciudad. Él lleva toda la parte administrativa.

Sarah nunca deja de comportarse como una periodista y el hecho de que acabe de darme un informe pormenorizado de la actividad laboral de Matt es una prueba de ello.

—Y es el hermano de Reese Montolivo. —Su tono de voz me da a entender de un solo plumazo que no le

cae nada bien—. Dios, Sophie, nunca conozcas a tus ídolos —me advierte resignada—. Son todos gilipollas.

Lo dice tan consternada que no puedo evitar romper a reír. Probablemente es un adjetivo que se habrá ganado a pulso.

—Ha venido a recogerme con Matt al aeropuerto —le informo, aunque casi al mismo tiempo me siento un poco incómoda. No sé si quiero hablar con ella de Reese y que dé por hecho que me gusta o algo parecido.

—Imagino que no ha sido amable — comenta con total seguridad, casi disculpándose.

—En realidad, sí lo ha sido —
replico.

Sarah aparta la cortina ajustándose la toalla y sale de la ducha al tiempo que tuerce el gesto extrañada por mis palabras.

—Supongo que para todo hay una primera vez —sentencia burlona mirándose en el espejo.

Desenrosca el bote de crema hidratante con expresión cansada y se coloca un poco en el centro de la frente, los pómulos, la barbilla y, por último, en la punta de la nariz.

—Pero eso no quita que sea arrogante, prepotente, antipático y engreído —afirma señalándome con el

índice.

Yo levanto el mío con una sonrisa en señal de que está predicando entre conversos y ella asiente satisfecha. Parece que Reese Montolivo es justo como he imaginado que era, pero, no sé por qué, no paro de pensar que, debajo de todo eso, puede haber algo más.

Sarah termina de arreglarse y salimos de su habitación. Tras cerrar la puerta, guarda la llave en su bolso concienzudamente. No puedo evitar sonreír ante ese insignificante detalle.

—Si hubieras sido así de cuidadosa en Nueva York, no habrías perdido las llaves del apartamento ni las de repuesto

de debajo del felpudo, ni las de repuesto otra vez —añado socarrona haciendo memoria.

—Búrlate todo lo que quieras —me reta dedicándome un mohín—, pero más te vale que tengas el mismo cuidado. Si pierdes la llave, se acabó. No hay llave de repuesto, ni maestra, ni nada parecido. La solución es tirarte la puerta abajo... y ya has comprobado cuánto tardan en ponerte una nueva.

Yo asiento divertida, convencidísima por su discurso, y las dos no tenemos más remedio que echarnos a reír.

Bajamos al vestíbulo, pero, para mi sorpresa, no nos quedamos en el hotel. Sarah se da cuenta de mi confusión y con amabilidad me informa de que el bar del hotel es sólo para beber y ocasionalmente desayunar.

Caminamos un par de manzanas y entramos en un pequeño restaurante. Como es lógico es de comida kosovar o, lo que es lo mismo, comida que jamás he probado. Sin embargo, mientras deambulamos entre las mesas hasta encontrar una libre, los platos que veo tienen una pinta deliciosa.

Me animo a probar una cosa llamada *burek tikvenica*, que, según me explica Sarah, es la comida típica de Kosovo.

No deja de asombrarme lo rápido que mi amiga se ha adaptado a la vida aquí.

Todo está riquísimo y lo que más me acaba sorprendiendo es ver una lata de Coca-Cola con el logo escrito en cirílico.

De vuelta en el hotel, Sarah desoye mis súplicas y me arrastra hasta el bar. Le importa bastante poco mi *jet lag*. Es una mujer con una misión.

El lugar en cuestión tiene muy buena pinta. Como el resto del edificio, es algo antiguo, pero, también como el resto del hotel, esa antigüedad se transforma en algo *vintage* y por un momento tengo la sensación de estar entrando en el Rick's Café.

—Vamos a pedir —me informa mientras nos encaminamos a la barra—. Dos cervezas —le pide al camarero situado al otro lado de un inmenso y suntuoso mostrador.

—¿Desde cuándo bebemos cerveza? —inquiero con una sonrisa.

—Desde que hemos dado con nuestros bonitos culos en un país en guerra —responde Sarah dándole un trago a su Budweiser helada.

—No estamos en guerra —replico burlona—. Estamos en un conflicto militarizado supervisado —continúo repitiendo sus mismas palabras.

Sarah me hace un mohín y, cuando está a punto de decirme una barbaridad, su móvil comienza a sonar, interrumpiéndola. Resopla y saca el teléfono de su bolso. Al ver la pantalla, su expresión cambia por completo.

—Llevo esperando esta llamada todo el día —se disculpa—. Tengo que cogerlo.

Asiento con la cabeza confirmándole que no me importa y ella sale disparada hacia el vestíbulo.

Le doy un trago a mi cerveza, está muy fría, y observo la inmensa pared tras la barra. Está llena de botellas. La mayoría de ellas parecen extranjeras y otras, simplemente muy antiguas. Como

me ha pasado con la lámpara de araña, me sorprende que estas botellas aguantaran los bombardeos aquí expuestas.

Le doy un nuevo sorbo a mi botellín y miro a mi alrededor. Me gusta este sitio. Sarah tenía razón, está bastante animado. Hay más de una veintena de elegantes mesas redondas repartidas por todo el local y todas están llenas de soldados e imagino que periodistas. Curioseo con la mirada, contemplando a las personas repartidas por la estancia. Sin quererlo, mis ojos se posan en una en concreto y, también sin quererlo, el corazón se me acelera hasta un límite

insospechado. Reese está sentado con otros dos hombres, uno de ellos vestido con el uniforme mimético militar.

Por un momento me permito observarlo. Es muy guapo. Sus rasgos, su expresión, son injustamente armónicos. Alza la mano y se la pasa por el pelo haciendo que mi mirada se pierda en cada onda castaña desordenada de esa forma tan perfectamente casual.

—Es atractivo, pero no es para tanto —murmuro tratando de autoconvencerme.

Entonces, como si pudiese oírme y pretendiese demostrarme lo equivocada que estoy, sonrío a algún comentario del

hombre de uniforme y comprendo al instante que es un gesto diseñado por Dios, el karma y el universo en general con el único objetivo de fulminar la lencería.

Reese alza la mirada y me pilla contemplándolo del todo embobada. ¡Maldita sea! Aparto los ojos con rapidez. Quizá no me ha visto. He sido veloz como un gato. Puede que esté a salvo.

Con el único fin de evaluar daños, vuelvo a mirarlo y me encuentro con esos ojos azules observándome llenos de descaro, acompañados por una media sonrisa de lo más impertinente. Mi sentido del bochorno absoluto está en

alerta roja. Me ha pillado y me las va a hacer pagar, estoy segura. Va a pasárselo en grande riéndose de mí.

Vuelvo a apartar la mirada, pero de reojo puedo ver que él sigue observándome. No se esconde. No lo necesita. Es increíblemente guapo y el capullo arrogante lo sabe, de eso no hay ninguna duda.

En ese momento Sarah entra de nuevo en el bar y, aunque me supone un esfuerzo sobrehumano, me obligo a centrar toda mi atención en ella. Por nada del mundo quiero que se dé cuenta de a quién observaba.

Parece algo molesta.

—¿Todo bien? —pregunto.

No contesta, pero el trago kilométrico que le da a su cerveza es suficiente respuesta.

—Llevo esperando una maldita entrevista prácticamente desde que llegué aquí y me la conceden mañana — protesta, mitad apesadumbrada, mitad enfadada—. No podremos pasar el día juntas.

Yo me dejo caer con dramatismo contra la barra, fingiendo que acaban de darme la peor noticia de toda mi vida.

—Eres idiota —se queja al borde de la risa.

—Tú sí que eres idiota —replico divertida, incorporándome.

—Alguna vez he sentido la tentación de raparte la cabeza mientras duermes —me dice muy seria con los ojos entornados.

—Y yo, de raparte la cabeza y dejarte sin cejas —respondo amenazante.

—Si me viera obligada, te quemaría las pestañas y subiría fotos a Facebook de tu cara de tortuga.

Su frase me hace frenar el botellín y dejarlo suspendido en el aire a punto de tocar mis labios.

—Qué perra —gruño.

Ella frunce los labios, yo le devuelvo el gesto y, antes de que nos demos cuenta, las dos nos echamos a

reír.

—Ven —dice sin más alejándose unos pasos de la barra—. Te presentaré a los chicos.

Cojo mi cerveza y la sigo. Sin embargo, apenas he dado un par de pasos cuando niego suavemente con la cabeza. ¡Se dirige flechada hacia la mesa de Reese! ¡No puedo tener tan mala suerte!

—Ya conoces a Reese Montolivo —pronuncia displicente.

Le encantaría fulminarlo con la mirada. Estoy segura.

Yo asiento fugaz y nerviosa con una sonrisa aún más acelerada, procurando por todos los medios no centrar mi vista

en él.

—Él es Owen —continúa Sarah, presentándome al hombre de uniforme— y él, Milo. Chicos, ella es Sophie.

Saludo a los tres y ellos me devuelven un amable «hola». Todos menos Reese, que se lleva el botellín de cerveza a los labios mientras sus ojos fríos e impenetrables se clavan en los míos consiguiendo que me tiemblen las piernas.

Tomamos asiento. Lo hago entre Sarah y uno de los chicos que acaba de presentarme. He evitado sentarme junto a Reese, pero la mesa tiene las

dimensiones que tiene y sigue estando demasiado cerca como para que me relaje.

—¿De dónde eres? —me pregunta el militar.

—De Boston —respondo resuelta—, aunque vivo en Nueva York.

—No lo entiendo —me replica divertido—. Con lo grande que es vuestro país, ¿por qué os empeñáis en abarrotar éste?

Me encojo de hombros.

—Será que es un sitio muy interesante —contesto con una sonrisa.

Él me devuelve el gesto. Tiene una expresión seria, pero amable y, sobre todo, una de esas miradas que inspiran

seguridad. Me cae bien al instante.

Parte de mis nervios se disipan y, confiada, alzo la mirada. Sin quererlo, me encuentro con la de Reese y, aunque rápidamente la aparto, todo mi cuerpo se enciende, como si su mera presencia tuviese un efecto directo en mí.

Tengo que distraerme. Es ridículo. Reese no me importa lo más mínimo y no pienso dejar que me afecte. Me da igual lo guapo que es o lo azules que son sus ojos, o lo bien que le queda ese pelo revuelto... ¡Maldita sea!

Me fijo un poco más en el uniforme de Owen. Tiene la bandera del Reino Unido bordada en el hombro.

—¿Eres británico? —pregunto señalando con mi cerveza la pequeña bandera.

—Es inglés —se apresura a responder Milo, y su voz tiene algo de burla, como si eso fuera lo último que Owen quisiera escuchar.

—Británico —se da prisa en aclarar—. Los ingleses no tienen gusto para las mujeres ni saben jugar al fútbol. Soy el capitán de las fuerzas de la OTAN Owen Kendrick, escocés —sentencia orgulloso.

Mi sonrisa se ensancha y alzo mi botellín cuando él lo hace en un brindis improvisado. Debería haberlo

imaginado. Ese pelo a medio camino entre el rubio y el pelirrojo y esos ojos claros decían «Edimburgo» a gritos.

Exactamente como ha pasado hace apenas unos minutos, mis ojos se encuentran de forma irremediable con los de Reese. Su mirada parece aún más fría, más distante. Es obvio que está enfadado, aunque no entiendo por qué.

—Mismo perro, diferente collar — comenta Milo con una sonrisa.

Su acento me llama la atención. Me resulta peculiar. No tengo ni la más remota idea de dónde es.

—¿Ah, sí? —replica Owen socarrón—. Hablando de perros y collares, explícame qué hago aquí rodeado de

estas bonitas boinas azules —añade señalando vagamente el bar con la mano.

—No lo sé —contesta encogiéndose de hombros—. Quizá te gusta el color.

Se miran y yo trago saliva de forma instintiva. No los conozco lo suficiente como para saber si están bromeando o no. Finalmente rompen a reír y todos, excepto Reese, que sigue igual de malhumorado, hacen lo mismo. Está claro que, en el ojo del huracán, es mejor tomarse las cosas con cierta ironía.

Reese se levanta y sin decir nada se dirige hacia la barra. Ninguno se sorprende de que sea tan arisco, casi

maleducado, y ni siquiera le preguntan adónde va. Parece un comportamiento habitual en él.

De forma discreta lo sigo con la mirada y veo cómo llega a la barra, se pide otra copa y se la bebe prácticamente de un trago.

—Milo es kosovar —continúa Owen.

No sé si esa frase es para mí, así que me obligo a apartar mis ojos de Reese.

—Gracias por la aclaración, pero es obvio —replica Milo echándose su pelo liso y oscuro hacia atrás con la mano—. Soy eslavo. Eso significa que soy más guapo que todos vosotros.

Todos sonrían y yo también lo hago, aunque no puedo evitar sentirme un poco preocupada por Reese. ¿Por qué está tan cabreado?

La música de fondo cambia. Me llama la atención que varias personas se levantan, se dirigen hacia un extremo del local y empiezan a bailar. No hay mesas, pero tampoco una tarima ni nada parecido que indique que es una pista de baile. Una de ellas es un soldado y, no sé por qué, eso me llama más la atención. El hecho de que lleve uniforme no implica que no pueda divertirse o simplemente desconectar.

—¿Tú también eres periodista? — me pregunta Owen sacándome de mi ensoñación.

—No, soy escritora.

—Sophie ha venido hasta aquí a vivir aventuras y a escribir una nueva novela —se apresura a explicar Sarah.

Sonrío y me encojo de hombros mientras le doy un trago a mi cerveza.

En ese instante, Milo deja despacio su botellín sobre la cuidada mesa de mármol y hierro forjado y se levanta.

—Se ha hecho tarde —anuncia sin posar sus ojos negros en ningún lugar en particular—. Nos veremos mañana.

Todos se despiden de él, aunque ya ha comenzado a caminar hacia la puerta. Como respuesta, alza la mano pero ni siquiera se vuelve. Creo que no le he caído muy bien.

Milo se cruza con Matt, que entra en el bar hablando por el móvil. A unos metros de nosotros, cuelga y, tecleando algo en su BlackBerry, se acerca a la mesa.

—Hola, chicos.

—Hola —saludamos prácticamente al unísono.

—Matt, ¿te acuerdas de Sophie?

Al oír mi nombre, levanta la cabeza de su teléfono y sonrío cuando nuestras miradas se encuentran.

—Hola —repite, y algo en su voz ha cambiado.

—¿Por qué no la sacas a bailar? — le propone Sarah.

—No... no es necesario —me apresuro a responder.

Voy a asesinar a Sarah.

Matt mira hacia la pista de baile improvisada y después de nuevo a mí.

—Sí, ¿por qué no?

Niego con la cabeza.

—No es necesario —repito, y gracias a Dios lo hago de un tirón.

Ahora mismo me siento muy incómoda.

Matt me tiende la mano y Sarah casi me levanta de la silla. ¿Qué pretende conseguir? Pero entonces veo una fugaz mirada entre mi queridísima amiga y el capitán Owen Kendrick y lo comprendo todo. ¡Me está echando absolutamente a propósito!

Camino de la pista de baile, me giro con discreción y le hago un mohín que ella recibe con una sonrisa. Está claro que no tiene el más mínimo remordimiento.

Nos mezclamos con las otras parejas que bailan y comenzamos a hacerlo nosotros también. Suena *Forever Young*,* de Alphaville. Estamos separados varios pasos y prefiero que

sea así. Cada vez que alzo la mirada, la de Matt me está esperando y eso hace que me sienta más incómoda. Es un chico muy guapo y muy amable, pero una parte de mí está muy tensa.

Sarah me debe una.

—¿Estás bien? —me pregunta Matt.

—Sí —respondo obligándome a sonreír.

—¿Te gusta esta canción?

Asiento y aparto de nuevo la mirada. La pierdo inocente en el local e inmediatamente me encuentro con los ojos azules y peligrosos de Reese. Ha vuelto a la mesa, aunque no está participando ni por asomo en la conversación. Está sentado junto a

Owen, con sus viejas Adidas apoyadas en la silla de enfrente. Está enfadado, arisco, malhumorado. Sospecho que parte de ese enfado tiene que ver conmigo y ni siquiera entiendo por qué.

—Vamos —dice Matt con voz risueña sacándome de mi ensoñación.

No comprendo a qué se refiere hasta que tira de mi mano y me hace girar sobre mí misma para dejarme caer en sus brazos.

Sonríe feliz y yo lo hago nerviosa. Más aún cuando vuelvo a alzar la cabeza y la mirada de Reese atrapa de inmediato la mía por encima de su botellín helado. Es tan fría y dura que resulta intimidante. Sin embargo, soy

incapaz de romper el contacto. Algo dentro de mí tiene clarísimo que, a pesar de la distancia, de no estar ni siquiera tocándome, me está diciendo que le pertenezco.

Es una locura.

Suspiro hondo y aparto esa idea de mi cabeza de un manotazo. Es una estupidez y obviamente una completa estupidez. Reese Montolivo no siente nada por mí.... ni yo por él.

La canción termina y a toda velocidad me separo de Matt. Me obligo a sonreírle una vez más por la brusquedad de mi reacción y él me devuelve el gesto. Parece que no ha notado nada raro.

—¿Volvemos a... a la mesa? — sugiero antes siquiera de que la siguiente canción suene lo suficiente como para reconocerla.

Matt me mira, creo que va a proponerme algo, así que enseguida lo interrumpo.

—Estoy algo cansada por el viaje — miento.

Él sonríe de nuevo y de inmediato estira su brazo para indicarme que pase primero camino de la mesa. En cuanto echo a andar y le doy la espalda, suspiro aliviada.

Cuando apenas estamos a un par de pasos, mi mirada vuelve a encontrarse con la de Reese, pero él la aparta

irritado. Creo que ni siquiera quiere tenerme cerca. ¿Por qué? No he hecho nada malo. Ha sido él quien ni siquiera me ha dirigido la palabra desde que me he sentado.

Ocupo la misma silla donde estaba hace unos minutos y recupero mi cerveza. Asesino a Sarah con la mirada, pero ella me ignora por completo tratando de disimular una sonrisa.

—¿Has tenido un día complicado?
—le pregunta Sarah a Matt.

Él comienza a explicarle lo que ha hecho hoy en la oficina. Le estoy escuchando, pero entonces dejo el botellín sobre la mesa, sigo el movimiento con la mirada y mis ojos se

encuentran una vez más con los de Reese. Ni siquiera ahora, llenos de rabia, dejan de ser los ojos más bonitos que he visto en mi vida.

—¿Y qué tal el tuyo? —me pregunta Matt.

—Bien —respondo apartando mis ojos de su hermano.

No sé qué le pasa, pero tampoco me puedo pasar toda la noche observándolo. Si quiere estar enfadado, por mí, perfecto.

—¿Y ya sabes de qué vas a escribir? —inquire de nuevo Matt.

—No —respondo.

—Déjala que primero viva las aventuras —interviene Owen divertido.

Todos, menos Reese, sonrían. Yo lo hago por inercia. Su actitud cada vez me está intimidando más.

Owen le da un trago a su cerveza y se cruza de brazos sobre la mesa.

—Si buscas emociones, aquí vas a encontrarlas, pero sé sensata —me advierte el capitán Kendrik con una amble sonrisa que le devuelvo—. Debes tener cuidado.

—Lo que debería hacer es volver a Nueva York —prácticamente lo interrumpe Reese malhumorado, captando la atención de todos.

De forma automática lo miro, pero él ni siquiera se molesta en hacerlo para decirme semejante lindeza.

—Estoy harto de crías que se presentan aquí pensando que la guerra es como sale en las malditas películas y después se asustan con el primer soldado armado que ven —sentencia.

¿Por qué ha dicho eso? ¡No me lo merezco! Es cierto que antes, en el mercado, me he asustado, pero creo que he aguantado bastante bien el tipo. Quiero decir algo, sin embargo la rabia ha formado un nudo en mi garganta que casi no me deja respirar. No sé qué demonios le pasa, aunque, sea lo que sea, no tiene por qué pagarlo conmigo.

—¿A que ha venido eso, Montolivo?
—se queja Sarah.

Reese ni siquiera le contesta.

Las miradas de todos se dividen entre los dos, aunque lógicamente no lo hacen de la misma manera.

Arrastro con cuidado la silla y me levanto obligándome a sonreír. Me siento incómoda y violenta. No quiero montar una escenita y la verdad es que tampoco me apetece tenerlo delante ahora mismo.

—Subo a... a dormir. Estoy cansada del... del viaje y el *jet lag* me está... está matando.

No quiero tartamudear. No quiero darle la posibilidad de reírse de mí.

Otra vez todos menos él, por supuesto, se despiden y yo echo a andar hacia la majestuosa escalera.

—Reese —se queja Owen.

—¿Qué? —replica adusto.

¿Cómo he podido llegar a pensar que había un Reese mejor deseando salir? Es un gilipollas odioso. No hay más.

Estoy a punto de alcanzar el primer escalón cuando oigo pasos acercándose.

—Espera —me pide Sarah llegando hasta mí—. No le hagas caso —me recomienda cuando me vuelvo—. Ya te he dicho que es un gilipollas.

Tomo aire y lo miro por encima del hombro de Sarah. Por un momento tengo la sensación de que está incluso más enfadado que antes.

—No te preocupes —digo al fin—.

Está todo bien.

—¿Quieres que suba contigo?

—No —me apresuro a responder con una sonrisa—. Quédate y diviértete. Además, si subes ahora, pienso someterte al tercer grado —sentencio socarrona.

Sarah aparta la mirada y me hace un mohín fingidamente displicente. Definitivamente Owen le gusta muchísimo.

—Lárgate —le ordeno divertida.

Ella sonríe y da un paso atrás. Yo comienzo a subir la escalera.

—Para cualquier cosa, búscame aquí o en mi habitación, ¿de acuerdo?

Asiento de nuevo.

—¿Quieres largarte de una vez? —
me quejo burlona.

Llego a mi cuarto, cierro de un portazo y camino acelerada hasta el centro de la estancia. No puedo creerme que haya sido tan capullo, aunque, por otra parte, tampoco sé de qué me sorprendo; que haya sido amable cinco minutos llevándome a ver una escultura no lo convierte por arte de magia en una persona diferente. Supongo que ya se ha cansado de mí. Resoplo. Odio esa idea. Resoplo de nuevo. Odio odiar esa idea.

Sin embargo, no me doy tiempo a martirizarme y salgo disparada hacia la cama. Abro la maleta de un golpe y

comienzo a sacar la ropa. Prohibido pensar en Reese Montolivo. No he venido aquí por él, ni siquiera sabía que estaba en Kosovo. Tengo intención de deshacer mi equipaje y acomodarme en esta habitación, porque, independientemente de lo que él crea, voy a quedarme aquí mucho tiempo. Es mi comienzo desde cero y nadie me lo va a estropear.

Cojo una pila de camisetas entre las dos manos, pero, cuando empiezo a caminar hacia el armario, el inmenso ventanal llama mi atención. Este edificio está en una situación privilegiada y la ciudad se extiende literalmente a sus pies. Dejo las camisetas sobre la cama y

doy un paso hacia la ventana. Es un lugar precioso. Tiene ese encanto de ciudad de cuento, como si una niña de ocho años se la hubiera imaginado después de leer *La Cenicienta* y alguien hubiese hecho su sueño realidad ladrillo a ladrillo.

Miro mi cama y entorno los ojos pensativa. Quiero levantarme con esta vista todas las mañanas. Sin dudarlo, me inclino y empujo la cama, pero la pesada estructura apenas se mueve. Me va a costar más trabajo del que creía. Aun así, no me rindo. Sophie Silver no se rinde, al contrario de lo que piensan algunos reporteros de guerra presuntuosos.

Me pongo los ojos en blanco.

Pensar en Reese Montolivo no es una opción, Sophie Silver.

Pongo las palmas de las manos sobre el viejo hierro de la cama y empujo con más fuerza. La cama cede y se mueve testaruda apenas unos centímetros. ¡Eso es! Unos minutos después, consigo llevarla hasta los pies de la ventana. Me incorporo y sonrío más que satisfecha. Sin embargo, al mirar hacia atrás, me doy cuenta de que el cabecero sigue en la pared. Son muebles independientes. Tuerzo el gesto. Un solitario cabecero de los años

cuarenta en mitad de una pared no es mi ideal de decoración, pero supongo que acabaré encontrándole alguna utilidad.

Cojo de nuevo la ropa y la llevo al armario. Al poner las camisetas sobre la balda, me doy cuenta de que al fondo hay una bolsa de plástico llena de perchas. Muy útil, sin duda alguna, teniendo en cuenta que no hay dónde colgarlas. El armario no tiene barra ni nada parecido. Frunzo los labios al acordarme de mis vestidos, pero casi al mismo tiempo me doy cuenta de que acabo de encontrarle una utilidad al cabecero.

Más o menos una hora después, me meto en la cama. Ha sido un día muy largo y, antes de que pueda pensar en algo de lo ocurrido, me quedo dormida.

Me despierta un estruendo. Me incorporo de golpe e inmediatamente una luz rojiza que se expande por el cielo al fondo de la ciudad capta toda mi atención. El estruendo se repite y me doy cuenta de que no me han despertado las bombas, sino el ruido de los aviones que las lanzan.

El cielo se tiñe de naranja, casi violeta, y es extrañamente intenso, incluso bonito. En este lugar todo es negro y blanco a la vez. Recuerdo a los niños jugando a las damas y la explosión

que vino después. Son las dos caras de una moneda que hace milagrosos equilibrios por mantenerse de canto. Me asusta pensar de qué lado caerá.

Nunca me imaginé que acabaría en un lugar así.

Me tumbo de nuevo y continúo observando el cielo naranja.

Nunca me imaginé que mi vida sería así.

Me levanto bastante temprano. El calor se ha hecho insoportable.

El grifo del agua caliente no me lo pone fácil y tardo más de diez minutos en templar el agua y poder darme una ducha. Me pongo mis vaqueros preferidos, una bonita camiseta y me

recojo el pelo aún húmedo en una coleta. No me lo seco, es mi arma secreta contra el calor.

Entro en el bar del hotel con la sonrisa en los labios. Siempre he sido una persona positiva y tengo la sensación de que aquí tengo que serlo más que nunca. Sarah hoy estará cubriendo una noticia, así que aprovecharé para empezar a trabajar un poco en mi novela.

Veo a Milo en la barra y, dispuesta a poner en práctica toda esa buena energía, me acerco a él. No empezamos con buen pie, o al menos eso creo, y quiero ponerle solución.

—Hola —lo saludo con una sonrisa colocándome junto a él.

Milo me mira un segundo y vuelve su vista al frente, le da un último sorbo a su taza de café y la deja sobre un reluciente platito blanco.

—Hasta luego —se despide del camarero con gesto amable y, sin más, se aleja de la barra y sale del bar.

Yo tuerzo el gesto y lo observo marcharse. Definitivamente puedo olvidarme del «creo» respecto a la opinión que tiene de mí.

Me pido un café y busco una mesa libre. Éste será un buen sitio para montar mi campamento base y

contemplar un poco todo lo que me rodea.

Estoy esperando a que el Mac se cargue cuando veo entrar a Reese. Para mi desgracia, está increíble. Entorno los ojos y, en secreto, deseo que resbale, se caiga de bruces contra el suelo y se parta la nariz y, ya puestos, una pierna... ¿A quién pretendo engañar? Estoy del todo segura de que, aunque le vendaran toda la cara, se las seguiría apañando para resultar así de atractivo. Es de lo más injusto.

De pronto Reese alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran. Por muy rápido que aparto la mía y la clavo en la pantalla de mi portátil, puedo ver sus

labios curvarse en una presuntuosa sonrisa. ¡Genial! Ha vuelto a pillarme mirándolo totalmente embobada.

De reojo, veo cómo se acerca hacia mi mesa con esa manera de andar tan segura y masculina, como si se estuviese preparando para ganar una pelea en cualquier momento.

—Buenos días —me saluda como si nada.

Lo miro pero no respondo. Quiero dejarle bien claro que ni siquiera pienso tomarme la molestia de hablar con él.

Reese no parece inmutarse y observa curioso mis cosas esparcidas por la mesa.

—Es un poco temprano, muñeca — comenta con ese tono de voz tan presuntuoso como socarrón—. ¿Qué haces aquí?

—No me llames *muñeca* —me quejo.

Vuelve a ignorar por completo lo que le digo y centra su atención en mi archivador. Por inercia, miro a donde él lo hace.

—¿Qué es esto? —pregunta a la vez que, demostrándome lo maleducado que puede ser, tira de uno de los papeles que sobresalen de mi carpeta.

¡Maldita sea! ¡Es uno de sus artículos que imprimí en la hemeroteca!

—No es nada —replico malhumorada—. Algo que encontré tirado por ahí.

Antes de que pueda impedirlo, Reese abre el archivador de golpe y con la palma de la mano mueve los primeros artículos que sólo dejan ver muchos más. ¿Cómo puedo tener tan mala suerte?

—Y los llevas en tu carpetita del cole —pronuncia con una sonrisa de lo más impertinente en los labios.

—Eres un idiota —respondo arrancándole el artículo de las manos, colocándolo juntos a los demás y cerrando la carpeta de un plumazo.

—Dos cafés —le pide al camarero sin ni siquiera mirarlo.

Yo lo observo y ahogo una escandalizada sonrisa en un bufido.

—Todo el mundo está a los pies de Reese Montolivo —sentencio mordaz.

—¿A mis pies? —pregunta sarcástico, fingiendo que realmente sopesa esa posibilidad—. A las mujeres las prefiero un poco más arriba.

Lo miro boquiabierta. ¡No me puedo creer que haya dicho eso! Reese se encoge de hombros, como si no viese el más mínimo problema en sus palabras, y se sienta frente a mí.

Yo vuelvo a resoplar.

—No voy a desayunar contigo —le comunico.

Después de cómo se comportó anoche, no pienso pasar un solo segundo más con él.

—Los papeles parecían gastados —dice obviando por completo mis protestas—. ¿Cuántas veces los has leído? —inquire arrogante.

—Ninguna —contesto displicente.

Seguro que me imagina tumbada en mi cama, con un pijama de corazones, rodeada de sus artículos y suspirando y aleteando las pestañas cada diez segundos... y, aunque está peligrosamente cerca de la verdad, ¿cómo se puede ser tan engreído?

—Mentirosa —replica, pero no lo hace en un tono divertido. Su carácter antipático, como siempre, gana la partida.

Ha conseguido ponerme de un humor de perros.

—Dijiste que era una cría que debía regresar a Nueva York —le recuerdo furiosa.

—Y eres una cría que debería regresar a Nueva York —se reafirma.

¿Ni siquiera ahora piensa disculparse? No soy ninguna cría, maldita sea, y lo que él crea que debo o no debo hacer no me importa lo más mínimo.

—Y tú, la persona más odiosa y antipática que he conocido en todos los días de mi vida. No eres absolutamente nadie para decirme qué debo hacer.

Reese alza su fría mirada y atrapa de inmediato la mía. Sus ojos son tan azules que por un momento me hacen perder el hilo.

—¿Has terminado? —pregunta arisco.

—¿Cómo que si he terminado? —planteo confusa con el ceño fruncido—. Sí, he terminado —replico furiosa en cuanto entiendo a qué se refiere.

Me levanto y comienzo a recoger mis cosas. Hace que la sangre me hierva. ¡Ni siquiera quiero verlo!

Reese me dedica su media sonrisa. Está claro que he reaccionado justo como esperaba y eso me enfurece aún más. Nunca había odiado tanto a nadie en toda mi vida.

Giro sobre mis pies dispuesta a marcharme, pero, antes de que pueda dar un paso, Reese se levanta de un salto, me agarra por las caderas y me carga sobre su hombro.

—¡Reese! ¡Bájame! —grito golpeándolo en la espalda.

¡¿Qué demonios está haciendo?!

Finge no oírme y comienza a caminar hacia la salida.

Me revuelvo encima de su hombro, pero me sostiene sin ninguna dificultad.

—¡Reese, mi ordenador! —protesto cuando lo veo hacerse más y más pequeño tras una decena de mesas.

Reese se para en seco y busca al camarero con la mirada.

—Olvide los cafés y guarde el ordenador de la señorita Silver —le pide—. Vendrá a buscarlo en un rato.

Escucho un «sí» realmente atónito por parte del camarero y Reese echa a andar de nuevo. Todas las personas nos miran y la mayoría de ellas sonrían. ¿Nadie piensa ayudarme? ¡Esto es increíble!

—¡Reese, hablo en serio! ¡Bájame!

Obtengo el mismo efecto que si le hablara a una pared. Reese continúa caminando y salimos definitivamente del hotel. ¿Adónde demonios piensa llevarme?

Cruzamos la calzada y apenas nos hemos alejado unos cuantos metros cuando me deja en el suelo. En cuanto me siento liberada, lo empujo con fuerza. Se ha pasado muchísimo.

—Eres un animal —protesto furiosa.

Reese me dedica su media sonrisa de nuevo. Está claro que ni mi empujón ni mis palabras han tenido el más mínimo efecto en él.

—Dos cafés y un *hurmasice* —pide a mi espalda.

Frunzo el ceño, miro hacia atrás y veo un pequeño puesto de comida. Está montado en un viejo remolque reconvertido. El metal está pintado de un verde intenso, sin duda alguna para ocultar el óxido que lo corroee centímetro a centímetro. Aun así, el olor a café es delicioso y toda la comida que hay en el diminuto mostrador, aunque no tengo ni idea de lo que es y con toda probabilidad la hayan preparado en ese mismo remolque, tiene una pinta fantástica.

—Siéntate —me ordena.

¿Cómo puede ser tan mandón?

Él ya ha tomado asiento en un merendero casi tan viejo como el remolque. Ha colocado una pierna a cada lado del banquito de madera y tamborilea con los dedos en el espacio libre entre sus rodillas, indicándome, ahora sin palabras, que quiere que me siente justo ahí.

—Por supuesto —contesto insolente—, ¿y el chico del millón de dólares desea cualquier otra cosa? —añado mordaz.

Lo llamo así plenamente consciente de cómo reaccionó la última vez. Quiero enfadarlo. Gracias a él, a las ocho de la mañana, yo ya lo estoy.

—Y ahora ya sabes que valgo cada centavo —responde arisco.

Su respuesta me deja fuera de juego. ¿Ya no le molesta?

Señala el asiento a su lado con un leve e impaciente gesto de cabeza. Eso ha sido muy sexy. Resoplo hondo. ¡Qué frustrante! ¡Estoy muy enfadada con él! Entorno los ojos tratando de demostrárselo, aunque lo cierto es que no sé cuál de los dos necesita recordarlo porque, al final, acabo sentándome.

Reese me observa con la misma media sonrisa en los labios.

—¿Qué haces despierta tan temprano? —vuelve a preguntar.

Yo finjo no oírlo y continuo mirando al frente. No pienso hablar con él.

—Contéstame —me ordena.

Su voz se ha llenado de exigencia, pero también de sensualidad. Me giro despacio y dejo que sus increíbles ojos azules atrapen los míos. Me resulta intimidante, pero también me gusta.

—Me despertaron los bombardeos y después hacia demasiado calor.

Asiente con suavidad.

—Kosovo declaró su independencia unilateralmente. ¿Sabes lo que significa eso?

—Sí —respondo—, que lo hizo sin que la otra parte involucrada estuviera de acuerdo.

Reese sonríe y, sin palabras, me deja claro una vez más lo inocente que le parezco.

—Aquí significa que los machacar n hasta que *unilateral* quiera decir que no quede nadie para ser independiente.

Trago saliva de forma instintiva y aparto mi mirada de la suya. A veces me sorprende la crueldad con la que puede describir este lugar, parece tan desencantado del mundo.

—Pero no te preocupes —agrega, y su tono de voz cambia por completo—, seguro que te da tiempo de vivir aventuras muy emocionantes antes de que un F-16 serbio lo arrase todo.

Su comentario me hace volverme y buscar de nuevo sus ojos. La mayor parte del tiempo es tan presuntuoso que sólo puedo pensar en golpearle la cabeza con algo metálico.

—¿Por qué eres así? —pregunto, y no puedo evitar que suene como una protesta; tampoco tengo muy claro que quiera.

Reese no responde y los dos guardamos silencio.

Un muchacho ataviado con una bandeja algo destartalada se acerca hasta nosotros y deja sobre la mesa dos cafés en vaso de cartón, un azucarero y un plato de plástico con un dulce. Dice

algo en serbio, ya empiezo a ser capaz de distinguirlo del albanés, y se marcha con una sonrisa.

—Eres muy antipático —añado, o más bien refunfuño.

—¿Y? —inquire justo así, antipático.

—Podrías tratar de no serlo y ponerles las cosas más fáciles a los demás.

Sonríe de nuevo de esa manera tan fugaz pero increíblemente sexy. Es muy consciente de que, el día que sonría de verdad, provocará un tsunami que arrasará la lencería de todas las mujeres en diez kilómetros a la redonda.

—Yo no necesito ponerle nada más fácil a nadie —sentencia arisco.

—Pues quizá sí, quizá así sería más fácil hablar contigo. Resultarías menos intimidante. —Las últimas palabras apenas las murmuro. No sé si quiero dejarle tan claro cómo consigue hacerme sentir a veces.

Reese coge uno de los cafés, echa un poco de azúcar, lo remueve con una cucharita metálica y sopla con suavidad. Aunque es lo último que quiero, mis ojos siguen el movimiento de su perfecta boca y simplemente me quedo hechizada.

Con cuidado, separa el café de sus labios y me libera de su red. Sin embargo, vuelvo a perder el hilo cuando pone el vaso frente a mí.

—Cuando haces cosas así, me descolocas por completo —me sincero mirando mi café.

Por un momento, es el propio Reese quien mira el mismo vaso de cartón. Juraría que él también parece descolocado, como si no fuese consciente de lo que ha hecho hasta que alguien se lo ha señalado, pero, apenas un segundo después, da un largo y brusco suspiro dejando escapar todo el aire de sus pulmones y esa cristalina soberbia vuelve a brillar con fuerza.

—No deberías —contesta cortante.

—Reese —me quejo—, a eso precisamente me refiero. ¿Por qué no podías limitarte a decir que eres amable?

—Porque no lo soy —responde sin más—. Es un gesto vacío. No hay nada más, muñeca.

Tomo aire exasperada. Tengo que dejar de pensar que es una persona diferente.

—Ayer ni siquiera dijiste una palabra cuando estábamos con todos en el bar. Te comportas como si pensaras que estás por encima de los demás —murmuro.

Ya no estoy enfadada, pero la curiosidad por entenderlo sigue ahí. Defecto de escritor, supongo.

—Y lo estoy —responde sin asomo de dudas—. Yo no necesito fingir que me importan conversaciones de gente que tiene una opinión demasiado equivocada de todo. Hablo y escucho a quien sé que puede aportarme algo.

Esto es el colmo. Creo que nunca había conocido a una persona tan arrogante.

—¿Porque piense igual que tú? —inquiero perspicaz.

Es un capullo presuntuoso.

—No, porque, por lo menos, me resulte interesante. Yo no comparto mi tiempo con cualquiera.

Esa simple frase, por completo en contra de mi voluntad, hace que mi autoestima brille con fuerza. No comparte su tiempo con cualquiera, pero a mí prácticamente me ha secuestrado para que desayune con él. Significa que le gusta estar conmigo. Antes de que pueda evitarlo, una sonrisa se cuelga en mis labios.

Reese me devuelve una media, muy sexy, y se inclina despacio sobre mí.

—Muñeca, contigo hago una excepción por esos vestiditos —susurra.
¡Qué gilipollas!

Lo miro boquiabierta, escandalizada, pensando la lista de insultos que voy a grabarle en la cara en cuanto encuentre un cuchillo afilado. ¡No lo soporto!

Irradiando una hostilidad termonuclear, me levanto, pero Reese me agarra de la muñeca y vuelve a sentarme sin esfuerzo.

—No quiero estar contigo —me quejo tratando de zafarme de su mano. No lo consigo.

Reese ignora una vez más mis protestas. Se inclina de nuevo sobre mí a la vez que su mano, lenta y perezosa, acaricia la mía hasta separarse de ella y se desliza por mi cuerpo, abriéndose

posesiva sobre mi estómago. Mi corazón comienza a latir desbocado y mi respiración se acelera.

—¿Sabes por qué ayer me comporte así? —susurra a escasos centímetros de mi mejilla, dejando que su cálido aliento bañe mi piel—. Porque descubrí lo poco que me gusta compartirte.

Sus palabras me derriten por dentro y consiguen que un centenar de mariposas se despierten en mi estómago. Sin saber cómo, me lleno de valentía, alzo la mirada y me dejo atrapar por sus ojos, que ya me esperaban. Reese sonrío de nuevo. Sus ojos azules, fríos y peligrosos, pero también llenos de una sensualidad desbordante, me desmontan y no me dejan pensar en otra cosa que no sea él.

Su sonrisa se ensancha de forma fugaz, como si supiera exactamente lo que provoca en mí, y, sin más, se levanta y se marcha. Yo me quedo sentada, observándolo, incapaz de mover un

músculo. Me siento igual que la primera vez que nos encontramos en Bryant Park, por completo en su red, absolutamente seducida.

Tardo más de lo que me gustaría admitir en recuperar el control sobre mi cuerpo tembloroso, coger mi café y regresar al hotel.

Me paso toda la mañana trabajando. Hasta que tenga un tema concreto sobre el que escribir, haré una especie de diario con todo lo que me está pasando estos días. En contra de mi voluntad, Reese se ha convertido en el principal protagonista de la mayoría de mis frases. Prefiero no darle mucha importancia. Sólo llevo aquí un día y en

gran parte lo he pasado con él. Si dentro de una semana sigo así, empezaré a preocuparme.

Paro sólo para comer algo. Me siento muy orgullosa cuando consigo llegar al restaurante adonde Sarah me llevo ayer y regresar sin tener que pedir una sola indicación.

Sin embargo, a última hora de la tarde, el bar del hotel comienza a llenarse de periodistas que regresan de cubrir sus noticias o hacer sus directos y de militares en busca de un momento de relax tras el cambio de turno. Pronto el ruido de los murmullos y las risas se hace constante y me es imposible concentrarme.

Guardo el portátil y el archivador en mi mochila y decido tomarme un descanso. Me acerco a la barra y, tras apoyar todos mis bártulos en ella, me pido una cerveza helada. Distraída, miro a mi alrededor y descubro una puerta de cristal y hierro forjado a un lado de la sala. No había reparado en ella antes.

—Perdona —llamo la atención del camarero—. ¿Adónde da esa puerta? —pregunto señalándola.

—A la terraza —responde.

—¿A la terraza? —inquiero a mi vez.

No sabía que hubiese una.

—Ya casi nadie la usa —me informa—. Durante la guerra se prohibió salir, era demasiado peligroso, y ahora parece que todos se han olvidado de que está allí.

Sonrío agradeciéndole la información y vuelvo a perder mi mirada en la puerta. Apuesto a que es un sitio fantástico. Sin dudarlo, cojo mi cerveza y mi mochila y un par de segundos después estoy empujando, curiosa, la puerta en cuestión. Con el primer paso que doy hacia el exterior, una suave brisa me recibe. Avanzo un poco más y enseguida un cuidado y frondoso jardín que rodea toda la terraza llama mi atención. Lo sigo con la mirada

y sonrío al comprobar cómo se une al musgo que sube por la fachada y la viste casi por completo.

Sólo hay dos mesas pequeñas y redondas con dos sillas a juego cada una. También son de hierro, con las patas llenas de arabescos. Me recuerda al adorno labrado de la llave de la habitación. Son viejas, pero están impecables. Puede que ya nadie use la terraza, pero resulta obvio que la limpian de modo minucioso cada día.

Me acomodo en una de las sillas y vuelvo a sacar el portátil. Este sitio es realmente tranquilo. Justo lo que necesito para poder seguir trabajando.

Apenas llevo quince minutos haciéndolo cuando oigo pasos acercarse. Alzo la cabeza dispuesta a asesinar con la mirada a quien me interrumpa, pero mi visión fulminante, de forma involuntaria, se transforma en una sonrisa de lo más boba cuando veo entrar a Reese. Está concentrado revisando los papeles que lleva entre las manos y no repara en mí. Mi sonrisa se ensancha cuando lo observo vocalizar, sin emitir sonido alguno, las palabras que va leyendo. Otra vez del todo en contra de mi voluntad, me quedo prendada de sus sensuales labios, de su pelo castaño y, ya puestos, de lo bien que le sientan esos viejos Levi's.

Da un paso más y automáticamente salgo de mi ensoñación. Nerviosa, dejo caer algo al suelo y él repara en mi presencia.

—¿Qué haces aquí? —pregunta extrañado.

—Necesitaba un sitio tranquilo para escribir y por casualidad he encontrado éste —respondo con una sonrisa mirando a mi alrededor.

Creo que acabo de encontrar mi rincón favorito del hotel.

—¿Y tú?

—Venir a mi sitio tranquilo —responde mordaz.

Reese se sienta a mi lado en el mismo instante en que el camarero atraviesa la puerta.

—¿Desea algo de beber, señor?

—No —responde lacónico apropiándose de mi botellín.

Yo entorno los ojos. En primer lugar, me está robando mi cerveza a temperatura perfecta y, en segundo, ¿cómo consigue que cada camarero del hotel esté a su disposición? Es cierto que el servicio aquí es impecable, pero con él lo es aún más.

—¿Por qué el camarero ha venido a preguntarte qué querías? —inquiero llena de curiosidad.

—Porque soy así de guapo — responde sin más; no sonrío ni se muestra sardónico. Está siendo pura y llanamente arrogante.

—Hablo en serio —protesto divertida.

—Yo también.

Pongo los ojos en blanco, pero al mismo tiempo no puedo evitar sonreír.

—Reese...

—¿Qué? —me interrumpe girando su armónico rostro hasta que nuestras miradas quedan frente a frente—. ¿Acaso no lo soy?

Suspiro bajito. No puedo evitar hacerlo. ¿En serio un hombre que se parece a Alain Delon en su mejor

momento me está preguntando si es guapo?

—Sí —musito sin asomo de dudas del todo hechizada por sus ojos azules.

Él sonrío y yo acabo de darme cuenta de todo lo que he confesado con un simple «sí».

—Su... supongo que sí... que habrá chicas que te con... consideren atractivo.

—Mientes muy mal, muñeca — replica con una sonrisa endiabladamente sexy en los labios—, y no sabes cómo me alegro.

Sus ojos siguen atrapando los míos y su sonrisa, poco a poco, se diluye en la manera en que nos miramos. Ahora mismo el corazón me late tan rápido

que, si presto atención, podría llegar a oírlo. No sé lo que siento por él, pero, en momentos como éste, creo que lo que sucede en realidad es que no quiero saberlo. Me asusta demasiado.

—Te he traído una cosa —susurra.

Sus palabras me despiertan y me hacen reaccionar.

—¿A mí? —murmuro con una tímida sonrisa.

Reese me devuelve el gesto, pero es su sonrisa arrogante. Esa que me dice que todo su autocontrol ha vuelto y, con él, se muestra de lo más distante.

—No te emociones, muñeca. Es una tontería.

No me equivocaba.

Abre su vieja bandolera y saca algo envuelto en un pañuelo de un suave color tierra. Lo coloca sobre la mesa y yo lo miro sin poder dejar de sonreír. ¡Me ha traído un regalo!

—Hoy hemos estado en una pequeña ciudad a unos kilómetros de aquí —me explica mientras retiro el pañuelo con cuidado—. Había una tienda en ruinas, he entrado y la he visto.

Tiro del último extremo de la tela y descubro una Polaroid clásica y al menos una decena de carretes.

—¡Es preciosa! —digo encantadísima.

—Parece que la ciudad te gusta mucho, así podrás hacerle fotos.

Feliz, cojo la cámara, enfoco y le hago una.

—Muñeca —se queja arisco—, ¿qué parte de hacerle fotos a la ciudad es la que no has entendido?

Yo esbozo un mohín y alzo la mano para coger la fotografía. Mientras espero a que se revele, busco entre mis papeles mi rotulador negro. Cuando la instantánea se seca, escribo con cuidado en la parte inferior.

Reese se inclina curioso sobre mí.

—¿Señor Arisco? —pregunta leyendo—. ¿Por qué no Señor Gruñón?

—Porque los gruñones se quejan, pero es obvio que tienen un trasfondo amable... y el tuyo todavía no lo he

encontrado.

Río encantadísima con mi propia broma, más aún cuando veo una sonrisa dibujarse en los labios de Reese que trata de esconder dándole un sorbo a mi cerveza.

—Además, Arisco suena más a nombre de enanito —sentencio.

Niega con la cabeza.

—Los enanitos son Sabio, Bonachón, Tímido, Dormilón, Mocososo, Mudito y Gruñón.

Lo miro atónita. Eso sí que no me lo esperaba.

—Eso ha sido cuando menos sorprendente.

—Soy un chico muy listo —replica.

Sonrío mientras sigo curioseando mi Polaroid. ¡Me encanta!

—¿Y has cubierto una noticia muy emocionante? —pregunto.

—Mucho —responde con esa sonrisa con la que parece querer decirme que soy la cosa más inocente que ha visto.

No me gusta que me sonría así. Me pregunto si alguna vez me dejará de ver como una cría.

—Milo conocía a un par de personas que estaban interesadas en hablar conmigo.

Asiento y enseguida caigo en la cuenta de algo. Si Reese y Milo son amigos, quizá él pueda explicarme por

qué no le caigo bien.

—Me he dado cuenta de que a Milo no le caigo demasiado bien.

Reese muestra una sonrisa tenue y fugaz.

—No se trata de eso, muñeca.

Frunzo el ceño por su respuesta.

—¿Y de qué se trata entonces?

Reese pone los ojos en blanco y se recuesta en la silla, echando la cabeza hacia atrás hasta perderla en el cielo de Pristina. Está claro que la respuesta para él es más que obvia.

—Milo es kosovar. Éste es su país. Ha vivido una guerra, ha sufrido y ha perdido a gente que le importa. No quiere tener que oír a una cría de

veintiséis años decir que ha dejado su acomodada vida en Nueva York para venir hasta aquí a vivir aventuras. Si quieres que te respete, tendrás que ganártelo.

Sus palabras me hacen sentir como la niña que cree que soy. ¿Cómo he podido ser tan insensible? A lo mejor Reese tiene razón y debería empezar a entender dónde estoy.

Dejo la Polaroid sobre la mesa con suavidad. Me siento ridícula.

Reese me observa un segundo y poco a poco se vuelve hacia mí. Levanta la mano y, despacio, me mete un mechón de pelo tras la oreja. Su contacto me pilla por sorpresa, pero me gusta. Alzo

la mirada y me encuentro inmediatamente con la suya, que ya me esperaba. Reese resopla despacio y sus ojos se hacen aún más azules, más indomables. Me gustaría que él sintiera una parte de todo lo que siento yo cuando me mira así.

—Da igual el motivo que te trajo a Kosovo —susurra destilando sensualidad y seguridad a partes iguales, mientras deja que su mano se deslice hasta acomodarse en mi cuello—. Lo importante es lo que haces cuando estás aquí.

Tengo la sensación de que esa frase no es sólo para mí. Creo que una mínima parte de su hermetismo se ha quedado

atrás y no quiero desperdiciar la oportunidad.

—¿Tú quieres que esté aquí? —pregunto casi en un murmullo.

Reese no aparta sus ojos de los míos, ni levanta sus dedos de mi piel. La atmósfera se ha intensificado y se ha llenado de todo el magnetismo que desprende.

—Eso no es asunto tuyo —contesta en un ronco susurro.

—Reese —me quejo.

—¿Qué? —replica con la voz endurecida.

Acabo de entender que jamás sabré nada sobre él si él no quiere que lo haga.

Aparta la mano, dejando que sus dedos acaricien perezosos mi cuello hasta el último instante, y finalmente se separa. Todo mi cuerpo protesta.

—Será mejor que volvamos adentro —susurra levantándose.

Quiero decirle que no, que vuelva a sentarse, a tocarme, pero, en lugar de eso, asiento, cierro el portátil y lo guardo todo en mi mochila, también mi cámara nueva.

Reese espera a que esté lista pero, cuando me cuelgo del hombro mi mochila, echa a andar sin ni siquiera mirarme. Yo lo observo deseando en

secreto que me coja de la mano, pero está claro que no va a ocurrir y algo dentro de mí resopla decepcionado.

Entramos en el bar y lo atravesamos en silencio. No tardamos en ver a Owen y a Sarah sentados a una de las mesas y, de nuevo sin intercambiar una palabra, nos acercamos a ellos.

Reese aparta una silla apenas unos centímetros y se sienta en la de al lado. Otra vez un simple gesto que vuelve a descolocarme. ¿Por qué es tan amable conmigo cuando ni siquiera es capaz de mirarme?

Reese Montolivo, corresponsal de guerra, el hombre más atractivo sobre la faz de la tierra y cabronazo bipolar. Ésa

debería ser su maldita tarjeta de visita.

Alzo la cabeza dispuesta a decir algo y entonces me doy cuenta de la expresión de Owen. Parece completamente agotado y no es sólo algo físico. De inmediato miro a Sarah. Ella también está muy afectada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Reese.

—¿Qué no ha pasado? —se apresura a responder Owen—. Las cosas se están poniendo feas en Mitrovica.

Frunzo el ceño. Recuerdo haber leído algo sobre ese lugar en el avión. Hago memoria. Es la segunda ciudad más importante de Kosovo. Allí la

guerra de guerrillas entre los albanokosovares y los serbios todavía es muy dura.

—Hoy hemos perdido a dos hombres —añade Owen en un golpe de voz—. A veces no entiendo qué quieren que hagamos aquí.

Todos guardamos silencio y parece que cada uno reflexiona por separado sobre esas mismas palabras. La posición de los Cascos Azules y las fuerzas de la OTAN es realmente complicada. Se supone que son soldados de paz, que protegen a la población, pero los altos mandos no les dejan ninguna posibilidad de hacerlo. No pueden disparar y, en

ocasiones, ni siquiera se les permite actuar como barrera de protección entre los grupos armados y los civiles.

—Vine aquí a ayudar a esas personas —murmura—, pero a veces creo que me han enviado sólo para verlos morir.

Reese aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea. Por los artículos que leí, sé que él tiene exactamente la misma opinión.

Un ruido junto a la barra nos sobresalta. Todos nos volvemos a la vez y vemos a un soldado, aún con el uniforme mimético, agacharse diligente y recoger los restos de un botellín de cerveza hecho añicos en el suelo.

—Ella también venía en la incursión —nos explica Owen—. Ha visto cómo mataban a esos chicos. Ha sobrevivido de milagro. Cuando hemos llegado, los paramilitares la tenían encañonada.

Mi gesto se entristece. La chica parece estar nerviosísima, como si todavía sintiera el frío acero en su piel.

—Chicos, si me perdonáis, yo me retiro ya —continúa con sus perfectos modales ingleses—. Sólo quiero meterme en la cama y olvidarme de este día.

—Subo contigo —replica Sarah.

Él la observa un segundo y finalmente asiente. Mi amiga se toma demasiadas molestias en que nuestras

miradas no se encuentren mientras recupera su bolso colgado en el respaldo de su silla. Definitivamente tiene mucho que contarme de su relación con el capitán Owen Kendrik.

Reese y yo los seguimos con la mirada hasta que suben escaleras arriba. Le da un trago al botellín de cerveza y sus ojos se quedan fijos al frente mientras lo baja poco a poco y éste vuelve a tocar el mármol de la mesa.

Me giro de nuevo hacia la barra y contemplo a la soldado. Se la ve muy triste. Apuesto a que ahora mismo debe de sentirse la persona más sola de todo el universo. Comienza a sonar una suave canción y algunas personas que se

acercan a la pista de baile me distraen. Miro otra vez a la chica. Está claro que necesita distraerse.

—Sácala a bailar —le pido a Reese muy resuelta.

—No —responde por inercia.

—¿Por qué eres tan antipático? —me quejo.

Tengo la sensación de que no hago otra cosa.

—Porque así te gusto más.

—Reese —protesto de nuevo a la vez que pongo los ojos en blanco.

Siendo sinceros, tiene parte de razón, pero preferiría morirme antes que reconocerlo.

—Reese —repito poniendo mi mejor voz y cara de pena.

Me observa un par de segundos y por último cabecea.

—Eres insufrible, muñeca —se queja exasperado.

—No me llames *muñeca* —protesto.

—Y entonces ¿cómo ibas a fingir que no te encanta que te llame así? — replica. Tiene tan rematadamente claro que es verdad que no necesita confirmación alguna por mi parte.

Yo abro la boca dispuesta a decir algo, pero no se me ocurre el qué y me veo obligada a cerrarla de nuevo. Supongo que ésa es la mayor confirmación de todas.

—Sácala a bailar —digo malhumorada tratando de reconducir la conversación.

Mis palabras, pero sobre todo el modo en que las digo, hacen que una media sonrisa de lo más presuntuosa asome en sus labios.

—Encantada de divertirlo como siempre, señor Montolivo —comento displicente.

¿En algún momento tiene pensado dejar de reírse de mí?

—Para eso estás —sentencia, y otra vez es pura arrogancia.

Su aplastante seguridad y toda la masculinidad de macho alfa que desprende me sacuden y, por un instante,

no puedo reaccionar. Reese Montolivo puede hechizarme cada vez que lo desea y sólo necesita ser tal como es para conseguirlo.

«Eso no es una buena noticia para ti.»

Ya lo sé.

—No... no te cuesta nada. Sólo es una... una canción —murmuro volviendo al tema que nos ocupa y, de paso, rezando para que milagrosamente sus ojos dejen de ser así de azules.

Reese de nuevo mira fijamente al frente y vuelve a darle un trago a su cerveza tomándose todo el tiempo del mundo.

—Está muy triste —añado tratando de que sienta un poco de empatía por ella, aunque, la verdad, no tengo del todo claro que Reese Montolivo sepa siquiera lo que significa esa palabra.

—¿Y por qué crees que bailar la va a animar?

—Porque necesita distraerse. Es obvio. Soy escritora. Me dedico de forma profesional a describir cómo se sienten las personas y esa chica necesita un baile.

Reese vuelve a observarme. Creo que está intentando leer en mi mirada. Al final resopla irritado y se levanta.

—Sé amable —le pido con una sonrisa.

Él pone los ojos en blanco y ni siquiera se molesta en contestar.

Discreta, o por lo menos eso creo, me acomodo en mi silla sentándome sobre una de mis piernas a la vez que me giro para no perder detalle. Reese se acerca a la chica y, tras un par de minutos de conversación, le señala la pista de baile. Ella lo mira y por último asiente recelosa. Mientras caminan, sonrío. No la culpo. Es el atractivo hecho hombre.

Se detienen entre otras parejas que bailan. Suena *Time After Time*,* de Cyndi Lauper. Reese alza la mano y la coloca en su cadera acercándola hacia él. No ha esperado a que ella hiciera el

más mínimo gesto ni ha abierto los brazos invitándola o por lo menos avisándola. Ha tomado el control y ha sido increíblemente sexy.

La chica suspira y coloca sus manos sobre los hombros de Reese. Esto está bien. Ella va a distraerse y va a sentirse mejor. Seguro que ya se siente mejor.

Aparto la mirada y vuelvo a sentarme derecha. Tomo el botellín de cerveza de Reese o, mejor dicho, mi botellín, y le doy un trago. Estaba muy triste. Ha tenido un día horrible. He hecho bien en convencer a Reese para que la sacase a bailar. Todos necesitamos que nos animen alguna vez.

De reojo, miro la pista. Siguen bailando. Una de las manos de Reese está entrelazada con la de la soldado, la otra ha avanzado por la cintura de la chica hasta abrirse posesiva al final de su espalda. Involuntariamente recuerdo cuando esa misma mano se paseaba por mi vientre y me mantenía sentada a su lado mientras me susurraba que no quería compartirme.

Ella, nerviosa, dice algo y los dos sonrían. Yo ya no lo hago.

Con un humor de perros, aparto mi mirada y la pierdo en mis dedos, que inquietos rasgan la etiqueta del botellín. Reese parece muy cómodo. No creo que esté deseando que la canción termine ni

nada por el estilo. Tampoco parece importarle lo que yo pueda estar viendo o no. Es probable que ni siquiera recuerde que sigo aquí sentada.

Antes de que el pensamiento cristalice en mi mente, me levanto prácticamente de un salto y salgo disparada del bar. Esto debería servirme para aprender. Colarme por alguien como Reese Montolivo es el peor error que podría cometer. Puede bailar con quien le dé la gana, pero podría tener el detalle de no tomarme por idiota fingiendo que no estaba deseando hacerlo. Es un imbécil.

Apenas he alcanzado el segundo tramo de escalera cuando noto pasos acelerados a mi espalda. No necesito volverme para saber quién es, sobre todo en cuanto me agarra de la muñeca y me obliga a volverme sin ninguna delicadeza.

—¿Adónde crees que vas? — pregunta arisco.

—¿Ya has terminado? —replico zafándome—. Pensaba que pasarías el resto de la noche en la pista de baile.

Reese frunce el ceño malhumorado.

—¿A qué viene esto? —masculla—. Ha sido idea tuya que la sacara a bailar.

No puedo creer que encima se atreva a comportarse como si hubiese sido el peor rato de su vida.

—Puede ser, pero tú no parecías estar sufriendo —me quejo casi en un grito.

Es un capullo y un gilipollas y yo ni siquiera sé por qué estoy tan enfadada, pero, maldita sea, ¡lo estoy!

Voy a dar el primer paso para marcharme pero, sin dudarlo, Reese cubre la distancia que nos separa, vuelve a tomarme de las muñecas y me lleva contra la pared, manteniendo mis manos sujetas contra el papel pintado a ambos lados de mis piernas.

El movimiento me pilla por sorpresa. Ha sido brusco y arisco y, aunque me ha enfadado aún más, también me ha gustado, mucho. Algo dentro de mí tiene la sensación de que acaba de ocupar el lugar que le pertenece. ¿En qué lío me estoy metiendo?

Exhala todo el aire de sus pulmones con fuerza mientras sus ojos azules, fríos y peligrosos, se clavan en los míos. Mi respiración se acelera y se mezcla con la suya en el ínfimo espacio vacío entre los dos.

—Muñeca —susurra con su voz ronca, indomable, sensual.

La canción continúa sonando. Su olor me inunda y me enciende aún más. Estamos en un país prácticamente en guerra, en un rincón olvidado del mundo, y sigue oliendo a gel caro y a suave menta.

Ahora mismo sólo quiero que me bese.

—Entre tú y yo —continúa despacio, sintiendo cada letra que pronuncia— nunca va a pasar nada.

—Reese —lo llamo o protesto. Ni siquiera sé qué es lo que pretendo diciendo su nombre.

—¿Qué? —replica de nuevo de esa manera tan intimidante, sin separarse un ápice, sin liberar mi mirada.

Si está tan seguro de que nunca ocurrirá nada, ¿por qué no se marcha?, ¿por qué ha venido a buscarme?

—Esta mañana me has dicho que no querías compartirme con nadie —le recuerdo exasperada.

Todo esto se está complicando demasiado.

Reese frunce el ceño contrariado, como si no esperara que le recordase esas palabras o simplemente hubiese preferido no decírlas.

—Eso no es una declaración de amor —masculla malhumorado, separándose.

—¿Pues qué has querido decir entonces?

Sueno furiosa y lo estoy. Si siente algo por mí, tengo derecho a saberlo.

—He querido decir exactamente lo que he dicho —replica adusto, furioso, con la voz endurecida—. Que prefiero estar sólo contigo en una mesa que con cuatro gilipollas más, porque así, en vez de tener que escuchar doscientas tonterías por minuto, sólo tengo que escuchar cincuenta.

Suena tan arrogante, tan seguro de sí mismo y de estar por encima de todos los pobres mortales, que la sangre me hierve y, antes de que la idea cristalice en mi mente, le doy una bofetada.

Reese cierra los ojos un segundo y vuelve a abrirlos a la vez que se aprieta el labio inferior con los dientes y lentamente gira la cara hasta que nuestras miradas vuelven a encontrarse. Sus ojos brillan metálicos de cristalina rabia, pero no me importa. Yo también estoy muy cabreada.

—Eres un capullo presuntuoso —siseo—. No te preocupes, si tenía alguna duda sobre lo que sentía por ti, acabas de resolvérmela.

Sin esperar respuesta por su parte, echo a andar escaleras abajo. Necesito una copa con urgencia. Se ha comportado como el imbécil que es, como el imbécil que siempre va a ser.

Voy tan concentrada en mi propio enfado que no me doy cuenta de dónde piso y choco con alguien a tres peldaños del suelo. Sea quien sea, me sostiene y consigue que no acabe con mi furioso culo en el suelo.

—Perdona —murmuro separándome de él y alzando la cabeza.

Es Matt.

—No es nada —responde amable.

Yo sonrío y doy un discreto paso atrás. Sus manos siguen sosteniéndome por la cintura y eso hace que me sienta incómoda.

—¿Has vivido muchas aventuras hoy? —continúa con una sonrisa.

—No... no, ha sido un día de... de lo más normal.

Doy un nuevo paso atrás. Matt parece captar la indirecta y retira sus manos.

—Bueno, pues entonces está claro que necesitas una cena para mejorarlo. Conozco un restaurante cerca de aquí donde sirven una comida buenísima.

Niego con la cabeza.

—Te lo agradezco mucho, Matt, pero prefiero quedarme en el hotel.

¿De verdad lo prefiero? Sarah está con Owen y no sé si volverá a aparecer. No quiero ver a Reese, así que sólo me

queda mi habitación, y estar sola dándole vueltas a todo es lo que menos me apetece.

—Te he salvado de darte de bruces contra el suelo —me recuerda divertido—. Creo que eso merece que digas que sí.

—Está bien —respondo con una tímida sonrisa.

Matt asiente y bajamos los últimos escalones.

—Yo también digo que sí.

La voz de Reese atraviesa el ambiente y me envuelve por completo.

Me giro justo a tiempo de ver cómo baja la escalera ajustándose los dobleces de su camisa sobre su antebrazo, en apariencia despreocupado, pero claramente en guardia, dejando que toda su actitud de macho alfa impregne cada átomo de aire de la habitación. ¿Cómo puede ser tan condenadamente atractivo?

Me obligo a dejar de observarlo y, nerviosa, centro mi mirada en cualquier otra parte. De reojo veo cómo Matt aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea y asiente a regañadientes.

Parece que Reese acaba de estropearle los planes.

—Mi... mi mochila —digo lacónica justo antes de girar sobre mis pies y regresar con paso ligero, casi corriendo, al bar.

Enseguida la localizo en la silla donde la he abandonado. La cojo, me aseguro de que esté cerrada y me acerco a la barra para pedirle al camarero que me la guarde en recepción. No tiene ningún sentido que me pasee por ahí con el ordenador y mis papeles.

No alzo la cabeza hasta que ya he salido del bar. Los Montolivo están a unos pasos, frente a mí. El uno junto al otro, pero sin dirigirse una palabra. Los dos tensos, los dos enfadados, pero sólo uno de ellos podría robar la atención de

cualquier mujer de este universo. Está claro que no se llevan demasiado bien. En ese preciso instante, tengo la inquietante sensación de que estoy armando una bomba de relojería que no voy a ser capaz de controlar.

Salimos a la calle, cruzamos la calzada y nos adentramos en una inmensa avenida, una de las más grandes que he visto en la ciudad. Camino flanqueada por los dos, aunque estamos prudentemente separados. Nadie habla y yo empiezo a sentirme muy incómoda.

Me permito observar a Reese. Lleva las manos en los bolsillos del pantalón y la vista al frente. ¿Por qué ha venido?

Acaba de dejarme muy claro lo que piensa de nosotros. No debería importarle adónde voy o con quién.

El tráfico es denso y conforme avanzamos es aún peor. Los cuatro carriles de la avenida están atascados por completo.

—Será mejor que crucemos por aquí —dice Matt mirando unos metros adelante.

Por inercia también miro y veo las luces amarillas que indican que hay unos obreros trabajando. Supongo que eso es lo que está provocando semejante tráfico.

Camino unos pasos y miro a ambos lados dispuesta a seguir a Matt y cruzar, pero uno de los coches avanza tomándome por sorpresa y tengo que retroceder. Debe de haberse abierto el paso que cerraba la obra y los coches se mueven rápidos ahora que pueden.

Matt continúa avanzando sin darse cuenta de que no lo sigo. Miro a mi alrededor buscando un semáforo, un paso de peatones o algo parecido, pero nada. Cojo aire. No es tan difícil. Vivo en Nueva York. No me asustan un par de coches... pero también es verdad que nunca me atrevería a cruzar la Séptima Avenida en hora punta si no es por donde debo.

Voy a dar el primer paso algo insegura y entonces noto sus dedos llenos de calor entrelazarse con los míos. De inmediato miro nuestras manos y de inmediato lo miro a él. Tiene la mandíbula perfectamente tensa, rasgada por una incipiente y sexy barba. Posa la vista en el endiablado tráfico, concentrado, pero por un momento suspira discreto y fugaz, de una manera casi imperceptible. También le afecta que nuestras manos se toquen y por un instante me pierdo en esa increíble sensación de que su piel contra la mía también significa algo para él.

Reese me guía entre la marabunta de coches, furgonetas y motos y, en cuanto ponemos un pie en la otra acera, me suelta sin decir una palabra y sin ni siquiera mirarme y yo me siento como si me hubiesen tirado un jarro de agua helada. Una vuelta a la realidad en toda regla.

El restaurante no está muy lejos. Está ubicado en un edificio de nueva construcción y parece bastante moderno. El teléfono de Matt comienza a sonar cuando apenas estamos a unos metros de la puerta. Lo saca del bolsillo de sus Dockers y mira la pantalla con el ceño fruncido.

—Tengo que cogerlo —me informa.

—Claro —respondo.

Se aleja unos pasos y yo camino distraída en la otra dirección, observando esta parte de la ciudad. Es muy diferente de a donde Reese me llevó. Hay varios letreros de neón y los edificios son muy modernos. Entre ellos hay un enorme espacio abierto. Curiosa, frunzo el ceño tratando de averiguar lo que es. Parece un parque y lo confirmo cuando veo un inmenso letrero con la bandera de la Unión Europea informando de la rehabilitación del Pristina City Park.

—¿En serio pensabas cenar con Matt?

Su voz a mi espalda hace que mi cuerpo se tense. Suena suave, demasiado suave, dejándome claro el lío en el que acabo de meterme.

—Sí —respondo displicente. Si alguien tiene derecho a estar enfadada, soy yo—. Por una vez, quería pasar el rato con el Montolivo agradable.

—Pues la próxima vez... —replica aún más arisco, acercándose lo suficiente para que su cálido aliento bañe mi mejilla—... asegúrate de que es a ese Montolivo al que le pones ojitos en mitad de la escalera para que te bese.

Recuerdo de pronto cómo me he sentido en esa maldita escalera, con el deseo tirando de mí en una dirección y

todo lo que lo odio por hacerlo exactamente en la opuesta.

—Yo no... yo no te he puesto ojitos.

—No —sentencia sardónico y lleno de rabia—, desde luego que no.

Quiero volverme y darle la bofetada que se ha ganado a pulso, otra vez, pero las piernas me tiemblan demasiado para hacerlo.

No puedo dejar que me afecte de esta manera. No pienso permitirlo. No se lo merece.

Me giro a la vez que alzo la barbilla altanera y me cruzo de brazos. Nada de comportarse como una chica asustadiza.

La mirada de Reese se clava inmediatamente sobre la mía. Ahora mismo irradia un enfado monumental, pero yo también.

—No puedes tratarme así —me quejo.

—Como yo pueda tratarte o no, no es asunto tuyo.

Otra vez esa maldita frase. Soy yo la que está al otro lado. ¡Claro que es asunto mío!

—Reese —protesto y de nuevo, en realidad, no sé qué decir. Las palabras se agolpan en mi garganta y se niegan a abandonarla.

—No vuelvas a llamarme si no vas a decir lo que estés dispuesta a decir — me advierte.

Es tan distante, tan intimidante, tan frío, que vuelve a colocarme al borde de un precipicio que no sé si quiero saltar. ¿Por qué se comporta así? ¿Qué quiere de mí? Otra vez mi embotada mente se llena de preguntas que ahora menos que nunca me atrevo a formular.

Reese gira sobre sus pasos y se dirige hacia el restaurante. Matt, apareciendo desde dondequiera que estuviera hablando por teléfono, sale a su encuentro. Yo, por mi parte, resoplo tratando de calmarme. Jamás había conocido a un hombre así.

Entramos y el camarero nos guía hasta una bonita mesa junto a unos ventanales con vistas a un precioso patio interior. No me he equivocado al pensar que el restaurante y el edificio eran nuevos. Todavía hay un puñado de pintores repartidos por el local recogiendo botes de pintura y retirando plásticos de algunas zonas.

Nos acomodamos en la mesa y, como ya he sospechado que pasaría, acabo sentada entre los dos. Matt pide vino para los tres. La situación en esta mesa es una prolongación del paseo hasta aquí y ninguno de los dos parece animarse a hablar.

—Sophie, cuéntanos algo de ti — pregunta Matt al fin—. No sé, de tu familia.

Reese tiene la mirada perdida en el local. Está claro que no le interesa lo más mínimo.

—No... no hay mucho que contar — respondo.

Estoy nerviosa y, el hecho de estar entre Matt y Reese y, sobre todo, el recuerdo de cómo me ha mirado uno de ellos mientras discutíamos fuera hace cinco minutos, no ayuda mucho.

—Me he fijado en que a veces tartamudeas — comenta Matt.

Sus palabras hacen que Reese vuelva a prestarnos atención.

Yo sonrío incómoda y me humedezco el labio inferior. No es algo que me acompleje, pero tampoco me gusta que me lo recuerden.

—Sólo lo... lo hago cuando estoy... estoy nerviosa. —Como ahora.

—¿Y no has pensado en ir a un logopeda?

Vuelvo a forzar una sonrisa. Eso sí que no me lo esperaba. No creo que lo haya hecho con mala intención, pero no es algo de lo que quiera hablar.

—No, nunca me lo he planteado.

—No lo necesita —sentencia Reese calvando sus ojos increíblemente azules en su hermano.

Su seguridad de nuevo es aplastante. Yo lo miro tratando de disimular una sonrisa. Sigo enfadada, pero no puedo obviar el hecho de que ha conseguido que, sencillamente, me sienta mejor.

—¿Eres de Nueva York? —pregunta Matt algo incómodo tratando de reconducir la conversación.

Yo aparto mi mirada de Reese y la clavo con prudencia en mis manos, que juguetean con la servilleta de tela. La sonrisa sigue ahí, luchando por salir e inundarlo todo, pero consigo mantenerla a raya.

—No, soy de Boston. Me fui a Nueva York a estudiar.

—¿Y allí conociste a Sarah?

—No. —También niego suavemente con la cabeza—. Sarah y yo somos amigas desde la secundaria; además, nuestros padres también son amigos.

Matt asiente a cada palabra, pero Reese, tal como pasó anoche en el bar del hotel, se muestra distante y frío. Si no quería estar aquí, ¿por qué ha venido?

—¿A qué se dedica? —me interrumpe Matt.

—¿Quién? —pregunto con el ceño fruncido.

He vuelto a perder el hilo.

«¿Por qué será?»

—Tu padre —responde como si fuera obvio.

Sonrío nerviosa. Debo dejar de distraerme con Reese. Al fin y al cabo, él no está prestando la más mínima atención a la conversación.

—Es bombero. Teniente en la estación 87 en South Boston.

—¿Y tienes hermanos?

Tengo la sensación de que me están interrogando, pero no me importa. Me gusta hablar de mi familia.

—Hermanastros —lo corrijo—. Cuando mi madre se casó con mi padre, ella ya tenía tres niños pequeños, y después nací yo.

—Qué mona —comenta Reese antipático. Es lo primero que dice desde que hemos comenzado a charlar.

Sus palabras parecen inofensivas, pero están llenas de ironía y mucha malicia. Se está riendo de mí otra vez.

Matt no se da cuenta de nada y le presta toda la atención al camarero que llega con el vino. Yo decido ignorarlo y me concentro en la carta porque, cuando se pone así, sólo puedo pensar en recurrir a la violencia física.

Sin embargo, no puedo evitar que todo mi cuerpo se tense cuando noto cómo, de forma discreta, se inclina sobre mí.

—Seguro que tienes una foto de pequeña de ésas tan adorables con el casco de tu padre en el parque de bomberos —susurra mordaz.

Su voz suena aún más ronca y por un momento me distrae. Sin embargo, no voy a permitirle que diga o haga lo que quiera.

—Eres un imbécil —murmuro.

Y no podría tener más razón. Tengo esa maldita foto pegada en la nevera.

El móvil de Matt vuelve a sonar. Mira la pantalla malhumorado y, tras murmurar un «lo siento», se levanta y se dirige hacia la puerta del restaurante.

En ese mismo instante, un nuevo camarero se acerca. Imagino que nos saluda e imagino también que nos pregunta qué queremos tomar, porque lo hace en serbio y no entiendo una mísera palabra.

Reese le responde haciendo gala una vez más de lo bien que se le da el idioma y por un segundo no puedo evitar quedarme mirándolo embobada. ¿Lo hará todo igual de bien?

«Y ahí tenemos la parte más descerebrada y kamikaze de Sophie Silver en acción.»

Me pongo los ojos en blanco y me obligo a concentrar toda mi atención en la carta. Obviamente el menú también está en serbio, pero decido tirarme a la aventura. Además, todo lo que he probado hasta ahora estaba delicioso.

Pero, cuando estoy a punto de abrir la boca, Reese me sorprende quitándome la carta de las manos sin

ninguna delicadeza y entregándosela al camarero. Alzo la mirada y comprendo al instante que ha pedido por los dos. ¡Es el colmo! ¡Ni siquiera me ha preguntado!

—Espere —le digo al empleado que ya se alejaba unos pasos.

No sé si me entiende o no, pero se detiene. Reese entorna los ojos y me asesina con ellos sin ningún disimulo a la vez que resopla.

—Quiero pedir mi propia comida —me defiende toda digna.

—Claro, ¿por qué no? —me reta—. Me muero de ganas de ver cómo tu serbio ha mejorado en dos putos días.

Esto ya es demasiado. Me da igual lo enfadado que esté. ¡Yo no tengo ninguna culpa!

—Eres gilipollas, Reese.

Me levanto de un salto y, bajo su endurecida mirada y la atónita del camarero, me alejo de la mesa.

Otra vez camino tan cabreada que no presto atención a dónde piso y acabo chocando con uno de los pintores. Es el efecto Reese Montolivo. Te satura el cuerpo con tanta rabia que pierdes hasta las habilidades motoras.

Me disculpo con el pobre hombre, aunque dudo que me entienda. Además, no parece muy contento. Por mi culpa ha dejado caer un par de botes que llevaba

en la mano. Diligente, me agacho para ayudarlo a recogerlos. Cojo uno de ellos, pero con el golpe se ha roto y me lleno las dos manos con un líquido transparente y templado. Por lo menos no es pintura.

El hombre me quita el bote de las manos y me ofrece un trapo. Lo rechazo con una sonrisa, prefiero ir a lavarme las manos al aseo. Me levanto y el pintor sigue hablándome. No tengo ni idea de lo que está diciendo, así que decido disculparme otra vez antes de buscar con la mirada los baños. Por suerte no tardo en encontrarlos.

Ya me he alejado unos pasos, pero el tipo continúa hablando; lo miro y sonrío arrepentida de nuevo. Espero no haberlo metido en un lío.

Entro y voy hasta los lavabos. Me sorprende no ver uno de esos secadores de aire para las manos o servilletas de papel desechables. Hay una toalla de tela y no como en los restaurantes de renombre, con un señor de esmoquin al lado que te la da caliente y con olor a limón. Es un toallero como el de cualquier casa.

Abro el grifo y meto las manos bajo el chorro. El agua está fría, casi helada. Me las froto buscando el jabón con la

mirada y de pronto las manos comienzan a arderme. ¿Qué me pasa?

—Joder —mascullo.

Me las froto más fuerte tratando de que el agua se lleve cualquier resto de lo que sea que me está quemando, pero el efecto es el contrario. Están ardiendo. Duele. ¡Duele muchísimo!

La puerta se abre de golpe. Sólo veo la mano de Reese abalanzarse sobre el grifo y cerrarlo de golpe. Se lleva el bote que trae a la boca y arranca el tapón con los dientes. Lo escupe sobre el lavabo y vierte todo el contenido encima de mis manos. El alivio es inmediato.

Suspiro. Duelen un poco, pero ya no me queman. Reese deja caer el bote y comienza a refregarme las manos suavemente con las suyas para que el líquido se reparta por toda mi piel. Un olor ácido y dulzón se despliega por el pequeño baño. Es vinagre.

Alzo la cabeza y nuestros ojos se encuentran de inmediato. Tiene la mirada endurecida y la mandíbula tensa. Parece muy preocupado, pero ¿por qué le importa tanto lo que me pase? ¿Por qué me cuida? Quiero preguntárselo, pero no quiero parecerle otra vez una cría que no entiende las cosas. Me ha dejado muy claro que entre nosotros nunca pasará nada.

—Muchas gracias —murmuro.

—Es una quemadura química — responde a la vez que retira una de sus manos de las mías, coge la toalla del toallero de un tirón y, despacio, me envuelve las manos con ella sin dejar de estudiarlas—. Por suerte, no ha sido nada grave —añade, y juraría que está aliviado—. Te has manchado con disolvente y, al mezclarlo con agua, ha hecho reacción.

Reese guía mis manos lentamente obligándome a volverme. Me las seca con suavidad, abre la toalla despacio y vuelve a examinarlas a conciencia.

—El vinagre es el mejor neutralizador —me explica con la vista aún perdida en ellas.

Sonrío de nuevo. Ha vuelto a conseguir que olvide lo enfadada que estoy y, ya ahora, sospecho que eso no es bueno para mí. Reese alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran otra vez. Creo que podrían encontrarse en cualquier circunstancia. Eso tampoco es bueno para mí.

Finalmente Reese resopla y deja caer mis manos.

—La niña de papá de un bombero debería saberlo —sentencia cortante.

Maldita sea, ¿a qué ha venido eso?. Quiero llamarlo de todo, pero me contengo. No vale la pena y no pienso darle ninguna oportunidad de que vuelva a reírse de mí.

Estoy a punto de salir del baño cuando lo oigo resoplar con brusquedad de nuevo y lanzar la toalla contra el lavabo. Parece exasperado. ¿Qué le pasa? Me detengo con mis manos rodeando ya el pomo. Quiero preguntárselo, pero no sé si él también lo quiere. A veces se comporta como si ni siquiera le gustase tenerme cerca, como si no necesitase a nadie y mucho menos a mí. Cabeceo. Reese no me conviene. Nada de esto me conviene.

Haciendo un esfuerzo titánico, abro la puerta.

Reese Montolivo es el mayor error que podría cometer. Tengo que empezar a entenderlo.

Regreso a la mesa y tomo asiento.

—¿Todo bien? —me pregunta Matt.

Como me gustaría subir la silla a la mesa, hacerlo yo encima y gritar «no» hasta quedarme sin aire. En lugar de eso, me obligo a sonreír y a asentir. Los buenos modales y aquello de no parecer una loca desquiciada, supongo.

—Me he manchado con un poco de disolvente, pero no ha sido nada.

Ahora es Matt el que asiente.

De reojo, puedo ver cómo Reese sale del pequeño pasillo de acceso al baño y anda hasta nosotros. No quiero hacerlo, pero tampoco puedo evitar alzar la mirada y contemplar cómo camina. Es hipnótico. Toda su sensualidad y su seguridad parecen hacerse más fuertes y más evidentes a cada paso que da. Masculino, sexy, el animal más atractivo del mundo reclamando su territorio.

¡Deja de mirarlo, Silver!

Reese se sienta malhumorado. Puedo notar su mirada sobre mí durante unos segundos justo antes de coger su copa de vino y darle un trago.

—Bueno —dice Matt tratando de buscar un tema de conversación—, ¿por qué no nos cuentas cómo decidiste venir aquí?

—Sí, por favor —lo interrumpe Reese lleno de ironía—. Estamos deseando saber en qué momento pensaste que era una buena idea.

Se acabó. He tenido suficiente. Reese acaba de rebosar el vaso.

—Será mejor que me marche —murmuro llena de rabia a la vez que me levanto.

Matt me mira algo alarmado y Reese simplemente lo hace lleno de toda esa frialdad.

—Sophie... —me llama Matt levantándose también.

—Lo siento mucho —me apresuro a interrumpirlo—. He recordado que tengo algo que hacer en el hotel.

Asiente y me devuelve una sonrisa, aunque no tengo nada claro que me haya creído.

Sin esperar a que ninguno de los dos diga nada más, me dirijo hacia la puerta. De inmediato trato de hacer memoria recordando el camino. No pienso dejar que me acompañen a casa y preferiría morirme antes que admitir delante de Reese que no sé regresar al hotel.

Me cruzo con uno de los camareros, que camina hacia la mesa con lo que imagino que es nuestra comanda.

—Señorita —me llama—, ¿se marcha?

Frunzo el ceño. ¿Habla mi idioma? Automáticamente sonrío. Acaba de convertirse en mi GPS particular.

—Sí, y necesitaría que me dijera cómo...

—En tal caso, espere. Le pondré su comida para llevar.

Gira sobre sus pasos y regresa a la barra.

—Se lo agradezco —replico tratando de llamar su atención, caminando tras él—, pero no hace falta.

Sólo quería pedirle...

—Estará listo en un momento —me avisa perdiéndose tras la cocina e ignorando por completo mis reticencias.

Yo resoplo y cruzo los brazos sobre el mostrador. No me queda otra que aguardar. No puedo salir ahí en plena noche y esperar encontrar a alguien que hable mi idioma.

No es mi intención, pero de forma involuntaria acabo mirando hacia la mesa. Una parte de mí espera ver a Reese arrepentidísimo, dándose cabezazos contra la madera. En lugar de eso, me sorprende al encontrarlo viniendo hacia mí, ya sólo a unos pasos.

—No se te ocurra acercarte —siseo enfadadísima—. Hablo en serio.

—No vas a marcharte sola —replica y, no sólo no se muestra mínimamente arrepentido, sino que ni siquiera hace un intento de sonar amable.

Quiero golpearlo con algo metálico en la cara.

—Es lo que pienso hacer —me reafirmo.

Reese atrapa su labio inferior con los dientes y me dedica esa media sonrisa con la que parece decirme lo equivocada que estoy y lo claro que tiene que cambiaré de opinión. Esa sonrisa me saca de mis casillas.

—Claro, porque hoy has demostrado a la perfección lo bien que puedes cuidar de ti misma.

Entorno los ojos. ¿Quién se cree que es? ¿Tanto le divierte enfadarme?

—¿Por qué no me dejas en paz? —protesto—. Ya has conseguido arruinar la cena con Matt, que era lo que querías.

Dudo de que sea verdad, pero es tan arrogante que seguro que la simple idea le molesta.

—Por supuesto que era lo que quería, y yo siempre consigo lo que quiero, muñeca.

Su frase me deja fuera de juego. Había lanzado esa acusación sólo para fastidiarlo. Nunca habría imaginado que

fuera cierta. Al ver mi desconcierto, Reese frunce el ceño de modo fugaz e imperceptible. Creo que lo ha admitido con el único fin de enfurecerme aún más y mi reacción no es la que se esperaba. No sé por qué, algo me dice que se arrepiente de haberlo dicho, como si hubiese perdido el control por un segundo.

Por enésima vez desde que lo conozco, un millón de preguntas saturan hasta el último rincón de mi mente, pero una les gana la partida a las demás: ¿por qué lo ha hecho? No quiere que esté con Matt, pero tampoco quiere estar conmigo.

No sé qué pensar. Los ojos de Reese siguen sobre los míos infinitamente azules. Tampoco sé qué decir. Lo único que quiero hacer es sentir que me mira así el resto de mis días.

Matt se acerca a nosotros y el camarero regresa con varias cajas de cartón con la comida.

Reese sigue con sus ojos clavados en los míos. Sé que está satisfecho por haberse salido con la suya, pero también enfadado, muy enfadado. Mi corazón comienza a latir muy deprisa. Sólo cuando Matt repite por segunda vez que deberíamos marcharnos, los dos parecemos reaccionar.

El camino de regreso es aún más incómodo que el que nos trajo aquí. Matt se pasa hablando por teléfono casi todo el trayecto y yo no quiero hacerlo con Reese. Aún sigo dándole vueltas a que arruinara a propósito la cena y cada vez que lo pienso me enfado un poco más. No soy capaz de entenderlo, pero en ningún caso tiene derecho a comportarse así. Ha sido él quien ha dicho que entre nosotros nunca pasará nada.

—Ha sido una cena un poco extraña —se lamenta Matt tendiéndome mi caja de comida a los pies de la majestuosa escalera del hotel.

En cuanto el camarero la ha puesto sobre la barra, se ha empeñado en llevarla.

—Espero que la disfrutes igualmente —dice señalándola.

Estoy a punto de decir que lo dudo porque ni siquiera la he pedido yo, pero me contengo.

—Muchas gracias, Matt. —Hago hincapié en su nombre. A Reese no pienso ni siquiera mirarlo.

—Prométeme que otra noche repetiremos —me pide.

—Ya veremos —murmuro.

Soy plenamente consciente de que el Montolivo al que me empeño en no mirar sí que me está mirando a mí.

Ahora me arrepiento de no haberle pedido a Matt que me sacara a cenar todos los días de las dos próximas semanas sólo para fastidiarlo.

—Será mejor que suba —me despido.

No tiene ningún sentido alargar la agonía.

Matt asiente y se aleja caminando hacia el bar. Yo suspiro nerviosa y me acerco a recepción a recoger mi mochila bajo la atenta mirada de Reese. Sus ojos sobre mi cuerpo consiguen que mi respiración se acelere, pero no pienso demostrárselo, no se lo merece.

—Adiós, Reese —me despido y, gracias a Dios, no tartamudeo.

No lo miro al hacerlo, pero, cuando he subido el primer tramo de escalones, algo dentro de mí me pide a gritos que me gire. Reese sigue al pie de la escalera, injustamente guapo, observándome con las manos metidas en los bolsillos.

Yo me detengo un segundo, pero enseguida continúo avanzando. La idea de que me estoy metiendo en un lío enorme resplandece con más fuerza que nunca.

Llego a mi habitación, cierro de un portazo y me dejo caer sobre la cama. Con los brazos y las piernas del todo estirados y la mirada clavada en el techo, no puedo más que resoplar. Reese

Montolivo no me conviene en absoluto. Ni siquiera me cae bien. Es realmente odioso y me trata como si fuera su juguetito, algo que acerca y aleja a su antojo y en lo que sólo repara cuando otro le presta atención. Resoplo y me pongo los ojos en blanco al comprender que soy justo eso. Es un gilipollas.

Me levanto y voy hasta el baño. Me recojo el pelo y me doy una ducha rápida. Lo justo para quitarme el calor asfixiante del cuerpo. Las manos me molestan un poco con el agua y, al secarme, veo que tengo algunas rojeces en el reverso de la derecha.

Ya con el pijama puesto, mientras corro las cortinas de mi habitación para que entre todo el aire posible, llaman a la puerta. Frunzo el ceño, pero casi en el mismo momento pienso que será Sarah y me dirijo a abrirla.

Sin embargo, cuando lo hago, no hay nadie. Voy a salir para saber si la puerta de Sarah está abierta y es ella quien ha llamado, pero con el primer paso mi pie descalzo choca con algo. Miro hacia abajo y, sorprendida, descubro una pequeña bolsa de plástico en el suelo.

Me agacho y la cojo con cuidado. ¿Qué podrá ser? Curioso la bolsa mientras cierro la puerta y finalmente la abro. Suspiro suavemente al ver una

caja de crema para quemaduras. Sólo ha podido ser Reese. Es el único que sabe que me he quemado. Me dejo caer contra la puerta y doy un largo y profundo resoplido. ¿Cómo puede pasar del blanco al negro de esta manera?

Aún estoy apoyada en la puerta cuando vuelven a llamar. Doy un respingo sobresaltada y me alejo de la madera. El corazón me late con fuerza pensando que puede ser él. Despacio, ando de nuevo la distancia que yo misma he creado con la puerta. Ni siquiera sé si es buena idea.

—Sophie, abre —me llama Sarah.

Esbozo una fugaz y nerviosa sonrisa. Voy a abrir, pero recuerdo la crema. No quiero tener que contestar una infinidad de preguntas, así que corro hasta el baño y la dejo sobre el lavabo.

—¡Sophie! —repite.

—¡Voy! —grito regresando.

—Date prisa —se queja—. Esto pesa.

¿Esto pesa?

Abro curiosa y Sarah entra decidida, me dedica un escueto «hola» y camina directa hacia mi cama.

—¿Eso es una tele? —pregunto viendo cómo deja un pequeño televisor de tubo sobre mi colchón.

Cierro la puerta y me reúno con ella.

—Me la ha prestado el señor Ademi. —La miro confusa—. El recepcionista que va vestido como si se hubiese escapado de la coronación de Rainiero de Mónaco —me explica.

Las dos sonreímos. No podría haberlo descrito mejor.

—Ayúdame a enchufarla —me pide acelerada—. Va a empezar.

—¿El qué? —pregunto.

Cogemos la tele entre las dos y la apoyamos en la cómoda.

—«No te rindas, Nina» —responde entusiasmada—. Es una telenovela croata.

Sarah aparta el mueble un poco hasta que un viejísimo cajetín de antena asoma. Con una sonrisa victoriosa, se agacha y la conecta.

—¿Te has enganchedo a una telenovela croata? —inquiero al borde de la risa.

—No te pongas en ese pedestal —me amenaza incorporándose—. Antes de que acabe el capítulo, caerás rendida.

Sarah enciende la tele, se sienta en el borde de la cama y se arrastra por ella hasta quedar apoyada en el cabecero. Me mira y me hace un gesto impaciente golpeando con la palma de la mano la porción de colchón a su lado.

Yo no tengo más remedio que sonreír de nuevo y me siento junto a ella.

—¿Qué es eso? —pregunta reparando en la caja del restaurante sobre mi cama.

—Comida —respondo desinteresada.

No quiero darle pie a más preguntas.

—¿Comida de tu cena con los Montolivo? —replica con una sonrisilla de lo más perspicaz al tiempo que enarca las cejas.

¿Cómo se ha enterado? Abro la boca dispuesta a inquirir, pero ella asiente interrumpiéndome.

—Esto es peor que un campamento de verano —me explica—. Se sabe todo —añade alargando la última palabra.

Sarah se estira, coge la caja, la coloca entre las dos y la abre.

—Y, entiéndelo —continúa burlona—: cuando los hermanos Montolivo salen a cenar juntos, la chica que los acompaña al instante se convierte en noticia.

Esa frase me hace recordar algo en lo que he pensado durante toda la cena.

—¿Reese y Matt se llevan bien? —pregunto.

—Reese y Matt se llevan exactamente como parece que se llevan.

Sarah coge un trozo de verdura cubierta de salsa de tomate con los dedos y se lo lleva a la boca. La verdad es que tiene una pinta deliciosa, pero no puedo dejar de pensar en que acaban de confirmarse todas mis sospechas respecto a éstos dos.

—¿A qué viene esa pregunta?

Me encojo de hombros fingiéndome otra vez desinteresada.

—Curiosidad —respondo sin más.

Sarah continúa observándome. Está claro que no ha creído mi única palabra.

—Sé que el condenado es tan increíblemente guapo y atractivo que roza lo ridículo —me contengo para no sonreír. A él tampoco podría haberlo

descrito mejor—, pero también es un hombre demasiado complicado. Reese es...

—Reese es odioso —la interrumpo dejando que la parte de mí que todavía sigue en pie de guerra tome la palabra.

Espero que por lo menos sirva para que la conversación termine aquí. No quiero seguir hablando de él, porque en realidad no soy capaz de entender cómo se comporta.

—Me alegro de que lo tengas claro.

Y, más que una simple frase, ha sido una advertencia. Yo trago saliva instintivamente. Sé que colarme por Reese es un error, pero escucharlo en la

voz de otra persona, aunque sea de una manera velada, hace que la simple idea me parezca aún más kamikaze.

—¿Qué es eso? —inquiero señalando la comida con la clara intención de cambiar de tema.

—Es tuya. Tú deberías saberlo — responde de nuevo con esa mirada que parece decir «no me la vas a colar, Sophie Silver».

Tartamudeo el principio de una pobre excusa hasta que finalmente Sarah sonrío. Parece que ha decidido concederme una tregua.

Es *qyfte*, albóndigas diminutas de carne picada especiada a la parrilla, y la guarnición es *tave e buqe*, un guiso de

verduras a la cazuela con salsa de tomate cocido a fuego lento. Es el mayor manjar de la cocina de Kosovo. Es muy raro encontrarlo en un restaurante, porque son platos que requieren mucho tiempo y preparación, así que, cuando encuentras un sitio donde lo preparan, es estúpido no pedirlo.

Tuerzo el gesto tratando de disimular una sonrisa de lo más boba. Reese ha pedido lo mejor de la carta para mí.

Cojo una pequeña albóndiga con los dedos y me la meto en la boca. Mmm, está deliciosa. La siguiente, la mezclo con un poco de verdura y el resultado es

espectacular. Sarah sonríe, imagino que al ver mi cara de orgasmo culinario, y coge otra.

La sintonía de la serie empieza a sonar y Sarah aplaude encantada. Treinta segundos después, se ve algo parecido a una oficina y a dos chicas hablando en croata.

— Ves la serie en croata? — pregunto confusa.

Sarah asiente.

—Se entiende perfectamente —me aclara sin asomo de dudas—. El lenguaje del amor es universal.

— Y eso lo sabes porque estás liada con un escocés? —comento socarrona.

Ella pone los ojos en blanco fingiendo que no me ha oído.

—Eso no es verdad —responde lacónica.

Yo la miro y sonrío impertinente. Si tenía la más mínima duda, la manera en la que ha reaccionado acaba de despejármela.

—Me pregunto si viviréis en Edimburgo o en Nueva York cuando estéis casados y tengáis un montón de críos —replico burlona.

Sarah suelta un bufido.

—La que quiere un montón de críos, un perro y ahora imagino que a un Montolivo, eres tú —contraataca contagiada de mi humor.

La expresión me cambia por completo en una milésima de segundo.

De cazadora a cazada.

—Yo no... yo no quiero eso —me defiende.

—Mientes muy... muy mal, ¿lo... lo sabías? —contesta imitándome.

—Cállate —me quejo al borde de la risa a la vez que le doy con una de las almohadas en la cara.

Sarah rompe a reír y yo no tengo más remedio que hacerlo también.

—¿Quién es esa morena? —pregunto mirando la tele.

—Una perra —responde metiéndose un trozo de calabacín en la boca y chupándose los dedos—. La odiamos.

Yo asiento y cojo un trozo de berenjena. Adoro estar con Sarah.

Más o menos una hora y media después, la telenovela termina. Sarah tenía razón, el lenguaje del amor es universal. No he necesitado saber croata para tener claro que la pobre Nina está enamoradísima de David, y que él no es bueno para ella.

«¿Por qué será que no has tenido problemas en identificar la situación?»

A eso de las doce, Sarah descarta irse a dormir a su habitación y se acomoda en mi cama. Me ofrezco a prestarle un pijama y, mientras se cambia, aprovecho para ir al baño. Al ver la crema en el lavabo, tuerzo el

gesto para evitar una sonrisa. No quiero dejar que me gane con un detalle amable. Saco la crema y me la pongo en las partes que se han enrojecido en el reverso de la mano. Al principio pica un poco, pero enseguida elimina las pequeñas molestias que llevaba sintiendo toda la noche.

Sarah me promete que mañana me llevará con ella a conocer la parte oeste de la ciudad.

No tengo ni idea de a qué hora nos dormimos, porque lo hacemos hablando y riendo.

—Despierta.

Me niego a abrir los ojos. Debe de ser tempranísimo. Estoy muerta de sueño.

—Despierta —repite.

Es la voz de Sarah.

—No —respondo a la vez que me giro y me acurruco.

—¡Despierta! —dice lanzándome una almohada.

—Perra —me quejo abriendo los ojos.

Ya es de día. Tenía esperanzas de que aún no hubiese amanecido y poder dormir un poco más en cuanto echara a mi queridísima amiga de mi habitación de una patada en el culo.

—¿Qué hora es?

—Casi las ocho.

Resoplo. Quiero dormir. A regañadientes, me levanto y me arrastro hasta el baño, pero, justo antes de entrar, me doy cuenta de que ella ya está duchada y perfectamente vestida.

—¿Ya estás lista?

—Sí —responde apesadumbrada a la vez que se encoge de hombros—. Lo siento mucho, Sophie, pero tengo que ir a cubrir una noticia a la frontera. Tendremos que dejar lo de conocer la ciudad para mañana.

La conozco y sé que ahora mismo se siente fatal.

—No te preocupes, idiota —trato de animarla—. Me debes una enorme, pero no sufras, sabré cuándo cobrármela —sentencio divertida.

Ella me hace un mohín, yo se lo devuelvo y las dos nos echamos a reír.

—Para compensar, te he dejado un desayuno pagado en el puesto al otro lado de la calle —me informa cogiendo su bolso de encima de la cómoda y dirigiéndose hacia la puerta. —Café y *hurmasices*. Mmm, ¡qué rico! —añade justo antes de salir.

Mi mente recuerda cuando tomé ese mismo desayuno exactamente en ese mismo puesto.

Pensar en Reese Montolivo a las ocho de la mañana es lo último que necesitas, Silver.

—¡Te quiero! —me grita mientras se cierra la puerta.

—¡Yo también te quiero!

Tras decir eso, de inmediato hago dos cosas: obligarme a sonreír y ponerme en marcha. No pienso darle una sola vuelta más a lo que pasó ayer.

Me ducho, me pongo mis vaqueros preferidos y una bonita camiseta. Mientras me anudo mis Converse, pienso en todo lo que voy a hacer hoy. Saldré a explorar por mi cuenta, comeré

algo kosovar, nuevo y riquísimo, y después me esconderé en la terraza del bar y me pondré a escribir.

Un plan perfecto.

Bajo el último escalón de la majestuosa escalera de un salto y doy una palmada. Hoy seré una aventurera en solitario. La Indiana Jones de los Balcanes.

Miro a mi alrededor sin ningún motivo en especial y todo mi cuerpo se tensa al ver a Reese. Está hablando con otro hombre junto a la puerta principal. Parece enfadado, aunque empiezo a pensar que ése es su estado habitual, y también está guapísimo y, para mi desgracia, ése sí que es su estado

habitual. Lleva unos Levi's clásicos gastados, una simple camiseta gris y sus viejas Adidas. No se ha afeitado y una sexy barba le recorre la mandíbula. No se parece al Reese Montolivo de Nueva York y mucho menos al que sale en las portadas de las revistas o en la televisión y, sin embargo, por algún extraño motivo, es incluso más atractivo, como si se hubiera intensificado ese toque de misterio y peligro y sus ojos azules fueran un poco más fríos y parecieran esconder aún más secretos.

—Tendríamos que haber salido hace cinco minutos —le comenta el hombre mientras se acomoda la correa de una

funda de la cámara sobre su hombro.

—Eso ya lo sé —ruge Reese con una voz tan amenazadoramente suave que no da opción a replica.

Suspira hondo, arisco y malhumorado, y su mirada se pierde en la recepción. Cuando me ve, su expresión cambia, pero es un gesto que apenas dura un segundo y enseguida vuelve a su mirada más fría.

Le dice algo al otro hombre que no logro entender, y camina con el paso decidido hacia mí.

Yo suspiro con fuerza y me cruzo de brazos a la vez que echo a andar en dirección opuesta. No quiero hablar con

él, ni siquiera esperaba verlo; sigo muy cabreada por cómo se comportó ayer.

Con un par de zancadas, se coloca a mi espalda.

—Ven aquí —me ordena asiéndome de la muñeca y obligándome a volverme sin ninguna delicadeza.

—Déjame en paz —me quejo zafándome de su mano.

Reese resopla exasperado, como si estuviera al límite de su paciencia. Varias personas pasan a nuestro lado. El bar del hotel está en hora punta.

—Tengo que marcharme a Belgrado a cubrir una noticia —comenta irritado.

—Que te diviertas —lo interrumpo impertinente.

Reese me atraviesa con la mirada. Consigue intimidarme, pero no dejo que lo vea.

—No quiero que salgas del hotel.

¿Qué? Tiene que estar de broma.

—No puedes estar hablando en serio —replico algo escandalizada y también algo molesta.

¿Quién se cree que es?

La mirada de Reese se recrudece. Está claro que cree que tiene todo el derecho del mundo a decirme exactamente lo que me ha dicho.

—No quiero pasarme todo el maldito día pensando en todos los líos en los que puedes estar metiéndote —masculla.

—¿Y qué te importa eso? — pregunto, y de nuevo mi tono de voz está a medio camino entre la batalla campal y toda la insolencia del mundo—. Además, creí que esta ciudad no te parecía peligrosa —comento insolente, recordando sus propias palabras.

Reese da un profundo suspiro. Sus ojos brillan con fuerza y el dibujo estrellado de sus perfectos iris se llena de una decena de emociones que no soy capaz de distinguir.

—Ahora sí, Sophie.

Algo dentro de mí me grita que no se refiere a la ciudad, sino a nosotros, a que Kosovo, incluso el estar en un país en guerra, era algo que tenía controlado

y ahora todo se ha ido al traste porque he llegado yo. No sé qué decir. Ahora mismo creo que ni siquiera sé cómo seguir respirando.

Tres palabras que lo han cambiado todo.

Me obligo a apartar mi mirada de la suya y la clavo en mis manos. ¿Por eso siempre está enfadado? ¿Por eso quiere echarme de su lado? ¿Lo que quiere es protegerme?

Reese alza una mano. Despacio, sus dedos se pierden bajo mi pelo, mientras su palma se acomoda en mi cuello, suave, segura, dominante. Su cuerpo calienta el mío, lo hace brillar, lo

enciende. No quiero cometer el error de colarme por él, pero no sé si todavía tengo escapatoria.

Suavemente, me obliga a levantar la cabeza y me encuentro con mi mayor problema, esos increíbles ojos azules.

—Prométemelo —me pide en un susurro con su voz ronca, masculina, sensual.

—Te lo prometo —musito.

Las palabras salen de mis labios antes de que pueda controlarlas, pero no me arrepiento de haberlas pronunciado.

Reese frunce el ceño de modo imperceptible en ese gesto que parece decir que está sopesando opciones y que, sobre todo, no va a permitir que

ninguna de ellas se escape a su control. Finalmente retira su mano de mi cuello y, cuando sus dedos ya no tocan mi piel, todo mi cuerpo protesta. Necesito que me toque, ¿cómo he llegado a ese peligroso punto?

—Ten... tengo que ir al puesto al final... al final de la calle. Sarah me ha... me ha invitado a desayunar —me explico nerviosa.

—Desayuna en el hotel —sentencia Reese sin asomo de dudas.

Sin decir nada más, gira sobre sus pasos y sale del establecimiento.

Yo me quedo durante unos segundos ridículamente inmóvil, observando cómo se va seguido del hombre que lo

esperaba. Ahora mismo ni siquiera soy capaz de explicar lo que acaba de pasar aquí, pero la idea de que le pertenezco parece eclipsarlo todo.

Cabeceo tratando de poner en orden mis pensamientos y me repito la cantinela de siempre: Reese Montolivo no me conviene. Colarme por Reese Montolivo sería un error. Podría hacerme chapas y camisetas, incluso contratar a una banda de música de instituto para que haga un canción con el tema y me persiga con ella, que seguiría olvidándola justo en el momento preciso. ¿Por qué mi sentido común parece esfumarse cuando lo tengo delante? Quiero pensar que sólo es

porque es demasiado guapo, pero me temo que hay algo más, algo en la manera en que me mira. Suspiro hondo y me llevo las manos a las caderas.

Silver, esto no va a acabar bien para ti.

Entro en el bar. Me pido un café y unos huevos benedictinos. Dado la cantidad de norteamericanos que viven aquí, el servicio de desayunos se ha adaptado a nosotros y se ha vuelto casi continental.

Soy plenamente consciente de que, después de la reprimenda que acabo de echarme, debería olvidar todo lo que Reese ha dicho y, como mínimo, salir a disfrutar de mi desayuno pagado, pero

algo dentro de mí no quiere incumplir mi promesa y, mientras decido qué hacer, prefiero tomarme el café en el hotel.

Estoy a punto de sacar mi guía y marcar una ruta por la ciudad cuando veo a Owen entrar en el bar del hotel y acercarse con una sonrisa de oreja a oreja hacia mí.

—¿Estás lista? —pregunta deteniéndose frente a mi mesa.

—¿Lista? —inquiero a mi vez confusa.

¿A qué se refiere?

—Sí, Reese me ha dicho que te hacía mucha ilusión conocer el cuartel general de la KFOR en Pristina —me explica como si fuera obvio.

Yo sonrío y me contengo para no dar palmaditas. Supongo que se habrá arrepentido de hacerme prometer que no saldría del hotel y quiere asegurarse de que haga algo emocionante. Seguro que, en una base de esas características, encuentro un montón de historias que contar y, con un poco de suerte, me dejarán acompañarlos a alguna incursión.

Recojo mis cosas a toda velocidad y sigo a Owen hasta la salida. Un jeep reluciente con un soldado al volante nos espera en la puerta. En un santiamén llegamos a la base en el este de la ciudad. Los jeeps militares parecen tener una especie de preferencia no

señalizada y el resto de los coches se apartan para facilitarnos el camino. Me recuerda a cuando mi padre nos llevaba en el camión de bomberos.

La base es realmente grande. Miles de metros cuadrados bordeados por un abismal muro de hormigón coronado con alambre de espino. Media docena de soldados cubren la puerta principal, pero no son el único control que pasamos, hay varios puestos de vigilancia repartidos por toda la base.

El jeep nos deja frente a un inmenso barracón. Al bajarme, no puedo evitar alzar la mirada y, pugnando con los rayos de sol, observo las altísimas torretas de seguridad. Hay al menos diez

a lo largo de todo el perímetro y, en cada una de ellas, varios soldados armados. Debemos de estar en uno de los diez lugares más seguros sobre la faz de la tierra.

Sigo a Owen al interior del edificio prefabricado. El capitán Kendrik debe de tener un puesto muy importante aquí, ya que, sólo con verlo, el soldado se cuadra en una milésima de segundo y nos dejan pasar sin pedirnos ningún tipo de documentación adicional.

Haciendo de perfecto guía, me explica que éste es el edificio de telecomunicaciones de la KFOR, el cuartel de la fuerzas destinadas por la OTAN para la seguridad de Kosovo. En

el pasillo, nos cruzamos con algunos soldados, pero nada que ver con la cantidad que abarrota una sala amplísima, llena de mesas perfectamente alineadas, iluminadas cada una con idénticas lamparitas de metal. Mire donde mire, encuentro papeles, cableado y ordenadores.

—Éste es el centro administrativo de la KFOR. Cada papel que atraviesa la base, entra o sale de ella, pasa antes por aquí.

Asiento. Lo cierto es que, si no fueran de uniforme, parecería una oficina cualquiera. Por inercia, miro mi atuendo. Me alegro de haberme puesto mis vaqueros favoritos y unas Converse.

Voy muy cómoda y me imagino que eso será una ventaja cuando me monte en un blindado o en un tanque. Ya me imagino las balas y la artillería pesada silbando a mi alrededor. ¡Va a ser muy emocionante!

—La verdad es que no lo he entendido muy bien cuando Reese me ha dicho que te hacía mucha ilusión pasar todo el día justo en este edificio.

Alzo la cabeza con los ojos abiertos como platos. ¿Que Reese Montolivo ha dicho qué? ¡Bastardo controlador!

—Es exactamente tan aburrida como parece, aunque supongo que ésa es la habilidad que tenéis los escritores.

Siempre sabéis sacar una buena historia a todo.

Yo sonrío por inercia mientras en mi interior planeo asesinar a Reese. No contento con hacerme prometer que no saldría del hotel, se asegura de que pasaré el día rodeada de soldados en el lugar más aburrido del mundo dentro del más seguro.

Owen me explica que debe seguir trabajando. Yo asiento. En cuanto lo vea salir por esa puerta, haré lo mismo y exploraré la base. Soy plenamente consciente de que mis posibilidades de montarme en un tanque ya han desaparecido, pero por lo menos podré

hablar con los soldados que salen a patrullar y, quizá, consiga alguna buena historia. No está todo perdido.

Sin embargo, para mi desgracia, Owen, derrochando caballerosidad británica, pone a mi entera disposición a un soldado, que, como el capitán Kendrik le deja del todo claro, no puede separarse de mí hasta que él venga a buscarme y debe estar pendiente de todo lo que necesite.

Me obligo a agradecérselo con una sonrisa y en mi interior vuelvo a mis planes originales de asesinar a Reese.

Resignada, me siento a la mesa dentro del pequeño despacho que me indica Owen y saco mi ordenador

dispuesta a trabajar. Intento hablar con la soldado, ganármela para que me lleve a otros lugares de la base, pero tiene unas órdenes muy concretas y no piensa desobedecerlas.

Lo bueno es que consigo hacerme una idea bastante exacta de la situación. Aprendo mucho sobre la KFOR. Está en funcionamiento desde 1999, exactamente hace nueve años, justo después de que acabara la guerra, porque, como ya me dijo Sarah, aquí ya no estamos en guerra, sino en vías de resolución de un conflicto armado supervisado. Cuando le pregunto a Owen por todo esto, él sonrío resignado pero también visiblemente frustrado. Está claro que

quien decidió ponerle ese nombre desde algún despacho de Nueva York no ha estado por aquí viendo a los soldados serbios paseando armados hasta los dientes por cualquier plaza de la ciudad.

Tomo algunas fotos de la base al salir del edificio de telecomunicaciones. Owen hace la vista gorda con una sonrisa. Supongo que no está permitido, aunque imagino que nadie ve en mí a una amenazante espía.

A eso de las cinco, y después de haber tomado una rica cena en el comedor de la base, Owen me lleva de vuelta al hotel. Sarah ya ha regresado y nos reunimos con ella en el bar.

La saludo con un beso de lo más baboso, dejo mi mochila en una de las sillas y me acerco a la barra a pedir una cerveza.

Mientras espero a que me sirvan, echo un vistazo a la sala. A pesar de ser algo temprano, ya está abarrotado de periodistas y militares. Supongo que ya han terminado de informar al mundo y salvarlo, respectivamente.

Suena *Beast of Burden*,* de los Rolling Stones. Me encanta esta canción.

—¿Lo has pasado bien?

Su voz se abre paso a mi espalda, sexy e impertinente.

Sonrío, pero disimulo el gesto antes de volverme. Me ha tenido todo el día entre papeles, no pienso ponérselo fácil.

—No ha estado mal —respondo displicente.

Reese me dedica su media sonrisa. Está más que satisfecho. Sabe que se ha salido con la suya y es tan arrogante que no piensa molestarse en ocultarlo.

—¿Qué puedo decir? La KFOR es siempre un sitio interesante —comenta burlón.

—Mucho —añado contagiada de su humor.

—Muchísimo.

Y, no sé cómo, consigue que esa única palabra suene increíblemente sensual. Trato de seguir bromeando, pero no soy capaz, las mariposas se han despertado en mi estómago.

—Me debes una —murmuro.

Sus ojos azul oscuro, fríos y llenos de peligro, siguen sobre los míos.

—¿Qué quieres? —me pregunta contagiando su voz de todo lo que inunda su mirada.

Su media sonrisa se hace más intensa, pero también más dura, como si él mismo tuviese una respuesta a esa pregunta.

—Mañana me llevarás a la noticia que vayas a cubrir —le pido en un susurro tratando de sonar todo lo segura que soy capaz.

Una parte de mí quería contestar algo por completo diferente.

—¿Y si no quiero? —replica presuntuoso, ladeando la cabeza increíblemente sexy.

—Reese —me quejo.

Y lo hago porque no quiera llevarme, pero también porque no me deje pensar mirándome así.

—¿Qué? —pregunta sin que esa media sonrisa lo abandone.

Está torturándome y está disfrutando haciéndolo.

—Es... es... lo justo.

Las mariposas ya se han transformado en un auténtico huracán. Estoy nerviosa y los músculos de mi vientre se han tensado deliciosamente.

—No sé si quiero ser justo contigo —sentencia inclinándose sobre mí.

Su voz ronca y sensual me sobrevuela hasta conseguir que pierda el control y lo desee como no he deseado nada en veintiséis años.

No sé qué decir. Ni siquiera sé qué pensar. Creo que he olvidado incluso cómo respirar.

Reese Montolivo alza la mano y con suavidad la coloca sobre mi cuello. Sus dedos se pasean por mi piel como si

llevaran allí toda la vida y la punta de ellos se esconde bajo mi pelo.

Ahora mismo cada centímetro de mi piel le pertenece.

—Respira, Sophie —susurra indomable, a escasos centímetros de mis labios.

Su mirada, su voz, su olor, todo me envuelve y hace que me rinda por completo. Estoy en la red de Reese Montolivo y me gusta, me gusta mucho.

Su media sonrisa se transforma. Sigue siendo dura y sexy, pero ahora también se ha impregnado de deseo. Suspiro bajito. Quiero que me bese. Lo deseo con una fuerza que ciega todo lo demás.

Pero Reese prolonga su caricia un segundo más y se separa de mí, dejándome inmersa en el mar de excitación que él mismo ha fabricado.

Otra vez necesito un segundo para reaccionar y, cuando al fin lo hago bajo su atenta mirada, no estoy del todo segura de que las piernas vayan a funcionar.

Murmuro unas nerviosas «gracias» al camarero, recojo mi cerveza y regreso a la mesa. Pero el universo, Dios o toda la arrogancia del planeta hecha hombre deciden que Sophie Silver no ha tenido suficiente todavía. Reese me sigue y también toma asiento, justo en la silla frente a la que yo había

ocupado con mi mochila. Me mira de arriba abajo lleno de descaro hasta que sus ojos se posan en los míos. Un vez más, sonrío de forma tenue, sexy. Definitivamente le encanta torturarme.

Yo rompo el contacto y me siento rápida y nerviosa a la vez que le doy un trago a mi cerveza. No creo que soportara un nuevo asalto con el señor Reese «quiero que acabes ardiendo por combustión espontánea» Montolivo.

—¿Qué tal tu día, Sophie? —me pregunta Sarah levantando su pierna hasta apoyar la planta de su bota en la silla—. ¿Emocionante?

Cabeceo buscando la respuesta más adecuada.

—Instructivo —respondo al fin.

De reojo, puedo ver cómo Reese sonrío de nuevo y, sin quererlo, el gesto se imita en mis labios.

—¿Y qué tal el tuyo? —le pregunta Owen a Sarah—. Ayer te perdí de vista cuando te fuiste con la tele de recepción a ver ese culebrón.

Sarah le hace un mohín absolutamente indignada.

—No es un culebrón —se defiende.

—Claro que sí —responde el escocés sin dudar.

—Habla del amor verdadero, ese que puede derribar montañas —replica muy seria y muy muy sentida.

«No te rindas, Nina» ha conseguido a su mayor fan.

—Espera —le pide Owen—. Quiero saber la opinión de una experta. Escritora romántica... —me llama divertido.

Yo sonrío y le presto toda mi atención.

—Como profesional de los sentimientos —comienza muy grandilocuente—, ¿dirías que ese culebrón es amor?

Lo pienso un momento y finalmente niego con la cabeza, provocando la indignación de mi amiga y la sonrisa victoriosa de Owen.

—No es amor —me explico—, es algo diferente. Cuando una chica siente que le pertenece a un hombre, no necesita nada más. —Las últimas palabras son apenas un murmullo que se escapa de mis labios.

Nunca he sido tan consciente de ninguna frase que haya pronunciado antes. La música cambia, pero suena lejana, como si todo en lo que mi cuerpo pudiese concentrarse ahora mismo fuese en lo que Reese me hace sentir.

—Yo no lo habría expresado mejor —dice Sarah justo antes de darle un trago a su cerveza—, y eso me da la razón, Kendrik —sentencia burlona.

Me uno por inercia a sus risas y, nerviosa, al fin levanto la mirada. La de Reese esperaba para atrapar la mía y todo lo que he sospechado que encontraría en ella se hace realidad. Más azul, más espectacular, pero también más posesiva y, como mi sentido común trata de advertirme a gritos, más peligrosa que nunca.

—Hola, Matt —dice Sarah.

Ella también suena lejana.

—Hola —responde—. Sophie, ¿puedo hablar contigo?

Escuchar mi nombre no me saca de nuestra burbuja, pero sí parece sacar a Reese, que aparta su mirada de la mía y le da un trago a su botellín.

—Sí —respondo volviendo a la realidad.

Matt se acucilla a mi lado. Yo apoyo las palmas de las manos en la silla y me giro para que quedemos frente a frente.

—Ayer las cosas no salieron muy bien —comenta—, y había pensado que quizá te gustaría repetir esta noche.

Ahogo un suspiro en una incómoda sonrisa. No pretendo ser desagradecida ni antipática. Matt es un buen tío, pero no quiero salir con él, ni por los motivos que me permito admitir ni por los que no.

—Eres... eres muy amable, pero... pero... estoy muy... muy cansada.

—¿Otro día?

Sonrío de nuevo aún más nerviosa.

—Ya veremos.

No quiero darle esperanzas, pero tampoco quiero decirle que no delante de todos.

—Está bien —responde con una forzada sonrisa—. Ya hablaremos entonces.

Asiento.

Matt se levanta y, tras despedirse de todos, se marcha. Yo suspiro hondo y le doy un sorbo a mi cerveza. Sólo espero que haya pillado la indirecta. Reese deja su botellín sobre la mesa y se revuelve

en su asiento malhumorado. Algo me dice que no se ha perdido un detalle de mi conversación con su hermano.

—¿Por qué le has dicho que no? — me pregunta Sarah tras asegurarse de que Matt ha salido del bar.

—Sarah —protesto.

No quiero hablar de esto y mucho menos quiero hablar de esto delante de Reese.

—Es muy mono y muy simpático.

—Ya sé que es muy mono y muy simpático —repito impertinente.

—Entonces, no entiendo por qué no sales con él.

—Porque no —me defiendo.

Sí, señor. Sin duda alguna una respuesta muy madura.

—Es un tío genial. Prométeme que, por lo menos, te lo pensarás.

Resoplo tratando de hacerle entender que está colmando toda mi paciencia.

—Sophie —gimotea como una niña.

—Sarah —protesto.

—Sophie —me interrumpe sin dejar de hacer pucheros.

—Está bien. Lo pensaré —respondo exasperada sólo para que se calle.

Sonríe encantada y yo pongo los ojos en blanco, a la vez que, sin quererlo, las comisuras de mis labios se

curvan hacia arriba. Entiendo por qué es tan buena periodista. Nunca acepta un no por respuesta.

Sarah empieza a hablar con Owen. Ahora que ya no soy el centro de atención, busco a Reese con la mirada. Una parte de mí está preocupada pensando que quizá esté enfadado por no haber escuchado un no rotundo de mi parte a salir con Matt y la otra parte sonrío encantada por ello.

Sin embargo, Reese parece por completo ajeno a todo lo que ha pasado. Está distante, frío como siempre. Se termina su cerveza de un trago y, sin molestarse siquiera en decir adiós, se levanta y sale del bar.

Lo sigo con la mirada hasta que desaparece escaleras arriba. Tengo que dejar de pensar que le afecta mínimamente lo que haga o deje de hacer. Es urgente.

Después de una cerveza más y una hora entera de charla, me despido de Owen y Sarah y subo a mi habitación. La verdad es que estoy agotada.

Tras tirar mi mochila sobre la cama, saco el ordenador y las polaroid. Ya tengo más de una decena de fotos, todas con su correspondiente inscripción en rotulador. Las contemplo entre mis manos. Están siendo mi mejor recuerdo. Se merecen un lugar privilegiado. Busco la cinta adhesiva y las pego en la pared

frente a mi cama. Cuando termino, compruebo el resultado y sonrío satisfecha. Me gusta este nuevo comienzo.

Me pongo el pijama más fresco que tengo, unos pantalones cortos y una camiseta de tirantes, y me meto en el baño. Delante del espejo, me recojo el pelo en un moño de bailarina algo destartado con un par de horquillas y me cepillo los dientes.

Al terminar, me observo en el espejo. Soy una chica normal y corriente. El pelo castaño claro, aunque este sol de justicia ha conseguido que se aclare aún más y me olvide del «casi rubio» para decir sólo rubio, sobre todo

en las puntas. En cualquier caso, está hecho un desastre. Soy más bien bajita y sin espectaculares curvas. Creo que lo único que llama la atención son mis ojos verdes, aunque dudo mucho que nadie se fije en ellos cuando me pongo a tartamudear como una idiota. Quizá Matt tiene razón y debería pensar en ir a un logopeda. Ufff... nunca me he sentido tan confusa e insegura. Reese es tan atractivo que podría tener a la mujer que quisiera, una modelo de revista; ¿por qué iba a fijarse en mí, en la chica torpe del montón? Casi en ese mismo instante recuerdo lo que he dicho en el bar hace unas horas. Si tenía tan claro lo que una chica siente cuando le pertenece a un

hombre, es precisamente porque es lo que, quiera o no, lo desee o no, sea bueno para mí o no, me está ocurriendo con él.

Sacudo la cabeza y me pongo los ojos en blanco. Se acabó esta sesión de espejo y autotortura y, de paso, se acabó el pensar en Reese de ninguna manera.

Estoy saliendo del baño cuando un rumor al otro lado de la puerta principal me sobresalta. Me quedo paralizada con la vista fija en la madera. Algo muy útil sin duda alguna. El ruido se hace más intenso.

De pronto la manija gira y la puerta se abre de golpe. Reese aparece al otro lado con toda su sensualidad, su

magnetismo y su masculinidad
desbordando cada centímetro de su
armónico cuerpo.

Nos miramos durante una milésima de segundo antes de que entre como un ciclón, cierre de un sonoro portazo y tire contra el suelo lo que sea que ha utilizado para abrir la cerradura.

Se detiene a escasos centímetro de mí, pero no me toca. Sus ojos azules dominan toda la habitación y me dominan a mí. Ahora mismo son más que frialdad y sensualidad, son un deseo sordo y duro que acelera mi respiración y todo mi cuerpo.

—¿Tú lo sientes?

Suspiro. No necesita explicarme a qué se refiere con esa pregunta. Sé que quiere saber si siento que le pertenezco

a alguien. Yo tampoco puedo dejar de pensar en la misma frase desde que la he pronunciado.

—Sí —musito.

Esa simple palabra no titubea en mis labios porque jamás he tenido nada más claro.

—¿Con quién?

—Reese —me quejo.

¿Por qué quiere oírmelo decir? Ya me dejó suficientemente claro que nunca estaremos juntos.

—Dímelo —me ordena con la voz endurecida, sexy.

No piensa apiadarse de mí.

—Contigo.

Reese exhala con brusquedad todo el aire de sus pulmones, cubre la ínfima distancia que nos separa y acuna mi cara entre sus manos.

—No quiero que salgas con Matt.

—Reese, yo...

—Y no sólo se trata de Matt — continúa acelerado, como si la mera idea lo torturara—. No quiero que ningún tío te toque, nunca. Joder, no quiero que ni siquiera respiren el mismo aire que tú.

Trago saliva. Todo esto es una locura, pero al mismo tiempo me siento tan llena, tan deseada, porque yo tampoco quiero que él le sonría a

ninguna otra chica, que les hable, que las mire. Es mi oscuro objeto de deseo y es mío, sólo mío.

Quiero que dé el paso definitivo, que me bese, que me haga sentir todo lo que ya sé que sentiré, todo ese placer, esa fuerza, ese deseo.

Reese atrapa su labio inferior con los dientes y tengo la sensación de que, con ese pequeño gesto, busca un último resquicio al que agarrarse.

—Eres mía —susurra lleno de sensualidad, de fuerza, salvaje, indomable, sexy, duro, siendo exactamente él.

Su voz ronca y su cálido aliento bañan mis labios.

Bésame, por favor. Bésame, por favor.

—Nada me ha costado tanto en toda mi maldita vida como mantenerme alejado de ti —sentencia y, sin más, separa sus manos de mi piel y se aparta de mí.

No quiero que se vaya, pero las palabras se niegan a cruzar mi garganta y sólo puedo ver cómo se aleja.

El ruido de la madera encajando en el marco me devuelve a la realidad. Resoplo desesperada y me llevo la mano a la frente. ¿Qué acaba de pasar aquí?

Apago la luz de un manotazo, me deajo caer en la cama y clavo la mirada en el techo. No quiere que esté con ningún otro hombre, pero lucha por mantenerse alejado de mí; ¿en qué posición me deja eso? ¿Qué pretende que haga, que diga, que piense?

Me giro y meto las manos bajo la almohada a la vez que pierdo mi vista de la ciudad. Lo único que quería es que me besara.

Me despierto de un salto. He tenido una pesadilla de lo más angustiosa y esta temperatura sofocante no ayuda nada. Miro el reloj de mi iPhone. Por Dios, son las seis y media de la mañana, ¿es que aquí el calor nunca da una tregua?

Me meto en la ducha y, tras pelearme unos diez minutos con el grifo, me paso otros diez bajo el chorro de agua pensando, pensando y pensando. Lo más práctico es dejar de darle vueltas a lo mismo y entender que lo último que me conviene es enamorarme de alguien como Reese Montolivo. Ya he reemplazado el termino *colarme* por *enamorarme*, porque ese barco zarpó hace mucho y yo iba dentro sonriendo feliz e incluso agitando una banderita.

Me pongo mis vaqueros preferidos, una camiseta y mis Converse verdes. Hoy pienso salir a explorar la ciudad sí

o sí. Me da igual lo azules que tenga los ojos cuando me pida que le prometa que me quedaré aquí.

Vacíó mi bandolera y sólo dejo mis cosas personales, como la cartera y el pasaporte, y mi Polaroid. Voy a hacer muchas fotos.

Bajo la enorme escalera de recepción y en el último peldaño me permito un salto de lo más infantil. Hoy pienso obligarme a mí misma a ver el lado positivo de todo, reírme y pasarlo bien.

Es una orden, soldado Silver.

Me acerco a la barra y pido un café. Estoy esperando a que me lo sirvan cuando siento un par de pies detenerse a

mi espalda. Soy plenamente consciente de quién es y ni siquiera sé cómo ni por qué.

—¿Estás lista? —pregunta.

Su pregunta me hace fruncir el ceño confusa.

—¿Para qué? —inquiero a mi vez al tiempo que me giro.

Por Dios, ¿por qué tiene que ser tan increíblemente guapo? Es como una maldición egipcia.

Reese me mira de arriba abajo lleno de descaro.

—La rana Gustavo, ¿en serio? — comenta impertinente en referencia a mi camiseta.

Yo bajo la mirada y observo mi propio estampado. Me encanta esta camiseta, pero, maldita sea, ¡tenía que ponérmela justo hoy!

—Es mi teleñeco favorito — respondo alzando la barbilla altanera. No pienso amilanarme—. Además, no te preocupes. No pienso regodearme en el hecho de que es mejor reportero que tú.

Chúpate ésa, Montolivo.

Reese aparta un segundo la mirada a la vez que se aprieta el labio inferior con los dientes luchando por contener una sonrisa.

—Ayer me pediste que te llevara conmigo —comenta reconduciendo la conversación a la vez que vuelve a

mirarme—. ¿Ya no te acuerdas de que me pusiste ojitos mientras tratabas de convencerme de que te dejara venir con los mayores?

Estoy tan feliz que incluso finjo no oír que acaba de reírse de mí. ¡Por fin voy a hacer algo emocionante!

Sin embargo, mi alegría se vuelve desconfianza apenas un segundo después. Reese nunca me llevaría a un sitio emocionante y me niego a pasarme otro día encerrada en una oficina.

—¿Adónde vamos? —pregunto perspicaz.

—Vamos a acompañar a una patrulla de la OTAN a una incursión al norte de Mitrovica.

¡¿Qué?!

—Genial —respondo con la sonrisa más feliz del mundo mientras doy palmaditas e incluso algún que otro saltito.

Cuando noto la mirada de Reese sobre mí, tímida, me freno en seco tratando de volver a parecer una adulta de veintiséis años y no una cría de cuatro.

Reese atrapa su labio inferior con los dientes y da un paso hacia mí.

—Empezaba a echar de menos esos saltitos y esas palmaditas —susurra impertinente, inclinándose con suavidad hacia delante y dedicándome su media sonrisa más presuntuosa.

Yo quiero decir algo interesante o simplemente mandarlo al diablo, pero su olor me envuelve una vez más y todos mis puestos de batalla caen sin más.

—Será... será mejor que... que nos... nos marchemos ya —musito.

Bien dicho, soldado.

La sonrisa de Reese se ensancha, no hay duda de que sabe que me tiene contra las cuerdas, pero decide apiadarse de mí, me coge de la mano y me obliga a caminar.

Su palma contra la mía no me está poniendo las cosas fáciles, pero, al menos, lleva la vista al frente y no se da cuenta de que estoy a punto de suspirar a cada paso.

Me abre la puerta de su coche y espera a que me monte. Otra vez esos buenos modales que se empeña en que pasen por algo vacío. Al arrancar, la radio salta y *Where The Streets Have No Name*,* de U2, comienza a sonar por los altavoces de su viejo jeep.

Estoy inquieta. Quiero hablar de lo que pasó anoche. Sé que prometí no darle más vueltas, pero no voy a negar lo bien que me sentaría que me resolviera un par de dudas.

Sin embargo, todo parece indicar que no tendré esa suerte. Reese tiene clavada su vista en la calzada. De repente parece muy distante, incluso me atrevería a decir que algo inquieto.

—Reese —lo llamo.

—Ahora no —me interrumpes sin más.

El tono de su voz amenazadoramente suave no da lugar a réplicas.

Me revuelvo en mi asiento y mi mirada se pierde en la ciudad. Es obvio que está enfadado. ¿Qué ha podido pasar desde que hemos salido del hotel para que cambie de humor?

Pasamos una docena de controles militares y salimos de Pristina. La civilización parece diluirse a cada metro que nos alejamos de la ciudad, traduciéndose en una solitaria campiña

verde y dorada llena de árboles. La guerra puede con todo menos con la naturaleza.

De inmediato, una enorme construcción de hormigón llama mi atención. Todo lo urbanizado que antes se ha desdibujado ahora reaparece en mitad de la nada. Es una base militar casi tan grande como la de Pristina, pero con al menos cinco torretas más de seguridad. Un tanque enorme tapa la entrada y varios soldados están apostados con ametralladoras delante y detrás de él. Es obvio que nos estamos adentrando en un lugar mucho más peligroso que la capital del país.

Un soldado nos da el alto a unos metros del blindado. Ladea la cabeza y, al comprobar que es Reese, alza la mano y la agita dándonos paso. El tanque se mueve automáticamente y volvemos a ponernos en marcha.

Hemos cambiado de ciudad, de país, de continente, pero Reese Montolivo sigue siendo Reese Montolivo y el mundo está a sus pies. Lo miro de forma fugaz y discreta a la vez que trato de disimular una sonrisa. No tengo mucho éxito. Debe ser increíble tener toda esa seguridad y todo ese control sobre cada situación a la que se enfrenta.

Entramos en la base. Definitivamente es más pequeña que la de Pristina, pero está mucho más militarizada.

Reese aparca el jeep junto a unos inmensos hangares y se baja. Yo lo imito. Me coge de la mano y entramos en uno de ellos. Camina deprisa y yo tengo que acelerar el ritmo para poder seguirlo. Mis minúsculos pasos no tienen nada que ver con sus largas zancadas.

Nos cruzamos con multitud de soldados caminando acelerados en diferentes direcciones. Supongo que, por

separado, cada uno tiene muy claro adónde va, pero en conjunto crean una sensación muy caótica.

Se detiene junto a una *pickup* militar algo desvencijada y comienza a trastear en la parte trasera de la camioneta hasta sacar un chaleco antibalas con la palabra «Press» escrita en la espalda.

Regresa hasta mí y, sin darme la menor explicación, me coloca la prenda, claramente varias tallas más grande que la mía.

—Me está enorme —me quejo.

Además, es muy incómodo.

—Disculpe —replica irónico y malhumorado—, tal vez la señorita desee cambiar también de color.

Yo le hago un mohín y Reese me atraviesa con la mirada como reprimenda. Su humor parece haber empeorado conforme nos hemos adentrado en la base.

—No sé en qué diablos estaba pensando para traerte aquí —susurra arisco mientras continúa ajustándome el chaleco.

—Estabas pensando en que no puedes vivir sin mí —comento socarrona.

Sin poder evitarlo, tampoco quiero, comienzo a reír encantada con mi propia broma. Mis palabras le hacen alzar la cabeza y, en cuanto su mirada atrapa la mía, de inmediato dejo de reír. No sé si

está enfadado o simplemente he dado justo en el clavo. Todo el aire a nuestro alrededor parece esfumarse y nos rodea una atmósfera íntima, sensual, nuestra. Su olor me envuelve una vez más. Estamos en un país en guerra, olvidados del mundo, y sigue oliendo a esa mezcla de gel caro y menta, exactamente igual que en Nueva York.

Lo deseo. Lo deseo. Lo deseo.

Reese atrapa su labio inferior con los dientes, con sus ojos aún más azules sobre los míos, y por fin se separa de mí.

Al volverse de nuevo hacia la *pickup*, puedo ver cómo resopla con fuerza. Me alegra saber que no soy la

única a la que le afecta lo que sea que hay o no hay entre nosotros.

—Será mejor que nos demos prisa o se marcharán sin nosotros —susurra con la voz imperturbable.

A veces creo que nunca voy a conocer nada de lo que siente a no ser que él decida contármelo. Es tan frío y tan hermético que es imposible adivinar lo que piensa.

Por último coge un casco y me lo da para que me lo ponga. Es muy pesado y todavía más incómodo que el chaleco.

—¿Por qué tú no llevas ni casco ni chaleco? —pregunto tratando de abrocharme el mío.

—Porque no lo necesito —responde sin más.

Se vuelve hacia mí, alza las manos tomándome por sorpresa y, ágil, me abrocha el casco.

Tengo la sensación de que ahora mismo lo único que quiere es mandarme al hotel escoltada por una decena de soldados y dos blindados.

—¡Montolivo! —grita entusiasmado un hombre con uniforme mimético acercándose a nosotros—. ¿Dónde te habías metido?

—Ya me conoces —responde sin más—, buscando algún bar donde sirvan mi marca de whisky.

Se estrechan las manos como los pandilleros de las películas y ambos sonríen.

—Y esta chica, ¿quién es? — pregunta el hombre reparando en mí.

Sonrío y trato de levantarme el casco para poder verlo antes de presentarme.

—Sophie Silver —se adelanta Reese, y su voz cambia imperceptiblemente, como si estuviese poniéndose en guardia de nuevo—. Sophie, éste es el sargento Armie McCarthy —presenta.

Yo doy un paso hacia ellos y estrecho la mano que me tiende.

—¿Y qué haces aquí? —inquire con curiosidad—. ¿Periodista?

—Casi —respondo con una nueva sonrisa—. Escritora.

—Interesante —contesta imitando mi gesto—. Yo podría contarte muchas historias —añade mitad amable, mitad tratando de seducirme como en esas películas de detectives en blanco y negro.

—Armie, tiene novio —lo interrumpe Reese.

Yo ahogo una risa nerviosa en un bufido y lo miro con el ceño fruncido. ¿A qué ha venido eso?

El sargento sonríe incómodo y da un paso hacia atrás.

—Tengo que ir a revisar que esté todo listo —se excusa y finalmente se marcha.

Yo lo observo hasta que desaparece al fondo del hangar y llevo mi mirada de nuevo hasta Reese. Se ha acercado sigilosamente a una mesa a unos pasos llena de mapas, fotos por satélite y otra decena de papeles.

—¿Por qué le has dicho eso? —me quejo.

—Porque no quería pasarme todo el viaje escuchando lo maravillosos que son tus ojos, lo preciosa que es tu sonrisa... —comenta sardónico a la vez que levanta uno de los mapas y curioso lo que hay debajo.

Al fin me mira y enarca una ceja.

—Muchas gracias por haberme librado de ese sufrimiento —respondo imitando su humor—. Eres un capullo, Reese —protesto.

En un solo segundo, su expresión cambia de nuevo. Sus ojos se endurecen, se vuelven más fríos, más metálicos, se llenan de rabia.

—¿Acaso te gusta? —pregunta arisco.

¿Qué?

—Claro que no —me apresuro a responder.

—Más te vale, Sophie —replica, y su voz se convierte en el perfecto espejo de su mirada.

Es obvio que está furioso, pero no lo está conmigo. Lo está consigo mismo por sentirse así, como si mis palabras hubiesen sido exactamente lo que quería oír y al mismo tiempo lo enfadara quererlo.

Reese echa a andar y yo me cruzo de brazos, furiosa. Ahora mismo me encantaría gritarle que se está comportando como un capullo. No puede actuar como si estuviera celoso y al mismo tiempo alejarse de mí. Es muy injusto.

—¿Y qué pasaría si me gustase?

Mis palabras hacen que se frene en seco y se vuelva. Estamos separados por media docena de metros y sigue

resultándome intimidante. No habla, no dice nada. Yo tampoco. Sólo nos miramos.

—¡Montolivo! —lo llama Armie desde la enorme explanada a los pies del hangar—. Nos vamos.

Reese me contempla durante un instante más derrochando todo ese enfado y finalmente gira sobre sus pies.

Yo resoplo y lo sigo a unos pasos de distancia. Si no fuera porque es lo primero realmente emocionante que voy a hacer desde que llegué aquí, regresaría al hotel sólo para perderlo de vista.

Armie le entrega un chaleco antibalas. Reese lo coge a regañadientes y, hábil, se lo coloca en un segundo.

También le da un casco, pero, en cuanto el sargento se da la vuelta, lo lanza a los pies de uno de los blindados. Ese simple gesto ha estado lleno de arrogancia y ha provocado que todo mi cuerpo se encienda, que él lo encienda. Cuando se da la vuelta, las cosas no mejoran para mí. Está más atractivo que ningún otro día, como si el chaleco antibalas tradujera en algo palpable el aura de misterio y peligro que siempre lo envuelve.

Suspiro de nuevo y mando la orden estricta a mi cuerpo para que se calme. Sigo enfadadísima con él.

Miro a mi alrededor tratando de concentrarme en cualquier otra cosa. Un par de soldados instados por el sargento McCarthy se suben a la parte de atrás de un camión no demasiado grande con el acrónimo «OTAN» escrito en letras gigantescas en uno de los laterales.

Sin quererlo, mi paso se vuelve más tímido y también más titubeante. No he sido realmente consciente de adónde vamos hasta que he visto el camión.

Paso junto a Reese sin detenerme. Tiene que entender de una maldita vez que no puede tratarme como quiera cuando quiera. Me sigue con la mirada, pero no dice nada. Está pensativo, huraño, enfadado.

Llego hasta el camión y, tras llenarme con una última bocanada de valor autoinfundido, doy el paso definitivo para subir. Sin embargo, tiene una altura considerable y, entre la visión reducida del casco y el chaleco tan grande, mis movimientos se han vuelto todavía más torpes. Estoy a punto de pedir ayuda a uno de los soldados cuando noto cómo su mano agarra mi muñeca sin ninguna delicadeza y me vuelve hasta colocarme frente a él. Una vez más, no necesito mirarlo para saber que ha sido Reese. Mi cuerpo y el suyo están atados y, cada vez que me toca, algo dentro de mí me lo recuerda.

—Levanta los brazos —me ordena.

Muevo la muñeca para hacer lo que me dice, pero Reese no me suelta de inmediato. Sus dedos se abren liberándome despacio, controladamente, desperzando los dedos justo en el último instante para regalarme una postrera caricia lenta, agónica, llena de deseo.

Tengo que contenerme para no suspirar y, sintiendo cómo su mirada azul me domina, alzo los brazos. Sus manos se anclan en mi cintura, abriéndose posesivas sobre mi piel, agarrándome con la misma provocadora lentitud. Su tacto calienta mi ropa y mi

cuerpo bajo él. No puedo desatar mi mirada de la suya. No quiero. No quiero separarme de él nunca.

Por fin me levanta y, sin ningún esfuerzo, me sube al camión.

Cuando sus manos se separan de mi piel, mis piernas se vuelven plastilina y tengo serias dudas de que pueda caminar hasta el fondo del vehículo. Lo observo subirse con agilidad y, antes de que me dé cuenta, tengo a mi oscuro objeto de deseo de nuevo frente a mí, a escasos, escasísimos, centímetros de mi cuerpo, llamándolo pero sin llegar a tocarme, simplemente asegurándose de que le pertenezco, no al sargento McCarthy o a Matt, sino a él, sólo a él.

De nuevo sin mediar palabra, Reese coge mi mano y me obliga a caminar hasta llegar a una de las pletinas situadas a uno de los lados del camión y que sirve como asiento.

En cuanto nos acomodamos en ella, suelta mi mano y al instante todo mi cuerpo lo echa de menos. ¿Cómo puedo sentirme así? ¿Cómo puedo sentir toda esa conexión, todo ese deseo, cuando ni siquiera me ha besado, cuando ni siquiera sé si le gusto?

El camión arranca y salimos de la base en dirección a Mitrovica ciudad. No tardamos en dejar atrás la instalación militar y en estar en campo abierto. Si no fuera por los periódicos

controles que atravesamos, sería imposible decir que es un país en guerra, o en conflicto armado supervisado, como diría Sarah.

El casco es muy incómodo y da demasiado calor. La verdad es que nunca imaginé que pesaría tanto. Hago el ademán de llevarme las manos al broche. Sólo quiero quitármelo cinco minutos y coger aire. Nadie va a atacarnos en pleno campo dentro de un camión de la OTAN.

—Ni lo intentes —susurra con esa voz tan amenazadoramente suave, sin mirarme pero claramente atento a mis movimientos.

Quiero decirle que es un controlador y un exagerado, pero no me atrevo. Algo me dice que no es momento para provocarlo y aparto mis manos del broche antes siquiera de llegar a tocarlo.

—Sargento —dice uno de los soldados tocándose con la mano un auricular negro que lleva en el odio—, control nos informa de que las tropas francesas están desplegadas al norte del puente.

Armie asiente.

—¿Cuántos? —pregunta el sargento casi en un grito para hacerse oír por encima del ruido constante que provoca el propio camión.

—Alrededor de mil quinientos efectivos —le detalla el soldado.

Él asiente de nuevo y le dedica una sonrisa a Reese.

—Va a ser divertido —le comenta.

Reese pone los ojos en blanco y entrelaza sus dedos al tiempo que apoya los codos en sus rodillas entreabiertas.

—¿Por qué hacéis esta incursión justo ahora, Armie? —pregunta Reese—. Y no me vengas con la estupidez de que se ha caído el hilo de comunicaciones entre las dos partes del puente. Los franceses son una pandilla de inútiles, pero podrían haberlo arreglado solos.

Armie sonríe nervioso. Sabe que lo est  arrinconando.

—S  que te gustaría que pasase algo más interesante —responde tratando de sonar irónico, pero se nota que es un mecanismo de defensa. Est  incómodo —, pero es sólo eso, telecomunicaciones.

Ahora es Reese el que sonríe y sus ojos brillan de una manera especial. Es tenacidad pura.

— Cu ndo cruzaron los paramilitares serbios el puente? —
inquire Montolivo.

Armie se revuelve en el asiento.

—Me da igual a quién hayas convencido para dejarte venir en esta incursión —lo amenaza ya claramente a la defensiva—. Puedo parar el camión en cualquier momento y dejarte tirado en mitad de la nada.

Reese sonrío y ese brillo reluce de nuevo en sus ojos azules.

—¿Cuándo? —repite.

No va a rendirse y eso lo hace aún más atractivo.

El sargento McCarthy resopla y se agarra con fuerza el mentón apenas un segundo.

—Creemos que ayer por la mañana —gruñe resignado—. Hubo un encontronazo bastante fuerte con el

Ejército de Liberación de Kosovo, el ELK, a menos de dos kilómetros del puente.

Yo asiento sin perder detalle y hago memoria tratando de recordar todo lo que aprendí ayer en la KFOR. Ese puente es el único enlace entre la parte norte de Mitrovica, donde vive la población serbia, y la parte sur, donde vive la albanokosovar. El puente en sí está protegido por la OTAN precisamente para evitar que los paramilitares serbios o el ELK lo crucen o lo destruyan, aislando al otro sector.

El camión se detiene en un puesto de control apenas unos segundos y reanuda la marcha.

—Señor, hemos pasado el control de los sauditas. Es el último antes del puente —le informa el soldado que está sentado en el asiento del copiloto. Creo que es un cabo. Aún no distingo muy bien los rangos.

—Estacione en el lugar indicado — responde el sargento.

Todos parecen ponerse en marcha. Revisan sus fusiles y el sargento verifica su posición en un mapa plastificado que lleva guardado en el hombro.

Yo miro hacia fuera. El paisaje ha dejado de ser apacible y una ciudad prácticamente en ruinas va dibujándose a nuestro paso.

Tomo aire. De pronto me siento muy nerviosa.

El camión se detiene en mitad de un terraplén. Los soldados se bajan deprisa y se despliegan rodeando el vehículo. Reese se apea de un salto y vuelve a cogermme de la cintura para bajarme a mí. Sin embargo, cuando mis pies tocan el suelo, no me suelta.

—No va a pasar nada —susurra.

Sabe que estoy nerviosa. Supongo que es obvio, pero tengo la sensación de que a él le es más fácil que a cualquier otra persona saber con exactitud cómo me siento.

Trago saliva de forma refleja y aparto mis ojos de los suyos clavándolos en el suelo. Puedo con esto. Sólo necesito respirar hondo. Reese alza una de sus manos y la coloca en mi barbilla, obligándome a levantarla para que nuestras miradas vuelvan a encontrarse.

—Nunca dejaría que te pasara nada.

Sus palabras me tranquilizan y ni siquiera entiendo por qué. Sigo nerviosa y asustada, pero ahora también me siento protegida, como si mi cuerpo hubiese entendido instintivamente que a su lado estoy a salvo.

Asiento y él se separa despacio de mí. No dice nada más, pero tampoco necesito que lo haga. Creo que yo también sé leer en él más allá de lo que demuestra.

Se reúne con Armie a unos metros de nosotros. Yo lo sigo, pero no puedo evitar que mi paso se ralentice aún más mientras observo dónde nos encontramos. El ambiente está enrarecido, lleno del denso humo que cala la atmósfera después de una explosión cuando la tierra y el polvo de ladrillo saturan cada átomo de aire. Estamos en una pequeña plaza o al menos eso parece. Recuerdo de inmediato lo que ocurrió en el mercado,

pero, aunque las situaciones puedan ser parecidas, son completamente opuestas. Allí, los gritos, los ruidos, las sirenas, lo llenaban todo. En cambio, aquí el silencio es completo, no hay una sola persona caminando por la calle, y, sin embargo, es un sonido mil veces más ensordecedor.

—Estamos muy cerca del puente — anuncia el sargento—. La chica debería quedarse aquí.

—La chica es asunto mío, Armie, no tuyo — replica Reese sin asomo de dudas.

La seguridad aplastante que ha demostrado en cada palabra hace que me quede mirándolo. El sargento

McCarthy alza los brazos con cara de pocos amigos en señal de rendición y se reúne con sus hombres en un cruce cercano.

Reese se vuelve hacia mí y resopla despacio y bruscamente. Yo me permito mirarlo a los ojos. Sé que necesito con urgencia dejar de fantasear con que me ve de una manera diferente a como lo hace en realidad, pero en ocasiones como ésta no puedo evitar pensar que le gusto; si no, ¿por qué se preocupa tanto por mí?, ¿por qué no quiere que ningún otro hombre lo haga?

Creo que va a decir algo, pero en el último momento parece arrepentirse. Camina los pocos pasos que nos separan

y comienza a revisar todos los cierres de mi chaleco y mi casco, con la mirada fija en cada hebilla que comprueba, muy concentrado, incluso preocupado.

—No voy a separarme de ti —
murmuro.

No voy a separarme de él porque no quiero tener que hacerlo por nada del mundo. Creo que lo seguiría a cualquier parte si me lo pidiese. Pero ahora lo estoy diciendo porque quiero que él también lo sepa y esté tranquilo. Sé que va a protegerme de cualquier cosa y, aunque ni siquiera entiendo cómo lo sé, no he tenido nada tan claro en toda mi vida.

Reese clava sus ojos en los míos y una vez más exhala todo el aire de sus pulmones. De nuevo estoy nerviosa, aunque de una manera completamente diferente. Ahora mismo no existe nada más que no seamos nosotros.

El ruido que hace uno de los soldados al cargar su fusil me saca de mi ensoñación. Reese me agarra de la mano con fuerza y me obliga a comenzar a andar tras los militares.

Tras unos pasos, miro a mi espalda. Dos soldados se han quedado custodiando el camión. Miran hacia todas partes sosteniendo con fuerza sus M-16. Me sorprenden las sensaciones que puede o no puede despertar un

soldado por el simple hecho de llevar un casco azul. Paz o guerra, y sólo los separa un color. Estos soldados no llevan ese casco. Me pregunto si por eso no hay nadie por la calle.

—Creí que la guerra había acabado —murmuro.

—La guerra aquí no se acaba nunca —me responde tajante Reese sin volverse—. Sólo se muda de vecindario.

La gravilla y los trozos de los edificios colindantes hechos pedazos resuenan bajo nuestros pies. El polvo es insoportable. Es casi imposible respirar. Todo combinado con un calor asfixiante. Reese camina con el paso seguro.

Resopla y aprieta mi mano con fuerza, pero yo no estoy asustada. Sé que no tengo que estarlo. El chaleco y el casco me pesan. También sé que ahora mismo se arrepiente de haberme traído. Se oyen ruidos tras nosotros. Vuelvo a girarme nerviosa y mi visión reducida me deja ver a una mujer que atraviesa la calzada prácticamente corriendo. Lleva a un niño de unos dos años en brazos y tira de la mano de uno de seis o siete. La mujer me mira. Creo que nunca había visto a nadie tan asustado. El pequeño también me mira, pero él no está asustado, está cansado. ¿Cómo es posible tener seis años y estar cansado

de vivir? La mujer le chista nerviosa, llorando, y al final entran en un edificio casi ruinoso al otro lado de la calle.

De forma automática vuelvo a mirar a mi alrededor. Todo está destrozado. Nadie se merece esto.

Reese tira de mi mano para que no me detenga. Acelero el paso de nuevo, pero por mucho que lo intento esa idea no se va de mi cabeza. Nadie se merece sufrir así todos los días.

Armie hace un gesto y todos sus hombres, con él al frente, se pegan a la pared. Reese me guía para que imitemos su gesto. Puedo ver el puente. Está a unos cincuenta metros.

Caminamos despacio junto a la pared.

Sólo nos separa una calle.

Armie hace un nuevo gesto y nos detenemos. Cierra el puño y señala con dos dedos a nuestra izquierda, después vuelve a cerrar el puño y repite el mismo gesto hacia la derecha. Los soldados obedecen y rápidamente toman posiciones a uno y otro lado.

Reese no deja de mirar, inquieto, hacia los edificios frente a nosotros. No sé qué espera encontrar, pero, sea lo que sea lo que imagina, le preocupa demasiado.

Armie mira al último soldado que le separa de nosotros y asiente. Él se agacha y, sigiloso, cruza la calle y avanza hasta el puente. Apunta con su fusil donde sus ojos inspeccionan. A los pies del puente, se detiene y aprieta el botón del sofisticado micrófono que rodea su cuello.

El sargento McCarthy se lleva la mano al oído y asiente a lo que sea que dice el soldado.

—Todo despejado —informa—.
Bravo uno y dos, avancen.

Los soldados se mueven. Armie le hace un gesto a Reese para que esperemos y, ágil y sigiloso, camina hasta el puente.

El silencio se hace tenso, asfixiante.

Recuerdo aquella plaza de Pristina...
el mercado... la explosión.

Un estruendo atraviesa cada hueso de mi cuerpo. Corta el aire. Lo tiñe de naranja. El suelo, los edificios... todo tiembla.

Todo mi cuerpo entra en *shock* y ni siquiera siento dolor cuando la onda expansiva nos tumba en el suelo.

Abro los ojos despacio. Los oídos me silban. El chaleco me pesa. No me deja respirar. Reese se incorpora y se inclina sobre mí. Me llama. Lo leo en sus labios, pero no lo oigo. Todo está envuelto en una neblina. Tiene la cara cubierta de polvo. Farfulla un «joder»

entre dientes. Mira hacia ambos lados y, sin dudarlo, me coge la cabeza y me esconde en su pecho.

Otra explosión.

Otra vez el cielo se vuelve de color naranja.

Todo pasa muy rápido.

Polvo, fuego... aire denso...

irrespirable.

Reese me levanta. Me coge de la mano. Tira de mí.

—¡Corre! —grita.

Todo está lleno de humo. Una nueva explosión. Un centenar de tiros llueven desde los edificios de enfrente. Reese tira de mí para que acelere el ritmo. No me suelta un solo segundo. Hace que nos desviemos por la primera calle que aparece y nos refugiamos de espaldas a la pared. Se oye una nueva explosión.

Los disparos no cesan... Todo mezclado con nuestras respiraciones cada vez más irregulares.

Reese gira la cabeza y sus ojos azules se clavan en los míos. Está nervioso, furioso, preocupado. Un segundo después, fija la mirada al frente y echa la cabeza hacia atrás hasta que su nunca choca contra la pared. Sé que está buscando la manera de sacarnos de aquí y también sé que ahora mismo se odia por haberme traído.

Da un paso hacia la esquina sin separarse de la pared, sin soltarme la mano. Se asoma sigiloso y en ese

preciso instante una bala pasa silbando el viento y llevándose un trozo de pared justo a la altura de su cara.

—Joder —sisea volviendo a refugiarse en el muro—. Joder —repite otra vez con la vista perdida al frente—. ¡Joder! —ruge chocando de nuevo la cabeza contra la pared.

Su respiración está aún más agitada. La rabia inunda cada centímetro de su cuerpo, pero, entonces, se pasa las manos por el pelo y con ese simple gesto parece recuperar el control.

Me aprieta la mano y, sin alejarnos del muro, comenzamos a caminar agachados en dirección opuesta,

sigilosos pero tratando de ser lo más rápidos posible.

Al llegar al siguiente cruce, Reese se detiene, se asoma discreto y se coloca frente a mí.

—El camión está en esa explanada —dice con la voz ronca, acelerado pero muy seguro, demostrándome que, a pesar de todo, tiene el control de la situación.

Asiento, aunque ahora mismo estoy tan conmocionada que no sé qué quiere que haga.

—Cuando te lo diga —continúa—, corre lo más rápido que puedas hacia allí. Yo los distraeré por el otro lado.

¿Qué? ¡No!

—No... no voy a... a de... dejar que ha... hagas eso.

No pienso permitir que se ponga en peligro de esa manera.

—No te preocupes —dice enmarcando mi cara entre sus manos—. Todo va a salir bien.

Se separa de mí y echa a andar de vuelta al cruce anterior, pero, cuando sólo se ha separado unos pasos, lo cojo de la mano, deteniéndolo.

—No —repito más nerviosa y también más convencida de que no pienso dejar que lo haga—. Po.. podemos buscar otra... otra manera.

—Muñeca —me reprende con la paciencia casi al límite.

—Por... por fa... favor.

Tengo demasiado miedo.

Reese exhala todo el aire de sus pulmones y frunce el ceño imperceptiblemente de esa forma que me dice que está sopesando opciones.

—Di mi nombre —me ordena.

Sus ojos se clavan en los míos y ya no soy capaz de pensar.

—Reese —respondo.

Y lo hago con la voz clara, casi cristalina, tal como pasó en el mercado. Su nombre me calma y me devuelve la fuerza instantáneamente.

Reese sonrío fugaz, sereno y, sobre todo, satisfecho.

—Todo va a salir bien —repite sin asomo de dudas.

Se inclina sobre mí y me da un beso en la frente. Yo cierro los ojos y contengo un suspiro. No quiero soltarlo. Reese coloca su mano con suavidad sobre la mía, que aún lo sujeta, y, despacio, me obliga a abrir los dedos y a dejarlo ir.

Comienza a caminar. Lo observo. No quiero que lo haga. Resoplo y ahora soy yo quien deja caer su cabeza contra el muro mientras contemplo cómo se aleja cada vez más.

Cuando llega, se asoma cauteloso y me hace un gesto para que me prepare. No quiero que se ponga en peligro.

Quiero que esté aquí, conmigo. Reese alza la mano. Una lágrima aventurera y demasiado asustada cae por mi mejilla. No quiero que le ocurra nada malo. Quiero que esté a salvo.

Se oyen más disparos.

Todo pasa a cámara lenta.

Mi corazón late desbocado.

Baja la mano.

Salgo disparada hacia el camión.

Una nueva ráfaga de disparos se une a la que ya sonaba intermitente. Silban a mi alrededor. El casco, el chaleco, pesan muchísimo, pero no me importa. Corro. Corro. Corro. Al fin veo la pequeña plaza y, en el centro, el camión.

La gravilla derrapa bajo mis pies. El cabo responde al fuego parapetado tras la rueda del vehículo militar.

—¡Suba al camión! —grita el soldado sin dejar de disparar—. ¡Nos vamos ya!

Me siento en el suelo a su lado protegida también por la enorme rueda.

—¡No pienso irme sin Reese! — respondo gritando para hacerme oír por encima de las ráfagas.

El soldado parece ignorarme. Estoy a punto de gritárselo de nuevo cuando noto cómo una mano rodea con fuerza mi muñeca y tira de mí sin ninguna

delicadeza. Sonrío aliviada incluso antes de verlo porque sé que es él, que es Reese.

Al reparar en él, el cabo hace una señal al soldado. Se aprieta el botón del intercomunicador del cuello y dice algo, aunque no logro oír el qué.

—¡Nos vamos! —grita.

La lluvia de disparos se hace más intensa. Reese me coge de la cintura, me sube a la parte de atrás del camión y él lo hace de un salto. Sin dejar de disparar, los hombres ocupan los asientos delanteros.

—¡Arranca, joder! —grita el cabo al soldado tras el volante.

Ahora es el enorme vehículo el que derrapa en la gravilla.

Me dejo caer sobre la pletina de metal. No sé qué ha pasado. No sé cómo me siento. No sé qué pensar, qué decir, qué hacer.

Reese se arrodilla frente a mí. Está acelerado, tenso, casi asustado. Me quita el casco a toda velocidad y desabrocha mi chaleco lanzando ambas prendas contra el suelo del camión. Pasa sus manos por cada centímetro de mi rostro, de mis brazos, comprobando que no estoy herida, que estoy bien.

Sus dedos se anclan en mis caderas y en un único movimiento se sienta en la pletina de enfrente, tira de mí hasta que

lo hago a horcajadas sobre él y acuna mi cara entre sus manos.

Nuestras respiraciones se entrecortan caóticas. Sus ojos brillan más azules que nunca.

Estoy nerviosa, asustada, sobrepasada.

Me ha salvado.

Suspiro llena de todo esos sentimientos, de él.

—Tendrías que haberte subido al maldito camión —me reprende.

—No pensaba marcharme sin ti —replico sin asomo de dudas.

No había tenido nada tan claro en toda mi vida.

Reese niega con la cabeza, y no sé si es a él mismo o a mí.

—No puedo más —susurra.

Y, tomándome por sorpresa, me besa con fuerza.

Sus labios son exigentes, firmes, suaves. Me conquistan, me dominan, quiere que me rinda a él en todos los sentidos, que me olvide de lo que acaba de pasar, del mundo.

Nos besamos desbocados, desesperados.

Y es exactamente lo que quiero, lo que necesito.

Una de sus manos se ancla en mi nunca sosteniéndome justo donde quiere y la otra se desliza por mi costado hasta

aferrarse a mi cadera y estrecharme aún más contra él.

No lo dudo. Me acomodo todavía más en su regazo y nuestros cuerpos se acoplan a la perfección.

Estoy en el paraíso.

Apresa mi labio inferior entre sus dientes y tira de él. Gimo bajito cuando el dolor y el placer se superponen con una habilidad deliciosa. Me suelta y enseguida vuelve a besarme, consolando la piel que él mismo ha incendiado, multiplicando el deseo por mil.

El camión se detiene con brusquedad y los dos regresamos a la vez al mundo real.

Reese se separa y sus ojos indomables atrapan de inmediato los míos. Sus manos siguen sobre mi piel y nuestras respiraciones continúan entrecortadas y aceleradas, pero ahora es por un motivo del todo diferente. ¿Qué hemos hecho? ¿Por qué lo hemos hecho? Todo el hermetismo vuelve a la mirada de Reese, pero ésta aún brilla con el deseo más puro y salvaje que he visto jamás. Quiero pedirle que me bese de nuevo, que me lleve a donde quiera hacerlo, pero las palabras se niegan a abandonar mi garganta.

Reese mueve sus dedos en mi cadera, despacio, y tira con suavidad de mi camiseta. Ese simple gesto me

desarma por completo, porque tengo la estúpida y kamikaze sensación de que él también quiere seguir besándome y algo dentro de mí, al margen de la confusión y de todas las preguntas, es simplemente feliz.

Sin embargo, cuando oímos a los soldados apearse del camión, sin dudarlo, Reese me baja de su regazo dejándome de pie y él también se levanta.

Una decena de militares con una mujer con bata blanca al frente salen a paso acelerado del hangar y se dirigen al camión.

—¿Cómo están? —pregunta la mujer, una oficial médica, encaramándose al vehículo y haciendo gestos con el brazo para que vayamos hasta ellos.

Miro a Reese. Él tiene la vista clavada al frente, como si de repente yo hubiese dejado de existir. No hay rastro de emoción alguna en sus ojos y las dudas en los míos se multiplican por mil. Ahora mismo no sé qué pensar.

Asiento nerviosa. Me acerco hasta el borde del camión y un soldado me tiende la mano para ayudarme a bajar.

La oficial médica se queda esperando a Reese. Él rehúsa cualquier ayuda y sale de un salto. Cuando la

doctora da un paso en su dirección para examinarlo, Reese niega con la cabeza y me señala.

—Yo estoy bien —comenta, y su voz vuelve a sonar imperturbable—. Asegúrese de que ella lo está.

La oficial no dice nada y se vuelve hacia mí.

—La herida de la frente necesitará puntos.

Me sorprenden sus palabras, ni siquiera sé cómo o cuándo me la he hecho. Me coloca la mano en la espalda y me empuja con suavidad para que comience a andar. Aunque lo hago, apenas he dado unos pasos cuando me giro. Mis ojos de inmediato se

encuentran con los de Reese. Sigue junto al camión, de pie, observándome. No tengo ni la más remota idea de cómo me siento, pero sí de cuánto lo deseaba y de cuánto me ha gustado. ¿Qué está pensando él? ¿Qué va a pasar ahora?

Me conducen hasta el hospital de la base y a través de sus laberínticos pasillos hasta uno de los boxes. La doctora me indica que me sienta en una camilla y comienza a limpiarme la herida.

Sigo nerviosa, pero toda mi inquietud se ha traducido en algo diferente. Nunca había pasado por nada remotamente parecido.

Una idea atraviesa mi mente como un ciclón.

—¿El sargento McCarthy y sus hombres están bien? —pregunto tímida.

No me puedo creer que no haya pensado en ellos hasta ahora.

La oficial médica deja la gasa manchada de sangre sobre una pequeña bandeja y coge otra.

—Sí —responde concisa, y yo suelto todo el aire de golpe. Sin darme cuenta había contenido la respiración hasta escuchar su respuesta—. Se atrincheraron en un edificio cercano al puente y repelieron el ataque hasta que nuevas tropas acudieron en su ayuda.

Gracias a Dios.

Termina de limpiarme la herida y me da tres puntos. Me asegura que no me quedará cicatriz, aunque, francamente, después de todo lo que ha pasado, ni siquiera me importa.

Me ofrecen llevarme a Pristina, al hotel, pero insisto en que no es necesario. De lo que no me libro es de que uno de los soldados me acompañe de vuelta al hangar. Quiero esperar a Reese y regresar con él. Tenemos que hablar.

El militar me deja al final de la inmensa explanada y se despide profesional. Yo le devuelvo una sonrisa agradecida y me encamino al lugar

donde Reese aparcó el jeep esta mañana, pero no hay ni rastro de él. Frunzo el ceño extrañada. ¿Dónde está?

Me giro hacia el soldado y lo llamo a la vez que me acerco a él.

—Perdona —me excuso deteniéndome a unos pasos de distancia —, ¿sabes si se han llevado al periodista que ha venido conmigo al hospital?

—¿Montolivo? —Asiento—. Se marchó en cuanto la doctora lo hizo. Ya debe de estar en Pristina.

Contengo un suspiro decepcionado y tuerzo el gesto. Ni siquiera se ha molestado en esperarme.

—¿Alguien... alguien podría llevarme a mi hotel, por... por favor? — pregunto nerviosa.

No me puedo creer que se haya largado.

El soldado asiente y unos minutos después un jeep me recoge. Cuando llego al hotel, prácticamente ha anochecido. Creo que perdí la noción del tiempo al montarme en aquel camión de la OTAN.

Nada más cruzar las puertas del vestíbulo, reparo en Sarah. Está caminando nerviosísima de un lado a otro. Cuando me ve, su expresión se

llena de un cristalino alivio y corre hacia mí. Parece que aquí las noticias vuelan.

—¿Estás bien? —me pregunta mientras me agarra de los hombros y me mira de arriba abajo para asegurarse de que, en efecto, lo estoy.

No puedo evitar que su actitud me haga gracia. Es la persona más exagerada que conozco.

—Sí, estoy bien —respondo algo burlona.

Sarah entorna los ojos amenazante, pero, como si no pudiese evitarlo, me abraza de nuevo.

—No te haces una idea de lo preocupada que estaba, Sophie —dice cuando al fin me suelta—. ¿Qué es lo que ha pasado?

Yo me encojo de hombros.

—No lo sé —respondo sincera—. Estábamos acompañando a unos soldados en una incursión y de pronto algo estalló.

—Mitrovica es demasiado peligrosa estos días. No entiendo cómo Montolivo te llevó allí —añade enfadadísima.

—Yo se lo pedí —lo defiendo.

—Aun así —replica—. Montolivo es tan jodidamente bueno en su trabajo porque no le importa acabar muerto en cualquier calle.

Un escalofrío cortante y gélido me estremece de pies a cabeza. Automáticamente recuerdo cómo me sentí cuando lo vi alejarse en esa calle de Mitrovica. No quiero que le pase nada.

—No debió arrastrarte con él — sentencia tajante.

Mi expresión cambia por completo. Sé que está preocupada, pero está siendo muy injusta. Fui yo la que le pidió que me llevara.

—Reese me salvó —respondo llena de una aplastante seguridad. Sin dudas. Sin titubeos. En parte porque es la pura

verdad, pero en parte porque necesito defenderlo—. Si no fuera por él, es probable que estuviera muerta.

Sarah tuerce el gesto.

—Mantente alejada de él —me pide—. Ese tío debería venir acompañado de una señal de peligro.

Yo finjo no oírla. No quiero seguir hablando de lo poco que me conviene y mucho menos ahora.

—¿Reese ha regresado?

—¿Has escuchado una sola palabra de lo que acabo de decirte? —se queja malhumorada.

—Claro que te he escuchado —me defiende a regañadientes—, pero quiero asegurarme de que está bien.

Mi amiga me observa escrutando mi expresión. Sé que no le ha gustado lo más mínimo que haya ignorado su advertencia, pero también tengo la sensación de que ella no lo conoce como lo hago yo.

Finalmente resopla a la vez que se cruza de brazos.

—Owen, Matt y Milo están en el bar— responde resignada—. Quizá esté con ellos.

Fuerzo una sonrisa tratando de demostrarle que estoy bien y me encamino al local. Apenas he dado un par de pasos cuando noto que Sarah

camina tras de mí. Por eso es mi mejor amiga. Nos seguiríamos la una a la otra hasta el fin del mundo.

Sólo necesito poner un pie en el bar para divisar a los chicos en la mesa de siempre. Reese no está. Aunque lo disimulo rápido, no puedo evitar que un pequeño suspiro decepcionado se escape de mis labios.

Giro sobre mis talones dispuesta a buscarlo en su habitación, pero la voz de Owen me interrumpe en mi huida.

—¡Ahí está la chica del momento!
—grita levantando su cerveza a modo de brindis.

Yo sonrío algo avergonzada y, dado que no tengo escapatoria, camino hasta ellos. Owen me sonrío de oreja a oreja y señala con la cabeza la silla vacía a su lado.

—Sentaos —nos pide—, tenemos mucho que celebrar.

—No ha sido nada —comento tratando de restarle importancia.

—¿Cómo que no? —replica el capitán Kendrik enarcando las cejas sobre sus bonitos ojos claros—. Has vivido tu primera aventura.

—Y menuda aventura —añade Matt.

—Ni siquiera Reese, con lo increíblemente simpático que es —le describe sardónico Owen, lo que

provoca la sonrisa de todos—, consiguió que le dispararan en su primera semana aquí.

Todos vuelven a sonreír y yo decido que es el momento ideal para preguntar por él sin que se note demasiado por qué lo hago.

—Hablando de Reese, ¿dónde está? —inquiero intentando sonar displicente, como si la respuesta no me interesara lo más mínimo.

Me concedo un sesenta por ciento de éxito.

—Ni idea —responde Milo mientras se lleva el botellín de cerveza a los labios.

Los demás se encogen de hombros o niegan con la cabeza. Yo frunzo el ceño extrañada. ¿Dónde demonios se ha metido?

No se me escapa el detalle de que es la primera vez que Milo me habla. Supongo que el hecho de que me hayan tiroteado me concede una especie de tregua.

—¿Y qué pasa con la regla número uno? —pregunto algo confusa y también algo molesta.

Todavía recuerdo lo antipático que se mostró Reese cuando no quise decirle adónde iba.

—¿La regla número uno? —inquire a su vez Sarah mirándome sin saber a qué me refiero. Exactamente como hacen todos los demás.

—Sí; Reese me dijo que la primera regla aquí era decirle siempre a alguien adónde ibas —me explico.

Con cada palabra que pronuncio, un bombillita parpadea cada vez con más fuerza en el fondo de mi cerebro. *Idiota. Idiota. Idiota.*

—En los diez días que lleva aquí, mi hermano no me ha dicho ni una sola vez adónde iba —me anuncia Matt socarrón.

—Ni en estos diez días ni en los cuatro años anteriores —añade Milo contagiado de su humor—. Reese jamás

me ha dicho adónde iba, ni siquiera cuando ha necesitado que lo llevase.

Frunzo los labios. Es un gilipollas. Ahora mismo no sé si me siento más como una estúpida o como una cría. Las risitas mal disimuladas de Sarah y los chicos no hacen sino confirmarme que, de hecho, soy una cría estúpida.

Mi amiga frunce los labios y me mira con ternura. Creo que está empezando a encajar todas las piezas del puzle.

—Que no te pisen la noticia — murmura para que sólo yo la oiga—. Ésa es la primera regla aquí y, créeme, Montolivo la tiene clarísima.

Resoplo al tiempo que cabeceo un par de veces.

—Enseguida vuelvo —me excuso, aunque no les doy ocasión a ninguno a replicarme.

Reese me las va a pagar.

Le pongo mi mejor sonrisa de niña buena al recepcionista y consigo que me diga que la habitación de Reese es la 212. Si la memoria no me falla, está al fondo de mi mismo pasillo.

Antes de llamar a su puerta, vuelvo a resoplar con fuerza. Estoy muy enfadada, pero también quiero verlo y eso es de lo más frustrante.

Reese no tarda más de unos segundos en abrir. En cuanto lo hace, me mira de arriba abajo hasta que sus ojos azules se posan en los míos. Es obvio que está de mal humor. Acaba de ducharse. Tiene el pelo húmedo y se lo ha echado hacia atrás con la mano. Está descalzo, sensual.

Reacciona, idiota.

—¿Qué quieres, Sophie?

No me puedo creer que encima vaya a pagar su enfado conmigo. ¡Fue él quien me dejó tirada!

—¿Por qué me mentiste con lo de la regla número uno? —pregunto molesta.

—Entra —me ordena sin suavizar un ápice su expresión.

—No —me niego cruzándome de brazos.

No puede estar siempre dándome órdenes.

Reese aprieta los labios en una fina línea, me coge de la muñeca sin ninguna delicadeza y tira de mí cerrando la puerta a mi espalda.

—Suéltame —me quejo zafándome de su mano—. Eres muy mandón —protesto.

Doy un paso hacia atrás y su mirada se recrudece.

—Me has hecho quedar como una idiota.

—Tampoco necesitaste mucho para decirme adónde ibas y sonreír encantada cuando te obligué a hacerlo conmigo.

Resoplo.

—Eres un gilipollas —siseo.

Entorna los ojos ante mi cariñoso epíteto y consigue intimidarme. Esa mirada puede llegar a helar.

—¿Ni siquiera vas a disculparte? —inquiero tratando de sonar todo lo segura que soy capaz.

—No tengo por qué —replica aún más arrogante, con más rabia—. No iba a dejar que te pasearas por la ciudad sola. No me importa morir en cualquier calle, eso lo asumí hace mucho, pero no pienso permitir que tú acabes así.

Sus palabras me dejan fuera de juego un segundo y es el tiempo exacto en que un millón de ideas diferentes saturan hasta el último rincón de mi mente.

—Nadie se merece morir aquí, Reese —susurro.

Mi tono de voz ha cambiado, lo sé, pero otra vez vuelvo a estar demasiado asustada de que pueda ocurrirle algo.

—Eso es discutible. —Su voz también suena diferente.

Es un hombre tan seguro de sí mismo que no parece ser de los que echan la vista atrás y no les gusta lo que ven.

—¿Tan mal concepto tienes de ti mismo?

—Tú no me conoces.

Con esas cuatro palabras acaba de gritarme la idea tan equivocada que tengo de él. El corazón me da un vuelco y de pronto sólo quiero consolarlo. Alzo la mano para tocar la suya, pero, al notar el contacto, Reese se separa brusco y camina hasta el fondo de la habitación.

Yo no sé qué hacer. Ni siquiera tengo claro que quiera que esté aquí.

—Reese —lo llamo.

—¿Qué? —me interrumpe arisco a la vez que se gira.

Quiero decir algo, pero su mirada vuelve a intimidarme.

—Lo que pasó fue un error, Sophie.

—¿Por qué?

Mi voz ha sonado más decepcionada de lo que me hubiese gustado.

—Por demasiados motivos, pero, sobre todo, porque, cuando te tengo cerca, no soy capaz de pensar con claridad. Para empezar, nunca debí llevarte conmigo a la incursión.

—No fue culpa tuya, Reese —trato de hacerle entender.

Él me salvó.

—Sí, sí lo fue —sentencia—.
Vuelve a Nueva York, Sophie.

No puede decirme eso. Es muy injusto.

—¿Por qué no quieres que esté aquí? —protesto—. ¿Por qué te comportas como si odiaras que esté aquí?

Sueno desesperada y lo estoy. No lo entiendo. Entró a la fuerza en mi habitación para decirme que no quería que estuviese con Matt. Me besó. ¿Por qué ahora me dice esto? ¿Por qué se comporta así?

—Es que odio que estés aquí, Sophie —replica, casi grita, sin asomo de dudas, caminando la distancia que nos separa.

Yo le mantengo la mirada y trago saliva luchando por no llorar. Me siento como una cría patética. Él tiene clarísimo lo que signífico en su vida. Una lágrima cae por mi mejilla y agacho

la cabeza rápidamente para que él no pueda verla. No quiero seguir haciendo el ridículo.

Reese exhala controlado todo el aire de sus pulmones y, de un paso, devora la distancia que nos separa. Coloca su mano en mi cuello, escondiendo sus dedos en mi pelo, como ha hecho tantas veces, y me obliga a alzar suavemente la cabeza.

—Lo último que quiero es que te hagan daño —susurra—. He aprendido a vivir con muchas cosas, pero eso no me lo podría perdonar. Necesito saber que estás a salvo.

Deja caer su frente en la mía. Nuestras respiraciones vuelven a entrelazarse y, sin darnos cuenta, la misma burbuja se ha construido a nuestro alrededor, pero Reese no deja que el momento se alargue. Se separa de mí y echa a andar. A unos pasos de la puerta, en un ágil movimiento, se agacha y recoge sus viejas deportivas del suelo antes de salir de forma definitiva.

Yo resoplo con fuerza, alzo la cabeza hasta llevar mi mirada al techo y me llevo las manos a las caderas, todo a la vez. Nunca fui tan tonta de creer que las cosas serían fáciles con él, pero tampoco imaginé que serían así. Ahora mismo estoy hecha un auténtico lío.

Tengo mucho en lo que pensar, pero como es obvio no voy a hacerlo aquí. Me dirijo a mi habitación, pero apenas he avanzado unos pasos cuando Sarah aparece por el otro extremo del pasillo.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta cuando llega hasta mí.

Me encojo de hombros. Ni siquiera sé qué contestar a esa pregunta.

Sarah chista como si supiera exactamente cómo me siento y me abraza.

—No podías quedarte con el Montolivo amable. Tenías que elegir al increíblemente atractivo que cualquier día aparecerá muerto en una cuneta.

—Sarah —me quejo separándome de ella.

Es mi mejor amiga, pero no necesito esto. Reese no es como ella cree o, al menos, no sólo como ella cree.

Sin dudarlo, reempiendo la marcha hacia mi cuarto. Automáticamente Sarah suelta un bufido.

—Sophie.

Aunque no la veo, sé que se ha llevado las manos a la cintura mientras me llamaba. Le encanta esa postura cuando se prepara para regañarme.

—Me voy a dormir —protesto sin volverme.

—De eso nada —replica caminando hasta mí.

Tira de mi mano y me lleva hacia su habitación. Yo me quejo y refunfuño. Sólo quiero meterme en la cama y autocompadecerme. Me han disparado, me han besado y me han rechazado, todo el mismo día; me merezco una noche de llorar y sorberme los mocos repitiendo su nombre con la música de Bonnie Tyler a todo volumen.

Me suelta frente a la puerta, pero inmediatamente levanta el dedo índice amenazante en clara señal de que no se me ocurra aprovechar que está buscando las llaves para escapar.

Cuando abre, me empuja para que entre y, tras cerrar, va decidida hacia la cómoda. Resignada, me tiro en su cama

y clavo mi mirada en el techo. No pienso ser una buena compañía. Ésa es mi venganza. La oigo trastear en un cajón y echo la cabeza hacia atrás para observarla. No tardo en girar todo el cuerpo y quedarme bocabajo sobre el colchón para verla mejor. No me puedo creer lo que acaba de sacar.

—¿Eso es una botella de Absolut Mandrin? —pregunto sorprendida.

Sarah asiente y cierra el cajón con un golpe de cadera.

—La traje en mi maleta. La tenía guardada para el día que me nominaran al Pulitzer o tú alcanzaras el primer

puesto en las listas de ventas de *The New York Times*. Sin embargo, visto lo visto, creo que es un buen momento.

Rodea la cama y entra en el baño con la botella en la mano. Yo me giro de nuevo y otra vez clavo mi mirada en el techo. Quiero dejar de pensar y esa botella es el camino más rápido hacia la mente en blanco o, en su defecto, la mente llena de alcohol y estúpidas anécdotas de la universidad.

—Estoy contigo —sentencio.

Además, como siempre dice Penny, con vodka se canaliza mejor la resolución de problemas.

Sarah regresa con dos vasos. Sin ninguna delicadeza, se sienta en la cama, abre la botella, llena los recipientes y me pasa uno a la vez que se recuesta sobre el colchón. Las dos damos un sorbo y lo saboreamos en silencio.

—Deberían haber inventado el vodka de mandarina cuando estábamos en el instituto —comenta pensativa.

Doy otro trago. Baja ardiente y dulce por mi garganta e inmediatamente me siento un poco mejor. Quien dude del efecto del alcohol cuando estás hecha un verdadero lío, nunca ha necesitado una copa.

—Me habría ayudado a superar a mi primer amor —añade muy convencida a la vez que clava su mirada en el techo como yo.

—Tu primer Preston —replico socarrona y, sin quererlo, una sonrisilla de lo más impertinente se me escapa.

Ella gira la cabeza, me hace un mohín y vuelve a mirar hacia arriba.

—Era tan interesante...

—Era horrible —la corrijo—. Estaba convencidísimo de que, por ser batería de un grupo de rock, no tenía por qué lavarse el pelo.

—Era un estilo de vida —se queja.

—Era un asco.

Y antes de que ninguna diga nada más, las dos estallamos en risas.

Cuando nuestras carcajadas se calman, Sarah se incorpora despacio. Aunque sigo con la mirada perdida al frente, puedo notar cómo me observa.

—¿Qué tal te ha ido con Reese?

—No quiero hablar de eso —me apresuro a responder.

Sin ninguna piedad ni de mí ni de mi estado emocional, Sarah alza la mano y me clava el índice en el costado hasta que doy un respingo a la vez que suelto un lastimero «¡ay!». Ella sonrío encantada. Mi amiga es una sádica.

—Te lo está poniendo difícil, ¿eh?

Me revuelvo hasta quedar sentada en la cama mientras pienso un segundo la respuesta y me preparo para soltar un nuevo y fingido «estoy bien, hablemos de otra cosa...»

—Me está volviendo loca —estallo. Ya no puedo más. ¡Necesito desahogarme!—. No sé qué quiere de mí. Tan pronto se ríe de mí y me llama cría como se enfada porque me voy a cenar con Matt. Hoy me ha besado y, cuando he intentado hablar con él, me ha dicho que ha sido un error y que debería regresar a Nueva York justo antes de susurrarme que necesita saber que estoy a salvo.

Al pronunciar la última palabra, inspiro hondo ante la atónita mirada de Sarah. Tenía tantas ganas de explicar toda esta locura en voz alta que ni siquiera he perdido tiempo en respirar.

Mi amiga abre la boca dispuesta a decir algo, pero la cierra de nuevo. Vuelve a abrirla, vuelve a cerrarla y finalmente suspira con una sonrisa en los labios.

—Sophie, es obvio que le gustas.

—Entonces ¿por qué se comporta así? —la interrumpo exasperada.

Ella se encoge de hombros.

—Querrá que acabes ardiendo por combustión espontánea.

La miro con los ojos como platos. ¡Qué perra! Sarah me aguanta la mirada, como si realmente pensara que es eso lo que está buscando, hasta que unos segundos después ninguna de las dos puede contenerse más y, tal y como ha pasado hace unos minutos, rompemos en carcajadas.

—No sé qué hacer —me sincero cuando dejamos de reír.

Y volvemos a la frase del millón: «No sé qué quiere de mí.»

Sarah sonrío fugaz y llena de ternura.

—Reese está muy jodido por dentro.

Su voz cambia por completo. Sé que no está bromeando y eso me preocupa al instante. No digo nada y la miro

esperando a que continúe.

—En el noventa y cinco...

—¿Cuándo era reportero de guerra en Bosnia? —la interrumpo para asegurarme.

Ella asiente. Abre la boca dispuesta a seguir, pero en ese instante su móvil comienza a sonar. Sarah se estira hasta coger su bolso y empieza a rebuscar. El sonido se hace más intenso y finalmente lo alcanza.

—Sarah Beckett —contesta. Guarda silencio unos segundos—. Sarah Beckett —repite poniendo los ojos en blanco.

Las comunicaciones aquí son un asco.

Finalmente parecen responder. No sé qué le dicen, pero imagino quién lo hace, porque pasa de su expresión más profesional a una boba sonrisa de oreja a oreja.

—Estoy en mi habitación —explica —... No lo sé. Estoy con Sophie... —Se muerde el labio inferior y sonríe. ¡Por Dios, está enamoradísima!—... Te he dicho que no lo sé —se queja cantarina.

Se separa el teléfono de la oreja al tiempo que tapa el auricular con la mano y me mira con cara de cachorrito.

—Es Owen —murmura.

—¿De verdad? —replico socarrona.

Ella decide ignorar mi último comentario y yo no puedo evitar sonreír.

—Me ha invitado a cenar, pero...

—Lárgate, idiota —la interrumpo.

—¿Seguro?

Asiento.

—Claro que sí —me reafirmo.

Sarah me observa unos segundos tratando de escrutar mi expresión. Al darme cuenta, me pongo bizca, arrugo la nariz y le saco la lengua, todo a la vez.

—Estoy bien —protesto—. No voy a caer en una depresión ni nada parecido, aunque puede que me acabe la botella —añado burlona.

Mi amiga retira la mano del teléfono y se lo lleva de nuevo a la oreja.

—Suena muy bien, pero estoy algo cansada y prefiero quedarme aquí.

Yo la golpeo en el brazo.

—No hace falta —murmuro para que Owen no pueda oírme.

Sarah me devuelve el manotazo.

—Sí, sí que hace —replica en mi mismo tono de voz alejándose del teléfono.

Pongo los ojos en blanco y alzo las manos en señal de rendición. Es la persona más testaruda que conozco. No va a cambiar de opinión y en el fondo se lo agradezco. Estar con ella es la mejor terapia.

Sarah se despide, cuelga el teléfono y lo lanza sobre la cama.

—Ahora vamos a tomarnos otra copa —me anuncia cogiendo la botella y desenroscando el tapón—, después otra y puede que otra más, y una de las dos bajará al bar a robar lo más parecido que encuentre a unos minipretzels.

Sonrío.

—Me parece un gran plan —sentencio.

Sarah alza la copa y espera a que haga lo mismo.

—Todos los hombres son gilipollas.

—¿Ése es tu brindis? —pregunto socarrona.

—Pero qué buenos están desnudos. Ése es mi brindis.

Asiento en un claro gesto de «amén, hermana» y brindamos. Sólo somos capaces de dar un pequeño sorbo, porque nos echamos a reír de nuevo.

Charlamos durante horas, llamamos a Penny por Skype y decidimos que mañana saldremos juntas a explorar la parte oeste de la ciudad. Después de la tercera, pierdo la cuenta de cuántas copas nos bebemos. Lo bueno es que también la pierdo de las veces que acabamos estallando en risas. Es justo lo que necesitaba.

Oigo unos pasos sigilosos alrededor de la cama. No me importa. Si es un ladrón, que se lo lleve todo y aprenda a

robar mejor; Sarah dejó todos los vestidos de firma en Nueva York.

Tengo demasiado sueño.

De pronto la luz se enciende de golpe y mi queridísima amiga comienza a cantar a voz en grito los grandes éxitos de Bonnie Tyler. Casi preferiría que estuviesen robando.

A pesar del calor asfixiante, me tapo hasta las orejas y me acurruco un poco más. Quiero dormir. Estoy a punto de conseguirlo, pero entonces empieza a cantar *Total Eclipse From The Heart** y me doy cuenta de que no hay escapatoria posible. No va a rendirse.

Me levanto de un salto y, tras gritarle que necesita tomar clases de canto y escuchar divertida cómo, ofendidísima, me llama perra, me voy a mi habitación. Vamos a pasar todo el día juntas. Estoy segura de que me quedan más grandes éxitos de los ochenta por sufrir.

Me doy una ducha, me pongo unos vaqueros y mi camiseta de Led Zeppelin y me encuentro con Sarah en el bar del hotel. Sólo un café rápido justo antes de ponernos en marcha.

Para agilizar las cosas, nos quedamos en la barra. Estoy esperando mi café cuando veo a Milo a un par de personas de nosotras. Lo observo unos

segundos y decido acercarme a hablar con él. Quizá la tregua por haber sobrevivido a un tiroteo en plena calle sigue en pie y me da la ocasión de explicarme.

—Hola —lo saludo con mi mejor sonrisa.

Él me mira un segundo y responde con un escueto «hola» mientras se vuelve de nuevo hacia la barra. Tomo aire. No voy a rendirme a la primera, o tercera, no tengo claro cuántas veces este hombre me ha dado con la puerta en las narices.

—¿Podemos hablar? —le pido sacando a relucir de nuevo mi sonrisa. Él no se mueve—. Sólo será un

momento —insisto.

Milo se vuelve con la expresión algo dura.

—Mira, sé que piensas que soy una cría que te está faltando el respeto a ti y a todo tu país, pero esa no es mi intención. Vine aquí porque necesitaba hacerlo. Decir que sólo estoy buscando aventuras para escribir un libro es uno de los motivos, pero no es el único, y ni de lejos el primero de la lista. Las cosas en Nueva York se complicaron para mí, en mi vida. No salieron como esperaba y encima... —*no menciones a Reese.* ¡*No menciones a Reese!*—... se complicaron aún más.

Resoplo. ¿Qué desastre de explicación es ésta? Cabeceo y trato de encontrar la mejor manera de hacerme entender.

—Lo que quiero decir es que lo de las aventuras es un resumen muy malo.

Milo sonrío fugaz. No está todo perdido.

—Además, el otro día me dijeron que lo importante no es qué te trajo aquí, sino lo que haces cuando estás aquí.

Su sonrisa se ensancha y yo me doy cuenta de que acabo de citar a Reese. Maldita sea.

Milo me observa un segundo y por último se saca un trozo de papel doblado del bolsillo de los vaqueros.

—¿Tienes un bolígrafo?

Asiento y rápidamente rebusco en mi bandolera hasta sacar uno.

Milo se apoya en la barra, tacha lo que quiera que hubiese escrito y apunta algo.

—En esta dirección, pasado mañana a las ocho en punto —dice entregándome el papel junto con el bolígrafo.

Asiento entusiasmada.

Milo se termina el café de un trago y se dirige a la salida. Contenta, lo sigo con la mirada, pero toda la euforia se convierte en confusión cuando veo a Reese en el vestíbulo, a unos pasos del bar. Su salvaje mirada azul está clavada

en mí. Tiene los puños cerrado con rabia junto a los costados. Está furioso y me atrevería a decir que también frustrado. Sus sentimientos son tan fuertes, tan indomables, que no necesito estar cerca de él para percibirlos.

Suspiro bajito y, a pesar de cuántas veces me grito que debería apartar mi mirada de la suya, no soy capaz. Está guapísimo, con el pelo perfectamente revuelto y unos vaqueros y una camiseta cualquiera, como si le gritara al mundo que no le interesa lo más mínimo resultar atractivo y con ese simple gesto lo único que consigue es estarlo todavía más. Por Dios, está espectacular y lo está aún más así, en guardia, enfadado

con el mundo y con todos los pobres mortales que habitamos en él y que con un chasquido de sus dedos nos tiraríamos a sus pies. Sí, es así de atractivo y sí, es así de injusto.

Milo llega hasta él, le da un toque en el hombro y continúa su camino. Reese me observa un instante más, desvía su mirada a un lado y, tras apenas un segundo, sus ojos vuelven a posarse sobre los míos. Finalmente se da la vuelta y sale tras su amigo. Ha sido un gesto de poco más de un segundo y ha estado lleno de una dominación sin límites.

Resoplo con fuerza. ¿Cómo es posible que consiga que me sienta así con una sola mirada?

—¿Nos vamos? —me pregunta Sarah sacándome de mis pensamientos.

Asiento obligándome a sonreír. Reese ha vuelto a dejarme fuera de juego y ni siquiera ha necesitado tocarme o hablarme para hacerlo. Esto cada vez pinta peor para la idiota kamikaze de Sophie Eleanor Silver.

Nos pasamos todo el día conociendo la ciudad. En teoría sólo íbamos a explorar la parte oeste, pero al final nos animamos y vamos de un sitio a otro entrando, admirando y conociendo cualquier lugar que nos llame la

atención. Visitamos la Biblioteca Nacional, la mezquita Carshi y la del mercado. Incluso vamos a ver la estatua de Bill Clinton. Sarah no se puede resistir. Según ella, parte de su despertar sexual fue culpa de ese hombre y lo menos que puede hacer es visitar su monumento. Ese comentario me tiene riendo hasta que prácticamente no puedo respirar.

Tomo un montón de fotografías y lo paso de cine.

Regresamos al hotel cuando ya está atardeciendo. Siguiendo el plan que hemos elaborado mientras caminábamos hasta aquí, subimos con la idea de darnos una ducha rápida, cambiarnos de

ropa y salir a cenar, pero después de estar diez minutos bajo el chorro de agua, con pelea de grifo incluida, cometo el error de tumbarme en la cama. Estoy envuelta en la toalla y el pelo húmedo está empapando la fina colcha y con toda probabilidad las sábanas, pero no me importa. No me había dado cuenta de lo cansada que estaba hasta que he decidido echarme.

Me acurruco y cierro los ojos. Sólo cinco minutos. Sólo cinco minutos, me levanto y me visto.

Trato de volverme, pero soy incapaz. Gruño malhumorada con los ojos aún cerrados. ¿Qué me pasa? Me incorporo confusa y con muchísimo

trabajo hasta sentarme en la cama, y por fin abro los ojos. Me doy cuenta de que es la toalla enrollada en mi cuerpo la que no me deja moverme con libertad.

Me dejo caer de nuevo en el colchón a la vez que resoplo. ¿Qué hora es? ¿Cuánto tiempo he dormido? Me incorporo de nuevo y el enorme ventanal llama de inmediato mi atención. La noche ya se ha cerrado por completo. Cojo mi móvil y miro la hora. Maldita sea. Son más de las doce. Cuando llegamos, apenas eran las nueve.

Me quito la toalla y me pongo el pijama. Obviamente ya no es hora de salir a cenar. Miro la cama y tuerzo el gesto al comprobar que, gracias a mi

pelo, está mojada justo en el centro. Enseguida mis labios se tuercen aún más. Si me acosté con el pelo húmedo, ahora estará hecho un asco. Camino hasta el baño, rezando para que el desastre no sea demasiado espantoso, pero, cuando me pongo delante del espejo, obtengo mi respuesta. El dios del pelo a lo Eva Longoria, una vez más, se ha olvidado de que existo.

Me lo peino con paciencia y al final me lo recojo en una coleta. Sigue siendo un desastre, pero tampoco hay otra solución. Frunzo el ceño con la mirada puesta en los puntos sobre mi herida de la frente. Arrugo la nariz un par de veces y levanto las cejas otras tantas viendo

cómo reaccionan, si se despegan o no. Al darme cuenta de que llevo más de cinco minutos haciendo la idiota delante de mi imagen, me pongo los ojos en blanco divertida y salgo del baño. Cuando hago esas cosas, no quedo precisamente como la adulta competente y sofisticada que pretendo ser.

Ahora estoy despierta y no tengo ni pizca de sueño. Sarah no ha venido a buscarme, así que imagino que ha seguido mis mismos pasos y en este instante está tumbada en su cama envuelta en su toalla o está en la cama de Owen, envuelta con él. Hago una mueca de aversión y cabeceo. No tengo ningún interés en imaginarme eso.

Lo mejor que puedo hacer es aprovechar toda esta tranquilidad y ponerme a escribir. Antes de sacar el portátil, cojo todas las fotos que he hecho esta tarde, escribo un título con mi rotulador negro en cada una y las cuelgo en la pared junto a las demás. Sin quererlo, me quedo mirando la foto de Reese. Cada vez que he pensado en él a lo largo del día, no he podido evitar sentirme confusa y, al mismo tiempo, llena de deseo. Lo echo de menos y también echo de menos la forma en la que me besó en aquel camión. Por primera vez en veintiséis años me sentí diferente, especial, viva, como si él hubiese construido un mundo para mí

hecho de pura electricidad, los colores más vivos y canciones de los Kings of Leon.

Suspiro una vez más y giro ceremoniosa sobre mis pies. Tengo que dejar de pensar urgentemente en Reese Montolivo y en sus manos acariciándome.

Me siento en la cama con las piernas cruzadas y abro mi portátil. Pronto pierdo la noción del tiempo y me dejo llevar. Escribo todo lo que me ha pasado estos días. Hablo de Sarah, de Owen, de Milo y, por supuesto, una vez más, hablo de Reese y, casi sin darme cuenta, de cómo me siento cuando estoy con él.

Estiro los brazos por encima de la cabeza y me desperezo mientras suelto un gritito. Miro el reloj en la esquina inferior de la pantalla. Son casi las cuatro. Creo que me merezco un descanso y una Coca-Cola *light* helada. Me bajo de la cama de un salto y comienzo a buscar mis zapatillas. Tras un par de minutos, me rindo y echo a andar descalza hacia la puerta. Estoy a punto de alcanzar el pomo cuando caigo en la cuenta de que voy en pijama. Me detengo y echo un vistazo a mi aspecto: pantalón corto verde y camiseta de tirantes blanca. No estoy tan mal. Además, son las cuatro de la madrugada. No creo que el bar esté de bote en bote.

Salgo de la habitación y enfilo primero el pasillo y después la escalera. Mi seguridad poco a poco se va diluyendo y, cuando llego al último peldaño, prácticamente se ha esfumado. Tímida, me asomo al bar y por suerte sólo hay un par de clientes con cara de no estar pasando su mejor momento y un camarero. Ninguno de los tres va a reparar en mí.

Me acerco a la barra y me pido una Coca-Cola *light* con mucho hielo. El camarero me mira un segundo algo extrañado, pero la profesionalidad gana la partida y enseguida se vuelve, saca un botellín y lo destapa delante de mí. Paciente, espero mientras se vuelve de

nuevo para llenar un vaso con hielo. En ese momento oigo voces y pasos acercarse ruidosos al bar. Deben de ser al menos diez personas y todas van a pillarme descalza y en pijama. En un ataque de lucidez, recuerdo el rincón secreto que descubrí hace unos días, le grito al camarero que ya no quiero el hielo, cojo el botellín y salgo disparada hacia allí.

Cuando llego a la pequeña terraza, sonrío victoriosa y jadeante e incluso doy un par de saltitos y unas cuantas palmaditas. ¡Me he librado!

—Saltitos y palmaditas en pijama.

Su impertinente comentario atraviesa el ambiente y doy un respigo. ¿Qué hace aquí? ¡Son las cuatro de la madrugada!

—Llámame clásico, pero prefiero los saltitos y las palmaditas con vestidito.

Desde luego, el universo siempre me guarda las mejores para el final.

—¿Qué... qué haces aquí? — pregunto sorprendida dejando el botellín sobre la pequeña mesita.

¿Y por qué es de madrugada, estamos en un país en guerra y tú estás así de guapo mientras yo voy en pijama y tengo el pelo hecho un desastre?

¡Qué injusto, maldita sea!

—Muñeca, no tienes derecho a preguntar si apareces descalza y en pijama.

Le hago un mohín a la vez que me cruzo de brazos. Sonríe satisfecho. Es un imbécil.

—¿Qué haces aquí? —repito, en parte porque tengo curiosidad, pero, sobre todo, porque necesito que empiece a tomarme en serio urgentemente.

Reese me observa de arriba abajo lleno de descaro y una dosis inimaginable de arrogancia.

—Estaba saboreando el momento — responde con una sonrisa increíblemente satisfecha.

—¿Saboreando el momento? —digo confusa, convirtiendo sus palabras en una pregunta.

¿A qué se refiere?

—La noche es cálida —continúa ceremonioso—, mi cerveza está helada, soy la persona más inteligente en cien

kilómetros a la redonda...

—Eso dice muy poco de esos cien kilómetros —lo interrumpo insolente, soltando una sonrisilla, encantada con mi propia broma.

—Las jovencitas me citan —sentencia inclinándose hacia delante y paladeando, esta vez, mi reacción.

Luce la sonrisa más presuntuosa, satisfecha e impertinente que he visto en todos los días de mi vida.

—¿Qué? —inquiero con una voz demasiado aguada.

¡No me puedo creer que se haya enterado! Tiene que ser una pesadilla.

—Milo estaba impresionado por lo que le habías dicho esta mañana y me lo contó. Ya te imagino con los ojos vidriosos y aleteando las pestañas mientras pensabas en mí.

Le tiro lo primero que veo, un pequeño cenicero de plástico. Reese se cubre con el antebrazo. Le doy, pero no le hago daño.

—Eres un gilipollas odioso —siseo girando sobre mis pies.

No pienso quedarme a ver cómo se ríe otra vez de mí.

Sin dudarlo, estira su perfecto cuerpo, me agarra de la muñeca y en un fluido movimiento me sienta a horcajadas sobre él. Milagrosamente

contengo un suspiro. Es lo mismo que hizo en el camión justo antes de besarme.

¿Va a besarme otra vez? Desde luego me apunto a eso.

—No te enfades, muñeca —me pide con su espectacular voz hecha fantasía imposible de ignorar para mí—. No podía dormir.

Reese clava sus ojos en los míos y otra vez son el pistoletazo de salida a todo lo que de forma instintiva despierta en mi cuerpo. Le pertenezco y ni siquiera sé cómo ha pasado.

—Me siento culpable —se sincera acariciando con suavidad la herida de mi frente con los dedos, siguiendo el

movimiento con sus increíbles ojos azules.

—¿Por qué?

Algo dentro de mí me grita que no se refiere a mi herida o a haberme llevado a la incursión.

—Por muchas cosas, muñeca — responde en un susurro ronco, indomable.

—Ahora no estamos haciendo nada malo —replico.

Mi voz también se ha agravado. Lo deseo. Lo deseo más que a nada.

—El problema no es lo que estamos haciendo ahora, es todo lo que quiero hacerte.

Otra vez contengo un suspiro y otra vez lo hago milagrosamente. Ni siquiera sé a qué se ha referido con ese «todo lo que quiero hacerte», pero todos los músculos de mi cuerpo se han tensado de forma deliciosa.

—Eso tampoco tendría nada de malo —musito con la voz inundada de un deseo tan latente que casi no la reconozco.

Sin desatar nuestras miradas, Reese vuelve a alzar la mano y me mete un mechón de pelo tras la oreja. Sus dedos no se separan de inmediato y bajan despacio incendiando la piel de mi cuello a su paso.

—No sabes lo que dices —me reprende.

Su voz está llena de deseo, pero también de frustración y, sobre todo, de rabia. Yo me envalentono. Alzo la mano y coloco la palma abierta sobre su pecho. Las respiraciones de los dos se aceleran aún más. Su corazón retumba desbocado bajo mi mano y todo mi cuerpo brilla con más fuerza a cada latido que escucho.

Tomándome por sorpresa, Reese se levanta conmigo en brazos. De forma instantánea reacciono ajustando mis piernas alrededor de su cintura. Nos estrella contra la pared y nuestros cuerpos se quedan increíblemente cerca.

No levanta sus ojos de los míos y en este preciso instante me doy cuenta de que llevaba veintiséis años necesitando que me miraran exactamente así.

Reese se inclina un poco más. Mi cuerpo responde dejándole llegar a donde quiera, acomodándose a su regazo, a sus manos, a él. Su cálido aliento baña mis labios. Suspiro de nuevo y me muerdo el labio inferior imitando de modo inconsciente el gesto que él hace tantas veces y que siempre consigue que me tiemblen las rodillas para evitar volver a suspirar. Todo es tan sensual...

Sin embargo, cuando está a punto de besarme, se separa y, despacio, me desliza por la pared hasta que mis pies descalzos tocan el suelo.

—No voy a hacerte esto —sentencia con su mirada aún dominando la mía.

Sin esperar respuesta por mi parte, se vuelve, recupera su mochila y se marcha. Por primera vez no me importa que se haya ido sin darme la oportunidad de hablar. No hubiese sabido qué decir.

Me llevo una mano a la cadera y con la otra me pinzo el labio inferior con fuerza tratando de contener las lágrimas. No son de tristeza. Son de pura impotencia y, sobre todo, de muchísima

confusión. Quiero estar con él. Quiero que él quiera estar conmigo. ¿Por qué tiene que ser todo tan complicado?

Resoplo de nuevo y, sin importarme que sigo descalza y en pijama, atravieso el bar. El ruidoso grupo del que me he escondido ni siquiera se da cuenta de que existo. Mejor así.

Me detengo en la barra con la idea de pagar mi refresco, pero caigo en la cuenta de que no llevo dinero.

—Disculpe —llamo al camarero a la vez que me agarro con las dos manos al borde del mostrador—. Sé que no es lo habitual, pero ¿podría apuntarme el

refresco a la cuenta de la habitación? —
Me esfuerzo en poner mi mejor sonrisa.
No sé si lo consigo—. Es la 208.

El camarero observa discreto y profesional mi pijama mientras seca un vaso de cristal con un impoluto paño blanco.

—No se preocupe —dice al fin con una sonrisa—. El señor Montolivo ya se ha encargado de su cuenta.

Automáticamente frunzo el ceño.

—¿Reese? —pregunto extrañada, aunque no debería; desde que llegue aquí se ha portado como un obseso del control conmigo.

—Matt —responden a mi espalda.

Me giro aún más sorprendida y me encuentro de cara con el propio Matt. Sonrío algo nerviosa y también algo incómoda. Él me devuelve el gesto y, aunque trata de ser discreto, no puede evitar fijarse en mi atuendo.

—Te he visto salir a la terraza cuando he llegado con unos amigos — me explica señalando vagamente al grupo ruidoso de militares y civiles que en este preciso instante alzan las copas en un brindis.

—Sí... sí, ya ves có... cómo voy vestida... no quería que me viese nadie —me disculpo.

—Excepto Reese.

Suena molesto. No dolido o decepcionado. En el mismo instante su reacción me hace sentir violenta. No he hecho nada malo y, de todas formas, todo ha sido una casualidad.

—No sabía que Reese estaba allí — me defiende.

—Reese es justo como parece que es —se apresura a interrumpirme.

¿A qué ha venido eso?

—¿Por qué me dices eso?

—Porque todas las chicas pensáis que lo único que necesita es que lo quieran y lo entiendan, que debajo del hombre arrogante, antipático y arisco hay otro deseando salir, y no es verdad.

Está tenso, malhumorado. Tengo la sensación de que le enfada que yo no haya llegado por mí misma a esa conclusión.

—Matt, te... te agradezco que quieras protegerme —frunzo el ceño al pronunciar esa palabra. No tengo claro que sea la más adecuada para definir lo que ha hecho—, pero... pero no... no quiero seguir hablando —digo alzando las manos y dando un paso atrás.

Estoy nerviosa. Es obvio. Reese ya lo pone suficientemente complicado. No necesito esto.

—Reese no es capaz de querer a nadie —me advierte.

Sus palabras son duras, casi crueles. De forma instintiva trago saliva. Matt da un paso hacia mí recuperando el espacio que yo había dejado entre los dos.

—Ni siquiera a sus padres o... —Se frena antes de terminar esa frase.

—O a ti. —Yo lo hago por él.

Matt ahoga un suspiro en una sonrisa fugaz y molesta a la vez que cabecea.

—Sí, o a mí.

Ahora ya no está enfadado. Ahora está dolido.

—Va a destrozarte la vida, Sophie —sentencia.

Por un momento no sé qué decir. Sus ojos parecen sinceros, pero algo dentro de mí me está gritando a pleno pulmón

que se está equivocando con Reese.

—No quiero seguir hablando —
repito en un murmullo.

Giro sobre mis pies descalzos y salgo con el paso acelerado, casi corriendo, del bar.

Regreso a mi habitación y de inmediato me tumbo en la cama. Meto las manos bajo la almohada y me quedo muy quieta, de lado, con la mirada perdida en los retales de Pristina que ofrece mi ventana. Desde que lo conocí en aquel sendero de Bryant Park, me he recordado todos sus defectos un millón de veces y me he repetido hasta la saciedad la malísima idea que sería colarme por alguien como él. Matt se ha

encargado de recordarme todo eso. Sé que es arrogante, antipático, arisco, pero también soy consciente de que una parte de mí quiere que sea exactamente así, porque es exactamente como tiene que ser. Puede que Matt tenga razón al decir que hay cosas de sí mismo que su hermano no muestra a los demás, pero se equivoca al creer que estoy esperando a que un Reese mejor salga a la luz, porque ya me gusta el Reese que veo.

—Joder, joder, joder —murmuro dándome la vuelta y hundiendo la cara en la almohada.

Soy como uno de esos pilotos kamikazes dispuestos a estrellarse contra la primera colina que encuentren,

y lo peor es que tengo cristalinamente claro que ya no tengo escapatoria.

Hay un ruido sordo e incesante. Me molesta. Gruño y me aparto los mechones de la cara. Hace mucho calor. Apenas he podido dormir desde que regresé a la habitación. Cuando al fin conseguí volver a pegar ojo, ya había amanecido.

El ruido se hace más pesado. Es la puerta.

Abro los ojos y me bajo de la cama a regañadientes. Tengo la sensación de que últimamente siempre me levanto de mal humor.

—Te espero en la habitación de Matt
—me dice Sarah echando a andar hacia
la escalera en cuanto abro.

—No puedo. Ni siquiera me he
vestido.

Además, no me apetece lo más
mínimo ver a Matt después de lo que me
dijo anoche. En realidad, no me apetece
ver a nadie.

—¡Habitación 312! —grita ya
subiendo los primeros peldaños,
ignorándome por completo—. No te
retrases.

—¡Sarah! —protesto, pero es inútil.

Pongo los ojos en blanco, resoplo
exasperada y cierro la puerta aún más
enfurruñada que antes. No estoy de

humor.

Me doy una ducha rápida y me pongo el primer vestido que encuentro. Subiré, le diré a Sarah que quiero quedarme trabajando en mi novela y volveré a mi cuarto. Será mi fortín. Hoy no pienso enfrentarme con el mundo.

Ya en la tercera planta, llamo con timidez a la puerta 312. Apenas unos segundos después, Sarah me abre, me lanza un escueto «hola» y regresa al interior. Está llena de energía.

—Pasa —me pide rebuscando unos papeles en su bandolera apoyada en una bonita mesa de centro.

La habitación es enorme, casi tan grande como la de Reese, y muy luminosa. Al mirar el enorme ventanal, caigo en la cuenta de que es justo la de encima de la suya, sólo que ésta no parece tener terraza.

Sarah sigue atareada y yo me permito dar un paseo y curiosear un poco más. Esta habitación también tiene dos estancias comunicadas por un arco en el centro de la pared, pero aquí todo parece muy aséptico, muy impersonal.

—A cambio de un reportaje sobre la construcción del nuevo edificio de telecomunicaciones de su empresa, Matt va a conseguirme pases para poder ir a

la presentación de los nuevos blindados que el Gobierno norteamericano cederá a la KFOR —me explica eufórica.

Su explicación me hace mirarla confusa. ¿Desde cuándo es emocionante una presentación de tanques? A no ser que vivas en Misuri y seas un entusiasta de la segunda enmienda, suena de lo más aburrido.

—¿Desde cuándo te interesan esa clase de cosas? —pregunto acercándome.

—Desde que esas presentaciones están llenas de altos cargos militares y civiles que pueden ser muy buenos contactos para una periodista joven y guapa como yo.

Sonríe encantada y yo no tengo más remedio que hacerlo con ella. Va a volverlos completamente locos hasta que acepten contarle todo lo que quiera saber.

En ese instante, Matt sale de la segunda estancia con varios dossiers en las manos. Al reparar en mi presencia, ralentiza el paso y da uno más por inercia. No me esperaba. No lo culpo. Yo tampoco quería venir.

—Hola, Sophie —me saluda amable.

—Hola —murmuro alzando con suavidad la mano para confirmar mi saludo.

Al margen de lo que pasó, Matt me cae bien.

—¿Estás bien? —inquire acercándose unos cuantos pasos, imagino que para que Sarah no pueda oírnos.

Asiento.

—Sí —respondo obligándome a sonreír.

Matt me devuelve la sonrisa y por un segundo nos quedamos en silencio. A veces creo que espera que diga algo, pero lo cierto es que ni siquiera sé el qué.

—Matt —lo llama Sarah—, ¿tienes listas las carpetas?

Su sonrisa se ensancha y, de nuevo sin saber por qué, me siento incómoda.

—Sírvete un café —me propone señalando una moderna máquina de Nespresso sobre una cómoda a unos metros de mí—. Vamos —le dice a Sarah justo antes de volverse y caminar hasta ella.

—Necesito toda la información que puedas darme —añade mi amiga.

—Ya lo tengo todo preparado —responde Matt entregándole los dossieres—. Tienes que firmar los acuerdos de buen uso de información confidencial.

Sarah asiente y los dos echan a andar. Antes de que crucen el arco, la puerta se abre y entra Reese. Los tres

nos quedamos mirándolo, pero la única que tiene que contener un suspiro soy yo. Como siempre, está guapísimo y, como siempre, lo está con algo tan sencillo como unos vaqueros y una camiseta gris. Empiezo a preguntarme si toda la ropa que tiene le sienta tan increíblemente bien. Es una tortura.

Reese mira a Sarah y a Matt y de inmediato me mira a mí. En un solo segundo se ha hecho con el control de toda la habitación.

¿Qué hace aquí? Teniendo en cuenta cómo se llevan, no pensé que los hermanos Montolivo fueran de esos que desayunan juntos.

—Terminaremos enseguida —me avisa Sarah—, y después nos marcharemos juntas a por un café.

Asesina a Reese con la mirada, pero a él no parece importarle lo más mínimo. Está claro que no se soportan. A Matt tampoco parece haberle hecho mucha gracia y la mirada de pocos amigos que le dedica es la mejor prueba de ello. Sin embargo, a Reese tampoco parece afectarle.

Toda la situación es una prueba más de lo autosuficiente que es, de cómo parece estar siempre por encima de todo, y eso hace que me resulte aún más atractivo. Derrocha seguridad por cada centímetro de su cuerpo.

—No tardaré —informa Matt a su hermano.

El tono es tenso y Reese ni siquiera le contesta.

Finalmente los dos se marchan habitación adentro a regañadientes y yo me obligo a apartar mi mirada y a dirigirme a la cafetera. Las rodillas me tiemblan y mi respiración está a punto de acelerarse caótica. Tengo que distraerme.

Miro la hilera de cápsulas de colores junto a la cafetera, pero estoy tan nerviosa que no recuerdo uno solo de los nombres que he leído. Su mirada sigue sobre mí, encendiéndome, soliviantándome. Es como una maldita

tortura china; veamos si la pobre Sophie Silver es capaz de concentrarse con el hombre más guapo sobre la faz de la tierra observándola de esa manera tan sexy.

Vuelvo a mirar la hilera de cafés y paso el índice sobre ellas para obligarme a centrar mi atención. Volluto, Vivalto... Siento sus pasos a mi espalda y su olor a gel caro y suave menta me inunda... Linizio... Suspiro despacio. Da un último paso y noto toda la calidez de su cuerpo casi tocando el mío. Mi piel reacciona. Arde. Reese se inclina sobre mí y su aliento inunda la piel de mi cuello. No puedo pensar... Ristretto. Cojo la cápsula con dedos temblorosos.

Su nariz acaricia mi piel. Alza la mano y la ancla con fuerza a mi cadera. Nuestros cuerpos chocan. Se acoplan. Me gusta. Me gusta mucho.

—Muñeca —susurra con esa voz ronca, masculina, sensual. Esa que parece estar fabricada con la medida exacta para rendirme a él sin remedio.

Su mano se hace aún más posesiva sobre mí. Su aliento sigue calentando mi piel sin llegar a besarme, jugando conmigo.

—Por favor —suplico.

Sonríe contra mi cuello al mismo tiempo que las voces de Matt y Sarah cada vez suenan más cercanas.

Reese alza la otra mano y me quita la cápsula de entre los dedos.

—Me gusta que me supliques.

Ni siquiera tengo claro si ha sido una advertencia o un simple comentario, pero mi mente se ha evaporado en una oleada de deseo puro.

Matt y Sarah entran en la habitación. Reese pone la cápsula en la máquina.

—Volverás a hacerlo —sentencia justo antes de apretar el botón de la moderna cafetera y alejarse de mí en la precisa milésima de segundo en el que Matt y Sarah llevan su mirada hacia nosotros.

Los dos nos observan mientras continúan hablando de papeles y entrevistas, ajenos a todo. Reese se aleja otro puñado de pasos como si nada hubiera pasado, mientras yo estoy al borde del colapso con la mirada fija en la cafetera y el corazón latiéndome a mil golpes por segundo.

—Ya he terminado, Sophie — comenta Sarah—. Cuando quieras, nos vamos.

Yo asiento luchando por recuperar el control de mi cuerpo.

—Gracias por el café. —Me despido de Matt dejando el vasito de cartón con un *ristretto* intacto sobre la cómoda.

No he tartamudeado. Sólo por eso, ya me siento victoriosa.

Camino hacia la puerta todo lo decidida que soy capaz. Al pasar junto a él, su aroma perfecto marca Reese Montolivo vuelve a sacudirme. Debería acabar con esta tortura, echarme en sus brazos y olerlo directamente de su cuello. Eso estaría muy bien.

«Eso sería una maravilla.»

Reese se cruza de brazos y, lleno de arrogancia, observa cómo me marcho. Algo me dice que tiene clarísimo que sólo lo hago porque él me lo está permitiendo y, aunque la simple idea consiga que me enfade y todo mi orgullo y mi dignidad bullan, tiene razón. Sólo

necesitaría pedírmelo y me encerraría con él en un cuarto sin ventanas hasta que se acabara el mundo.

«Ésa no es una buena noticia para ti.»

Ya en el pasillo, suspiro hondo escondiéndome de Sarah. Aunque lo intento, no consigo librarme de acompañarla a la rueda de prensa. Creo que intuye, o por lo menos sospecha, que mi encuentro con Reese de esta mañana no ha sido tan inocente como parece. Yo me hago la tonta y finjo no captar ninguna de sus indirectas. Necesito dejar de pensar en Reese y, ya que estamos, de imaginármelo desnudo. Mantener una

conversación con mi mejor amiga sobre lo poco que me conviene no va a ayudarme lo más mínimo.

Owen se reúne con nosotras y comemos todos juntos en un pequeño restaurante cerca de la base de la KFOR. Me río muchísimo con él. No deja de contarme chistes malísimos sobre escoceses que ni siquiera entiendo, pero, sólo con ver cómo él se ríe antes, durante y después de contarlos, no puedo evitar estallar en risas yo también.

Por sorpresa, les hago una foto de lo más acaramelados e, ignorando las quejas de Sarah, pinto con el rotulador un montón de corazones sobre la

polaroid. Protesta y me llama *perra*, pero en el fondo está encantada. Está coladísima por el capitán Owen Kendrik.

Alargamos tanto la sobremesa que, cuando decidimos pagar y salir del restaurante, prácticamente ya es la hora de cenar. Regresamos al hotel dando un paseo.

—Cogeré un taxi.

Es la décima vez que lo propongo.

Sarah pone los ojos en blanco y

Owen niega con una sonrisa.

—No vas a marcharte sola en un taxi

—replica mi amiga.

—No quiero estropearos el paseo romántico. Está claro que estoy de más —argumento a mi vez.

—Cállate —sentencia con una sonrisa, colgándose de mi brazo y dejándome sin excusas.

Yo le devuelvo el gesto resignada. Tengo razón. Soy lo más parecido a una carabina que hay por aquí.

Hemos avanzado sólo unos pasos cuando Sarah se detiene, revisa su bolso muy concentrada y por último camina hasta una tienda cercana.

—Necesito comprar algo —nos anuncia.

La observo entrar en una tienda casi diminuta que no deja muy claro lo que vende. En el pequeño escaparate hay desde botellas de detergente hasta un maniquí con una vieja camiseta y la prensa local.

Frunzo los labios y me doy cuenta de que ésta es la oportunidad perfecta.

—Owen, me marcho —le digo en un susurro echando a andar sigilosa hacia el borde de la acera.

Sé que no hace falta ser tan discreta, es obvio que Sarah no va a oírme, pero prefiero no arriesgarme. A veces creo que tiene superpoderes para detectar que van a hacer algo sin su consentimiento.

—De eso nada —responde Owen—.

No voy a dejar que te vayas sola.

Sus palabras me hacen frenarme en seco a la vez que tuerzo el gesto. Debería agradecerémelo. Le estoy dejando el camino libre para un paseo de lo más romántico.

—No va a pasarme nada —me quejo.

—Lo sé —contesta con una sonrisa de lo más socarrona.

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero no sé el qué. Esas dos palabras me han dejado de lo más intrigada.

—Eres un capitán del Ejército británico y un agente de la KFOR —comento ceremoniosa—. ¿Tanto miedo

le tienes a Sarah? —Owen sonrío—. Me he peleado con ella físicamente muchas veces. No es para tanto.

—No es Sarah la que me preocupa.

Otra vez fuera de juego con una simple frase. Este hombre se ha convertido en un experto.

—¿Quién te preocupa entonces?

La pregunta sale de mis labios antes de que pueda controlarla. Owen me mira y me sonrío con ternura. No va a contestarme. ¿Por qué tengo la sensación de que acabo de darme de bruces con otra persona que piensa que soy demasiado inocente para estar aquí?

—Entremos en la tienda —me dice ensanchando su gesto y enseñándome una bonita dentadura a la vez que rodea mis hombros con su brazo y me obliga a echar a andar—. Tengo curiosidad por saber qué venden ahí dentro.

Yo tuerzo el gesto, pero al final asiento.

¿De quién demonios hablaba? Sólo hay un obseso del control en mi vida, pero no creo que Reese haya hablado con Owen de mí. Lucho como uno de los guerreros de *Braveheart* para contener una sonrisa y a la vez me pongo los ojos en blanco mentalmente. Es ridículo

cuánto me ha gustado la posibilidad de que Reese se preocupe hasta ese punto por mí.

Más o menos una hora después, llegamos al hotel. Owen y Sarah se han esforzado en no tener ningún gesto demasiado romántico, pero, cuando hemos pasado por un pequeño parque y nos hemos encontrado a un anciano tocando el violín, he tenido ganas de pegarme un tiro. Sólo faltaba una gitana vendiendo flores y augurándole a Sarah que está con el amor de su vida después de haberle leído la palma de su mano.

—Vamos a tomarnos una copa —
gimotea mi amiga.

Yo niego con la cabeza mientras subo los primeros peldaños de la escalera.

—Mi trabajo como carabina a lo señora italiana de setenta años en el sur de Sicilia termina aquí —respondo muy convencida.

—¿Eso es un no? —pregunta socarrona.

Quiere animarme y se lo agradezco, pero no hace falta. Estoy bien, muy bien, *superb*.

—Es un no explícito.

Sarah se pone de puntillas y echa un vistazo al bar por encima del hombro uniformado de Owen.

—Pues yo creo que es un sí implícito —replica muy satisfecha—. Milo y Matt están en el bar, así que ya no serás ninguna carabina.

Ahí tiene razón, pero, aun así, pienso subir, ponerme el pijama y dedicarme a escribir.

—Sigue siendo un no —comento encogiéndome de hombros.

Ella me hace un mohín y yo se lo devuelvo justo antes de girar sobre mis pies y subir definitivamente la escalera.

—¡Nos vemos mañana! —grito ya desde el segundo tramo.

—¡Te odio! —responde divertida.

—¡Yo te odio más! —replico sin dudar.

—¡Yo te convencí de que las hombreras regresaron en 2000!

—¡Y yo te convencí a ti para que las cosiéramos a uno de tus vestidos! —
sentencio voz en grito asomándome por el hueco de la escalera.

Con la sonrisa en los labios, entro en mi habitación. Antes de comenzar a escribir, hago una ronda de llamadas. Recuerdo vagamente haber hablado con Penny la noche del Absolut Mandrin, pero no he llamado a mis padres desde que les dije que el avión había aterrizado sin problemas y deben de estar preocupados.

Cuelgo el teléfono una hora después. Me ha costado cuarenta minutos convencer a mi madre de que estoy bien y de que Pristina es una ciudad tan segura como cualquier otra. No se ha quedado muy conforme y, antes de colgar, ha maldecido a Sarah y el día que fue tan estúpida de dejarme ir a estudiar a Nueva York. Mi padre me lo pone más fácil, pero creo que también intuye que algo me pasa y me hace prometer algo así como una docena de veces que estoy bien. Como es obvio, no menciono a Reese ni nada de lo que está pasando. Si lo hiciera, mi padre cogería el primer avión hasta aquí, le pegaría una paliza y me obligaría a regresar con

él a Boston.

No consigo hablar con Penny, pero le dejo un mensaje en el contestador.

Cuelgo la foto de los tortolitos en mi pared y abro el ordenador dispuesta a trabajar. Sé que debería escribir un poco, pero no soy capaz y, antes de que me dé cuenta, estoy saliendo de la habitación y aceptando tanto explícita como implícitamente esa copa que me ha ofrecido Sarah.

Bajo el inmenso arco que separa el bar del vestíbulo, rastreo el local con la mirada en busca de mi amiga. Está en nuestra mesa de siempre. Al ver a Reese sentado a esa misma mesa, por un segundo, contengo el aliento. No sé si

estoy preparada para un segundo asalto con él. Además, que esté inexplicablemente más guapo que esta mañana, tampoco ayuda.

Respiro hondo, trago saliva y me infundo valor, todo a la vez, y, sin darle más vueltas, echo a andar hacia la mesa.

—Hola, chicos —saludo al llegar hasta ellos.

Suena una canción. Creo que es *Baby, I Love Your Way*,* de Peter Frampton.

—Al final te has animado —replica Sarah con una sonrisa—. Genial.

Me hace un gesto para que me siente a su lado y yo asiento devolviéndole la sonrisa. Estoy entre ella y Milo,

prudentemente alejada de Reese Montolivo. Me parece la mejor decisión.

—¡Owen! —grita Sarah agitando la mano en dirección a la barra.

En ese preciso instante, me doy cuenta de que Owen no está sentado. Miro hacia donde lo hace Sarah y lo veo en la barra charlando de forma animada con otro par de militares.

—Una cerveza para Sophie —le indica mitad por gestos, mitad por palabras.

Él asiente con una sonrisa y se vuelve para llamar a un camarero.

Yo me acomodo en mi silla y tomo aire. No puedo evitar estar nerviosa. La simple proximidad de Reese tiene ese efecto en mí. Él parece ausente, como siempre, pero al mismo tiempo tengo la sensación de que es muy consciente de cada uno de mis movimientos.

Lo más sensato será fingir que ni siquiera estamos sentados a la misma mesa. Obviamente es muy complicado. Mi cuerpo me pide a gritos que alce la mirada y me limite a disfrutar de la suya, de lo bien que me siento saboreando en la punta de la lengua la sensación de pertenecerle.

Eso no es una buena idea, Silver.

Me centro en cualquier otra cosa mientras maniato mi libido y le meto un par de calcetines enrollados en la boca. Tengo que mantenerme alejada de Reese Montolivo, porque no sé lo que Reese Montolivo quiere de mí.

Owen llega con mi cerveza y lo recibo encantada. Un trago me vendrá de maravilla. El capitán Kendrik se queda de pie y entonces me doy cuenta de que estoy ocupando su silla.

—Perdona —me disculpo con rapidez.

—Ni se te ocurra —me interrumpe separándose el botellín de los labios, frenándose en mi ademán de levantarme

—. Soy un caballero —me explica con una sonrisa—. No puedo permitir que te levantes.

—Por Dios, Owen, ¿siempre eres tan rematadamente educado? —pregunta Milo socarrón, provocando que todos sonrían.

—Soy educado cuando tengo que serlo —responde contagiado de su humor—, pero, sobre todo, lo hago para que aprendáis modales, pandilla de animales.

Mi sonrisa, como las de todos, se ensancha. Por un segundo el ambiente logra relajarme y bajo la guardia lo suficiente como para sólo alzar la cabeza. La idea más kamikaze de todas.

Su mirada me está esperando y simplemente caigo fulminada. Es tan intensa, tan azul... Los ojos más seductores que he visto nunca.

—¿Me concede este baile? —le pregunta ceremonioso Owen a Sarah tendiéndole la mano.

Ella sonríe encantadísima a la vez que asiente y acepta su mano.

—¿Veis? —dice burlón—. Así es como se hace.

Milo suelta un bufido divertido y todos volvemos a sonreír.

—No se puede luchar contra el encanto británico —comento socarrona.

—Por eso necesito otra cerveza — replica Milo levantándose.

Nos señala a cada uno fugazmente preguntándonos sin palabras si también queremos otra, pero todos rehusamos. Él se encoge de hombros y se dirige hacia la barra.

Tan pronto como Milo se aleja, Matt, Reese y yo nos vemos sumidos en un incómodo silencio. Cuadro los hombros en la silla, nerviosa, y me echo hacia delante a la vez que cojo mi botellín. Todavía está muy frío y el agua condensada a su alrededor hace que lo agarre con fuerza por temor a que se me escape entre los dedos.

Matt mira la pista y me mira a mí. Por último carraspea y se inclina hacia delante.

—Sophie —me llama.

Yo asiento inquieta y dejo el botellín despacio sobre la mesa, siguiendo el movimiento con la mirada.

—¿Quieres que...?

Antes de que Matt pueda acabar la frase, Reese se levanta destilando toda esa seguridad, acaparando de inmediato mi atención. Cubre la pequeña distancia que nos separa y, sin decir nada, me coge de la mano. Alzo la mirada y sus increíbles ojos al instante atrapan los míos. No sé si está enfadado, frustrado o sólo malhumorado, pero lo que sí tengo claro es que me está recordando sin

palabras que soy suya; también se lo está demostrando a Matt, y algo dentro de mí brilla con fuerza.

Me guía entre las mesas del local hasta la pista de baile. No soy estúpida. Sé que me ha sacado a bailar sólo para que no lo hiciera Matt, pero el simple hecho de que me este llevando de la mano en medio del bar abarrotado ya hace que un centenar de mariposas revoloteen en mi estómago.

Reese se detiene en el centro de la pista. Suena *Hurt*,* de Johnny Cash. Coloca su mano en mi cadera y tira de mí estrechándome contra él. El calor que

emana su cuerpo hace que el mío se encienda, que se despierte lleno de deseo, de él.

Nos movemos despacio mecidos por la música, saboreando cada una de las palabras, sintiendo que la canta sólo para nosotros, que todos han desaparecido, que nos hemos bajado del mundo.

Su mano se aferra posesiva a mi cuerpo, uniéndome más a él, a su piel, a todo su calor. La canción sigue sonando. Mi mente se evapora. Suspiro despacio. Me gusta. Anhele más. Quiero más.

Todo el deseo salvaje y sordo con el que me miró en nuestro lugar secreto, con el que sus labios se hundieron en mi

cuello esta mañana en la habitación de Matt, incluso con el que me protegió en Mitrovica, en el mercado, se traduce en la manera en la que agarra mi cadera, en cómo sus dedos reclaman esa parte de mi cuerpo, en cómo me reclaman a mí.

Reese inclina la cabeza despacio, exactamente como nos movemos, dejando que su cálido aliento impregne la piel de mi cuello. Suspira con fuerza contra mi mejilla y todo me da vueltas.

Entreabre sus labios; yo giro la cabeza con suavidad. Nos buscamos a ciegas, sintiéndonos. Me pone demasiado cerca lo que único que quiero, pero no me lo da.

La canción termina y otra acelerada y ruidosa comienza, sacándonos de nuestra ensoñación. Abro los ojos despacio y enseguida me encuentro con los suyos. Sin desatar nuestras miradas, Reese deja caer su frente hasta apoyarla en la mía. Sus manos se deslizan por mi cintura y entrelaza nuestros dedos.

—Muñeca —susurra.

Y no sé qué me está pidiendo. No sé si me está reprendiendo, si me está llamando, o si simplemente esa palabra le tranquiliza como a mí me tranquiliza pronunciar su nombre.

Antes de que pueda preguntar nada, Reese traga saliva y se separa de mí.

De pronto una idea cruza mi mente como un ciclón. ¿Y si esto es lo único que quiere darme? ¿Y si no quiere lo que yo quiero? Reese me gusta muchísimo y cada día que pasa, en contra de mi voluntad, me gusta más. Tengo que tener un mínimo instinto de supervivencia.

Debo protegerme.

Sin dar explicaciones, salgo disparada de la pista de baile. Cruzo el bar con el paso acelerado y enfilo la escalera. No puedo arriesgarme así o acabará haciéndome más daño del que pueda soportar.

Entro en mi habitación con las piernas temblorosas y la mente dándome vueltas a mil kilómetros por hora. He hecho lo mejor que podía hacer. Lo mejor para mí.

Aún no he conseguido que el corazón deje de latirme desbocado cuando oigo un ruido al otro lado de la puerta. La manija gira, pero no estoy asustada. Sé quién es. Todo mi cuerpo kamikaze lo sabe.

La puerta se abre de golpe. Reese entra como un huracán, cierra de un sonoro portazo, acuna mi cara entre sus manos y me besa con fuerza a la vez que me lleva contra la pared.

—Solamente esta noche, muñeca — susurra indomable contra mis labios—. Necesito una noche contigo o voy a volverme loco.

Nuestras respiraciones entrecortadas resuenan por toda la habitación. Asiento con una sonrisa y le devuelvo cada beso. No podría parecerme una idea mejor. Soy consciente de todo lo que he dicho, pero, sencillamente, a veces yo también siento que estoy a punto de enloquecer.

Sus manos vuelan por todo mi cuerpo, acariciándome, tocándome, traduciendo todo el deseo que nos ata cada vez que estamos en la misma habitación.

Me besa con fuerza, desbocado, casi desesperado, exactamente como me siento yo, pero debajo de toda esta sinrazón puedo sentir su control, su exigencia. Va a pasar justo lo que él quiere que pase, como él quiere que pase, y que me domine de ese modo a mí, a nosotros, es lo mejor de todo.

Coge mis manos y las lleva contra la pared por encima de mi cabeza, agarrándomelas luego con una de las suyas mientras la otra vuelve a

deslizarse por mi costado, torturándome. Se ancla con fuerza en mi culo y me levanta a pulso. Yo enrosco rápidamente mis piernas a su cintura y nos acoplamos a la perfección, como lo hicimos en aquel camión mientras huíamos de los disparos, como lo hicimos en la terraza del bar del hotel.

Su erección fuerte y dura choca contra mi sexo, consiguiendo que el placer se extienda por mi cuerpo, abriéndome aún más para él, haciéndonos perfectos el uno para el otro. Me besa despacio e incendia mi piel, pero yo no puedo más. Siento como

si lleváramos semanas de preámbulos y mi cuerpo sobreestimulado está a punto de estallar.

Muevo las caderas buscando la fricción, intentando escapar del castigo que ha inventado para mí, mientras Reese sigue demorándose perversamente en cada centímetro de mi piel al tiempo que me muerde, me chupa, me besa... Santo Dios, esto se le da demasiado bien. Suspiro desesperada y él sonríe canalla contra mi piel, encantadísimo con todo lo que está provocando en mí.

Libera mis manos y en ese mismo instante me deja caer en el colchón sin ninguna delicadeza. Yo me revuelvo con

la respiración acelerada y el deseo recorriéndome entera. Quiero tocarlo otra vez.

—No te muevas —ruge clavando sus ojos más azules y peligrosos que nunca en los míos.

Su orden es clara, sencilla, directa, y mi cuerpo la capta de inmediato. No necesito pensar. No quiero. El sentido común y mi parte racional no tienen nada que hacer aquí. Es placer puro y duro.

Reese me dedica su media sonrisa dura e increíblemente sexy mientras, despacio, comienza a desabotonarse la camisa. Es mi recompensa. Cuando la tela de lino se desliza por sus perfectos

hombros, trato de contener un suspiro, pero fracaso de forma estrepitosa. Mis ojos ávidos y hambrientos se pierden por su armónico torso perfectamente definido y creo que estoy a punto de arder por combustión espontánea al llegar al músculo que nace en su cadera y se pierde bajo sus vaqueros.

Si hay alguien más atractivo que Reese Montolivo en este universo, quiero verlo... ¡qué demonios!, quiero untarlo de chocolate fundido y devorarlo poco a poco.

Se desabrocha los vaqueros lento, casi agónico, como si me estuviera diciendo sin palabras «disfruta del espectáculo, muñeca, vas a recordarlo

toda tu vida». Se deshace de sus pantalones y de sus bóxers blancos y se limita a colocarme al borde del abismo. Es el objeto de pecado de todas las mujeres del cosmos, las llaves del cielo y el infierno; la tiene grande y dura y el deseo aumenta hasta hacer que el mundo deje de girar.

Reese tira de mis tobillos acercándome a él y se inclina a la vez que sus manos trepan por mis piernas y se esconden bajo mi vestido. Sus labios siguen el mismo recorrido, regalándome besos y mordiscos, incendiando mi piel.

Alza la mirada y atrapa la mía. Sonríe de nuevo aún más sexy al distinguir en mis ojos todo el placer

anticipado cuando se deshace de mis bragas de un certero tirón. Suspiro, casi gimo, luchando por no cerrar los ojos. No quiero perderme un solo segundo de este espectáculo.

Reese agarra mi vestido con las dos manos y tira de él abriéndolo con brusquedad, haciendo que los botones salgan disparados en todas direcciones.

Gimo por la sorpresa, pero también por su rudeza. Ha electricado todo mi cuerpo.

—Ni una palabra.

Asiento, de nuevo hipnotizada por su mirada, incluso algo intimidada, pero eso también me gusta.

Mi respiración se ha transformado en jadeos que se solapan sin ningún sentido.

—Quiero hacerte de todo, muñeca—dice en un endiablado susurro que me sube a las alturas de la mano de su voz grave y masculina—, pero no aguanto un puto segundo más sin estar dentro de ti.

Sus manos agarran de nuevo mis tobillos y vuelve a tirar de mí, abriéndome sin ninguna delicadeza. Saca un preservativo del bolsillo de sus vaqueros y rasga el envoltorio con los dientes. Por Dios, ese simple gesto y esa mirada te calentarían en pleno invierno en el centro de Moscú.

Se lo pone con dedos hábiles y, una vez más sin liberarme de esos espectaculares ojos, me embiste con fuerza a la vez que apoya las palmas de sus manos en el colchón, a ambos lados de mi cara.

—¡Reese! —grito.

Me llena por completo. Me duele. Me gusta. Quiero más.

Mi cuerpo se arquea y nuestras bocas se encuentran sin llegar a besarse mientras comienza a moverse a un ritmo endiablado, brusco, fuerte, delicioso.

Agarra mis muñecas y las clava contra el colchón.

—Te quiero así, muñeca —susurra—. Joder, te quiero exactamente así.

Su boca busca la mía. Mis gemidos interrumpen nuestros besos.

El sexo nunca había sido así. Nunca había sido tan intenso. Tan brusco. Tan espectacular.

Reese atrapa mi labio inferior entre sus dientes y tira de él. El dolor se mezcla con todo el placer.

Gimo.

Aprieta un poco más.

Hace sus embestidas más profundas, más largas, más intensas. Agarra mis muñecas con más fuerza.

¡Joder!

Noto el sabor metálico de la sangre en la punta de la lengua. Reese me suelta y se separa para contemplar su obra. Su

mirada se oscurece al ver la sangre, como si el deseo creciera aún más en él. Me paso la lengua por el labio inferior para llevarme los restos y en ese preciso instante Reese me embiste con una fuerza atronadora.

Grito.

Gruñe.

Gimo.

Esta locura sienta demasiado bien.

Me gira entre sus brazos. Me deja bocabajo sobre la cama, sudorosa y con la respiración hecha un auténtico caos. Se tumba sobre mí y enseguida noto cómo su polla dura y fuerte se abre paso y me llena de nuevo.

Mis gemidos se reactivan.

—Joder —ruge.

Todo el placer me sacude de nuevo.

Deja caer el peso de su cuerpo sobre el mío y me envuelve por completo sin dejar de embestirme más duro, más salvaje cada vez.

Su cálido aliento baña mi mejilla. Su mano se desliza bajo mi brazo, alcanza mi cuello y me aprieta suavemente. Su cuerpo se balancea una y otra vez, sin descanso.

Un millón de sensaciones se superponen.

Gimo.

Reese pierde su otra mano en mi pelo y tira de él obligándome a girar la cara para besarme desbocado.

Gimo más fuerte. Grito contra su boca.

Acelera el ritmo.

Mi cuerpo lucha por arquearse, pero choca con el suyo y todo el placer se condensa.

¡Joder!

Todo da vueltas.

—Por favor —gimo.

Necesito un segundo. Necesito digerir todo este placer. Necesito respirar. Necesito correrme.

—Te dije que volverías a suplicar —susurra torturador a la vez que me embiste hasta el fondo y desliza su cuerpo levantándolo del mío, llegando aún más lejos.

Cada músculo de mi anatomía se tensa.

Me sujeta de la cadera, me inmoviliza contra el colchón y acelera el ritmo hasta hacerlo casi violento, volviéndolo todo mágico.

No puedo más.

Grito. Mi cuerpo se escapa a mi control. Le pertenece.

—¡Reese!

Un orgasmo me recorre de pies a cabeza. Me llena por dentro. Me hace estallar. Sólo soy placer, placer y más placer. Me vuelve completamente adicta a Reese Montolivo, a sus manos, a su boca, a todo su cuerpo, mientras él continúa embistiéndome.

Grito más fuerte.

Mis manos se retuercen contra la
impoluta colcha.

El placer lo inunda todo.

Mi cuerpo se tensa una vez más. ¡Va
a partirme dos! Y vuelvo a correrme con
más fuerza que antes, sintiéndolo entrar
y salir, sintiendo que todo mi cuerpo, mi
deseo y mi placer le pertenecen.

Entra una vez más y se pierde en mi
interior con mi nombre en sus labios.

Sencillamente espectacular.

Reese se deja caer sobre mí, hunde
su nariz en mi pelo y respira hondo
tratando de recuperar todo el oxígeno

perdido en el fragor de la batalla. No puedo evitar sonreír. Ahora mismo lo noto cerca en todos los sentidos.

Sale de mí y se deja caer a mi lado. Yo me giro despacio y me acurruco a la vez que me llevo el pulgar a los dientes, nerviosa. Él tiene la mirada clavada en el techo, cierra los ojos y da una nueva bocanada de aire. Cuando los abre, ladea la cabeza con suavidad y nuestras miradas se encuentran.

—¿Estás bien?

Su voz suena ronca como siempre, pero los jadeos y su irregular respiración la vuelven aún más grave.

Asiento.

—Sí —me reafirmo. Reese sonrío de una manera tenue pero preciosa. Acabo de descubrir cuánto me gusta esa sonrisa—. Me gusta estar contigo.

Por un momento, me observa y su expresión se vuelve seria, incluso fría. Otra vez frunce el ceño imperceptiblemente, sopesando opciones. Creo que está intentando leer en mí. Por último exhala con suavidad todo el aire de sus pulmones.

—A mí también me gusta estar contigo, muñeca —responde metiéndome un mechón de pelo tras la oreja.

Trato de disimularla, pero soy incapaz y una boba sonrisa se dibuja en mis labios.

—Entonces ¿por qué no podemos estar juntos? —me envalentono a preguntar.

Me muerdo el labio inferior, otra vez imitando su gesto de manera involuntaria, esperando su respuesta. Da igual cuántas veces me lo haya negado a mí misma, nada me haría más feliz que estar con él.

—Porque hay cosas que no pueden ser —responde al fin.

—Pero ¿por qué?

No consigo entenderlo. Lo que ha pasado en esta habitación ha sido increíble, ¿por qué tenemos que olvidarlo? Sé que le preocupa que sea una de esas chicas que describió Matt y piense que va a cambiar, pero no podría estar más equivocado. Yo no quiero que cambie. Ya es todo lo que quiero que sea. Abro la boca dispuesta a decir precisamente eso, pero Reese no me da opción. Se abalanza sobre mí y me besa con fuerza a la vez que sus manos vuelven a atrapar las mías contra el colchón.

Está intentando dar la conversación por acabada, pero yo necesito decirle todo lo que siento. Podemos tener una

oportunidad. Sin embargo, Reese vuelve a acallar mis protestas y apenas unos segundos después mi cuerpo está rendido al suyo por completo. Plenamente consciente de que ya no habrá más quejas, se separa con suavidad y me observa desde arriba. A esta distancia, no hay ninguna escapatoria de esos ojos azules. Tampoco tengo claro que la quiera.

—Sólo tenemos una noche y deseo aprovechar hasta el último segundo contigo —susurra.

Asiento perdida en cada letra y le recibo encantada cuando se deja caer de nuevo sobre mí. Me besa lleno de exigencia, dominándome por completo.

—Además, dormir acurrucados no es lo mío —sentencia impertinente, sonriendo contra mis labios.

No puedo evitar hacer lo mismo y mi gesto se ensancha cuando vuelve a besarme y nos mueve a los dos hasta que me sienta en su regazo. Por un momento, sólo nos miramos a esta corta distancia. Mi sonrisa se suaviza o se transforma en otra diferente, no lo sé. No quiero pensar. No quiero analizar nada de lo que está pasando. Sólo deseo vivirlo, disfrutarlo. Pierdo mis manos en su pelo. Reese vuelve a besarme. Rodea mi cintura con un brazo y me levanta con

delicadeza hasta insertarme sobre su erección, otra vez firme y dura, como si hubiese descansado días enteros.

—Dios —gimo contra sus labios.

Cierro los ojos acercándome más a él. El placer se ha reactivado de golpe, inundándolo todo. Nunca he probado nada mejor.

—Eres mía, Sophie —me recuerda.

Sus palabras llegan claras en mitad de esta neblina de deseo y excitación. Abro los ojos y su mirada ya está preparada para atraparme.

—Sólo mía —sentencia.

No es un simple comentario, ni tampoco algo que haya dicho por estar follando y que se esfumará en cuanto el

sexo termine. Los dos lo sabemos. Los dos estamos condenados.

Reese comienza empujar con fuerza, moviendo las caderas, obligándome a mover las mías, controlando cada uno de mis movimientos con sus manos en mi piel... llevándome embestida a embestida de nuevo al paraíso.

Los primeros rayos de luz grisácea atraviesan el inmenso ventanal e inciden en las sábanas revueltas a nuestro alrededor. La mano de Reese se mueve perezosa sobre mi cadera haciendo pequeños círculos concéntricos. Yo lo observo con la mirada centrada en el movimiento y no puedo evitar sonreír. Seguimos tumbados, desnudos.

Sin embargo, la suave calma se termina. Reese se levanta y, ágil, rescata sus pantalones. Yo me incorporo y tiro de la sábana para cubrirme con ella. Va a marcharse y de pronto ya no me apetece estar desnuda. Se coloca los vaqueros de un salto y comienza a abrochárselos sin levantar su mirada de mí.

—¿Por qué tienes que marcharte ya?
—murmuro—. Aún es muy temprano.

Sé que no va a quedarse y que tampoco vamos a tener una relación. Lo ha dejado muy claro. Pero, si esta noche es lo único que va a darme, no quiero que se acabe.

Reese se pone la camisa. Da el único paso que lo separa de la cama y, apoyando la rodilla en el colchón, se inclina sobre mí.

—Nunca había odiado tanto el maldito amanecer —susurra en mi oído.

Me observa un segundo e inmediatamente me besa. Un beso corto pero muy intenso. Se separa, pero vuelve a quedarse muy cerca, esperando a que abra los ojos para dedicarme su sexy sonrisa.

Reese Montolivo se marcha.

Me quedo observando unos segundos la puerta y finalmente me dejo caer de nuevo en la cama. ¿Qué se supone que voy a hacer ahora? ¿Cómo

voy a olvidarme de todo lo que ha ocurrido cuando lo único que quiero es que vuelva a pasar?

Ladeo la cabeza y la pierdo en el ventanal. Ya es de día, aunque ni la ciudad ni el cielo se hayan despertado del todo y el azul claro, casi gris, inunde cada rincón.

Me acaricio los labios y de forma automática recuerdo los suyos. Tal vez lo mejor habría sido no hacerlo, no haber cruzado esa línea y seguir en esa especie de limbo donde no había saboreado el sexo más increíble, pero tampoco sabía lo que me estaba perdiendo, aunque me lo imaginase de una forma bastante vívida. Cierro los

ojos y resoplo con fuerza. ¿A quién pretendo engañar? Ha sido un millón de veces mejor de lo que me había imaginado.

Me llevo la almohada a la cara con brusquedad y trato de frenar los recuerdos que mi perversa mente decide regalarme justo ahora. Su cuerpo, sus manos, su boca, su voz... ¡Maldita sea! Vuelvo a resoplar y me levanto de un salto.

Definitivamente, quedarme en esta cama no va a ser algo bueno para mí.

Me encierro en el baño y abro el grifo de la ducha. Lo mejor será que me arregle y baje a desayunar. En un par de horas tengo que estar en la dirección que

Milo me dio y ni siquiera sé cómo llegar. Sarah me dijo que estaba a un par de calles, pero no especificó mucho más. Además, prefiero bajar antes de que lo haga Reese. No sé cómo me sentiría si volviese a decirme que no quiere que salga del hotel o se empeñase en llevarme con él, y la verdad es que creo que me sentiría todavía peor si no lo hiciese.

La temperatura, una vez más, no da tregua y un par de minutos después de salir de la ducha ya estoy peleando cara a cara y sin cuartel contra el calor y el bochorno.

Bajo la escalera hacia el vestíbulo, recogíendome el pelo aún húmedo en una coleta. Sonrío al ver al recepcionista tras su mostrador. Él podrá indicarme cómo llegar a la dirección de Milo, así no tendré que entrar en el bar a buscar a Sarah. Cuantas menos posibilidades tenga de encontrarme con Reese, mejor.

—Señor Ademi —lo llamo con una sonrisa acercándome al bonito mostrador de madera—, ¿podría decirme dónde está esta dirección?

Le tiendo el trozo de papel, él lo lee rápidamente y asiente con una profesional sonrisa a la vez que me lo devuelve.

—Tome la primera calle a la derecha al salir del hotel, la tercera a la izquierda y, cuando vea una pequeña tiendecita con el toldo rojo, vuelva a girar a la derecha. Lo encontrará sin problemas.

Genial.

Le doy las gracias y salgo del hotel con el paso acelerado. Siguiendo las indicaciones que me ha dado, tomo la primera calle. Decir que el calor es asfixiante es quedarse realmente corto. Por Dios, son las siete y media de la mañana.

Tomo la primera calle a la derecha y sigo andando. Paso la primera calle a la izquierda y de inmediato veo un

pequeño callejón que ni siquiera parece tener salida. ¿Esto cuenta como calle? Tuerzo los labios y continúo caminando. Supongamos que no. Segunda calle a la izquierda. Continúo adelante. Otro callejón y otro más. Me freno en seco y suspiro hondo mirando a mi alrededor. Es pronto para decir que estoy perdida, pero ya ahora sé que acabaré estándolo. Debería volver al hotel y volver a preguntar, pero es más que probable que Reese ya haya bajado. Suspiro de nuevo y echo a andar decidida por uno de los callejones. Es primera hora de la mañana; si me pierdo, Sarah tiene todo

un día para convencer a Owen de que mande a la KFOR a buscarme antes de que se haga de noche.

Sigo andando y me sorprendo al comprobar que, aunque cada vez se hace más angosto, el callejón es largo. Sobre todo hay casas, aunque también veo alguna que otra tienda. Sonrío encantadísima y, la verdad, muy satisfecha conmigo misma, cuando distingo a lo lejos el pequeño toldo rojo. No tengo ni la más remota idea de cómo he llegado hasta aquí ni qué son exactamente para el señor Ademi tres calles, pero lo he conseguido.

Giro de nuevo a la derecha y salgo a una calle mucho más amplia. Miro el número en el papel y continúo mi camino hasta que encuentro un edificio con el número en la puerta, justo el que estoy buscando. Alzo la mirada y de forma automática frunzo el ceño. Es un dispensario de la Cruz Roja.

Miro de nuevo el papel y de inmediato lo hago a mi alrededor. ¿Por qué me habrá citado Milo en un sitio como éste? Quizá haya confundido el toldo rojo. En la acera de enfrente hay un hombre arreglando calzado en la puerta de una pequeña zapatería. Me acerco a él y lo saludo con una sonrisa.

El hombre, concentrado en aporrear la suela de un zapato con un martillo, parece no oírme.

—Hola —repito más enérgica.

¿Cómo es posible que aún no haya aprendido a decir ni siquiera «hola» en serbio o albanés? Soy un desastre

«No lo habría expresado mejor.»

El hombre al fin parece reparar en mí, se quita los clavos que sostenía con los dientes y los deja sobre una desvencijada mesa a la vez que alza la cabeza.

Yo sonrío. Una sonrisa enorme. No quiero que me mande al diablo, aunque tampoco lo entendería, y le muestro el papel.

—¿Allí? —pregunto señalando con el dedo el dispensario.

Él mira el papel y, tras un par de segundos, asiente, señalando hacia el mismo sitio. Ahora la que asiente soy yo; le doy las gracias, me guardo la nota y vuelvo a la otra acera. Estoy intrigada.

—Hola —saludo empujando la destartalada puerta de cristal y metal.

Mi voz se confunde con el sonido de la campanita que anuncia que alguien está entrando y tengo que repetir mi saludo.

—Hola —me saluda una chica saliendo de una puerta a la derecha—. ¿En qué puedo ayudarte? —pregunta

dejando una carpeta de plástico sobre el mostrador.

Habla mi idioma. Genial.

—Estoy buscando a Milo Almarec.

Quedé en verme aquí con él.

La chica asiente, pero, antes de que pueda responder, Milo sale de la misma puerta que lo ha hecho ella.

—Has venido —comenta mitad sorprendido, mitad displicente.

Está claro que todavía no le caigo demasiado bien.

—Coge esta caja —dice sacando una de cartón de detrás del mostrador y dejándola sobre él.

Asiento y hago lo que me dice. No pesa demasiado. Curiosa, echo un vistazo al interior mientras Milo comenta algo con la chica que me ha recibido. Está llena de gasas, vendas e ibuprofeno en monodosis.

Milo saca una caja mayor también de detrás del viejo mostrador y me hace un gesto para que lo siga. Salimos del dispensario, cruzamos la calle y, tras unos minutos callejeando, accedemos a una gran avenida. Tardo unos segundos en reconocerla. Pasamos por aquí la noche que salí a cenar con Matt y Reese... ¿Qué estará haciendo Reese

ahora? ¿Se habrá preocupado al no verme? Quizá ha vuelto a buscarme a mi habitación.

«Ya te gustaría.»

Cabeceo y me concentro en seguir a Milo. Una idea mucho más sabia.

Tras unos metros, se detiene junto a una ranchera de fabricación rusa que sin duda ha vivido tiempos mejores. Abre la puerta de atrás, deja la caja y me apremia con las manos para que le entregue la mía.

—¿Alguna vez has trabajado como enfermera? —inquire con la cabeza metida dentro del coche, rebuscando en la caja que cargaba él.

—No.

No responde y unos segundos después sale con unas prendas de ropa entre las manos. No distingo qué son. Me entrega una. Es un chaleco rojo con una cruz roja y una media luna roja pegadas a la espalda sobre un cuadrado blanco además de las palabras «RED CROSS OF KOSOVA» e imagino que su traducción en cirílico.

—Tienes que estar muy atenta — dice poniéndose el suyo—. Ayudarme en todo lo que necesite y avisarme si ves que algo empieza a acabarse, sobre todo los calmantes.

¿Quiere que haga de enfermera?
¿Yo?

—¿Podrás hacerlo? —pregunta al ver que no digo nada.

¡Reacciona, Silver! Esto es importante de verdad.

—Sí —respondo abriendo el chaleco entre mis manos y colocándomelo rápidamente.

Milo me observa un segundo.

—Perfecto —sentencia al fin y rodea el coche para llegar al asiento del piloto.

Nos acomodamos en el vehículo y nos incorporamos al tráfico. A pesar de su destartalado aspecto, la ranchera cumple con creces y se defiende en el caótico tráfico de Pristina.

—¿Eres médico? —pregunto casi en un grito para hacerme oír por encima de Iggy Pop, quien, con *The Passenger*,* suena a todo volumen.

Milo deja de canturrear la canción y baja la radio.

—Era pediatra en un hospital en Pristina. Lo bombardearon durante la guerra.

—¿Los serbios bombardearon un hospital?

Creía que la Convención de Ginebra, o alguno de esos tratados, prohibía atacar hospitales.

Milo esboza una sonrisa fugaz y mordaz por mi pregunta y yo vuelvo a tener la sensación de que no tengo ni

idea del lugar en el que estoy.

—No sólo los serbios y no sólo ese hospital. Todos los bandos cometieron atrocidades aquí, incluso los que se supone que venían a ayudarnos.

Trago saliva y asiento. Quiero decir algo, pero sencillamente no sé el qué. Me cuesta imaginar lo que tuvo que sufrir.

Poco a poco nos vamos alejando del centro de Pristina, con esa mezcla de calles angostas, edificios centenarios y construcciones de último diseño de metal y cristal, y nos adentramos en la periferia de la ciudad, donde la mayoría de las casas siguen derruidas. Aquí aún no se respira esa idea de conflicto

armado supervisado que la ONU y Sarah se empeñan en defender, más bien es todo lo contrario.

Milo detiene el coche junto a un solar en ruinas y se baja tarareando aún la canción que escuchábamos. Yo salgo de la ranchera y, mientras cierro la puerta, miro a mi alrededor. Pristina me parece una ciudad preciosa, eso no ha cambiado, pero de alguna manera este lugar ya no forma parte del reino que aquella niña de ocho años imaginó después de leer *La Cenicienta*. Me he dado de bruces con la realidad.

—Vamos a un refugio de mujeres — me explica Milo mientras empezamos a andar cada uno con su respectiva caja en

las manos.

—¿Un refugio de mujeres? —repito a modo de pregunta.

—Sí. Desgraciadamente, muchas... ¡cuidado! —llama mi atención sobre un pequeño socavón en la acera— ... muchas mujeres fueron violadas durante la guerra. Con sus maridos muertos y embarazadas de los soldados, de etnia diferente a la suya, no tenían adónde ir.

Trago saliva de nuevo. Las manos me flaquean, pero me recompongo rápido.

—¿Y ahora viven todas juntas?

Milo se detiene en seco. Yo lo observo confusa y su cara de pocos amigos me confunde aún más. Parece

que mi pregunta le ha molestado muchísimo.

—Aquí siempre hemos vivido juntos: católicos, ortodoxos, musulmanes. Los problemas llegaron cuando lo hicieron los fanáticos y el mayor hijo de puta de todos se hizo con el poder.

Su voz está llena de rabia y, sobre todo, de un cristalino dolor. Él tenía una vida aquí, antes de 1991, antes de que las bombas tiñeran los cielos de color naranja, y ahora no tiene más que pedazos que sólo le sirven para recordar todo lo que ha perdido.

—No... no quería decir eso —musito nerviosa—. Sólo me ha sorprendido —trato de explicarme.

Milo vuelve a tomarse unos segundos para observarme y finalmente echa a andar de nuevo.

—Olvídalo —murmura entre dientes.

Seguimos caminando en silencio. Atravesamos varias calles y nos detenemos frente a un viejo edificio de tres plantas. Milo llama a la puerta y un par de minutos después oímos el sonido de un viejo y grueso cerrojo abriéndose. Una mujer mayor con un pañuelo en la cabeza y secándose las manos en un mandil nos recibe. Me mira de arriba

abajo y, a continuación, le dice algo a Milo en serbio. Él sonríe y responde. No necesito entender su idioma para saber que a la mujer no le ha hecho la más mínima gracia que yo haya venido. Tras un par de minutos de conversación, asiente y se hace a un lado para que podamos pasar.

La casa es mucho más grande de lo que parece desde fuera, pero está prácticamente en ruinas. La mayoría de las ventanas están cubiertas con gruesas cortinas y apenas entra la luz. Sigo a la mujer y a Milo hasta una enorme estancia. Supongo que es el salón. El suelo está lleno de cojines y hay una pequeña mesa en el centro.

—Deja la caja aquí y ayúdame —me pide Milo poniendo la suya en el suelo y caminando hasta lo que parece una gran terraza.

Hago lo que me dice y ando hasta él. Entre los dos, tiramos de las cortinas moradas y de inmediato el cuarto se llena de luz. Por un momento pierdo mi mirada en las vistas y me sorprende comprobar que, más allá de los edificios ruinosos, sólo a unos kilómetros, el campo verde y frondoso se extiende hasta donde llega la vista. Es un oasis. Sonrío fugaz y vuelvo enseguida con Milo.

Casi en el mismo instante, varias mujeres entran en la habitación. Algunas llevan un pañuelo en la cabeza, otras no; algunas son jóvenes, otras no, pero todas parecen muy cansadas. Las mujeres reparan en mí, pero la mayoría de ellas rehúsan mi mirada y sólo una o dos me devuelven un tímido «hola» cuando las saludo.

—Es normal —me explica Milo—. Confiar en los desconocidos, aunque sean mujeres, es muy complicado para ellas.

Yo asiento. Es del todo comprensible.

Milo no me deja tiempo para pensar y comenzamos a trabajar. Las mujeres, de una en una, van sentándose en la única silla de todo el salón. Milo les hace algunas preguntas y, con muchísimo cuidado, paciencia y dulzura, las examina. La mayoría de ellas parecen estar bien, pero Milo le entrega a cada una un par de ibuprofenos en monodosis. No es hasta que me fijo con atención cuando me doy cuenta de que no son antiinflamatorios, sino ansiolíticos. Alzo la cabeza dispuesta a preguntar y entonces yo sola obtengo mi respuesta y automáticamente comprendo lo prejuiciosos y, sobre todo, elitistas que podemos ser sin ni siquiera percatarnos

de ello. No me sorprendería si una mujer de Manhattan se tomara medio bote de Prozac antes de desayunar porque está estresada y no puede dormir y, sin embargo, he estado a punto de preguntar por qué, a un grupo de mujeres que han vivido un infierno, Milo les entrega ansiolíticos.

Aparto esa idea de mi cabeza y continúo ayudando. Una nueva mujer se sienta en la silla. Tiene los ojos azules y bajo su pañuelo puede distinguirse un bonito cabello rubio. Es muy guapa, pero también parece muy triste. Milo le dice algo y ella responde en serbio, apenas un par de palabras murmuradas. Él asiente buscando su complicidad y la

chica por último sonrío. Tiene una sonrisa preciosa y enseguida se contagia en mis labios. Sin embargo, se lleva la mano a la boca de prisa tapando su propio gesto. Imagino que avergonzada, porque le falta uno de los premolares. Casi en el mismo instante, comienza a llorar. Recuerdo haber leído un artículo de mujeres serbias violadas durante la guerra por soldados bosnios. Los soldados les arrancaban un premolar para marcarlas. Siempre el mismo.

Los ojos se me llenan de lágrimas.

Milo susurra algo en serbio, la reconforta acariciándole el hombro y ella, más calmada, vuelve a asentir. No debe de tener más de veinticinco años;

¿cuántos podía tener a principios de los noventa? ¿Once? ¿Doce? Trago saliva tratando de contener las lágrimas, pero no soy capaz. Tengo un nudo en la garganta que casi no me deja respirar.

—Ne... necesito un segundo — musito como disculpa y salgo disparada de la estancia.

En mitad del pasillo, tampoco sé adónde ir. Esquivo a varias mujeres y llego a una especie de baño. Cierro la puerta y me dejo caer contra la pared. Me seco las lágrimas, trato de respirar hondo, pero nada surte efecto. Me agarro el chaleco y lo retuerzo entre mis

dedos casi desesperada, absolutamente sobrepasada. ¿Cómo pudieron hacerles tanto daño a esas mujeres?

La puerta se abre de golpe y Milo entra sin ninguna amabilidad. Me mira un segundo y a toda prisa me seca las lágrimas con los pulgares cogiendo mi cara entre sus manos. No es un gesto dulce. Es una merecida reprimenda sin palabras.

—Lo último que necesitan aquí es ver a otra mujer llorando —me dice otra vez con toda esa rabia ensordecedora, con todo ese dolor—. No necesitan tu lástima, necesitan tu consuelo y, sobre todo, tu respeto, y, créeme, son tres

cosas muy diferentes. Así que deja de llorar y recomparte. Tenemos mucho trabajo que hacer.

Tiene razón. Tiene toda la razón.

Me sorbo los mocos, aprieto los dientes y asiento.

Se acabaron las lágrimas, Silver.

—Está bien —sentencia Milo captando el mensaje que cada uno de mis pequeños gestos le ha enviado—. Volvamos ahí afuera.

Él sale primero. Yo respiro hondo y lo sigo. Apenas he cruzado la puerta del salón cuando veo a esa misma chica de pie junto al ventanal. De pronto, un niño aparece corriendo a mi espalda y se tira a sus brazos gritando *mamá*, la única

palabra que es universal. Debe de tener unos nueve años y es rubio y guapísimo como ella. El pequeño le enseña un dibujo y ella, tragándose las lágrimas, sonrío y entonces comprendo lo que son en realidad estas mujeres. Las estoy mirando desde una óptica completamente equivocada. Son unas luchadoras. Lo perdieron todo y siguen aquí, luchando, luchando por sus hijos, por ellas mismas. La ventana vuelve a llamar mi atención y el campo se dibuja aún más verde. No es su oasis. Es su esperanza.

—Hay que pasar por el dolor más crudo para entender de verdad la fuerza que puede llegar a tener el amor —dice

Milo a mi lado observando también a la mujer—. Sólo hay que correr las cortinas para que entre la luz.

Yo lo miro sorprendida. ¿Cómo puede saber en lo que pensaba?

—Los serbios mataron a mi mujer y a mi hija, y los odio por eso —confiesa con la mirada clavada en la ventana, con todas las emociones vibrando en su voz, sintiendo un cristalino dolor a cada palabra que pronuncia—. Tenía tanta rabia dentro que entré en el Ejército de Liberación de Kosovo y me odio a mí mismo por eso. Matamos a inocentes con la excusa de que estábamos liberando a nuestro pueblo. —Su arrepentimiento es duro, cortante, sordo

—. En la guerra no hay culpables, tampoco vencedores. Sólo dolor, y con eso, al final, no gana nadie.

Milo echa a andar y saluda a la mujer que ya lo esperaba sentada en la silla. En ese preciso instante, siento un clic ensordecedor dentro de mí. Lo que es importante, lo que no. Antes no era capaz de imaginar cómo debió de ser la vida de Milo y ahora sigo sin poder hacerlo, pero comienzo a vislumbrar un pequeño atisbo de todo lo que lucha cada día por mantenerse a flote y, de pronto, todas las situaciones y frases empiezan a tener sentido: por qué se molestó conmigo, por qué acaba de decirme que a este lugar no se viene a

llorar y, sobre todo, por qué lo realmente importante es lo que haces aquí y no lo que te trajo aquí.

Echo a andar decidida y le tiendo la gasa a Milo antes de que él la coja. Se vuelve hacia mí sorprendido, como si una parte de él hubiese dado por hecho que me rendiría y saldría corriendo de aquí.

—Lo siento —digo con la voz clara, con la mirada fija adelante.

Milo me observa un par de segundos más y devuelve su vista a la gasa a la vez que asiente una vez con fuerza y comienza a curar una pequeña herida en la mano de la chica que tiene delante.

—Gracias —responde.

Sabe que no me disculpo por lo que acaba de contarme, no estoy sintiendo lástima por él. Lo estoy consolando y, sobre todo, le estoy ofreciendo mi respeto. A él y a todo su país.

Regresamos al dispensario en silencio. No lo hago a propósito, pero tampoco puedo dejar de pensar en todo lo que ha pasado. Aunque Milo se ofrece a acompañarme, regreso sola al hotel. No me pierdo. En otras circunstancias lo consideraría un triunfo.

En cuanto pongo un pie en el vestíbulo, toda la tensión me golpea de nuevo y me siento increíblemente pequeña, como si no midiese más de dos centímetros. Suspiro con fuerza, pero,

sin que pueda evitarlo, mis ojos se llenan otra vez de lágrimas, todas las que no me he permitido llorar en el refugio.

Alzo la cabeza y mi mirada se encuentra con la de Reese. Una lágrima cae por mi mejilla. Él frunce el ceño y su expresión se llena al instante de una mezcla de preocupación, rabia y confusión. Da el primer paso hacia mí, pero yo salgo flechada escaleras arriba. No quiero verlo. No quiero ver a nadie.

Entro en mi habitación y vuelvo a respirar hondo tratando de calmarme. Me llevo las manos a las caderas y miro a mi alrededor. Las fotos colgadas de la pared llaman de inmediato mi atención

y, antes de que pueda controlarlo, estoy demasiado enfadada. ¿Cómo pude ser tan insensible, tan egoísta? Reese tenía razón, ni siquiera sabía dónde estaba.

Corro hasta la pared y arranco todas las fotos. Las lanzo al suelo. Lloro. Lloro con rabia. Sin consuelo. Lloro sintiéndome una completa idiota, una cría. Lloro por la lección que acaban de darme.

—¿Qué ha pasado, Sophie?

Su voz me sobresalta. Me vuelvo con la respiración sacudida por cada uno de mis sollozos y los ojos y la cara llenos de lágrimas. Su mirada atrapa la mía de nuevo y por un pequeño momento puedo ver el miedo en sus ojos.

Reese traga saliva y su expresión se recrudece a la vez que da un nuevo paso hacia mí.

—¿Qué ha pasado? —repite.

Yo niego con la cabeza intentando dejar de llorar y fracasando estrepitosamente.

—Pa... pasa que... que soy una idiota. Que... que por fin he entendido... he entendido el lugar en el que... que es... estoy.

Con mis torpes palabras, los ojos de Reese se llenan de compasión, pero su mirada no se relaja, es sólo otra emoción que añadir a toda esa rabia. Camina hasta mí y acuna mi cara entre sus manos.

—Sophie...

—De... déjame —le pido zafándome de sus caricias y alejándome de él—. Hoy... hoy he ido con Milo. He visto... he visto a to... todas esas mujeres. —El enfado y la culpa se recrudecen—. Ellas... ellas han... han sufrido de... de verdad y... y yo... yo no podía... no podía de... dejar de pensar...

Cierro los ojos a la vez que resoplo y cierro los puños con rabia. ¡Me siento tan impotente!

—Sophie —vuelve a llamarme Reese caminando otra vez hasta mí.

Niego de nuevo con la cabeza, no puedo dejar que se acerque, y él se detiene a la vez que resopla.

—No es culpa tuya —trata de hacerme entender.

En el fondo sí lo es. Claro que no tengo culpa de la guerra, pero sí de venir aquí a vivir aventuras donde mucha gente está sufriendo. ¿Qué clase de persona soy?

Reese lanza un juramento ininteligible y alza las manos dispuesto a abrazarme, pero yo no se lo permito y doy un nuevo paso hacia atrás. Su mirada se vuelve más azul y también más dura. Una parte de mí quiere dejar que me abrace, que haga que me olvide de todo, pero no puedo permitirlo. No me lo merezco. Si antes me sentía como

si midiese dos centímetros, ahora ni siquiera soy capaz de encontrarme en el suelo.

—Ve... vete —le pido.

—Sophie —me llama o me reprende, no lo sé.

—Ve... vete, por... por fa... favor —repito.

Reese no responde. Con rabia, recorre la distancia que nos separa, me coge por las caderas y me tumba sobre la cama haciéndolo de inmediato sobre mí, sujetando mis muñecas contra el colchón. Yo forcejeo. Trato de apartarlo. Necesito que se vaya.

—Por... fa... favor —le pido, casi le suplico entre lágrimas—, mar... mar... márchate.

No me merezco sentir todo lo que sentiría estando con él. Ahora no.

—Por... por... fa... fa... —Las lágrimas, todo lo nerviosa, lo sobrepasada, lo abrumada que me siento, me impiden poder decir esas dos simples palabras.

—Di mi nombre.

Su petición me pilla por sorpresa. Sus ojos atrapan los míos y me dominan desde arriba. Poco a poco, todo lo que siento por él va devolviéndole la calidez a mi cuerpo. Exactamente como la lluvia va calándote despacio, va

consolándome sin decir una palabra, sólo dejando que nuestras miradas entrelazadas hablen por él y por mí.

—Reese —murmuro con la voz clara, firme.

—No es culpa tuya —pronuncia con toda la exigencia de querer, casi necesitar, que lo entienda—. No es culpa tuya —repite en un dulce susurro.

Y una vez más, vuelvo a tener frente a mí todas las piezas del puzle. Él también oyó ese clic ensordecedor. Sea lo que sea lo que pasó en 1995, le hizo cambiar su forma de ver el mundo y, sobre todo, este lugar.

Reese se inclina poco a poco sobre mí, sin desunir nuestras miradas, y me besa despacio, calmando todo mi dolor, toda mi rabia, llevándosela con él. Sus manos sueltan mis muñecas, se deslizan por mis palmas y entrelaza nuestros dedos. Sabe que ya no puedo huir de él. Creo que ya nunca podré hacerlo.

Me despierto sobresaltada, incorporándome de golpe. Cojo aire tratando de calmar mi respiración acelerada y miro a mi alrededor. Estoy sola. Reese se ha marchado. Sin embargo, cuando miro hacia la pared, mi corazón da un latido de más y con él una inquebrantable sensación de protección, pero, sobre todo, de un cristalino amor,

se expande por todo mi cuerpo. Reese ha vuelto a colgar todas las fotografías en la pared. Respiro hondo de nuevo a la vez que me humedezco el labio inferior con la vista aún al frente. Me sentí al borde de un precipicio admitiendo que me gustaba, fue mucho más complicado asumir que estaba colada por él. ¿Qué va a pasar ahora? No puedo quererlo. No puedo enamorarme de él, pero también sé que ya es demasiado tarde para elegir.

El día de hoy ha sido intenso y difícil. Supongo que el inicio de un nuevo camino siempre lo es. Nunca

había estado tan confusa y al mismo tiempo había tenido tan claro lo que quiero.

Me levanto despacio y voy hasta la silla donde Reese ha dejado mi ropa. Me visto tomándome mi tiempo. Al final, sólo queda el chaleco de la Cruz Roja sobre el mullido asiento de color crema. Lo cojo y lo aprieto con fuerza a la vez que vuelvo a mirar la pared.

Sé lo que quiero hacer. Ahora sólo tengo que pedirlo.

Salgo de mi habitación y bajo al bar del hotel. No tardo en ver a Milo en nuestra mesa de siempre. Está con Reese, charlando y tomándose una cerveza. Los dos reparan

inmediatamente en mí cuando me detengo con paso torpe frente a ellos. Mi mirada se encuentra con la de Reese, pero no dejo que me atrape. Sé lo que siento por él y también sé que es lo que más daño puede hacerme.

—No quiero devolverte el chaleco —le digo a Milo tratando de que mi voz suene firme—. Quiero trabajar contigo y, si me dejan, quiero contar la historia de esas mujeres.

Milo, con los brazos cruzados sobre la mesa, clava sus ojos en los míos.

—No va a ser fácil —me recuerda.

—Lo sé.

—Y vas a necesitar ganártelas si quieres que te cuenten lo que han pasado.

—Eso también lo sé —casi lo interrumpo.

Quiero dejarle claro que no tengo dudas, que tengo perfectamente claro a lo que voy a enfrentarme.

—Está bien. Nos veremos mañana en el dispensario a las ocho en punto.

Asiento y clavo mi vista en mis pies justo antes de darme la vuelta para salir de aquí. Apenas me he alejado un par de pasos cuando una silla arrastrándose de forma atropellada sobre el impoluto suelo parece ahogar cualquier otro sonido del gigantesco bar. El corazón

me da un vuelco porque sé lo que vendrá ahora y, con la revelación que he tenido en la habitación hace unos minutos, no sé si seré capaz de enfrentarme a él. Estoy triste y feliz a la vez. El blanco y el negro. El dolor y el amor. Sólo con escuchar esa palabra rebotando en mi cabeza, ya sé que voy a sufrir demasiado. Lo que me dijo Matt está cada vez presente y pesa como si fuese una losa en el fondo de mi estómago. «Reese no es capaz de querer a nadie», ésas fueron sus palabras exactas. Entonces ¿qué futuro me espera a mí?

—¿Por qué quieres pasar por eso?
—inquire al tiempo que me agarra de la muñeca y me obliga a girarme.

En cuanto lo hago, sus ojos azules me atrapan de nuevo.

—Porque a lo mejor es lo que hace falta para que todos dejéis de verme como una cría, para parecerme un poco más a ti.

Reese no lo duda. Me estrecha contra su cuerpo brusco, con fuerza, y me besa de la misma manera, sujetando arisco mi muñeca y perdiendo su otra mano en mi pelo.

—Lo último que quiero es que te parezcas a mí —susurra contra mis labios, con los ojos cerrados y su frente apoyada en la mía.

Todos los sentimientos y las emociones se recrudecen.

—Necesito hacerlo, Reese —casi le suplico.

—No lo necesitas —sentencia de nuevo con una seguridad aplastante, separándose de mí para poder volver a buscar mis ojos con los suyos—. Eres perfecta, Sophie. No dejes que lo que un gilipollas como yo diga te haga cambiar.

Yo aprieto los labios tratando de contener las lágrimas. Me lo está poniendo demasiado complicado o demasiado fácil. ¿Quién sabe?

—Reese... —musito.

—Yo ya estoy destrozado por dentro. No voy a permitir que tú acabes igual.

¿Qué fue lo que le pasó? Las preguntas se agolpan en mi garganta, pero no es el momento de pronunciar ninguna. El día de hoy ha marcado la diferencia para mí en muchos sentidos y no puedo dejar que caiga en saco roto. Quizá no lo hago sólo por mí. Quizá lo hago por los dos. Milo dijo que el dolor te acompaña siempre, pero depende de nosotros que nos cambie o no como personas. A lo mejor esta especie de camino de autodescubrimiento tiene dos sendas y una de ellas le demuestre a Reese que las cosas pueden ser diferentes, que sólo hay que correr las cortinas para que entre la luz, ¿no?

—Tengo que hacerlo —murmuro.

Sin esperar respuesta por su parte, me alejo de él y echo a andar.

—¿En qué lío te estás metiendo, Montolivo? —oigo que le dice Milo.

—Déjame en paz —responde Reese.

La idea de que, bajo toda esa arrogancia y seguridad, está tan perdido y confuso como yo comienza a planear sobre mí.

Definitivamente, el día de hoy ha sido diferente a todos los demás.

Subo a mi habitación, me siento en la cama y enciendo el ordenador. Escribo todo lo que he vivido hoy, todo lo que he visto, cómo me he sentido y, sobre todo, comienzo a hablar de Milo,

de esas mujeres y también de Kosovo. Vine aquí buscando algo que contar y tengo clarísimo que lo he encontrado.

Son más de las dos de la madrugada cuando me voy a dormir.

A las siete en punto, el calor es tan sofocante que no me deja dormir más. Me doy una ducha y me pongo un vestido de tirantes. En la actualidad llevar manga, aunque sea corta, equivale a un chaquetón de lana a quinientos grados.

Bajo al bar del hotel con la idea de desayunar algo rápido. Apenas he dado un par de pasos en el local cuando oigo a Sarah llamarme desde la barra.

—Buenos días —la saludo en cuanto llego hasta ella.

Mi amiga me devuelve una sonrisa separándose la taza de café de los labios y se hace a un lado para dejarme un hueco en el atestado mostrador.

—¿Dónde te metiste anoche? —me pregunta—. Creí que bajarías a tomarte una cerveza.

Niego suavemente con la cabeza.

—Estaba trabajando. Un café, por favor —le pido al camarero cuando se acerca—. Tenía mucho que hacer —añado.

Sarah me dedica un mohín y acerca el platito con su *hurmasice*.

—No te preocupes —comenta partiendo un trozo con los dedos—. No pasó nada emocionante. Además, Reese estaba de un humor de perros. Más gilipollas que de costumbre incluso.

Se lleva el trozo a los labios y yo clavo mi mirada en mi café humeante tras soltar unas casi inaudibles «gracias». ¿Estaría de tan mal humor por mí, porque he decidido trabajar con Milo? ¿O quizá fue porque volvimos a acostarnos?

—Sophie... ¡Sophie!

—¿Qué? —pregunto saliendo de mi ensoñación.

Por la mirada que me dedica, está claro que no era la primera vez que me llamaba, con toda probabilidad tampoco la segunda.

—¿Esto va a ser así a partir de ahora? —inquire socarrona—. Yo menciono su nombre y tú te subes a las nubes.

—No se trata de... de eso — respondo encogiéndome de hombros, intentando no parecer demasiado culpable.

—Ya, claro —replica Sarah dejándome absolutamente diáfano que no me ha creído ni por una milésima de segundo.

Yo me concentro otra vez en mi taza de café. Cualquiera cosa con tal de esquivar la mirada perspicaz de mi amiga. Ella me da por imposible y continúa comiendo su dulce, pero de reojo puedo ver una sonrisilla de lo más impertinente. No sé qué se está imaginando que ocurre entre Reese y yo, pero la realidad es muchísimo más complicada.

—Hablando del rey de Roma...

Sus palabras me hacen llevar mis ojos hasta ella casi en el mismo segundo en que termina de pronunciarlas y, a continuación, mirar hacia donde Sarah ya lo hace. Reese está en la puerta del bar. Está hablando con otro hombre,

pero tiene la mirada clavada en mí. Está enfadado, puedo notarlo desde aquí, pero también preocupado y, sobre todo, frustrado, como si todo lo que sintiese en estos momentos lo estuviese haciendo en contra de su voluntad y el mal humor de ayer sólo fuera un signo más de la inmensa batalla que se lo come por dentro.

Aunque sé que no debería, dejo que sus ojos atrapen los míos. Sólo quiero correr y tirarme en sus brazos. ¿Por qué ésa es la única idea que prevalece al final de todo?

Sin embargo, Reese no me da la oportunidad siquiera de seguir imaginando la escena y, tras pasarse la

mano por su pelo castaño revuelto, sale del hotel.

Yo me quedo durante unos segundos observando el vestíbulo, inmóvil. No sé por qué, algo dentro de mí tiene clarísimo que ahora más que nunca quiere meterme en un avión y mandarme de vuelta a Nueva York. La idea me entristece.

—Sophie, ¿estás bien? —pregunta Sarah.

Su voz vuelve a traerme de golpe a la realidad y, mientras asiento rápidamente y pronuncio un torpe «sí», busco acelerada la cartera en mi mochila.

—¿Por qué no me cuentas qué está pasando?

No quiero preocuparla, pero no puedo hacerlo. No puedo explicar algo que ni siquiera entiendo del todo. Por no mencionar que pondría el grito en el cielo en cuanto le dijera que quiero estar con Reese. Lo último que necesito es a otra persona diciéndome que no podemos tener una oportunidad. Ya tengo suficiente con él mismo y mi sentido común, cuando éste decide hacer acto de presencia.

—Está todo bien. No tienes nada de que preocuparte —digo dejando un par de monedas de euro sobre la barra—.

Tengo que irme —añado, y salgo del bar a paso ligero.

Milo me recibe con una sonrisa y enseguida nos ponemos en marcha. Está mucho más comunicativo que ayer; en realidad, más que cualquier otro día desde que nos conocimos. Parece que él también se ha dado cuenta de que algo dentro de mí ha cambiado.

Después de pasar la mañana en el refugio de mujeres, regresamos al dispensario. Milo quiere que sepa cómo está organizado y dónde guardan cada cosa, pero la verdad es que, por desgracia, no hay mucho que explicar. La mayor parte de las estanterías están vacías. Milo hace una llamada y, sin

explicarme por qué, volvemos al coche. Sólo me hago una idea de lo que pretende cuando la vieja ranchera atraviesa el control de entrada de la base de la KFOR. Owen nos está esperando a las puertas de un inmenso hangar y, junto a él, hay varias cajas de cartón apiladas.

—¿A ti también te ha liado? —me pregunta el capitán cuando nos bajamos del vehículo.

—Yo estoy aquí por voluntad propia —respondo con una sonrisa que inmediatamente me devuelve.

Milo rodea la ranchera y abre el maletero. Entre los tres comenzamos a cargar las cajas.

—La semana que viene recibiremos nuevas provisiones —le dice a Milo.

—Necesitamos material quirúrgico.

—Esto no es una farmacéutica —se queja Owen deteniéndose junto al coche.

Milo lo observa y parecen dedicarse un par de frases telepáticas.

—Está bien —claudica Owen—. Veré qué puedo hacer. Y ahora largaos de aquí o vais a meterme en un lío.

Los dos asentimos y, mientras oigo la puerta del maletero cerrarse, me monto en el asiento del copiloto.

Durante el camino de vuelta, Milo me explica que, si no fuera por Owen, no podrían ayudar ni a una tercera parte de todas las personas a las que atienden.

La mayoría de ellas tienen en el dispensario de la Cruz Roja su única atención médica. Las organizaciones humanitarias envían todo lo que pueden, pero por desgraciada todavía es demasiado complicado hacer llegar de manera periódica algunas cosas a este lugar del mundo.

Después de descargarlo, organizarlo y guardarlo todo, al fin regresamos al hotel. Milo me propone que nos tomemos una cerveza y acepto encantada. Ha sido un día agotador, pero al fin siento que estoy donde tengo que estar, así que qué mejor manera de celebrarlo.

—Por tu primer día —me dice alzando suavemente su botellín helado.

Yo sonrío y choco mi cerveza con la suya.

—En realidad ha sido mi segundo día —replico tras dar el trago después del brindis correspondiente.

—Digamos que ayer fue una toma de contacto —responde.

Asiento sin dejar de sonreír. Me parece justo.

Me gusta hablar con Milo. Sin embargo, no puedo evitar sentirme algo extraña. Aunque me niegue incluso a pensar en ello, Reese ya debería estar por aquí, robándome la cerveza con un comentario presuntuoso en los labios.

—Parece que estás buscando a alguien —comenta Milo socarrón.

Entonces me doy cuenta de que, sin quererlo, había perdido mi vista por el local esperando encontrarlo.

—No —me apresuro a responder—. No... no buscaba a nadie —añado clavando la mirada en mis dedos, que se deshacen nerviosos de la etiqueta del botellín.

Aunque no la veo, puedo distinguir la sonrisa compasiva y al mismo tiempo cómplice de Milo. ¿Tan transparente resultado?

—Está mañana se ha marchado a cubrir una noticia a Korenica, una ciudad cerca de la frontera con Albania.

No debería tardar en volver.

Yo me humedezco el labio inferior de forma discreta y fugaz y asiento bastante incómoda. Quiero pensar que Milo sabe que de modo inconsciente buscaba a Reese porque vio cómo me besaba anoche, pero por desgracia no creo que sea sólo por eso. ¿Cuántas personas sabrán que la inocente e ingenua de Sophie Silver está enamoradísima del atractivo y complicado Reese Montolivo? Por Dios, parece la sinopsis de una película de sobremesa.

—Gracias —murmuro dándole un trago a mi cerveza y evitando su mirada.

—¿Sabes? Conozco a Reese desde hace quince años y nunca lo había visto así.

Su comentario me hace olvidar todo mi bochorno y mirarlo sin restricciones.

—Así, ¿cómo? —pregunto dejando despacio mi botellín sobre la mesa.

Milo sonrío de nuevo.

—Así —responde enigmático y claramente disfrutando de toda mi curiosidad mientras le da un sorbo a su cerveza.

En ese momento, Sarah y Owen entran en el bar y enseguida reparan en nosotros. Yo abro la boca dispuesta a decir algo ante su divertida mirada, pero me contengo cuando mi amiga se deja

caer a mi lado y suelta un cantarín «hola». Hay demasiados testigos para mantener esta conversación. Después, ¿cómo iba a seguir fingiendo que Reese no me interesa lo más mínimo?

Comienzan a hablar de cómo les ha ido el día, pero yo no puedo evitar seguir dándole vueltas a lo que ha dicho Milo. ¿A qué se refería? Ya tengo suficiente con que Reese sea el hombre más complicado de la tierra, lo último que necesito es a guapos kosovares convirtiendo frases a medias en malévolos acertijos.

Sin embargo, aunque ese runrún siga ahí, no tardo en entrar en la conversación y reírme con los chistes

malos de Owen. Son pésimos de verdad.

Todavía vamos por la segunda ronda cuando un ruido brusco, como el de un coche frenando prácticamente en el último segundo, llama mi atención. Miro a los chicos. Creo que ninguno se ha percatado de nada hasta que mi mirada se encuentra con la de Owen y la aparta arrepentido. ¿Qué está pasando?

Un par de segundos después, Reese entra en el bar y camina decidido hacia nuestra mesa. Su aspecto llama de inmediato mi atención y el corazón se me acelera o se me para de golpe, no lo sé. Tiene la ropa manchada de tierra y sangre y también el pelo y la cara. ¿Qué le ha pasado? Lo miro asustada. Está

furioso, mucho más que ningún otro día y, aunque no haya intercambiado una sola palabra con él, también sé que lo está de forma diferente, como si ese sentimiento de desencanto con el mundo se hubiese recrudecido hasta estallar.

—¿Qué coño hacéis aquí? — pregunta arisco, exigente, lleno de rabia.

Todos le prestamos atención, pero él sólo mira a Owen.

—Reese... —trata de calmarlo levantándose.

—¿A qué coño habéis venido? — replica interrumpiéndolo—. ¿A ver cómo los masacran? Joder, no pienso permitir que lo hagáis otra vez.

Y ese último comentario no es para nadie, es para él. Una especie de recordatorio.

—Las cosas se están complicando... —trata de explicarse Owen alzando suavemente las manos.

—¡Han matado a una familia entera!

De pronto todo parece quedarse en el más absoluto silencio. Reese está triste, dolido, furioso, decepcionado.

—Había dos críos, joder —continúa casi desesperado, pasándose las manos por el pelo—. Los paramilitares serbios los sacaron de su casa y los mataron delante de una patrulla de reconocimiento de Cascos Azules que no pudo hacer nada por evitarlo por no estar autorizada —sentencia con un odio y una rabia atronadores.

—Reese, siento que hayas tenido que verlo y lo siento por esa familia. ¿Crees que no me gustaría poder hacer algo?

—¡Pues hacedlo, joder!

Reese vuelve a pasarse las manos por el pelo y las deja en su nuca a la vez que gira sobre sus pies y se aleja un par de pasos en un paseo nervioso, acelerado, con un enfado demasiado intenso comiéndole por dentro. Sin saber por qué, me levanto. Lo cierto es que no sé qué hacer ni qué decir. Tengo el corazón encogido y ese peso muerto que tira de mi estómago y lo aprieta vuelve una vez más. Necesito consolarlo.

—Montolivo, no tienes ni idea de lo que hablas.

La voz llega a mi espalda. Me giro justo a tiempo de ver cómo la estela de un uniforme mimético militar bordea la

mesa y se coloca frente a Reese. No distingo quién es ni tampoco sé leer su rango, pero está claro que es un oficial de los Cascos Azules.

Reese se detiene en sus frenéticos paseos y baja las manos en un gesto brusco y arrogante.

—¿Y tú sí, Holland? —replica dando un amenazador paso hacia él—. ¿Cuántos muertos has visto desde tu bonito despacho en el cuartel general de la KFOR?

El militar frunce el ceño visiblemente incómodo.

—No te pases —le advierte el informado.

—No te pases... tú. —Su voz es amenazadoramente suave. Mucho más dura que un grito. Mucho más intimidante que cualquier amenaza—. ¿De verdad pensáis que estáis ayudando a alguien?, ¿que hacéis algo bueno por este lugar por levantar un maldito puente que la OTAN bombardeó hace nueve años? Seguid así y no quedará un jodido kosovar para cruzarlo. Sois unos gilipollas.

En esas últimas tres palabras ha habido provocación, rabia, arrogancia, pero, sobre todo, unas cristalinas ganas de pelearse, de sacar lo que lleva dentro partiéndose la cara con el primero que le dé una oportunidad.

El oficial lo empuja haciéndolo dar un paso hacia atrás. Milo y Sarah se levantan de golpe y los tres vemos la media sonrisa de perdonavidas de Reese antes de abalanzarse sobre él y propinarle un puñetazo. El militar se tambalea, pero, cuando Reese va a darle un segundo golpe, Owen y Milo se colocan en medio de los dos y este último lo obliga a alejarse empujándolo, haciéndolo caminar hacia atrás.

—¡Eres un desgraciado, Montolivo!
—grita Holland.

Reese no contesta, parece en otro mundo con la vista fija en él y los puños cerrados con fuerza. Milo intenta sacarlo del bar, pero no lo consigue.

—Reese —lo llama tratando de calmarlo—. ¡Reese, joder!

La voz de su amigo parece traerlo de vuelta, pero no se lleva la rabia. Reese se zafa brusco de su agarre. Se pasa la mano por el pelo una última vez contemplando a Holland con la ceja rota, con absolutamente todos los presentes en el bar atentos a la situación y, tras soltar un juramento ininteligible, se marcha escaleras arriba.

Yo observo un momento el vestíbulo que acaba de cruzar y de inmediato salgo tras él. No sé si quiere verme, lo más probable es que me mande a paseo, pero necesito asegurarme de que está

bien; en realidad, necesito que me deje calmarlo, estar con él, aunque ahora ya sepa que eso no va a pasar.

—Reese —lo llamo en cuanto enfilo el pasillo.

Está a punto de llegar a su puerta. Mi voz lo hace pararse en seco, sólo un segundo, y enseguida continúa caminando.

—Márchate —me pide sin ni siquiera mirarme, abriendo la puerta de su habitación y entrando.

Una parte de mí sabe que debería hacerlo, pero la otra ni siquiera la escucha y sigo andando. Cuando llego hasta su puerta entreabierta, me detengo y clavo la mirada en mis Converse

blancas antes de empujar la madera. Las señales de peligro siguen ahí, soy del todo consciente, pero todo lo que siento por él pesa más, mucho más.

Entro despacio y aún más lentamente cierro la puerta. Reese está frente al enorme ventanal, con las manos apoyadas en el marco y la mirada perdida en la ciudad que se despliega ante nosotros. Abajo puede que se enfrentara a la situación peleando, pero está claro que las mismas emociones están recorriéndolo por dentro y aquí, sin nadie con quien luchar, se hacen más evidentes que nunca.

—¿Estás bien? —le pregunto con mi tono más dulce.

Reese exhala brusco todo el aire de sus pulmones, pero no dice nada. Yo suspiro y me acerco un paso más. Aún nos separa su inmensa habitación.

—Quizá te... te sentirías mejor si hablaras de lo que... que te ha pasado — murmuro de nuevo.

—Lo último que haría sería hablar contigo, Sophie —sentencia sin dudar, sin ni siquiera tener que pensarlo.

Asiento varias veces. Ya sabía que no me lo pondría fácil, pero que no quiera hablar no significa que no lo necesite. Dios, ¿por qué no puedo limitarme a marcharme? ¿Por qué no puedo obviar esa vocecita que no para

de gritarme que me necesita aunque nunca vaya a reconocerlo? ¡Es tan frustrante!

Tomo aire.

—Sólo quiero ayudarte —trato de hacerle entender.

Reese deja caer la cabeza como si se hubiese rendido, pero, mandando el mensaje contradictorio, sus brazos se tensan aún más todavía agarrados al marco.

—Por favor...

—¿Quieres ayudarme? —me interrumpe cortante a la vez que se gira con brusquedad y camina hasta mí—. Desnúdate —me ordena.

Yo lo miro otra vez sin saber qué hacer o qué decir, pero al mismo tiempo algo dentro de mí ya ha tomado la decisión. Me deshago de mis zapatos y la mirada de Reese cambia por completo, se recrudece. Me quito el vestido y la ropa interior. Desnuda, suspiro hondo y resisto la tentación de taparme con mis propias manos. Estoy nerviosa, incluso descolocada, pero ahora más que nunca tengo claro que Sarah no se equivocó. Reese está roto por dentro. Yo sólo quiero consolarlo. No puedo pensar en otra cosa y, si todo el consuelo que puedo darle es de esta forma, lo haré sin dudar.

Reese me observa. Su mirada se pierde en mis ojos. Está demasiado triste, demasiado arrepentido, demasiado dolido. Por Dios, sea lo que sea lo que ha visto, no ha sido culpa suya.

Alzo las manos dispuesta a abrazarlo, pero él no me lo permite y me tira en la cama abalanzándose inmediatamente sobre mí. Me coge de las muñecas y, brusco, me las coloca por encima de la cabeza.

—No se te ocurra moverlas —ruge.

Asiento con la respiración agitada y el corazón latiéndome demasiado deprisa.

Reese se incorpora y, ágil, se deshace de su camiseta. Rasga un envoltorio plateado con los dientes, se coloca el preservativo rápido, sin dudas, y, sin mediar palabra, me embiste con fuerza, duro, casi desesperado, casi llegando a doler.

Gimo. Todo mi cuerpo se sacude.

Agarra de nuevo mis muñecas y me obliga a estirar los brazos al máximo.

Gimo de nuevo. El aire se evapora en mis labios.

Se mueve de forma ruda, muy ruda. Nuestros cuerpos sólo están unidos por nuestros sexos y mis manos retenidas. Reese no permite un solo contacto más. Está muy lejos de mí, de esta cama, en

todos los sentidos. Quiero besarlo, abrazarlo. Ahora más que nunca. Trato de mover las manos, pero reacciona apretándolas contra el colchón con más fuerza. Gimo frustrada intentando mantener el sentido común en mitad de todo el placer que, sea de la manera que sea, siempre me provoca.

Nuestras miradas se encuentran. Sigue enfadado. Sigue rememorando todo aquello. Está luchando contra sí mismo, contra todo lo que siente, contra el mundo. Está follándome para poder huir de todos los recuerdos tristes.

Sólo quiero ayudarlo. Sólo quiero quererlo. Necesito que me deje quererlo.

—Joder —gruñe.

Sale de mí, se levanta al tiempo que se deshace de sus vaqueros y me gira sin ninguna delicadeza. Tira de mis caderas y de nuevo noto su durísima erección chocar contra mi trasero.

—Agárrate al borde ya, Sophie.

Obedezco sin pensar. Trato de alcanzar el borde del colchón, pero no llego.

Reese clava sus dedos en mis caderas y reanuda sus embestidas; sus entradas y salidas cada vez más salvajes. Otra vez casi me hace daño. Otra vez me llena de placer. Otra vez está huyendo.

—Reese —pronuncio inconexa.

—Ni una puta palabra —replica con la voz rota por los jadeos, exigente, intimidante.

No me toca. No me acaricia. No me besa.

Lanza un juramento ininteligible y vuelve a tomarme de la cintura, moviéndome a su antojo. Se sienta en el borde de la cama y me acomoda en su regazo insertándome en él en el mismo movimiento.

Inmediatamente coge mis manos y las lleva a mi espalda y luego las agarra con una de las suyas.

Sé que debo estar callada, pero no puedo contenerme y grito. Reese responde haciendo más dura su atadura,

embistiéndome más fuerte.

La tristeza, la rabia, la culpa, no se van de sus ojos azules. Sube su mano por mi espalda, la hunde en mi pelo y empuja mi cabeza hasta apoyar mi frente en la suya.

Nuestras respiraciones se entremezclan. Acelera el ritmo. Sigue luchando... como si lo que quisiese sentir y lo que sintiese de verdad fueran cosas completamente diferentes, como si el sexo hubiese dejado de ser un arma para aislarse del mundo, para ahogar todos sus demonios.

Me embiste una vez más. Mi cuerpo se tensa alrededor del suyo y lo abraza y lo consuela aunque siga agarrando mis

manos. La excitación y el deseo crecen. Estallan. Y los dos nos corremos con el placer llenando nuestros cuerpos, atándonos de forma inexorable al otro.

Poco a poco vamos recuperando el preciado oxígeno. Reese sigue manteniendo mi frente en la suya. Lentamente, mueve su mano hasta que se acomoda en mi cuello y, aún más despacio, casi agónico, alza la cabeza buscando mis labios con los suyos y me besa. Me está diciendo más cosas de las que nunca me dirá con palabras. Se está rindiendo. Está dejando de luchar contra lo que siente por mí, contra lo que lo une a mí. Me está permitiendo que lo

consuele, me está permitiendo entrar en su mundo. Es el beso con más sentido que me han dado jamás.

Se separa con suavidad y su mirada vuelve a atrapar la mía a la vez que suelta un profundo suspiro.

—Sea lo que sea —susurro—, pasará y volverás a estar bien.

Muevo las manos y Reese abre su agarre. Alzo una de ellas, pero, cuando estoy a punto de acariciarlo, se separa con brusquedad.

—Joder —susurra con la voz tan ronca que apenas puedo oírlo.

Me aparta de su regazo y se pone de pie de un salto. Toda su rabia parece haber vuelto de repente.

—Reese —lo llamo levantándome, observándolo. ¿Por qué ha vuelto a encerrarse en sí mismo?—. Reese, ¿qué pasa?

—Pasa que ya te he echado un polvo, que era lo que quería —sentencia deslizando su camiseta de nuevo por su torso y abrochándose los vaqueros—. Márchate.

¿Qué?

Por un momento, me quedo inmóvil, desnuda, en el centro de su habitación. Me siento ridícula, decepcionada, triste, furiosa, idiota. Siento como si hubiesen tirado de la alfombra, del mundo entero, bajo mis pies.

Ni siquiera sé cómo, pero logro reaccionar. Me visto todo lo deprisa que soy capaz y, a cada prenda que me pongo, la rabia crece. Cuando me agacho para recoger mis Converse del suelo, ya lo eclipsa todo. Reese está sólo a unos pasos de mí, contemplando toda la escena. Yo no digo nada, y no es porque no sepa el qué, es porque no quiero. No se merece una sola palabra.

Al salir de la estancia, el silencio es tan ensordecedor que puede llegar a ahogar.

Cruzo el pasillo, rezando por no encontrarme con nadie, luchando por no llorar, y llego a mi habitación. Meto la

llave, pero la cerradura se niega a cooperar.

—Vamos —mascullo con la mirada vidriosa y la voz entrecortada.

En ese instante oigo un ruido a mi derecha, la puerta de Reese se abre y él sale con el paso atropellado.

—Sophie —me llama caminando, prácticamente corriendo hacia mí.

No. Maldita sea. No quiero verlo. No quiero estar cerca de él.

Saco la llave y vuelvo a meterla. Empujo la puerta con rabia y, al fin, se abre. Entro deprisa y cierro a mi espalda. Sólo me he alejado un par de pasos cuando sus golpes al otro lado me sobresaltan.

—¡Abre, Sophie! —ruge.

—¡No! —grito furiosa.

Ya no puedo controlarlo más y rompo a llorar.

—¡Abre la maldita puerta!

Suena desesperado, pero no me importa. Yo sólo quería ayudarlo. No soy ninguna estúpida, sé que no siente lo que ha dicho, pero también sé que quería hacerme daño para alejarme de él y eso es casi peor. Nunca, jamás, va a dejarme entrar en su vida. Da igual cuánto lo desee. ¿Y en qué posición me deja eso? ¿Qué pretende que haga? Yo lo quiero y cada vez que me aparta, que se marcha, que me dice que lo nuestro no puede ser, me destroza un poco más.

—¡No! ¡Vete! ¡Quiero... quiero que te... que te vayas, Reese! —La rabia y las lágrimas entrecortan mis palabras.

Giro sobre mis pies dando la espalda a la puerta y alejándome de ella. Mi pecho se hincha y se desinfla presa de mis sollozos cada vez más bruscos. Quiero dejar de llorar, pero no puedo.

Un ruido muy brusco me sobresalta de nuevo. Me vuelvo a tiempo de ver cómo la puerta se abre de par en par y se estrella contra la pared.

—¡Lár... lárgate! —chillo.

Pero Reese no me escucha. Cruza la distancia que nos separa, sin levantar sus ojos de los míos, acuna mi cara entre sus manos y me besa.

Todo lo que siento por él brilla con fuerza, pero no puedo dejar que haga esto. ¡Me ha hecho demasiado daño!

Me zafo de él y le doy una bofetada. Reese vuelve la cara despacio y de inmediato atrapa mi mirada.

—¡Lár... lárgate! —repito con la voz llena de lágrimas.

Si él no me deja entrar en su vida, yo tampoco pienso dejarlo entrar en la mía. Tengo que protegerme. Tengo que empezar a ver las malditas señales de peligro. Reese no es bueno para mí. Todos lo saben. Él lo sabe. La única que parece estar completamente ciega soy yo.

Reese no lo duda: vuelve a devorar el único paso que nos separa, vuelve a coger mi cara entre sus manos y vuelve a besarme. Dios, sus labios, toda su necesidad, están a punto de convencerme, pero no puedo permitir que lo arregle todo con un beso. ¿Qué pasará después? Tengo demasiado claro que volverá a marcharse.

Lo empujo liberándome de él y lo abofeteo de nuevo.

Hay más rabia, pero también hay más dolor. Los dos lo sabemos.

—¡Vete! —grito.

Pero Reese tampoco me concede esa tregua y, antes de que termine esa simple palabra, vuelve a besarme llevándome

contra la pared, repitiendo ese acto cristalino de posesión y deseo, demostrándome que soy suya... y yo simplemente ya no puedo más y le devuelvo cada beso. Lo echo de menos y, cada vez que le he dicho que se marchase, ese sentimiento ha crecido un poco más hasta convertirse en una auténtica tortura. Lo quiero. Estoy muerta de miedo, pero lo quiero.

Reese se separa, alza la mano y acaricia con delicadeza el contorno de mi cara, con sus ojos fijos en el movimiento.

—Lo siento —susurra.

Todo lo que despierta en mí burbujea en la boca de mi estómago, en cada hueso de mi cuerpo.

—Te quiero —murmuro.

Su mirada se clava de forma automática en la mía. Parece sereno, calmado, incluso frío, pero en sus ojos hay un miedo infinitamente más sordo que el que dibujaban cuando llego al bar.

—No puedes quererme, Sophie —susurra.

¿Qué? ¿Por qué?

—Sí, puedo, y tú también puedes quererme a mí. Podemos ser felices.

Reese sonríe triste, fugaz, y a la vez lleno de condescendencia, como si otra vez le pareciese la cosa más inocente que ha visto sobre la faz de la tierra. Odio que me mire así.

—Yo no tengo nada bueno dentro, Sophie —sentencia—. Cuanto antes lo entiendas, mejor.

No. No es verdad.

Suspiro hondo tratando de contener las lágrimas que de nuevo ruedan sin control por mis mejillas y niego suavemente con la cabeza. Está muy equivocado. No s  qué le pasó en 1995, no s  por qué tiene esa imagen de sí mismo, pero, sea por el motivo que sea, est  del todo equivocado.

Sin embargo, como tantas veces, decide dar la conversación por terminada y se marcha.

—Reese —lo llamo en un desconsolado murmullo.

Pero él sale de mi habitación sin mirar atrás.

Me quedo observando la puerta cerrada inmóvil. Quiero dejar de llorar, pero, si antes me resultaba difícil, creo que ahora es sencillamente imposible.

Yo sólo quiero ser feliz con él y ahora tengo más claro que nunca que Reese no va a permitirlo. Sarah tenía razón. Si me hubiese fijado en Matt, no estaría viviendo nada de esto. Tendría una existencia pacífica y tranquila... y

también estaría vacía. Resoplo y me siento en el borde de la cama. Daría todo lo que tengo por saber qué le pasó en 1995, qué lo destrozó por dentro.

Un fortísimo estruendo me hace levantarme de la cama de un salto. El cielo de color naranja me recibe desde la inmensa ventana. El calor es sofocante. Los F-16 y las bombas se oyen cada vez más lejanas. Despacio, me dejo caer de nuevo sobre el colchón y mi respiración comienza a relajarse. Sin embargo, no puedo apartar la mirada del ventanal, de ese cielo de un color diferente. ¿Cómo sería mi vida si me hubiese quedado en Nueva York? ¿Cómo sería si no hubiese decidido cruzar

Bryant Park cuando salí de la biblioteca aquella mañana?, ¿si hubiese huido de Reese cuando todos mis instintos me lo suplicaron?

Abro los ojos. La luz del sol me molesta. Los vuelvo a cerrar. En ese preciso instante, el incómodo sonido de mi despertador satura cada rincón de la habitación. Tengo que levantarme.

Me meto en la ducha como cada mañana y, también como cada día desde que conocí a Reese, mi mente es una maraña de autoengaño, suspiros y ojos azules desde primera hora. «Cuanto más guapo, más problemas te traerá.» La

mujer despechada que creó esa frase se merece el premio Nobel de las relaciones sentimentales.

Estoy calzándome mis botas de media caña cuando llaman a la puerta. Frunzo el ceño y alzo la barbilla mientras mantengo la bota cogida por los extremos y empujo el talón. ¿Quién será? Vuelven a llamar, esta vez más insistentemente.

—Voy —respondo levantándome, alisándome mi vestido y echando a andar.

Cuando lo veo al otro lado de mi puerta, el corazón me da un vuelco. ¿Qué hace aquí? ¿Qué quiere? Las

preguntas se mezclan en mi garganta atolondradas sin que salga ninguna.

—Hola —me saluda Reese.

Yo dejo escapar un largo suspiro y alzo la barbilla altanera manteniéndole la mirada. Puede que una vez más esté tan injustamente guapo que me haya robado hasta el habla, pero no pienso permitir que él lo sepa y, mucho menos, que crea que tiene a la tonta enamorada esperando a que venga a buscarla. Aún estoy demasiado confusa y enfadada por todo lo que pasó ayer.

Reese no dice nada dejando que yo hable. No pienso hacerlo. Su reacción no se hace esperar y resopla malhumorado a la vez que tiene la

mirada perdida al fondo del pasillo, sólo un segundo, justo antes de clavar sus indescifrables ojos en los míos de nuevo.

—Te vienes conmigo —dice sin más, inclinándose sobre mí, tirando de mi muñeca y obligándome a salir de la habitación.

—Suéltame —prácticamente le grito zafándome de su agarre y dando un paso atrás—. No pienso ir contigo a ninguna parte. Además, tengo que ir a trabajar con Milo.

Por si te quedaban dudas,
Montolivo.

Reese entorna los ojos y de inmediato saca su iPhone del bolsillo. Marca un número y espera impaciente a que lo cojan. Yo, en lugar de cerrarle de un portazo en la cara y bajar trepando por la fachada, estoy de pie, mirándolo como si estuviese hechizada. Desde luego tengo que ser rematadamente idiota.

«O él es rematadamente atractivo.»

Voz de la conciencia, cállate. No ayudas.

—Milo, soy Montolivo. —Cuando escucho a quién llama, la que entorna los ojos soy yo. ¿Qué está tramando?—. Voy a ir a la parte norte de la ciudad y veré a Mijaíl. Quizá haya recibido algo

de contrabando y puedas llenar de vendas ese dispensario cochambroso en el que trabajas... No, no hace falta. Me llevaré a Sophie —añade sin levantar sus ojos de los míos, con una arisca sonrisa en los labios—. Avísala y dile que la espero en el bar del hotel.

Sin más, cuelga y se guarda el teléfono en el bolsillo. Miro a Reese y aprieto los labios hasta convertirlos en una fina línea. Es un manipulador engreído y me da igual cómo haya dado por hecho que van a salir las cosas. No pienso ir con él a ningún sitio. En ese preciso instante, mi móvil empieza a sonar en algún punto de mi habitación. Mi enfado se renueva como un ciclón.

—Ya lo has oído, muñeca —dice increíblemente presuntuoso, disfrutando de toda mi indignación—. Te espero en el bar. Tienes dos minutos.

Sin esperar respuesta por mi parte, se marcha rebosando toda esa seguridad. ¡No lo soporto! ¿Por qué no puede dejarme en paz? Me aparta de su vida cada vez que le da la gana, pero, si soy yo la que quiere hacerlo, manipula la situación hasta salirse con la suya. ¡No es justo!

Cierro de un portazo.

—Joder —protesto.

¡No es nada justo!

Como ya imaginaba, es Milo quien me llama y, como ya imaginaba también, me pide que acompañe a Reese. Pongo una docena de excusas y sugiero varias veces que debería ser él quien lo acompañe. Me niego a seguir sus planes sin rechistar como si fuese un perrito esperando la galletita. No quiero pasar un solo segundo con Montolivo. Pero, pese a todos mis esfuerzos, no tengo nada que hacer. Por si fuera poco, Milo me repite una docena de veces que es muy importante que convenza a Mijaíl de que nos dé todo lo que pueda. El dispensario está bajo mínimos y, aunque lo que Owen nos dio ayer servirá, y mucho, estamos muy lejos de tener todo

lo que necesitamos.

Salgo de mi habitación furiosa como lo he estado pocas veces en mi vida. Reese me espera al borde de la escalera, lo que significa que tengo veintiún peldaños para observarlo y, una parte de mí, asesinarlo con la mirada y sus mejores pinturas de guerra y, la otra, suspirar admirada por lo bien que le sienta esa incipiente y sexy barba. Maldita sea, me encantaría poder odiarlo sin que tuviera el poder de poner en funcionamiento la máquina de hormonas que llevo dentro.

Mantente fuerte, Silver. Puedes ser inmune a sus encantos.

Asiento, vuelvo a alzar la barbilla y bajo el último peldaño fingiendo que Reese Montolivo no existe para mí.

—¿Nos vamos? —pregunto displicente—. Tengo muchas cosas que hacer hoy.

Reese me observa de arriba abajo sin ninguna amabilidad en su mirada. Está enfadado, lo sé, y también tengo claro que lo está aún más después de que no le haya puesto las cosas fáciles esta mañana. Sin embargo, no me importa lo más mínimo, porque yo también lo estoy.

Finalmente se aprieta el labio inferior con los dientes y echa a andar. Yo lo sigo esforzándome en mantener su

paso. No hemos salido aún del hotel cuando, tomándome por sorpresa, me coge de la mano. No dice nada, ni tampoco me mira para hacerlo, pero el gesto está lleno de una abrumadora familiaridad, como si fuese lo que mi cuerpo estaba clamando a gritos y yo ni siquiera lo supiese, como si así fuese exactamente como tiene que ser. Sin embargo, mi enfado y mi sentido común regresan justo a tiempo. No puedo dejarlo que haga siempre lo que quiera y, sin dudarlo, me suelto de su mano. Ha sido difícil, pero tengo que mantenerme en mis trece. Sin embargo, Reese, otra vez sin ni siquiera mirarme, vuelve a agarrarme. ¿Quién se cree que es? Mi

enfado aumenta. Me suelto de nuevo con brusquedad. No soy su muñequita. Reese vuelve a resoplar y atrapar mi mano otra vez. No la ha rodeado por completo cuando me suelto una vez más, pero prácticamente en el mismo segundo Reese me agarra de nuevo.

—Sophie —ruge malhumorado deteniéndose y girándose hacia mí.

—¿Qué? —replico exasperada—. No soy tu juguetito, Reese.

¡Maldita sea! ¡Estoy muy cabreada!

Reese sonrío arisco y mordaz, un solo segundo, y da un paso hacia mí.

—Claro que no lo eres —susurra.

Sus palabras me pillan fuera de juego. ¿De verdad lo ha entendido? ¡Genial! Significa que todavía tenemos una esperanza.

—Gracias por entenderlo.

—No tengo nada que entender — replica con la voz suave e intimidante —. No eres mi juguetito porque yo no quiero que lo seas, pero está claro que tú te mueres de ganas, muñeca —añade haciendo hincapié en la última palabra.

—Eres... eres...

Pero, antes de que pueda llamarlo gilipollas, Reese se abalanza sobre mí, me lleva contra la pared y me roba un beso en mayúsculas. Yo trato de

empujarlo y lo golpeo en el pecho con los puños. Está siendo un acto lleno de rabia y, sobre todo, de control.

—Maldita sea, Reese —me quejo en cuanto se separa.

—No puedes alejarte de mí —sentencia con esa misma rabia brillando en sus ojos azules.

—Pero tú si puedes echarme de tu lado cada vez que quieras —replico enfadadísima.

Por un momento, su expresión cambia, como si también se odiara un poco cada vez que me aparta de él. ¿Qué locura es ésta? ¿Por qué las cosas tienen que ser así de complicadas?

Reese frunce el ceño de forma imperceptible tratando de leer en mi mirada como tantas veces. El camino es recíproco y yo también puedo ver en la suya que esto lo afecta tanto como me afecta a mí.

—Exacto —sentencia.

Y, sin más, gira sobre sus pies y sale del hotel.

¡Dios! ¡¿Por qué tuve que fijarme en él?!

Salgo tras él con el paso acelerado, furiosa.

—Eso no es justo —prácticamente grito a su espalda, a unos pasos.

Reese se lleva las manos a las caderas a la vez que se da la vuelta.

—¿Y crees que eso me importa? — replica dando un paso hacia mí—. No pienso ser justo contigo nunca, Sophie.

Y, de pronto, el doble sentido de esa frase crece entre los dos y lo inunda todo. No piensa ser justo conmigo porque nunca me tratará como trata a los demás, porque no me mirará como mira a las otras chicas.

—Reese —murmuro.

No sé qué decir, qué hacer, qué sentir.

Reese exhala todo el aire de sus pulmones sin levantar sus ojos de los míos, camina hasta mí y, despacio, alza su mano. Sus dedos acarician mi palma perezosos, suaves, casi efímeros, hasta

que se entrelazan con los míos. Yo observo nuestras manos unidas y después dejo que su mirada me atrape una vez más. Todo lo que pasó anoche, lo que ha pasado esta mañana, ahora, lo que lleva pasando desde que nos vimos por primera vez en Bryant Park, parece aliarse en mi contra y grabar a fuego en cada hueso de mi cuerpo que ya nunca podré huir de esto, de él. Y sé que Reese ha sentido exactamente lo mismo. Sus dedos acariciando mi mano han hablado por él.

—Vamos —me ordena con suavidad.

Atravesamos la ciudad a toda velocidad con *Fortunate Son*,* de Credence Clearwater Revival, sonando

en la radio. Tengo mucho en lo que pensar y es obvio que Reese también, porque ninguno de los dos dice una palabra.

Sin que sea algo evidente, poco a poco me voy dando cuenta de que nos estamos adentrando en una parte completamente diferente de la ciudad. Los edificios, las calles, son iguales a los de cualquier otro barrio, pero la idea de que hemos cruzado una frontera invisible es cristalina.

—Es el barrio serbio —dice Reese sacándome de mi ensoñación, al tiempo que gira el volante para acceder a una estrechísima calle.

Aparca a un lado y los dos nos bajamos a la vez. Mientras cierro la portezuela del jeep, miro a mi alrededor tratando de ver algo que confirme las palabras de Reese, como si mágicamente fuese a ver un cartel con luces de neón anunciando dónde nos encontramos.

—Pensé que no quedaban civiles serbios en Pristina —comento descolocada.

—Nacieron aquí —responde mientras deja su bandolera sobre el asiento del coche y la abre buscando algo—. Éste es su país —sentencia.

¿Por qué tengo la sensación de que acaba de darme otra lección?

—Lo sé —me apresuro a responder. Entiendo dónde estamos, no soy ninguna niña—, pero, después de todo lo que han pasado, imaginé que se habrían marchado a Serbia. Ése es su verdadero país.

Reese se cuelga la bandolera y cierra la puerta del jeep.

—Tu país es algo más que lo que tu religión o un fanático grite en una plaza abarrotada de miles de fanáticos como él —afirma—. Es donde esté la gente a la que quieres y a la que tuviste que enterrar. Donde, para bien o para mal, esté tu hogar, y esta gente, después de ocho años de guerra, han aprendido esa lección a la perfección.

Algo en su mirada ha cambiado. De verdad ha sentido cada palabra. A veces me descoloca cómo puede querer tanto este lugar, conocerlo tan bien, y al mismo tiempo sentirse tan desencantado con el mundo... o quizá precisamente por eso se siente así. No lo sé. En cualquier caso, resulta hipnótico ver cómo defiende cada día este pequeño rincón del planeta.

—Es obvio que te encanta este lugar —pronuncio como si mis palabras tuvieran voluntad propia, observando cómo camina hasta mí—, pero a veces te comportas como si odiaras todo lo que te rodea.

Él se detiene en seco y vuelve a fruncir el ceño de esa manera, sopesando opciones. Está claro que no es un tema del que quiera hablar, pero yo necesito algunas respuestas.

—¿Por qué te sientes así? ¿Qué fue lo que pasó?

Reese me observa y, tras unos segundos, echa a andar sin darme respuesta alguna. Yo no lo sigo. No pienso hacerlo. Me merezco poder entenderlo. Puede que él nunca vaya a dejarme entrar en su vida, pero, si quiere besarme, si quiere cogermela mano, si quiere que yo le deje entrar en la mía, tiene que darme algunas respuestas.

—Me merezco saberlo —sentencio.

Al escuchar mis palabras, Reese se frena y resopla con fuerza. Todo su cuerpo está tenso, en guardia.

—La conversación se ha acabado, Sophie.

¿Por qué? Un vertiginoso enfado crece dentro de mí. No puede decidir siempre por los dos.

—Imagino que no lo pasaste bien durante la guerra —no me rindo—, es imposible que lo hicieras, pero es obvio que tuvo que haber algo más.

—Muñeca —me reprende volviéndose.

—Te conozco. Tú no odias este lugar...

—Sí, lo odio —me interrumpe intimidante—. ¿Te haces una jodida idea de las cosas que he visto? ¿De cómo me sentía cuando trataba de contar lo que pasaba aquí y a nadie parecía importarle?

La rabia inunda por completo su voz. La rabia y el más cristalino arrepentimiento. Por Dios, ¿qué fue lo que ocurrió?

—No, no puedo hacerme una idea. Por eso necesito que me lo expliques —replico.

Sin quererlo, mis palabras también suenan tristes, casi desesperadas. Lo que le ocurrió en 1995 ha obligado a Reese a construir un muro a su alrededor y eso

nos mantiene separados. Ni siquiera conozco la historia y ya la odio con todo mi corazón; es lo que me aleja de él.

Reese se pasa las manos por el pelo y cabecea tratando de recuperar el control.

—Esta conversación se ha acabado —repite sin asomo de dudas.

Otra vez me está dejando al margen.

—Matt dice que no eres capaz de querer a nadie —susurro.

Su mirada se recrudece y al mismo tiempo se vuelve más dura, más intimidante, como si estuviera conteniendo todas las emociones que lo arrasan por dentro.

—¿Es verdad?

No sé si hago bien en provocarlo, pero necesito respuestas.

—No es asunto tuyo —replica echando a andar.

Maldita sea. ¡Sí lo es!

—Sí que lo es —insisto siguiéndolo, casi gritando—. Si no eres capaz de querer a nadie, me merezco saberlo. Me merezco poder querer a alguien que sí me quiera a mí, que me lo diga, que desee compartir su vida conmigo.

—¿Y una casa con críos, un perro y una maldita valla blanca? —me interrumpe furioso a la vez que se da la vuelta.

—¡Sí, una maldita valla blanca! —
contesto desesperada—. ¿Qué tiene de
malo? ¿Por qué te resulta tan increíble
que alguien pueda querer todo eso
contigo?

—¿Y tú por qué no puedes entender
que yo sí quiero todo eso contigo?
Joder, que me enfrentaría al maldito
mundo por poder cambiar las cosas y
poder dártelo, pero no puedo —
responde tan desesperado como yo, tan
cansado, tan dolido, tan triste.

Trago saliva apretando los labios
para contener el llanto. Él tampoco
desea que las cosas sean así, también las
odia, pero lo cierto es que al final
depende de él y no de mí y eso me deja

en la peor posición. Yo soy la que está aquí, en mitad de una calle cualquiera de Pristina, pidiéndole al chico más guapo del universo que la ame.

—No puedes, no —musito, y una lágrima cae por mi mejilla aunque me la seco rápidamente—, no quieres.

—¡No puedo!

Su frase nos silencia a los dos. Sin darnos cuenta hemos vuelto a mi habitación. Yo sigo llorando y él acaba de decirme que no tiene nada bueno dentro.

—¿Tú me quieres, Reese?

—Sophie —me reprende o me llama, ¿quién sabe?

—Si me quieres, necesito oírlo aunque sólo sea una vez.

—No puedo.

Niega con la cabeza bajando su mirada hasta clavarla en el suelo.

—Reese, por favor —le suplico.

Por favor.

Alza la cabeza y sus ojos azules están salpicados por tantas emociones que me roban por completo la reacción y consiguen que mi corazón lata más rápido que nunca.

—No puedo —sentencia en un ronco susurro.

Y nunca lo había visto tan vulnerable como pronunciando esas palabras.

Yo asiento y, sin decir nada más, me alejo unos pasos, me vuelvo y comienzo a caminar, a correr. Reese no me llama, tampoco me sigue. Sabe que me merezco poder huir de él, que me lo he ganado. No se trata de que no me quiera, se trata de que nunca será capaz de permitir que lo que siente por mí pese más que todo lo demás, que todo el dolor, que lo jodido que está por dentro. Nunca va a dejar de ser el Reese Montolivo de 1995 y yo no puedo quedarme a verlo. Casi no puedo respirar. Todo esto duele demasiado.

Corro por las calles de Pristina sin ni siquiera saber adónde dirigirme. Debería volver al hotel, explicarle a

Miro lo que ha pasado y pedirle la dirección de ese tal Mijaíl. Miro a mi alrededor con los ojos desenfocados por las lágrimas. No reconozco un solo edificio o calle para poder orientarme. De todos modos, me resultaría un poco extraño que eso sucediese. Es la primera vez que vengo a esta parte de la ciudad. Es obvio que no voy a saber regresar al hotel yo sola.

En la acera de enfrente veo algo parecido a un pequeño bar. Con un poco de suerte, el dueño o alguno de los camareros hablará inglés y podrá indicarme dónde coger un taxi o un autobús. Apenas he bajado los tres escalones de piedra que separan el local

de la calle cuando todas las miradas se clavan en mí y todas lo hacen llenas de desconfianza. Yo trago saliva y avanzo con el paso inseguro hacia la barra. El sitio no es muy grande, pero debe de haber unas quince personas. Saludo en serbio, la única palabra que he aprendido, y, nerviosa, apoyo las manos sobre el mostrador de madera.

—¿Habla mi... mi idioma? —le pregunto en un susurro al camarero.

Él me mira sin ninguna amabilidad y sin ningún interés en fingirla. Yo sonrío con educación tratando de despertar su simpatía o, por lo menos, su empatía. Dudo mucho que esté consiguiendo alguna de las dos cosas.

Entonces reparo en tres retratos que están colgados a su espalda. Automáticamente los identifico. Creo que cualquier persona que haya decidido venir aquí, o que haya visto la CNN el último año, lo haría. Son Karadzic, Mladic y Milosevic, los principales responsables de la guerra por el bando serbio y acusados de crímenes de guerra, contra la humanidad y genocidio por el Tribunal Penal Internacional. Bajo los cuadros, hay una desvencijada balda de madera y, sobre ella, flores y velas. ¡Es un altar! De modo inconsciente miro a mi alrededor y todo lo que veo encaja a la perfección: banderas de Serbia, de la antigua

Yugoslavia y el escudo del Ejército Federal Yugoslavo pintado en la pared del fondo. Dios, ¿dónde me he metido?

—Yo sí hablo tu idioma —dice un hombre con la voz ronca sentándose en el taburete junto al mío.

Suspiro aliviada porque vaya a conseguir salir de esta especie de madriguera de ultranacionalistas serbios, pero, cuando me vuelvo y lo miro, un escalofrío helado me recorre la espalda. Él me está observando con cara de pocos amigos, como lo hacen todos. Tiene una cicatriz que le recorre la cara desde la oreja derecha hasta la barbilla y otra aún más grande en la mano con la que juguetea con un cuchillo militar.

—Quería... quería saber dón...
dónde puedo tomar un... un taxi.

Fingir que no estoy viendo nada raro y preguntar lo que venía a preguntar es lo mejor que puedo hacer. Si me limito a dar las gracias y me marcho, es más que probable que no me dejen salir de aquí.

—¿Qué haces aquí?

En ese momento recuerdo las palabras de Reese el día que vimos a los soldados serbios en el mercado.

—Soy... soy periodista.

—¿Norteamericana? —pregunta con un marcado acento serbio.

Asiento. Creo que nunca había estado tan nerviosa.

El hombre se levanta, se inclina sobre mí y coloca el cuchillo encima de la barra, justo delante de mí. Huele a alcohol barato y a cigarrillos aún más baratos. Su cuerpo está pegado al mío. Siento náuseas.

—No pareces una periodista yanqui —susurra en mi mejilla.

Creo que nunca había estado tan asustada.

—Pues lo es. —Oigo la voz de Reese a mi espalda.

Gracias a Dios.

Reese camina hacia mí, me coge de la mano y tira hasta colocarme a su espalda.

—¿Qué coño te crees que haces? —ruge el serbio situándose frente a él.

—¿Qué coño te crees que haces tú? —responde Reese sin amilanarse—. ¿Te gustó cuando bombardearon tu queridísima Serbia? ¿Quieres que vuelvan a hacerlo ahora? Somos norteamericanos, reducirán este agujero a cenizas si nos tocáis un solo dedo.

El tipo parece captar el mensaje, porque da un paso atrás sin apartar la mirada de Reese. Sin embargo, cuando estamos a punto de volvernos para marcharnos, el hombre hace un rápido movimiento y, antes de que Reese pueda hacer nada por evitarlo, lo encañona con un arma.

No. No. No.

Suspiro de puro miedo y me tapo la boca con las dos manos sin poder dejar de mirar el arma.

—¿Sabes? —dice apuntando a Reese directamente al corazón, pero sin llegar a tocarlo—. Si morís aquí, morís en Kosovo —pronuncia la última palabra con desprecio—, así que, si uno

de vuestros malditos aviones se lo lleva por delante, lo consideraré un trabajo bien hecho.

—Si toda la basura como tú muere con la primera bomba, lo mismo digo — responde Reese intimidante.

No sólo no está asustado, sino que no piensa permitir que el tío que lo encañona crea que tiene alguna posibilidad de ganar esta situación.

El serbio se ríe y con él algunas de las personas que nos observan, pero Reese permanece impassible.

—Eres un gilipollas — replica cuando sus desagradables carcajadas se calman—, y no parece que te importe morir —sentencia amartillando el arma.

No, por favor, no.

—Sophie, márchate —me ordena Reese.

No, no pienso irme. No pienso dejarlo aquí.

—La chica no va a ningún sitio.

—La chica se larga de aquí —ruge dando un paso hacia delante y poniendo el frío cañón del arma en contacto con su pecho.

Reese comienza a hablar en serbio, un susurro ronco con la mirada clavada en los ojos de ese malnacido sin una pizca de nerviosismo, de miedo, como si no le importara lo más mínimo que

estuviese a un disparo de vivir o morir, como si, a pesar de todo, siguiese controlando la situación.

El hombre suspira con fuerza y endurece el agarre de su mano sobre la pistola. Gruñe algo en serbio y de inmediato dos hombre se levantan, me arrancan del lado de Reese y me llevan hacia la puerta.

—¡No! —grito—. ¡Sol... soltadme!

¡No pienso dejarle! Pero poco parecen importarles mis quejas. Salimos a la calle y me empujan tirándome al suelo a unos pocos metros. Yo me revuelvo y me levanto prácticamente en

el mismo segundo en el que caigo y los miro desafiante. No voy a marcharme sin Reese.

Uno de los tipos me mira con una sonrisa en los labios. Está claro que no le resulto mínimamente intimidante, pero no me importa. No pienso dejarlo tirado en ese nido de fanáticos. Doy un paso adelante dispuesta a decir que o lo sacan de ahí o llamaré a la KFOR cuando Reese aparece, pasa entre los dos hombres y camina directo hacia mí.

—Vamos —ruge cogiéndome de la mano y obligándome a empezar a andar.

—¿Cómo has... cómo has conseguido que... que te... te soltaran?
—pregunto ya a unos pasos del bar.

—Ahora no, Sophie.

Avanzamos deprisa y, cuando torcemos por la primera calle que nos ofrece la oportunidad, Reese nos obliga a empezar a correr. No suelta mi mano en ningún momento. Callejamos hasta que se frena en seco, me deja junto a la pared y él se asoma cauteloso.

—No nos siguen —murmura.

Yo respiro hondo. No contaba con la posibilidad de que nos siguieran, pero el hecho de que al final no lo hagan me llena de alivio.

Reese se separa de la pared y se coloca frente a mí, con sus ojos estudiándome, registrando cada uno de mis gestos por pequeños que sean.

—¿Estás bien? —pregunta.

Hay más preocupación, más tensión, en esas dos palabras que en todas las que ha pronunciado en serbio hace unos minutos.

—Sí —murmuro.

—Joder —gruñe y, sin más, sumerge las manos en mi pelo y me besa con fuerza.

Yo gimo en su boca y le devuelvo cada beso. No sé qué habría hecho si le hubiese ocurrido algo. Ni siquiera quiero pensarlo.

Reese se separa, pero se queda demasiado cerca. Su frente está apoyada en la mía y nuestras respiraciones se

entrelazan agitadas por la carrera, por toda la tensión, porque al final seguimos siendo él y yo.

—Que no pueda decirlo no significa que no lo sienta —susurra contra mis labios.

Y de pronto todo lo que siento por Reese brilla con tanta fuerza que no deja espacio para nada más, ni para enormes señales de peligro, ni para advertencias firmadas por mi sentido común, ni siquiera para el más puro instinto de supervivencia. Lo quiero. Ahora mismo eso es lo único que me importa.

Vuelve a besarme y yo vuelvo a recibirlo encantada. Su cuerpo aprisiona el mío contra la pared. Sus manos

vuelan hasta mis caderas y se deslizan bajo mi vestido.

Suspiro, gimo de nuevo, mientras su boca se pierde en mi cuello y me muerde justo antes de lamer con veneración la piel que él mismo ha incendiado.

Coloca su mano detrás de mi rodilla y me obliga a levantarla y rodear su cintura a la vez que su otra mano me levanta a pulso anclándose en mi trasero. Yo reacciono inmediatamente. Alzo la otra pierna y me acoplo a él a la perfección. Su sexo me recibe duro y fuerte detrás de sus vaqueros gastados, chocando con fuerza contra la tela húmeda de mis bragas.

—Reese —susurro perdida en sus besos en mi cuello, echando la cabeza hacia atrás, dándole libre acceso a mi cuerpo.

Cuela su mano entre los dos, se desabrocha sus pantalones, aparta la tela de mis bragas y de un solo movimiento entra en mí.

¡Dios!

Toda la sensualidad, el deseo, la excitación, me desbordan. Reese me desborda. Me abre para él. Me llena entera.

—Reese —vuelvo a jadear inconexa.

Pierde la mano en mi pelo hasta llegar a mi nuca y me lleva contra él, besándome desbocado, recogiendo todos mis gemidos.

Me embiste cada vez más fuerte, más duro, más rápido. Por primera vez no hay nada entre los dos y todas las sensaciones se multiplican por mil.

Mi cuerpo se tensa.

Maldita sea, esto es demasiado bueno.

Reese hace un delirante círculo con las caderas. Apoya una de sus manos en la pared y comienza a moverse de forma más brusca, saliendo casi del todo y volviendo a entrar con rabia, con desesperación.

Una embestida.

Grito contra su boca.

Dos.

Es absolutamente increíble.

Tres.

—¡Joder! —grito.

Y me corro con más fuerza que ninguna otra vez... un orgasmo lleno de placer que recorre hasta el último centímetro de mi cuerpo, vaciándolo de toda la tensión por lo que ha pasado hoy, fabricando otra muy distinta para mí donde cada gota de sudor, cada gemido, cada inconexo temblor llevan el nombre de Reese Montolivo.

Vuelve a embestirme. No me da cuartel. No lo quiero.

Cuatro.

Cinco.

¡Seis!

Gimo. Gruño. Su mano se ancla en mi cadera. Aumenta el ritmo. Su cuerpo se tensa sobre el mío. Nuestras respiraciones se aceleran, se vuelven aún más caóticas.

Su agarre sobre mi piel se hace más posesivo. Sé que me dejará marcas. Él también. Y no sé cuál de los dos disfruta más con esa idea.

—Eres lo único que me mantiene vivo —ruge contra mis labios.

No puedo controlarlo. Mi cuerpo tiembla de nuevo y un orgasmo aún más delicioso que el anterior vuelve a

arrollarlo todo dentro de mí a la vez que Reese se corre ahogando un masculino alarido contra mi boca.

Espectacular.

Reese me baja despacio hasta que mis botas vuelven a tocar el suelo. Nos miramos a los ojos, pero ninguno de los dos sabe qué decir. La primera vez que nos acostamos se suponía que sólo tendríamos una noche. Después, las ganas de consolarnos el uno al otro pesaron más y volvimos a caer. Ayer le dije que lo quería. Hoy, a su manera, ha sido él quien lo ha dicho. ¿Cómo se supone que vamos a lidiar con todo

esto? ¿Qué somos? ¿Qué tenemos? Yo sé lo que quiero, pero, a pesar de todo, no sé si Reese está dispuesto a dármelo.

Da un paso atrás y, en silencio, nos arreglamos la ropa. Me coge de la mano y, despacio, empezamos a caminar. Las señales de peligro ahora son carteles de neón de veinte metros cuadrados.

Apaga la radio del coche y el silencio se hace más incómodo. Reese conduce concentrado en la calzada. Yo me agarro el bajo del vestido y mi mirada se pierde en la ciudad. El viento caliente me revuelve el pelo. Abandonamos el barrio serbio y nos adentramos en la parte de Pristina que me resulta más familiar. Aunque es lo

último que quiero, no puedo dejar de darle vueltas a lo que ha pasado. ¿Qué hubiese ocurrido si Reese no llega a aparecer? ¿Qué fue lo que le dijo en serbio a aquel hombre? Le estaba apuntando al corazón, ¿cómo es posible que no se acobardara, que no sintiera ni una pizca de miedo, de prudencia? No sé si fue increíblemente valiente o increíblemente estúpido. ¡Por el amor de Dios, podría haber muerto allí! De pronto recuerdo la frase que dijo, «eres lo único que me mantiene vivo», y todo se enmaraña un poco más. ¿Qué significa todo lo que ha ocurrido hoy?

—¿Qué fue lo que le dijiste a aquel tipo cuando hablaste en serbio? —pregunto volviendo la cabeza hacia él.

Reese atrapa su labio inferior con los dientes apenas un segundo e inmediatamente pasa su lengua por él fugaz. Sigue tenso, en guardia.

—Que tenía que soltarte —responde lacónico.

Empiezo a conocerlo, aunque sólo sea un poco, y sé que no me está contando toda la verdad.

—¿Y? —le presiono suavemente.

—Y que, si quería matar a alguien para hacerse el gallito delante de esa pandilla de gilipollas, que me matara a mí.

Yo resoplo a la vez que me echo hacia delante. ¿Cómo pudo ser tan increíblemente inconsciente? Le agradezco que intentara protegerme, pero no podía hacerlo a costa de su propia vida.

—Reese, ¿en qué estabas pensando para hacer algo así? Podrían haberte matado.

Aprieta la mandíbula. Parece aún más malhumorado, más furioso, más frustrado, pero no dice nada y, de pronto, lo entiendo todo. Quería que lo matara.

—¿Querías morir allí? —pregunto casi en un susurro.

Los ojos se me llenan de lágrimas. Estoy demasiado triste y demasiado furiosa.

Reese exhala todo el aire de sus pulmones y agarra con tanta fuerza el volante que sus dedos se emblanquecen. No quiere hablar. No quiere tener que reconocerme lo que ya sé.

—Para el coche —le pido.

Estaba dispuesto a morir porque cree que realmente lo merece. ¿En qué posición me deja eso? No quiero ser egoísta, pero tampoco puedo quedarme a ver cómo cualquier día aparece muerto en cualquier calle.

—Para el coche —repito.

Reese me ignora.

No puede decidir por los dos, esta vez no.

Sin dejar que el pensamiento cristalice en mi mente, abro la puertezuela del jeep con el vehículo en marcha. Reese lanza un juramento entre dientes y rápidamente se echa a un lado. Antes de que el coche se detenga del todo, salgo y comienzo a andar acelerada.

—¡Sophie! —grita bajándose y saliendo tras de mí.

Yo echo a correr. Sé que es una estupidez, que será una huida muy corta, pero no me importa.

—Para de una maldita vez —se queja alcanzándome, agarrándome del brazo y obligándome a girarme.

Yo me zafo con rabia y continúo andando. No dejo que su mirada me atrape, ni siquiera me permito contemplarlo un solo segundo. Sé el devastador efecto que tendría en mí y, para bien o para mal, ya he tomado una decisión.

Sin embargo, Reese no me permite separarme de él. Otra vez me ase de la muñeca y vuelve a girarme.

—Deja de comportarte como una cría —protesta; prácticamente ruge.

Eso tiene que ser una maldita broma.

—¿En algún momento te paraste a pensar en lo que habría pasado conmigo? —Lo triste, lo enfadada, lo decepcionada que me siento se hacen eco en cada una de mis palabras. Una lágrima cae por mi mejilla, pero me la seco con rapidez.

—Precisamente en eso es en lo único que pensaba —replica furioso—. ¡Te estaba protegiendo!

—¡No! —Nunca había sentido tanto dolor, tanta rabia—. ¡Estabas dejando que te mataran!

Sigue atrapando mi mirada y cada emoción que ha sentido a lo largo del día se intensifica en sus ojos azules.

—Tú no lo entiendes —masculla dibujando un cristalino dolor en cada letra.

—No sé lo que te pasó —respondo desesperada—, pero eres mejor de lo que piensas. No te mereces morir así.

Es una gran persona, bueno y generoso. No entiendo por qué no puede verlo.

—No sabes lo que estás diciendo —contesta negando con la cabeza, pasándose las manos por el pelo y dejándolas en su nuca—. Ni siquiera tendrías que estar aquí.

No pienso dejarle que me aleje de nuevo de él, ni siquiera que lo piense.

—Si vuelves a decirme que debería regresar a Nueva York...

—Deberías regresar a Nueva York, Sophie —me interrumpe sin asomo de dudas.

Ha dejado caer las manos junto a los costados y me mantiene la mirada fría, inexpugnable. Simplemente se ha rendido y ha vuelto a subir las murallas a su alrededor. No sé lo que pasó en 1995 y es probable que nunca lo sepa, pero está claro que, fuera lo que fuese, siempre va a estar entre nosotros. No es la primera vez que tengo esta revelación, pero ahora pienso escucharla.

—Esto se ha acabado —digo con la voz entrecortada.

No estoy nerviosa, pero ni mi cerebro, ni mi corazón, ni mi cuerpo son capaces de creer lo que acabo de decir.

—Tú nunca vas a dejarnos tener una oportunidad y yo no quiero estar contigo cuando aparezcas muerto en una cuneta —sentencio en un murmullo recordando las palabras de Sarah—. No lo soportaría. No soy tan fuerte —añado forzando una sonrisa que se entremezcla con las lágrimas que empiezan a caer, encogiéndome de hombros.

Tiene los ojos más bonitos que veré jamás, aunque me esté despidiendo de él, no puedo negar esa evidencia, pero

también están tristes, llenos de rabia, de dolor, de frustración. La prueba exacta de todo lo que lo golpea por dentro. Reese está destrozado en más sentidos de los que ni siquiera podría imaginar, y la batalla interna entre todo lo que siente y lo que le gustaría olvidar es casi épica y, al final, es lo que crea un abismo inmenso entre los dos.

—Sophie —me llama en un ronco susurro, dando un paso hacia mí.

No quiere que me vaya, pero yo necesito irme. Por una vez, necesito hacer lo que es mejor para mí y mi pobre corazón.

—No, por favor —musito negando con la cabeza, dando otro paso hacia atrás.

He dicho lo que debía decir y ahora toca ser consecuente.

No me lo pongas más difícil, por favor.

—Tomo anticonceptivos. Pensé que querías saberlo después de lo que ha ocurrido —murmuro.

El llanto se hace más intenso y aprieto los labios en un torpe intento de contenerlo. Giro sobre mis pies. No quiero alejarme de él. Resoplo reuniendo las pocas fuerzas que me quedan y comienzo a caminar. Antes no he mentado: si le ocurriese algo, no sé

qué haría. Que no estemos juntos no significa que deje de sentir todo lo que siento por él, pero, por lo menos, me da un tiempo para mentalizarme, para convencerme de que ya no notaré su cuerpo contra el mío, nuestros dedos entrelazados, que ya no habrá más besos. Voy a querer a Reese toda la vida y no puedo despedirme de él y perderlo al mismo tiempo.

Continúo caminando, tratando de dejar de pensar, pero es imposible. Por suerte consigo orientarme con facilidad y llego al hotel relativamente rápido. Me seco las lágrimas con el reverso de la mano y me sorbo los mocos antes de entrar. Lo último que quiero es que

todos sepan lo que ha pasado y cómo ha acabado la tonta e inocente Sophie Silver.

Estoy cruzando el vestíbulo cuando oigo cómo la voz de Milo me llama desde el bar. Finjo que no he odio nada y continúo hacia la escalera.

—Sophie —repite ya unos pasos de mí.

Me detengo con el pie en el primer peldaño y hundo los hombros a la vez que tomo aire, esperando que con la bocanada de aire también pueda expulsar de mi cuerpo las ganas de llorar.

—¿Qué haces aquí? —pregunta sorprendido—. ¿Todo bien?

Fuerzo una sonrisa que claramente no me llega a los ojos y me vuelvo.

—Sí, es sólo que... que me duele un poco la... la cabeza y he deci... decidido regresar al hotel.

Milo me observa en silencio.

—¿Y Reese?

—Tenía cosas que hacer —respondo de forma automática.

—¿Y ha dejado que vinieras sola desde el barrio serbio? —pregunta aún más sorprendido.

No sé si lo dice porque la parte norte de la ciudad es peligrosa de verdad o por lo inaudito de que Reese

me haya permitido dar dos pasos sin tres tanques y dos patrullas de la KFOR escoltándome.

—Me ha... me ha dejado a un par de calles y... y se ha marchado.

Técnicamente no estoy mintiendo.

Milo asiente, aunque es obvio que mi explicación no lo ha convencido. Yo aprovecho su silencio para dedicarle una lacónica despedida y seguir subiendo la escalera. Sólo quiero encerrarme en mi habitación y llorar dos días seguidos, a ser posible cantando a pleno pulmón canciones de los ochenta.

La puerta se me resiste, pero de un empujón consigo abrirla. En cuanto cierro, me dejo caer sobre la madera y

comienzo a llorar a moco tendido, exactamente como no me he permitido hacerlo delante de Milo y, por supuesto, como no me he permitido hacerlo delante de Reese.

¿Cómo es posible que ya lo eche de menos? Resoplo tratando de calmarme, pero es inútil. Oigo un ruido tras la puerta y automáticamente me sobresalto, me aparto y miro el pomo. Si se presentase aquí, no creo que tuviera las fuerzas necesarias para alejarme de él otra vez.

¡Basta ya, Silver!

Vuelvo a limpiarme las lágrimas con el reverso de las manos y me sorbo los mocos de nuevo. Tengo que dejar de

llorar. Llorando no voy a arreglar nada. Las cosas son como son y he tomado mi decisión.

Sin darme más tiempo para pensar, voy hasta el centro de la habitación, cojo la única silla que hay y la uso para atrancar la puerta. No puedo permitirle entrar. Me preocupa muy poco que salte un incendio y muera calcinada, aunque de todas formas, si estuviésemos en llamas, no creo que hiciera más calor del que hace ahora.

A pesar de todo, sólo necesito contemplar la puerta y la silla un par de segundos para romper a llorar de nuevo. Una parte de mí no para de gritarme que he hecho una estupidez, que corra a

buscarlo. La otra, simplemente no puede dejar de llorar, y las dos tienen claro que voy a querer a Reese toda la vida.

¡Maldita sea!

Me paso el resto de la noche en mi cuarto. Intento distraerme con el trabajo, pero no soy capaz de dejar de llorar, así que decido concederme esta noche para comportarme como las protagonistas de las novelas románticas. Mañana se acabó.

Reese Montolivo se acabó.

Desde la mañana siguiente, un domingo cualquiera, los días comienzan a parecerse mucho los unos a los otros.

Trabajo en el dispensario con Milo y, cuando regreso al hotel, escribo en mi habitación.

Ha pasado más de una semana cuando, después del trabajo, miro a mi alrededor y decido bajar a tomarme una cerveza con Sarah y los chicos al bar del hotel. Sin embargo, cuando estoy a punto de girar el picaporte de la puerta de mi cuarto, pienso en cómo me sentiría si me encontrara con Reese, si él quisiese hablar conmigo o, lo que es peor, si no quisiese. Es todo tan frustrante... y de forma inexplicable nunca deja de doler.

Un par de días después estoy subiendo la escalera como cada tarde camino de mi habitación. Hoy he regresado con retraso porque Milo ha tenido que marcharse y me ha pedido que hiciese yo el inventario. En los últimos días se ha ausentado varias veces y está de lo más misterioso. Creo que se trae algo entre manos, pero, a pesar de las aproximadamente mil doscientas setenta y tres veces que le he preguntado, no suelta prenda sobre qué. Cuando alcanzo el pasillo de la segunda planta, sonrío al ver a Sarah sentada en el suelo con la espalda apoyada en mi puerta. Tiene su viejo Mac sobre los muslos y teclea frenética con un

bolígrafo entre los dientes.

—¿Qué haces ahí? —pregunto acercándome a ella.

Sarah alza la cabeza y entorna los ojos.

—¿Tú qué crees que hago? —balbucea con el bolígrafo aún en la boca. Al darse cuenta de que me ha sido casi imposible entenderla, se lo quita malhumorada—. Te he dado dos semanas. Ya basta de estar escondida en este agujero.

—No estoy escondida en este agujero —me quejo metiendo la llave en la cerradura.

Giro y abro la puerta consiguiendo que Sarah, aún apoyada en la madera, esté a punto de caerse. Una sonrisilla de lo más impertinente se me escapa. Está bien reírse, aunque sea de las desgracias de Sarah. De todas formas, ella siempre se ríe de las mías.

—¿Cuándo fue la última vez que bajaste a tomarte una cerveza? — pregunta mi amiga levantándose con el portátil en las manos.

Quince días, doce horas e imagino que un par de minutos, porque hace catorce días, diecisiete horas e imagino que un par de minutos desde la última vez que vi a Reese.

—No... no lo sé —respondo encogiéndome de hombros.

Sarah bufa sin ninguna intención de disimular que no me cree.

—Has contado hasta los minutos —sentencia riéndose claramente de mí.

—Sarah —protesto adentrándome en la estancia.

—Vamos, Sophie —replica mientras empuja su mochila de una patada hacia el interior y cierra la puerta—. Necesitas salir y distraerte.

—No lo necesito.

No estoy tan mal y esta especie de hibernación ha sido más por motivos laborales que sentimentales.

«Eso no te lo crees ni tú.»

Voz de mi conciencia, muérete.

—¿Y qué piensas hacer, quedarte aquí llorando por Reese? ¿No tendrás alguna de sus camisetas escondida por aquí y la hueles hasta quedarte dormida?

—¿Por qué? ¿Quieres olerla tú también?

Sarah me dedica su peor mohín y yo vuelvo a sonreír impertinente.

—Estoy bien —repito de forma mecánica y hasta cierto punto displicente—. Tú y tu latente problema de alcoholismo podéis marcharos tranquilos al bar.

—Soy periodista —replica fingidamente seria cruzándose de brazos, como si eso le diera carta blanca

para encerrarse en una destilería de Jack Daniel's y tirar la llave.

Las dos nos miramos un par de segundos y acabamos echándonos a reír.

—Tengo que trabajar —añado al final cuando nuestras carcajadas se calman.

—Él también lo está pasando mal —dice ignorando por completo mis palabras y sentándose en mi cama.

Esa frase era lo último que me esperaba y ha borrado de un plumazo las pobres defensas que había conseguido construir en estos quince días.

—No es que me importe —añade enseguida para dejar claro que sigue sin sentir la más mínima simpatía por Reese

—, pero es obvio. Está de un humor imposible. Está claro que necesita dormir más y mejor, y ayer volvió a pelearse con Holland en el bar.

¿Qué?

—¿Está bien? —pregunto acelerada—. En realidad no... no quiero saberlo —agrego para que no parezca que ese simple comentario ha vuelto a poner patas arriba todo mi mundo.

Sarah sonrío. Está claro que no lo he conseguido.

—Sí, una ceja rota, un moratón en el pómulo. Parece que el muy capullo lo ha hecho a propósito para parecer aún más atractivo.

Aunque es lo último que quiero, no puedo evitar sonreír, en parte por el comentario de mi amiga y, en parte, porque tiene razón. Tener pinta de acabar de pelearse en unos billares es lo único que necesitaba para que las chicas cayeran rendidas a sus pies.

—Y tú, ¿cómo estás? —inquire volviendo a la carga.

—Te lo he dicho, estoy bien.

—Sophie —me reprende.

—Sarah —la imito.

—No quieres hablar, me parece bien, pero vamos a hacer terapia.

Yo la miro sin entender nada. Sarah abre su portátil, teclea algo en él y, mientras lo deja sobre mi mesita,

comienzan a sonar los primeros acordes de *Piece Of My Heart*,* de Janis Joplin y Big Brother and The Holding Company.

—Tengo una amiga en Bar Harbor, el pueblo de mi abuela —me explica quitándose sus sandalias y subiéndose a mi cama—. Se llama Lauren Stevens. Es joven pero extrañamente sabia y, según ella, cuando hay un desastre amoroso, tienes que subirte al primer mueble que encuentres y cantar a pleno pulmón una canción desgarradora sobre rupturas.

Frunzo el ceño aún más confusa.

—En esta canción ella habla de seguir con él. —Trato de explicarle lo obvio.

—Es ésta o el *Girls, Just Wanna Have Fun*,* de Cyndi Lauper — responde animándome con la mano a subir.

Yo le pongo los ojos en blanco, me deshago de mis Converse y subo a regañadientes. Ella me coge las manos, cierra los ojos y comienza a cantar como si mi cama fuera un escenario de Broadway.

—¡Tienes que cantar! —me anima abriendo los ojos de nuevo aprovechando el solo de guitarra—. No me falles. Sé que te la sabes.

Sonrío con desgana y comienzo a cantar. Apenas he alcanzado la segunda estrofa cuando, inexplicablemente, me

siento mucho mejor. Sin darme cuenta, yo también cierro los ojos y canto aún más fuerte.

Esto es genial. ¡Es liberador!

Seguimos cantando voz en grito, comenzamos a bailar e incluso a agitar la melena como si acabáramos de convertirnos en dos rockeros de 1970.

—¡Sabes que lo tienes si hace que te sientas bien! —gritamos a dúo.

La canción se acaba y nos echamos a reír.

—¡Sí! —grita Sarah alzando un puño al aire—. Una interpretación sublime.

Yo sonrío de nuevo.

—Tenías razón. Tu amiga Lauren es muy sabia.

—Se muda a Nueva York este año.
Llegará lejos —sentencia.

Asiento. Si todas sus teorías sobre la vida y el amor son así, opino lo mismo.

—Genial, pues ahora nos vamos al bar —me anuncia bajándose de la cama—. Te dejo mi ordenador y cinco minutos por si te animas con Cyndi Lauper.

Yo abro la boca dispuesta a protestar, pero mi quedísima amiga decide ignorar mis futuras quejas y sale de mi habitación sin mirar atrás. Ya a solas, resoplo con fuerza aún con la sonrisa en los labios. Algún día tendré que ver a Reese. Mejor que sea ahora que estoy en esta especie de subidón

musical. Sólo espero que esté calvo y gordo y que, por algún extraño fenómeno de la naturaleza, ya no tenga los ojos azules.

—No es mucho pedir —murmuro para mí.

Además, el universo me debe una por hacer que Reese siempre huela tan bien.

Me bajo de la cama, me calzo mis zapatillas y salgo disparada. Hay que aprovechar mientras haya valor.

Desciendo la inmensa escalera y me deshago del último peldaño de un salto. La canción realmente ha conseguido levantarme el ánimo. Sin embargo, cuando cruzo el arco que separa la

recepción del bar, mi corazón da un vuelco en todos los sentidos posibles. Reese está hablando con Sarah. Parece enfadado, impaciente. Tenía razón. Es obvio que necesita dormir más y que está de un humor de perros. No se ha afeitado en varios días y las marcas de la pelea con Holland relucen sexys y peligrosas en su espectacular rostro.

—¿Dónde está? —oigo que le pregunta a Sarah.

Ella resopla y se cruza de brazos por completo inmune a sus encantos. Tiene que explicarme cuál es su truco.

—Ya te lo he dicho —responde displicente—. Bajaré en cinco minutos.

¿Están hablando de mí?

—Joder —protesta malhumorado pasándose la mano por el pelo—. Voy a buscarla.

Sarah le dedica un mohín que ignora y comienza a caminar hacia la salida. Al alzar la cabeza, nuestras miradas se encuentran. Teniendo en cuenta que seguía ridículamente inmóvil a los pies de la estancia, era muy difícil que no sucediera. Sin embargo, a una parte de mí no le importa; de hecho, esa parte del todo kamikaze y descerebrada está más encantada que nunca, porque da igual cuántos grandes éxitos de los setenta cante a pleno pulmón o cuántas veces me

repita que hice lo mejor, lo quiero y lo echo tanto de menos que casi no puedo respirar.

—Ven conmigo —me ordena con suavidad llegando hasta mí.

—Reese, no... no puedo.

—Tenemos que hablar, Sophie.

No sé si es la manera en la que pronuncia mi nombre o la forma en la que sus ojos misteriosos y seguros dominan los míos por completo, pero sencillamente me convence.

Salimos del hotel separados de forma prudente y caminamos hasta el viejo puesto del remolque verde al otro lado de la calle. Le pide algo al chico en serbio sin ni siquiera detenerse y

llegamos al ajado banco. Reese se sienta a horcajadas y me observa esperando a que yo haga lo mismo en el hueco de madera entre sus piernas. No voy a negar que la idea es tentadora, mucho, muchísimo, pero no voy a cometer ese error. En realidad, toda esta situación es un gran error.

—De... debería marcharme — musito.

Reese pone los ojos en blanco, estira su perfecto cuerpo, me coge de la muñeca y me sienta en el hueco entre sus piernas. El contacto no me sorprende y siento que por fin mi cuerpo está donde quiere estar. Llevo dos semanas incómoda, sintiendo físicamente lo que

mi pobre corazón estaba sufriendo, y sólo he necesitado que me cogiera de la muñeca, un pequeño contacto entre los dos, para volver a estar bien.

Nunca había tenido tanto miedo.

—Reese, hablo en... en serio —le digo soltándome de su agarre.

Todo mi cuerpo protesta y mis pensamientos se enmarañan un poco más. Parezco una de esas canciones que Sarah quiere que cantemos sobre los muebles. Nunca he tenido tan claro que mi corazón y mi cabeza están tirando de mí en dos direcciones diferentes.

—Debería marcharme —sentencio.

—Lo he conseguido, muñeca.

La seguridad, del todo inexpugnable, con la que pronuncia esas palabras me hace alzar la cabeza y volver a mirarlo directo a los ojos. Lo que encuentro al otro me deja sencillamente hechizada. Por primera vez desde que lo conozco, la rabia de su mirada, su frialdad, parecen haberse calmado o, por lo menos, tienen un motivo completamente diferente.

—Al fin tengo las pruebas que necesito. Voy a conseguir que todos esos hijos de puta, Mladic, Karadzic, paguen por todo lo que hicieron durante la guerra.

—Eso es fantástico.

Reese llegó aquí en 1991; como él mismo dijo, ha visto demasiadas cosas que lo han marcado a fuego por dentro. No necesito saber qué fue lo que pasó para entender que el que esos criminales, los responsables de todas esas atrocidades, estuviesen no sólo libres, sino también defendidos y honrados por parte de un país sin que la comunidad internacional pudiese o quisiese hacer nada, hacía que odiara todo esto un poco más, que su desencanto fuera todavía mayor.

—He hablado con el director del programa de entrevistas políticas en el que trabajaba en Nueva York. Están dispuestos a grabar un programa en

Croacia con tal de que participe. Podré hablar de lo que pasa aquí, contarle al mundo las pruebas que he reunido.

Sonrío y lo hago feliz de verdad. No podría estar más orgullosa de él.

—Me alegro mucho por ti.

—Lo sé —replica sin asomo de dudas, atrapando de nuevo mi mirada.

Por un momento nos quedamos en silencio y soy hiperconsciente de lo cerca que su mano está de la mía, todo su cuerpo del mío en realidad. Sólo tendría que alzar la mano y volvería a estar en el mejor rincón del universo.

Reese frunce el ceño, otra vez sopesando opciones.

—Ven conmigo —pronuncia de nuevo haciendo gala de toda esa seguridad.

—¿Qué? —inquiero sorprendida—. No —respondo en cuanto racionalizo sus palabras, rompiendo el contacto entre nuestras miradas.

Se ha vuelto completamente loco.

—Llevo trabajando en esto con Milo desde que regresé aquí, y en estas últimas dos semanas en lo único que podía pensar era en buscarte y contarte lo que estaba haciendo.

—Reese —vuelvo a protestar sin saber qué decir en realidad.

—Quiero compartirlo contigo, muñeca.

Tengo que contenerme para no suspirar y, antes de que me dé cuenta, estoy alzando de nuevo la cabeza y cayendo por completo en sus redes.

Ahí lo tenemos: Reese Montolivo, experto en dejar fuera de juego a la pobre Sophie Silver.

¿A quién pretendo engañar? La decisión estaba tomada desde que ha dicho las palabras «ven conmigo».

Sin poder evitarlo, sonrío, y Reese me devuelve una sonrisa más que satisfecha. Sabe que ha vuelto a salirse con la suya.

—Sólo vamos como amigos, muñeca. No te emociones —sentencia impertinente.

Yo abro la boca escandalizada, intentando no romper a reír. ¿Por qué no podré conseguir que el condenado deje de hacerme gracia?

—¿Por qué siempre tienes que estropearlo? —protesto divertida.

—¿Y de qué ibas a quejarte entonces?

—Eres increíble. —Me quejo fingiéndome todo lo displicente que soy capaz.

—¿Eso es un sí?

Creo que nunca podría cansarme de mirarlo.

—Sí —respondo.

Su sonrisa se transforma en una diferente, más serena, más suave, pero increíblemente preciosa. Tengo la sensación de que guarda esa sonrisa sólo para mí y me derrito un poco más.

Reese se levanta y se aleja unos pasos del merendero.

—Mañana, a las siete de la tarde, en el vestíbulo del hotel —me informa.

Yo asiento y lo observo marcharse de forma definitiva.

Es una locura. Me humedezco el labio inferior para tratar de contener una nueva sonrisa de tonta enamorada... pero quiere compartirlo conmigo, quiere

hacerme participe de algo importante de verdad para él, y esa idea sencillamente eclipsa todo lo demás.

Me paso todo el día trabajando con Milo en el dispensario. Sólo paramos para comer algo rápido en un pequeño puesto a un par de calles. Nueve horas dan para pensar en muchas cosas y, en mi caso, para repetirme una idea en concreto una y otra vez. Este viaje lo hacemos exclusivamente como amigos. No puede ocurrir nada. Sería una idea demasiado mala por demasiados motivos. Tengo que tratar de dejar al margen cuánto lo echo de menos y mantener la cabeza y la sangre frías.

A las cinco, salgo flechada hacia el hotel. Me doy una ducha rápida, me cambio de ropa y recojo la mochila que hice y deshice ayer tres veces. Es complicado hacer una maleta para pasar dos días como amigos cuando una parte de ti pretende llenar la bolsa sólo con bragas de encaje.

Aún falta media hora cuando estoy bajando de nuevo al vestíbulo. Sé que es algo más que ser puntual, pero la impaciencia ha ganado la partida.

Me detengo a unos pasos de la escalera y trato de contener una estúpida sonrisa y todos mis nervios.

Sólo es un viaje de amigos, Silver.

De dos amigos que puede que se hayan vistos desnudos un par de veces de más, pero que en la actualidad son sólo eso, amigos, así que nada de regodearse en lo guapo que está, en lo bien que le sienta cualquier cosa que se pone o en lo bien que huele. Me pongo lo ojos en blanco y suspiro con fuerza. Aún no le he visto y ya estoy derretida por completo.

—Ansiosa.

Su voz me hace dar un suave respingo, pero, tal y como pasó ayer con nuestras manos, mi cuerpo está exactamente donde quiere estar, muy

cerca del suyo, y parece que estoy viviendo mi propia versión del alineamiento de los planetas.

«¿Cómo era eso? Ah, sí... amigos.»

—Hola —murmuro.

Lleva sus vaqueros gastados y un polo azul marino. Una sexy barba, de apenas unos días, sigue cortándole la mandíbula, y me doy cuenta de lo verdaderamente complicado que su aspecto va a ponerme el fin de semana.

Cojo aire y cuadro los hombros con suavidad bajo su atenta mirada.

—Se... será mejor que nos vayamos —murmuro tratando de sonar segura.

Reese me observa un segundo más.

—Claro —replica dedicándome una media sonrisa de lo más impertinente.

Salimos del hotel y nos montamos en su jeep. Una canción salta en la vieja radio en cuanto Reese arranca el motor, pero no la reconozco.

—¿Iremos en coche?

Croacia está a unos quinientos kilómetros.

—No —responde enigmático con la mirada concentrada en la calzada.

—¿En avión?

—Aún mejor.

Yo me meto el pelo revuelto por el viento detrás de la oreja sin dejar de observarlo. Por primera vez parece tan

despreocupado, tan joven... me encanta verlo así.

No tardamos en llegar a la base militar de la KFOR. Frunzo el ceño y miro a mi alrededor tratando de averiguar qué hacemos aquí y, cuando Reese detiene el coche en mitad de una gran explanada coronada por un inmenso helicóptero último modelo, obtengo mi respuesta. ¡Vamos a ir en helicóptero! Tenía razón, es mucho mejor.

Nos bajamos del jeep y caminamos hacia el gran aparato. Junto a él, un hombre con un grueso bigote y unas gafas Ray-Ban de aviador charla con

otros dos de uniforme. Al reparar en Reese, se despide de los militares y sale a nuestro encuentro.

—Soy Fabio da Rosi —se presenta con un ronroneante acento—. Seré su piloto.

Tiene una pequeña bandera italiana sobre unas impecables alas doradas bordada en el pecho de su camisa.

—Tendremos un vuelo de lo más agradable hasta Hvar —nos informa.

—¿Vamos a Hvar? —pregunto emocionada.

Reese asiente satisfecho y comienza a caminar hacia el helicóptero junto al señor Da Rosi.

¡Es increíble! Hvar es un pequeño pueblo costero en una isla al noroeste de Dubrovnik, una de las ciudades más importantes de Croacia. La guerra nunca llegó a aquellos lugares y las casas impolutamente blancas con los techos de teja se mezclan con una suave armonía y muchísima calidez rodeadas del Mediterráneo más azul.

—¿A qué estás esperando, muñeca?
—pregunta Reese divertido, manteniendo la puerta del helicóptero abierta.

Me humedezco el labio inferior de forma discreta y fugaz y echo a andar tras ellos con una sonrisa indisimulable.

Nos montamos en el aparato y de inmediato cojo los cascos que me tiende Fabio y me los pongo.

—Cinturón —me indica Reese convirtiendo esa única palabra en una orden clara y concisa.

Yo pongo los ojos en blanco a la vez que sonrío impertinente y me lo abrocho. Es un gruñón en lo que se refiere a seguridad, pero estoy tan contenta que hoy ni siquiera me importa.

Las aspas del helicóptero comienzan a moverse. El ruido es atronador, pero a la vez muy emocionante. Me vuelvo para mirar a Reese con una sonrisa en los labios. Él ya me observaba. Se aprieta el labio con los dientes y me señala con

un suave golpe de cabeza la ventanilla. Obedezco demorándome en él unos segundos más y mi sonrisa se ensancha hasta casi reír cuando veo que nos estamos levantando del suelo.

—Esto es increíble, Reese —digo a través del micrófono de los cascos.

Me siento como una niña la mañana de Navidad.

—Disfruta del viaje, muñeca —responde.

Vuelvo a sonreír. No podría estar más feliz.

Enseguida alcanzamos una altura considerable y en cuestión de segundos dejamos atrás la base y poco después la ciudad de Pristina. Sólo se ven campos

verdes y arboledas frondosas hasta alcanzar el Parque Nacional de Bjeshkët e Nemuna, en la frontera con Montenegro.

He perdido la cuenta de cuántas veces he sonreído admirada.

—Estamos entrando en Croacia — nos anuncia el piloto más o menos dos horas después.

Vamos acompañando al sol mientras se esconde por el oeste y todo el cielo comienza a teñirse de tonos dorados. Creo que nunca he visto el cielo de tantos colores distintos hasta que vine aquí.

El helicóptero desciende con suavidad y se posa sobre una pequeña explanada rodeada de tejados rojizos. Yo continúo mirando a mi alrededor absolutamente encantada. Ya ha anochecido por completo y un centenar de luces salpican el cielo y el mar.

—Espero que hayan tenido un buen vuelo —dice Fabio alzando la mano y tocando algunos mandos en el techo de la aeronave.

—Perfecto —responde Reese quitándose los cascos.

Yo lo imito, los dejo con cuidado sobre el asiento y me desabrocho el cinturón.

—¿Lista? —pregunta Reese cuando alzo la cabeza.

Asiento y saboreo la espectacular sonrisa que me tiende.

Se baja del aparato y lo rodea para abrirme la puerta.

—Señor Montolivo —nos saluda un hombre acercándose a nosotros.

Reese le estrecha la mano que le extiende y después lo hago yo.

Le hemos reservado dos *suites* en el hotel Park Hvar. Un coche los está esperando para trasladarlos.

—Llévense el equipaje —ordena Reese—. Nosotros iremos más tarde.

El hombre asiente sin rechistar y se retira.

—¿Adónde vamos? —pregunto curiosa.

—Quiero que veas algo.

Su mirada vuelve a atraparme en todos los sentidos.

Reese coge mi mano y comenzamos a caminar. Yo me humedezco el labio inferior de forma muy discreta y por un momento sólo miro nuestros dedos entrelazados.

Sólo como amigos, Silver.

Cada vez me es más complicado recordar por qué era tan importante que me mantuviese alejada de él.

«Por eso mismo, idiota.»

A pesar de ser un pueblo pequeño, tiene muchísimo ambiente. Me gusta cómo los turistas se entremezclan con los habitantes autóctonos. Todo lo que he leído de este lugar es completamente cierto. Es un rincón precioso.

Reese parece tener muy claro adónde va. Es obvio que no es la primera vez que pisa estas bonitas calles adoquinadas.

—¿Conoces muy bien este lugar? —
comento.

Reese asiente mientras nos hace girar por una calle con una pequeña cuesta hacia abajo. Me gusta pasear con él. De forma automática recuerdo cuando me llevo a ver el monumento

Newborn. Era mi primer día en Kosovo. Ha pasado poco más de un mes desde aquello y, sin embargo, parece una eternidad.

—Estuve viviendo aquí algún tiempo —me explica—. La primera vez que vine, en el noventa y uno, tenía diecisiete años. Les había mentado a mis padres para poder hacerlo y al consulado de la antigua Yugoslavia para que me dejaran entrar y, obviamente, no tardaron en descubrirme —confiesa con una pícara sonrisa en los labios—. Mi padre amenazó con mandar al ejército a buscarme, pero yo me mantuve en mis trece. Cada vez que llamaba, me gritaba que le dijese dónde estaba, pero yo

siempre colgaba antes de hacerlo. Por suerte para mí, el consulado aceptó dejarme entrar. Tardaron un mes en hacerlo y ese tiempo estuve aquí. Aprendí a hablar serbio e hice algo así como un centenar de fotos, las metí en un sobre y se las mandé a mi madre con una nota que decía «¿Veis?, no es un sitio tan horrible». Por Dios, era un completo gilipollas —se sincera sonriendo de nuevo.

Mis labios imitan su gesto mientras me imagino a ese Reese de diecisiete años cabezota y valiente, tratando de resolver los problemas del mundo con un bolígrafo y un bloc de notas. En el fondo todavía sigue siendo ese Reese.

—¿Y cómo es posible que *The New York Times* te hubiese contratado con diecisiete años?

—No vine aquí con un contrato del *Times*, lo hice por mi cuenta.

—¿Qué? —pregunto sorprendida, deteniéndome en mitad de una calle cualquiera.

Una suave brisa con olor a agua salada me envuelve.

Reese camina unos pasos hasta colocarse frente a mí.

—Siempre quise ser reportero de guerra. Cuando la guerra de los Balcanes estalló, no lo dudé y vine hasta aquí. Cada día le mandaba las crónicas de lo que veía al jefe de la sección

Internacional de *The Times*. Obviamente ni siquiera se molestaba en responderme hasta que un día, llevaba casi un año en Sarajevo, recibí una llamada de teléfono. Me preguntó si yo era el que lo molestaba todos los días con crónicas de instituto y, sin dejarme responder, me dijo que ahora me daba la oportunidad de cagarla a nivel nacional. Quería mil doscientas palabras y una foto, y así empezó todo.

Lo dice con una naturalidad casi pasmosa. Cruzó medio mundo hasta llegar hasta un país en guerra para cumplir su sueño y luchó por él hasta que lo consiguió. Es maravilloso.

—Eso es increíble —comento admirada.

—Hoy has dicho mucho esa palabra —replica socarrón.

Me sonrío de esa forma tan arisca y al mismo tiempo tan sexy, como si estuviese diciéndome «sé exactamente lo que quieres y no pienso dártelo», que tengo que hacer auténticos esfuerzos por no suspirar. Sin embargo, mi yo más guerrero vuelve a tiempo. Quiero decirle algo increíblemente mordaz e inteligente que le borre esa sonrisa de los labios, pero no se me ocurre nada. Maldita sea.

—Esa palabra está... está sobrevalorada.

—Mucho —responde riéndose de forma descarada de mí.

Sus ojos son demasiado azules o está demasiado cerca, no lo sé; en cualquier caso, no es una buena idea para mí. Reese se inclina despacio sobre mi rostro. Ya puedo sentir toda su calidez y la promesa de su contacto hace que un deseo sordo y líquido tire de mi vientre en muchísimas direcciones. Quiero que me bese. No había querido nada tanto en veintiséis años.

—¿Estás esperando algo, muñeca?
—susurra con su voz más ronca, sin separarse un solo centímetro de mis labios.

Yo abro los ojos de inmediato y me encuentro con su media sonrisa impertinente. Observa primero mi boca entreabierta, casi jadeante, y después mis ojos.

¡Por Dios, cerebro, ponte en marcha!

—No, claro que no —respondo muy digna.

Reese vuelve a sonreír. Está claro que no ha creído una sola palabra. No lo culpo.

—Vamos —dice separándose de mí, cogiendo mi muñeca y obligándome a caminar con él.

No acepto, pero tampoco me niego. Simplemente mi libido y mis piernas gelatinosas toman el control. Ha vuelto a

reírse de mí, no se me olvida, pero, cuando me habla con esa voz tan grave, me es imposible mantener la compostura. Otra noticia que no es nada buena para mí.

Enfilamos una nueva calle y la brisa se hace más intensa. A pesar de estar bastante cerca, es un clima por completo diferente al de Pristina.

Giramos por una callejuela bastante estrecha y, de pronto, sonrío de oreja a oreja. ¡Estamos en el puerto!

La tierra se retira en un semicírculo y el Mediterráneo entra perfecto, suave, meciendo de forma rítmica los pequeños barquito a unos metros de la costa. Una preciosa pasarela de madera se extiende

justo en el centro, conectando las calles con el agua. Camino por ella sin levantar la vista del mar. La madera cruje bajo mis pies y la brisa se hace más evocadora conforme avanzo.

—Reese, esto es...

Me interrumpo a mí misma tratando de encontrar la palabra perfecta.

—¿Increíble? —bromea deteniéndose a mi espalda.

Yo giro sobre mis pies a la vez que me cruzo de brazos y, altanera, alzo la barbilla.

—¿Tienes pensado dejar de reírte de mí en algún momento, Montolivo?

Reese contempla el horizonte con la mirada perdida y se finge pensativo a la vez que atrapa su labio inferior con los dientes; de inmediato se pasa la lengua por él en ese gesto tan sexy.

—Ya te lo dije una vez, muñeca — comenta dando un peligroso paso hacia mí—, para eso estás.

Antes de que pueda huir de algún modo, o siquiera verlo venir, Reese me sujeta por la cintura y nos tira al agua.

¡Joder! ¡Está helada!

—No puedo creerme que hayas sido capaz —me quejo al sacar la cabeza del agua, echándome el pelo hacia atrás con una mano y pataleando para mantenerme a flote.

Reese también se echa el pelo húmedo hacia atrás con la mano y mira a su alrededor.

—Yo tampoco —confiesa—. Aquí hay medusas... y tiburones.

¿Qué?

Asustada, pataleo aún más rápido y me acerco a él a la vez que observo nerviosa toda el agua que me rodea. De pronto algo me roza la pierna. ¿Qué es? ¿Qué es? ¡¿Qué es?!

Me vuelvo conteniendo el aliento y en ese preciso instante me doy cuenta de que ha sido él quien me ha tocado. Se ha reído de mí, ¡otra vez!

—Eres idiota —dice a la vez que yo imitando mi voz.

Yo frunzo los labios y me alejo malhumorada al tiempo que tengo que luchar con todas mis fuerzas para disimular una sonrisa.

Reese se sumerge un poco sin levantar sus ojos azules de los míos, lo justo para esconder sus labios. De pronto parece más guapo, más misterioso, más atractivo, más todo. Es el efecto mar Mediterráneo.

—Deja de reírte de mí —me quejo, pero mis palabras están repletas de un suave deseo.

Me acerco de nuevo con la idea de golpearlo en el hombro, pero Reese atrapa mi mano y tira de mí hasta que nuestros cuerpos chocan. Nos quedamos

en silencio y el ambiente se llena con el sonido de nuestras respiraciones y el suave rumor del movimiento de las pequeñas barquitas y del mar.

Estamos muy cerca, demasiado cerca.

—No quiero —susurra Reese.

Su voz me envuelve y hace vibrar mi cuerpo mientras sus ojos se encargan del resto. Cada vez más cerca. Cada vez deseándolo más. Reese suelta mi mano lentamente, casi perezoso, y de la misma manera rodea mi cintura estrechándome contra su cuerpo. Yo alzo los brazos y rodeo su cuello.

—Reese —murmuro.

No debería estar aquí. No debería querer esto.

—Te echo de menos, muñeca —me interrumpe dejándome sentir todas sus emociones a través de su intensa mirada—. Joder, te echo muchísimo de menos.

Me besa con fuerza lleno de toda esa desesperación, de ese instinto puro y salvaje que consigue despertar en mí. Yo también lo echo de menos y ahora más que nunca tengo claro que me estoy condenando, condenándome a una vida en la que ningún beso será especial si no me lo da él, que no sentiré calor en el tacto de ningunas manos que no sean las suyas, su cuerpo sobre el mío, sus ojos,

su voz. Quiero a Reese y ningún otro hombre volverá a marcar la diferencia para mí.

Nos mueve por el agua; no tengo ni idea de hacia dónde, pero tampoco me preocupa.

—Agárrate a la madera —me ordena.

Yo miro a mi alrededor desorientada y entonces descubro que nos ha acercado hasta el embarcadero. Lo observo confusa, pero, como si mi cuerpo tuviese el control, levanto los brazos sin hacerme más preguntas y me cojo al borde de la pasarela de madera.

—No te muevas —susurra con una sonrisa pícaro y a la vez más que satisfecha en los labios.

Asiento suavemente. El agua se balancea entre los dos. Reese alza la mirada y me recorre incendiando cada centímetro de mi piel, desde mis dedos sujetos con fuerza hasta mis brazos estirados, hasta todo mi cuerpo tenso, excitado.

—Llevo dos semanas sin tocarte —susurra.

Su voz se vuelve más ronca y una ola de placer anticipado me inunda. Sus manos se anclan en mis caderas y bajan despacio hasta esquivar mi vestido y colarse bajo mis bragas. Gimo bajito. El

agua no disimula una sola de sus caricias, más bien las multiplica por mil.

Desliza dos de sus dedos en mi interior y todo el placer y el deseo del mundo me sacuden. Quiero que me toque, que me folle. Lo quiero con todas mis fuerzas.

—Reese —lo llamo, le suplico. Estoy desesperada.

Él me chista suavemente.

—Creí que iba a volverme loco —pronuncia lleno de control, de sensualidad—, y pienso cobrármela.

Rodea mi clítoris con sus dedos y tira de él. Gimo de nuevo. Mi cuerpo se sacude. Ha sido delicioso.

—Todas las noches tenía que controlarme para no ir a buscarte.

Vuelve a penetrarme con los dedos bombeando a un torturador ritmo constante mientras su pulgar sigue acariciándome.

Su pataleo para mantenerse a flote se entremezcla con el mío y todo el movimiento me hace subir más y más alto. Sus dedos se mueven rápidos, certeros, siendo plenamente consciente de cada caricia, conociendo a la perfección lo que provoca en mí.

Gimo. Me humedezco el labio inferior acelerada, casi efímera. No sé si alguien podría oírnos, pero no me importa.

—Por favor —murmuro.

Nada de esto parece afectarle y todo ese control es lo que más me afecta a mí, literalmente me tiene en sus manos.

—Te dije que suplicarías —me recuerda impasible.

Aumenta el ritmo, alarga sus caricias, me toca cuando, como y donde tiene que hacerlo, como si tuviese un mapa mágico y supiese el lugar exacto adonde llegar y en qué momento hacerlo para ganar el botín.

Mi cuerpo se tensa.

Lucho por mantenerme agarrada.

Joder. Joder. Joder.

Bombea cada vez más fuerte. El corazón me late tan descontrolado que creo que va a escapárseme del pecho. Muevo las piernas frenéticamente. Mi respiración se acelera. Se evapora.

¡Santo cielo!

Y me corro contra su mano, contra todo el fantástico Mediterráneo.

Reese separa sus dedos y la saca del agua. La alza bajo mi atenta mirada y extiende los restos de mi placer y agua salada sobre mis labios. Lo saboreo al instante, de forma instintiva. Reese me observa con el deseo reluciendo en sus ojos y me besa desbocado. Mi esencia,

el agua, él. Todo se mezcla y se vuelve vertiginoso. Nunca había probado nada tan sensual.

Ya no puedo más. Quiero tocarlo, acercarlo a mí. Lo necesito dentro de mí.

—No te muevas —me frena.

Obedezco de inmediato sin llegar a levantar los dedos de la madera. Reese los contempla con una media sonrisa de lo más sexy. Me tiene a su merced. Lo sabe tan bien como yo.

Levanta la mano y se agarra al embarcadero. Está más cerca, casi puedo sentir su cuerpo tocando el mío. Me obliga a rodear su cintura con mis piernas, manteniendo el peso de mi

cuerpo. Pierde su mano entre los dos, aparta la tela de mis bragas, libera su increíble polla y la deja justo en mi entrada.

Intento contenerme, pero no se mueve. Gimo desesperada y Reese me regala su sonrisa más canalla. ¡Es un cabronazo! Muevo las caderas buscando la fricción, pero él me detiene sujetándome precisamente por la cadera.

—Si te mueves, no dejaré que te corras —me amenaza.

Vuelvo a gemir, tratando de contenerme a mí, a mi cuerpo. Sé que sería capaz de castigarme así.

—Reese —me quejo.

Antes de que pueda terminar de pronunciarlo, se agarra al embarcadero con la otra mano y me embiste con fuerza. Su nombre se convierte en un grito lleno de placer que escapa inconexo de mis labios.

Ha sido increíble, increíble con mayúsculas, increíble sin una sola duda. Ha sido espectacular.

Reese continúa moviéndose implacable, indomable. Cada embestida tensa sus brazos de modo armónico soportando el peso de los dos y todo nuestro placer. Llega más profundo, más duro, más fuerte.

—Reese —gimo.

Sus caderas chocan contra las mías una y otra vez. Mi cuerpo se tensa contra el suyo. Las luces. El Mediterráneo. El placer. El amor. Grito. Grito desbocada. Y un orgasmo maravilloso se extiende por todo mi cuerpo haciéndome sentir más, querer más, estar aún más enamorada de él.

—¡Mírame, Sophie! —ruge.

Abro los ojos de inmediato, aunque tampoco era consciente de que los hubiese cerrado.

Reese continúa embistiéndome, tesando sus brazos, estirándolos, dominándome con sus ojos.

Dios mío, creo que podría correrme otra vez sólo con la forma en que me mira.

Aprieta la mandíbula, deja caer su frente en la mía y se pierde dentro de mí con mi nombre en los labios.

Se aparta lo suficiente como para poder atrapar mi mirada. Sus preciosos ojos están llenos de impaciencia, de exigencia. Reese exhala todo el aire de sus pulmones sin desunir nuestras miradas. Sea lo que sea lo que está pensando, lo está arrasando todo dentro de él.

—Joder —gruñe.

Sumerge la mano en mi pelo hasta llegar a mi nunca, me acerca a él y me besa con fuerza.

—Eres mía —pronuncia contra mis labios, con la voz jadeante y toda la seguridad de este universo—. Dime que lo entiendes.

—Soy tuya —musito sin ni siquiera pensar. No necesito hacerlo.

Sus labios vuelven a atrapar los míos antes de que pueda terminar la frase. Me besa instintivo, salvaje. Está tan desesperado como yo, tan hambriento como yo lo estoy de él.

Su polla se endurece dentro de mí y la excitación, el deseo y el placer, que nunca se fueron del todo, regresan para

hacer la brisa más fresca, las estrellas más brillantes, el mar más azul, para convertir el escenario más espectacular en algo absolutamente INCREÍBLE.

Llaman a la puerta. Me cierro el albornoz y salgo del baño con una indisimulable sonrisa en los labios. Reese sigue bajo el grifo de la ducha de su *suite* desnudo por completo. Me ha costado, pero he conseguido que me deje escapar lo justo para abrir al servicio de habitaciones.

Después de la espectacular sesión de sexo en el embarcadero, regresamos al hotel, en teoría cada uno a su habitación, pero Reese insinuó que deberíamos irnos a la suya para

ayudarnos a quitarnos la ropa mojada; según él, una tarea difícilísima. Después de eso, sólo necesitó un par de minutos para convencerme de la fantástica idea que sería que nos metiésemos en la ducha y volviese a rodear su cintura con mis piernas.

Cojo la cartera camino del recibidor y abro la puerta. El camarero entra empujando un carrito y lo deja junto a uno de los sofás blancos. Cuando recogimos las llaves en recepción, Reese pidió la cena para los dos.

—Muchas gracias —me despido ofreciéndole un billete de cinco euros.

Él lo coge, sonrío profesional y se marcha.

Prácticamente en ese mismo instante, Reese aparece en el salón. Sólo lleva una toalla blanca a la cintura, va descalzo, con el pelo húmedo echado hacia atrás... todo un espectáculo.

—Ya... ya han... han traído la... la comida —comento obligándome a dejar de mirarlo.

Qué bochorno, Silver. Empieza a ser urgente que te acostumbres a verlo desnudo... o a imaginarlo.

Reese sonrío encantado con lo que ha provocado con su simple presencia y se acerca al carrito.

—Estoy hambrienta —digo tratando de reconducir la conversación y de paso comportarme como una adulta capaz de

mantener una charla normal.

Levanta uno de los cubreplatos plateados, lo observa un segundo y me recorre de arriba abajo con la mirada sin ningún disimulo.

—Pues vamos a comer —me ordena con suavidad tras apretarse fugaz el labio inferior con los dientes y con un claro, clarísimo, doble sentido.

¿Cómo demonios voy a controlar mi libido y parecer sofisticada si me dice esas cosas? ¡Qué injusto!

—Estás jugando sucio —me quejo.

—Muñeca, sólo te doy lo que me pides a gritos —replica tan impertinente como divertido, tirando de mi mano y estrechándome contra su cuerpo.

La comida estaba deliciosa. Mentalmente le agradezco a Reese que fuera tan previsor incluso al pedir *mousse* de chocolate negro de postre. En voz alta no lo hago. No pienso alimentar más ese ego.

El albornoz comienza a ser un fastidio. Aunque aquí en Hvar haga una brisa de lo más agradable, sigue siendo verano y hace mucho calor.

—¿Me prestas una camiseta? —le pregunto levantándome y dirigiéndome al dormitorio.

—No —responde sin ningún remordimiento.

—Reese —protesto mientras me freno en seco a unos pasos de la puerta de la habitación—, hace muchísimo calor. Quiero quitarme este albornoz —gimoteo como si tuviera cinco años.

—Pues hazlo —contesta como si fuera obvio.

¿Qué? ¡No puedo pasarme desnuda toda la noche!

Decidida, entro en el dormitorio pensando un plan alternativo. Voy hasta el baño y busco la ropa donde la dejé cuidadosamente extendida. Como es obvio, todavía no está seca. Regreso al dormitorio y entorno los ojos con la mirada puesta en su mochila. Podría abrirla, coger una camiseta y de paso

cotillear un poco. Mmm... la idea es tentadora. Es probable que esté llena de los secretos más jugosos de Reese Montolivo: un manual sobre cómo desarmar mujeres, los diez secretos más útiles para ligar siendo un cabronazo arrogante... Me froto las manos. Voy a pasármelo en grande. Sin embargo, a unos pasos, me freno y tuerzo el gesto. No creo que le hiciese gracia.

En ese momento la cama entra en mi campo de visión y, al fin, se me ocurre algo.

Vuelvo al salón envuelta en la sábana blanca y me detengo frente a Reese con una sonrisa de lo más satisfecha.

Chúpate ésa, Montolivo. Sé apañármelas perfectamente sin ti.

Reese sonrío y, evitando que pueda seguir disfrutando de mi triunfo, me agarra de las caderas y me sienta a horcajadas sobre él. Tira de la sabana y la lanza hacia arriba para que nos cubra por completo a ambos. Los dos sonreímos al vernos completamente tapados por la tela blanca. Hemos creado nuestra perfecta burbuja de intimidad. Sus ojos atrapan los míos y mi cuerpo se acopla a la perfección al suyo. Antes me habría preguntado en qué lío me estaba metiendo. Ahora lo tengo clarísimo. De pronto todos los medios y las alarmas que no quise escuchar en el

embarcadero, incluso antes, cuando me pidió que viniese a Croacia, vuelven de golpe y enmarañan mi mente y mi pobre corazón.

—¿Qué pasa? —me pregunta Reese a la vez que me mete un mechón de pelo húmedo tras la oreja.

—Quiero saber más cosas de ti.

No sé si eso ayudará a que mis miedos se calmen, pero puede ser un comienzo. Ya no puedo alejarme de Reese, sólo soy feliz si estoy con él, pero necesito desesperadamente encontrar la manera de hacer que funcione.

—Sólo tienes que preguntar, muñeca —responde sin asomo de dudas.

Su mano se encarama a mi cadera y luego baja despacio, acariciándome.

—Reese —protesto.

No puedo dejar que me toque. Tenemos que hablar. Tenemos que resolver muchas cosas.

—Quiero que funcione, Sophie —me interrumpe. Otra vez no hay dudas. Otra vez todo su control está puesto sobre la mesa—. Lo quiero con todas mis fuerzas —susurra contra mis labios.

Sus palabras me llenan por dentro como nunca pensé que sería posible. Él también quiere que lo nuestro funcione. Está dispuesto a darnos una oportunidad. Ya no necesito nada más.

Reese me mira a los ojos esperando una respuesta. Yo asiento con suavidad. Él me dedica una sonrisa como recompensa y me besa con fuerza.

Estaba equivocada. Croacia lo ha cambiado todo.

Abro los ojos adormilada. Todo está en silencio. No recuerdo haberme acostado. Después de un espectacular orgasmo en el sofá, me he quedado dormida en los brazos de Reese. Él ha debido de traerme hasta la cama. Nota mental: agradecersele con una cesta de minimagdalenas.

«¿El polvo o la cama?»

Me desperezo con una boba sonrisa en los labios y me zambullo con los ojos cerrados y mi cuerpo sobreestimulado en todos los recuerdos del día de hoy y, más que en ningún otro, en sus palabras: «Quiero que esto funcione, Sophie.» Mi sonrisa se ensancha y me vuelvo feliz, buscándolo para acurrucarme junto a él.

Estiro la mano e inmediatamente abro los ojos y frunzo el ceño. No está. Me incorporo y miro a mi alrededor. No hay rastro de Reese. Su mochila está abierta en el suelo. Me bajo de la cama y disfruto del parqué bajo mis pies descalzos. Sigilosa, le robo una camiseta blanca y unos bóxers también blancos. La maleta ya estaba abierta y

me he contenido para no fisgar. Sólo por eso, ya merezco que no se enfade por robarle algo de ropa.

Salgo al salón y la terraza abierta enseguida llama mi atención. No tardo en verlo apoyado en la barandilla, con los vaqueros y una camiseta cualquiera, descalzo, con el pelo revuelto y la mirada perdida en el mar. Doy un paso hacia él, pero en ese mismo segundo pienso que quizá quiere estar solo. Sin embargo, sólo necesito volver a observarlo durante un momento para darme cuenta de que parece cansado, frustrado y, sobre todo, parece sentirse muy solo. Odio verlo así.

—Hola —murmuro deteniéndome bajo el umbral de la puerta de cristal.

Reese se incorpora y ladea la cabeza para verme. Me recorre de arriba abajo con la mirada y un brillo reluce en el fondo de sus ojos azules antes de volver a apoyarse en la baranda.

—Hola —responde tras lo que me parece una eternidad.

No está enfadado y tampoco me pide que me vaya, así que doy un par de tímidos pasos y me agarro con las dos manos a la barandilla blanca, justo a su lado.

—Me he despertado y no estabas.

—No podía dormir.

—¿Estás nervioso por lo de mañana?

Reese me mira un segundo, devuelve su vista al mar y sonrío de esa forma con la que parece decirme lo inocente que soy.

—No, no lo estoy —añade con un trasfondo burlón.

Yo me pongo los ojos en blanco mentalmente. ¿Cómo puedo ser tan estúpida? Es más que obvio que él nunca se pondría nervioso por tener que aparecer en televisión.

—¿Entonces? —pregunto dispuesta a reconducir la conversación y que nos olvidemos de que a veces puedo ser la

chica más ingenua sobre la faz de la tierra.

—Entonces nada, muñeca. A veces no consigo dormir.

Asiento y mi mirada se pierde en el mar como la suya. Después de una alfombra de edificios blancos y techos de teja, se ven las barquitas flotando en el agua y, un poco más lejos, el faro. Soy del todo consciente de que está evitando el tema. Él sabe muy bien por qué no puede dormir.

—Creí que, si quería saber algo, sólo tenía que preguntar.

Recuerdo sus palabras sin ninguna doble intención, ni siquiera pretendiendo sonar insolente.

Reese se incorpora, se vuelve y de un paso elimina cualquier distancia entre nosotros. Frunce el ceño de modo casi imperceptible, otra vez sopesando opciones, mientras recorre cada centímetro de mi rostro.

—Algunas cosas son más complicadas —responde con su voz más ronca.

Vuelvo a asentir.

—Si de verdad quieres que lo nuestro funcione —replico suavemente—, tienes que dejarme entrar.

Sé que es complicado, como también sé que, una vez más, esto está relacionado con lo que sea que le ocurrió en 1995.

—Estuve en Srebrenica —dice con sus ojos aún en los míos.

Su mirada se transforma al pronunciar esa palabra y el miedo, la rabia y el arrepentimiento más intensos lo asolan todo en ella.

—¿Srebrenica? —repito en un murmullo.

Trago saliva. Noticias de prensa y televisión acuden a mi mente, pero no consigo recordar nada en concreto de esa ciudad.

—En 1995 trabajaba en Sarajevo cubriendo la guerra entre los serbios y los bosnios. Ni siquiera recuerdo por qué, pero decidí que sería una gran noticia ir a las zonas protegidas por la ONU al oeste del país, la zona serbia, para escribir un artículo acerca de cómo vivían los bosnios en aquellos lugares y el trabajo que hacían los cascos azules para protegerlos. Entonces todavía

pensaba que hacíamos algo por ellos — recuerda mordaz y triste, demasiado triste—. Llegué el 9 de julio. Hacía un calor asfixiante. No sé qué coño esperaba encontrar, pero desde luego no lo que vi. Había unas treinta mil personas, hombres, mujeres y niños, viviendo en condiciones infrahumanas. Casi no tenían qué comer y mucho menos cosas fundamentales como medicamentos.

Reese se agarra de nuevo a la barandilla. Algo me dice que no quiere tener que recordar, pero también que, por mucho que se esfuerce, nunca conseguirá olvidarlo.

—A unos seis kilómetros estaba la base holandesa de Cascos Azules que en teoría los protegía. Después de una hora en el campamento, me presenté en el destacamento y pedí explicaciones. La mayoría de los soldados me decían que no podían hacer nada y el alto mando ni siquiera quiso verme. Conseguí que me dejaran quedarme en la base con dos o tres periodistas más y decidí escribir un artículo denunciando la situación en la que estaba esa pobre gente. Traté de hablar con todo el que conocía en Sarajevo: otros militares, la Cruz Roja... para poder ayudarlos, pero nada llegó a tiempo.

El arrepentimiento se hace aún más cristalino en su voz.

—Dos días después, estaba caminando hacia Srebrenica desde la base cuando un par de camiones llenos de soldados estuvieron a punto de atropellarme. Pensé que eran gente de la ONU, pero en ese mismo segundo me di cuenta de que eran tropas serbias. Corrí hacia la ciudad. Cuando llegué, el silencio era ensordecedor. Recuerdo ese maldito silencio todos los días, Sophie —sentencia furioso, con la voz tomada por la rabia—. Los refugiados que había por la calle estaban tan asustados que ni siquiera fueron capaces de salir corriendo cuando vieron a los soldados

serbios. Unos minutos después llegaron los holandeses y, en vez de echarlos a patadas, se pusieron a hablar con ellos. Mladic, el jefe del Ejército serbobosnio y un maldito carnicero, salió de un jeep todo sonrisas y empezó a charlar tranquilamente con ellos, incluso se permitió acariciarle el pelo a uno de los niños refugiados. No iban a matar a nadie. Sólo pretendían tomar la ciudad de forma pacífica.

Reese agarra la barandilla con más fuerza, con más rabia.

—Esa misma noche y durante los diez días siguientes, mataron a ocho mil refugiados, hombres y niños, y deportaron a miles de mujeres y niñas.

Algunos huyeron al bosque, pero no tardaron en encontrarlos y asesinarlos. Muchos de ellos llegaron a la base desesperados, pidiendo ayuda, pero los holandeses les dijeron que no podían hacer nada por ellos, que ellos eran fuerzas de paz y sólo podían atacar si eran atacados, nunca para defender a terceras personas, y simplemente los dejaron a su suerte. Sabían lo que pasaba y no sólo no hicieron nada por impedirlo, sino que ni siquiera dieron la voz de alarma.

Suelta la barandilla impotente a la vez que resopla y se pasa las dos manos por el pelo.

—Intentaba ayudar, pero ni siquiera sabía cómo. —Trata de justificarse, pero no lo hace conmigo, sino consigo mismo—. Los serbios me devolvieron a la base a patadas, perdonándome la vida sólo por ser norteamericano. Era probable que no supieran que era periodista, aunque una parte de mí sigue pensando que lo sabían y me dejaron ver todo aquello porque estaban más que orgullosos y querían darlo a conocer al mundo. El 21 de julio, los Cascos Azules recibieron la orden de dejar el sitio y, mientras los soldados llenaban los camiones, el alto mando holandés, Thomas Karremans, brindaba con Mladic por la toma de Srebrenica.

Brindó con ese hijo de puta —repite como si, a pesar de ver esa imagen en su cabeza todos los días, no fuese capaz de creérsela—, el mismo cabrón que acarició la cara de aquel crío. Por Dios, no debía de tener más de siete años y después mandó que le pegaran un tiro sólo por ser bosnio. —Su voz suena entrecortada, pero no es por la tristeza, sino por la rabia. Sus ojos se vuelven vidriosos por todas las lágrimas que no se permite llorar y el dolor se hace aún más cristalino.

Una lágrima cae por mi mejilla al imaginarme semejante escena, pero me la seco rápidamente.

—Un soldado serbio se vistió con el uniforme de un casco azul y llamaba a la gente que estaba escondida —continúa—. Conseguía que se acercaran pensando que estaban a salvo... y los asesinaba. Cada vez que uno caía, sonreía y se besaba una imagen de Jesucristo que tenía tatuada en el antebrazo. Sólo paraba para encenderse un maldito cigarrillo. Cada noche, cuando cierro los ojos, veo a aquel soldado. Su cara se ha ido emborronando con los años, pero el tatuaje no. Vi morir a ocho mil personas y me siento culpable por cada una de ellas.

—Reese, tú no podías hacer nada —
murmuro tratando de hacerle entender
eso, alzando la mano para acariciarle la
mejilla.

Pero él aparta la cara antes de que
pueda tocarlo y entra en el salón con el
paso acelerado. Giro sobre mis pies y lo
sigo. Lo encuentro al otro lado de la
inmensa estancia dando pasos cortos,
inquietos e inconexos.

—Reese... —repito.

Quiero calmarlo, pero no sé cómo.

—Todos sabían lo que pasaba allí
—sentencia con rabia, con dolor—, y
nadie hizo nada por evitarlo. Los
Gobiernos se dedicaban a mandar
soldados que en ningún caso podían

proteger a los civiles inocentes. Lo vi en Srebrenica y seguí viéndolo muchas veces en otras ciudades, y el resultado era siempre el mismo, hasta que esta guerra dejó de interesarle a la opinión pública. Regresé a Nueva York porque pensé que era más fácil olvidarlo, porque estaba cansado de intentar convencer de que hicieran algo a los mismos políticos a los que, en el fondo, esas personas les importaban una mierda y, poco a poco, fui renunciando a todo lo que me importaba y acabé convirtiéndome en el chico del millón de dólares. Alguien que critica que los demócratas quieren subir los impuestos, pero que no dice una sola palabra sobre

que la gente se muere de hambre o que en este mismo lugar siguen en guerra. Y no me importaba —confiesa resignado—, había aprendido a estar bien, hasta que te conocí.

Entreabro los labios sorprendida dispuesta a decir algo, pero no sé el qué. Tengo la sensación de que han tirado de la alfombra bajo mis pies.

—En aquella cafetería me miraste como si creyeras en mí —continúa, pero no lo hace feliz. Esa idea, lo que pasó aquel día, lo enfada sobremanera, le duele—, como si supieses ver lo que yo ya no veo, y me sonreíste y me dijiste que habías leído mis artículos, que te gustaban, y entonces me llamaste

precisamente así, chico del millón de dólares. Sentí vergüenza de mí mismo y muchísima rabia, y por primera vez en trece años recordé cómo era antes, cómo quería ser, y me sorprendí a mí mismo cogiendo un vuelo a Kosovo en plena noche dispuesto a volver a enfrentarme a todo porque quiero ser mejor por ti.

—Reese, tú ya eres todo lo quiero que seas. ¿Es que no lo ves? Eres valiente, generoso, inteligente, bueno.

Eres el mejor hombre que conozco.

Nuevas lágrimas caen, pero vuelvo a secármelas rápidamente. No quiero llorar. No quiero que crea que sólo digo esto porque me ha conmovido su historia.

—Ya te lo dije una vez —susurra con la mandíbula tensa—: yo no tengo nada bueno dentro.

No me lo está diciendo, me lo está advirtiéndome.

—Sí, sí que lo tienes —me apresuro a replicar.

¿Por qué no puede verlo?

—Si no lo tuvieras, no te sentirías culpable por todo lo que pasó —trato de hacerle entender.

—Soy culpable

—No, no lo eres.

No voy a rendirme. No pienso rendirme.

—Sophie, por favor —protesta pasándose las manos por el pelo de nuevo a la vez que gira sobre sus pies.

Está furioso, exasperado, cansado.

—Reese —lo llamo.

—Sophie, basta.

Cruzo la estancia que nos separa decidida. Acaricio su mano buscando el contacto, pero Reese se aparta y se aleja unos pasos. No se gira, aunque no necesito que lo haga para sentir cómo resopla casi desesperado con todo su cuerpo tenso, al límite.

—No fue culpa tuya —murmuro.

—¡Maldita sea! —grita dándose la vuelta—. ¡Sí lo fue!

Sus palabras nos silencian a los dos. Las lágrimas me queman detrás de los ojos, pero no me permito llorar ninguna.

—Tendría que haber impedido que pasara o tendría que haber muerto allí.

Nunca había sentido un dolor tan cortante, tan frío, tan duro con sólo unas pocas palabras.

—Reese... —musito.

Al pestañear, una lágrima cae y baña mi mejilla. No sé cómo consolarlo, cómo calmar toda su tristeza, su rabia, así que hago lo único que sí sé. Camino hasta él, rodeo su cuello con mis brazos y, alzándome sobre las puntas de mis pies, lo beso. Sólo quiero que sepa cómo me hace sentir, que sepa cuánto lo

quiero. Está roto por dentro, pero todavía podemos pegar los pedazos. Él no tuvo la culpa.

—Tú no tuviste la culpa —susurro contra sus labios.

Reese traga saliva. Cierra los ojos. Su cuerpo está aún más tenso. La batalla interna es aún mayor.

—Dejé de luchar.

—Pues luchemos juntos —le pido, casi le suplico, acercándome todo lo que puedo.

—Sophie... —sisea con la voz ronca, entrecortada.

—Lucha conmigo, por favor.

Lo necesito. Ya no puedo ser feliz sin él.

—Por favor —repito contra sus labios.

Mis palabras, mi cuerpo, todo lo que siento por él parecen llamarlo y Reese, al fin, me estrecha contra él y me besa con fuerza, tratando de llevarse cada lágrima, de acallar cada mal recuerdo. Podemos ser felices.

—Sophie... —susurra separándose de mí, dejando caer su frente contra la mía. Adoro que haga eso.

Sé lo que quiere decirme y también que no puede hacerlo. No necesitamos ganar todas las batallas esta noche.

—Lo sé —musito.

Sé que me quiere y yo lo quiero a él. Los dos estuvimos condenados desde que nos encontramos por primera vez en Bryant Park.

—Joder —gruñe, y vuelve a besarme con más fuerza.

Sin separarnos un solo centímetro, Reese nos guía por la estancia hasta dejarnos caer en la cama. Sigue besándome, saboreándome. Me acaricia despacio pero lleno de intensidad, disfrutando de cada rincón de mi piel que sus dedos descubren, alargando el momento, consiguiendo que poco a poco nos envuelva la idea de que, después de esta noche, todo será diferente, que él y yo seremos diferentes.

—Reese —murmuro contra sus labios.

Él sonrío sin separarse de los míos y deja que el peso de su cuerpo me convenza de que no hay un lugar mejor en el universo.

Esta vez no hay órdenes, no hay movimientos bruscos. Sólo estamos él y yo.

Se arrodilla sin levantar sus ojos de los míos, tira del bajo de mi camiseta y me la saca por la cabeza. Sus manos descienden por mis costados hasta anclarse en mis caderas. Desliza sus dedos bajo la cintura de sus bóxers blancos y me los quita despacio. Otra vez tomándose su tiempo, otra vez

convirtiéndolo en algo perfecto. Otra vez diciéndome sin palabras que vamos a encontrarnos y que no le importa si nos lleva todo el tiempo del mundo.

Yo suspiro, no puedo evitar hacerlo. Mi piel se calienta donde sus ojos se posan.

—Joder, eres la cosa más bonita que he visto en toda mi maldita vida —susurra apoyando las manos a ambos lados de mi cabeza, manteniendo el peso de su cuerpo, dejándome muy cerca de sus ojos azules.

—Tú... tú pa... para mí eres el chi... chico más... el chico más...

Quiero decir tantas cosas que las palabras se agolpan en mi garganta atolondradas sin conseguir salir.

Reese sonríe, su sonrisa más suave y serena, la que sólo guarda para mí.

—Yo también lo sé —susurra justo antes de dejarse caer sobre mí.

Mi mirada no se separa de la suya hasta que vuelve a besarme. Desabrocho cada botón de sus vaqueros, torpe, ansiosa, paladeando la suave sensación de que el planeta podría dejar de girar ahora mismo y a ninguno de los dos nos importaría lo más mínimo. Reese se deshace de su camiseta, obligándonos a separarnos para dejar pasar la tela.

Su mirada atrapa de nuevo la mía mientras vuelve a inclinarse sobre mí, despacio. Nuestras respiraciones cada vez están más aceleradas. Una decena de emociones cruzan sus ojos, todo lo que no puede decirme, todo lo que sentimos, todo lo que queremos ser. Creo que nunca podría escapar de esa mirada.

Reese me coge de las muñecas y las desliza por las sábanas revueltas hasta colocarlas encima de mi cabeza, pero no las atrapa con fuerza contra el colchón y algo brilla dentro de mí cuando entrelaza nuestros dedos.

Demostrándome una vez más que puede leer mi mente, sonrío y entra con un solo movimiento largo, profundo,

delicioso. Mi cuerpo se arquea obligándome a cerrar los ojos y dejo escapar un largo gemido. Cuando vuelvo a abrirlos, los suyos me esperan, como si no quisiese perderse un solo segundo de mi expresión mientras continúa entrando y saliendo, llevándome al paraíso embestida a embestida.

—Reese —gimo.

Espera paciente a que el placer me haga caer de vuelta al colchón y me besa acallando mis gritos, saboreando mis gemidos, saboreándome a mí.

Mi cuerpo se tensa. Desliza sus manos hasta mis caderas. Su ritmo es constante, fuerte, absolutamente enloquecedor.

—Estoy muerto de miedo —susurra deteniéndose dentro de mí.

Su mirada atrapa de inmediato la mía. Ni siquiera esa confesión lo hace parecer débil. Sus ojos, su voz, siguen llenos de fuerza.

—¿Por la guerra? —murmuro.

Quiero hacer que se sienta mejor, que se olvide de todo.

—No, Sophie —responde sin liberar mi mirada, con una suave sonrisa en sus labios, como si lo que sintiese ahora lo asustase pero al mismo tiempo lo curase por dentro—. Estoy muerto de miedo por esto, por ti.

—¿Por qué? —pregunto confusa.

—Porque necesito saber que no voy a perderte.

El corazón comienza a latirme aún más deprisa mientras una sonrisa indisimulable se cuelga en mis labios. No necesito nada más para ser feliz.

—No vas a perderme —musito.

Reese me observa un segundo más con toda su rabia, su lucha, resistiéndose, peleando por no querer esto y al mismo tiempo deseándolo en cuerpo y alma.

—Lo único que me importa es que seas feliz —susurra contra mis labios justo antes de besarme con fuerza, embistiéndome de nuevo.

Y sencillamente toco el cielo con la punta de los dedos.

Gira las caderas. Sus manos se hacen más posesivas en mi piel.

—Reese —murmuro.

Y nos movemos como si fuésemos uno, llegando cada vez más lejos, subiendo cada vez más alto. Su cuerpo se enreda en el mío. Su olor, su tacto, su calor.

—Reese —murmuro de nuevo.

Su nombre se deshace en mis labios mientras continúa besándome, moviéndose despacio, profundo, haciéndome sentir con su cuerpo todo lo

que no es capaz de decirme con palabras, demostrándome que me quiere, que me necesita, haciéndome el amor.

El placer estalla dentro de mí. Me recorre mezclándose con mi sangre caliente, con cada latido desesperado de mi corazón, con cada una de sus entradas, con cada una de sus salidas, en cada pedacito de mí.

—¡Reese! —grito con la voz evaporada.

—Aguanta, muñeca —responde jadeante, lleno de rabia, de frustración, pero también lleno de amor, dejando que por primera vez toda la calidez pese

más que el dolor, que la luz que nace de los dos se lleve toda la oscuridad—. Aguanta por mí.

Busca mi boca. Nos besamos. Lo sentimos todo.

Mi cuerpo sube un escalón más. Él lo sube conmigo. Tiemblo. Gimo. Grito. Y un maravilloso orgasmo me recorre de pies a cabeza, sintiendo cómo él se pierde en mí, marcando a fuego en mi cerebro, en mi cuerpo, en cada latido de mi corazón, que soy suya, que le pertenezco y que él también me pertenece a mí.

Ya no hay dudas. Esta noche ha marcado la diferencia para los dos.

Nos pasamos el resto de la noche hablando. Reese no esquiva una sola pregunta. Charlamos de mi familia, de la suya, de su relación con Matt, de Nueva York, de Pristina. Me cuenta la historia del señor Ademi, el recepcionista del hotel. Perdió a su mujer y a sus dos hijos al principio de la guerra y desde entonces convirtió el hotel en todo su mundo, luchando porque allí todo siguiese igual que antes del conflicto... la música, el servicio, incluso las lámparas de araña. Intentaron convencerlo de que las quitara cuando los bombardeos se recrudecieron, pero se negó en redondo. Quiere que ese hotel sea como un oasis, algo que le

haga creer a él, a Milo, que por un momento las cosas ahí fuera siguen siendo como eran antes.

También hablamos de Sarah, de Owen, de las decenas y decenas de chicas que han pasado por su vida. Ese tema me enfada un poco, sobre todo cuando me veo obligada a confesar que por la mía sólo han pasado tres chicos y a Reese le parece un número escandalosamente alto.

—¿Querías que hubiese estado metida en una urna de cristal hasta que te conocí? —me quejo golpeándolo en el hombro.

Reese se deja caer de espaldas en la cama y me acomoda contra su pecho.

—No hubiera estado mal.

—Tú te has acostado con algo así como un millón de mujeres.

—Es probable que sean más — replica impertinente.

Yo me revuelvo y lo golpeo de nuevo en el hombro a la vez que intento levantarme. Sin embargo, Reese es más rápido y vuelve a atraparme, colocándose sobre mí y sujetando mis muñecas contra el colchón.

—Un millón de chicas y tuvo que volverme loco la más testaruda e impertinente de todas.

—No tanto como usted, señor Montolivo —protesto.

—¿Sabes lo complicado que me lo pusiste? —me pregunta con una sonrisa canalla en los labios.

Frunzo el ceño confusa. ¿A qué se refiere?

—Todas las mañanas me metía un condón en el bolsillo convencido de que no podría resistir más y acabaría follándote contra la primera pared que viese. Aguanté seis malditos días. Me merezco un puto trofeo.

—Tú tampoco me lo pusiste fácil a mí —replico luchando por disimular la sonrisa de tonta enamorada que amenaza con partirme la cara en dos.

—Eso forma parte de mi encanto —
sentencia dejándose caer de nuevo sobre
mí.

—Engreído —replico.

—Cría —contraataca.

—Feo.

Reese sonrío. ¿A quién pretendo
engañar? Ni siquiera un grupo de
lesbianas militantes con chapas de
«Muerte a los hombres» podría decir
que es feo.

—Me gusta estar contigo, muñeca —
susurra.

En ese instante recuerdo cuando
pronuncié esa misma frase en mi cama,
en Pristina. Han pasado muchas cosas
desde entonces.

—A mí también me gusta estar contigo.

Su sonrisa se ensancha y, despacio, comienza a besarme el cuello, demorándose perversamente en cada rincón.

—¿Y dónde va a gustarnos estar juntos? —inquiero humedeciéndome el labio inferior discreta y fugaz. Esto se le da realmente bien—. ¿Pristina? ¿Nueva York? ¿Una aldea perdida al norte de Laponia?

Reese sonrío contra mi piel y se incorpora hasta que volvemos a estar frente a frente.

—La idea de la aldea perdida al norte de Laponia suena muy tentadora — bromea alargando de forma lasciva la palabra *muy*—, pero no estoy seguro. Todavía no sé dónde está mi hogar.

También recuerdo aquella conversación en el barrio serbio y también cómo, aunque la idea me asustó, me di cuenta en ese preciso instante de que él era mi hogar.

Me acaricia con suavidad el contorno de la cara con su mirada fija en el movimiento. Adoro que haga eso.

—Es algo muy importante — respondo sin asomo de dudas—. Cuando lo descubras, lo sabrás.

Sonríe de nuevo y todo a nuestro alrededor se desvanece.

Continuamos charlando y, cuando decidimos mirar al reloj, son casi las siete y falta poco más de una hora para que comience la grabación del programa. Reese decide que lo mejor es darnos otra ducha. Yo intento convencerlo de que no hay tiempo, pero no tengo nada que hacer.

Estoy sentada en el borde de la cama, aún con el albornoz, escribiendo en mi bloc de notas algunas ideas, la mayoría frases sueltas sobre Hvar y todo lo que estamos viviendo aquí, cuando Reese hace su entrada triunfal en la habitación... y no habría expresión que

lo definiese mejor. Lleva un traje negro que se ajusta a su cuerpo como un guante. Se ha afeitado y su pelo revuelto está perfectamente peinado con un toque casual, como si fuese fruto del azar que parezca un modelo de revista. Me recuerda al Reese que vi en la portada de la revista *Esquire*.

Él sonrío ajustándose su reloj de pulsera y entonces me doy cuenta de que no sé cuánto tiempo llevo mirándolo. Carraspeo a la vez que me obligo a apartar la mirada y centro toda mi atención en el bloc de notas.

Maldita sea. Seguro que aprovecha este bochornoso momento para reírse de mí y no es nada justo. La culpa es sólo

suya.

—Estás muy guapo —comento como si no tuviese importancia.

Eso es, Silver. Demuéstrale lo adulta y sofisticada que eres. Ves a hombres tan condenadamente atractivos todos los días.

«Ya te gustaría.»

¿Y tú de qué partes estás?

Sin embargo, Reese no hace ninguna alusión a mis palabras, ningún comentario arrogante, ningún «No estás descubriendo el fuego, muñeca». ¿Qué está pasando aquí? Alzo la cabeza y observo cómo, con el paso decidido,

camina hasta mí, tira de mis manos y me levanta dejándome de pie sobre la cama. De inmediato sonrío. ¿Qué se propone?

Muy concentrado, da un paso más hasta que sus piernas chocan contra el borde del colchón, abre el albornoz y lo deja caer a mis pies. Me da un beso en la cadera y yo tengo que contenerme para no alzar las manos y perderlas en su pelo.

Reese alza la mirada sin despegarse de mi piel y clava sus ojos azules en los míos. Es la cerilla que prende todo mi deseo. Gimo despacio y él se pasea hasta mi otra cadera calentando mi piel

con su suave aliento, besándome delicado, efímero, torturándome una vez más.

—No puedo creer que esté a punto decir lo que voy a decir —pronuncia con la vista fija en mi piel—, pero vístete.

—¿De verdad quieres que me vista? —ronroneo pizpireta.

Reese vuelve a atrapar mi mirada y me permite ver su sonrisa más dura y sexy justo antes de, tomándome por sorpresa, tirar de mi cintura y dejarme caer sobre la cama.

—No me tientes —me advierte avanzando por mi cuerpo hasta que nuestros ojos vuelven a encontrarse.

Me encanta la idea de poder tentarlo de alguna manera. La verdad es que todavía me resulta increíble que un chico como él se haya fijado en una chica como yo.

—No podemos llegar tarde al *set* y quiero que desayunemos algo —dice, pero no se mueve ni un ápice.

—¿Podemos? —pregunto en cuanto racionalizo sus palabras—. ¿Quieres que vaya contigo a la grabación del programa?

—Las pillas al vuelo, muñeca —se burla levantándose y tirando de mí para que haga lo mismo.

Cuando estamos de pie, sumerge su mano en mi pelo y me besa lleno de intensidad. Una vez más, el mejor beso del mundo.

—Tienes cinco minutos —me ordena—. Te espero en el bar del hotel.

Me da un beso más corto a modo de despedida y, sin mirar atrás, sale de la habitación. Mientras, yo permanezco inmóvil, desnuda y con la excitación rozando el diez de la escala Richter de hombres tan guapos como despiadados capaces de dejar a una mujer al borde de la combustión espontánea.

Me pongo el vestido más bonito que he traído a Kosovo, y que resulta curioso que echara en la mochila que

preparé para un viaje sólo de amigos, y unas bonitas sandalias. Me seco el pelo con secador y me arreglo mis desastrosas ondas rubias con los dedos.

Técnicamente tardó más de cinco minutos, pero también es técnicamente imposible arreglarse en menos de cinco minutos. Bajo a recepción y pregunto por el bar. Atravieso el inmenso pasillo que me separa de él revisando que lo lleve todo en mi bandolera, en especial la Polaroid. Me gustaría volver al embarcadero y echar una foto.

El bullicio del vapor de las cafeteras y la gente charlando me hacen entender que ya he llegado a mi destino. Alzo la cabeza y no tardó más de un

segundo en ver a Reese apoyado en la barra. No necesito mucho más para ver a las dos camareras en la entrada de la cocina cuchicheando y mirándolo embelesadas. Tuerzo los labios, aunque no puedo culparlas. Ellas también sufren un nivel diez en la particular escala Richter-Montolivo.

—Hola —lo saludo deteniéndome junto a él.

Reese me dedica su sexy media sonrisa, deja el periódico abierto sobre la barra y me da un beso sin tocarme con ninguna otra parte del cuerpo, torturándome. Cuando me tiene justo donde quiere, se separa y busca con la mirada al camarero, que de inmediato

deja un café humeante frente a mí. Sonrío y le doy las gracias. Parece que el servicio de este hotel también está enteramente a su disposición.

Posando de nuevo su vista en el *Novi list*, un periódico croata, Reese coge el pequeño sobrecito de azúcar, lo abre y lo vierte con cuidado sobre mi café. Agarra la cucharilla y lo remueve. Cuando se da por satisfecho, sacude la cucharita con suavidad en el borde de la taza sin derramar una sola gota. Yo lo observo encantada y, antes de que pueda controlarlo, la sonrisa de tonta enamorada aparece de nuevo en mis labios. Es lo mismo que hizo en el viejo

puesto frente al hotel y, por mucho que él dijese que es un gesto vacío, me parece un detalle precioso.

—Tienes que comer algo —me recuerda.

No protesto. Tengo hambre.

—¿Un *hurmasice*?

Reese sonríe.

—Los *hurmasices* son kosovares. Lo típico aquí son los *atrukli*.

—Pues un *atrukli*, entonces — respondo con una sonrisa.

Seguro que está buenísimo.

Reese se lo pide al camarero en un envidiable croata y poco después estoy disfrutando de un dulce delicioso.

Incluso se me escapa algún que otro gruñidito de placer.

—Está claro que los dulces también son increíbles —suelta.

Le doy en su hombro con el mío como protesta, pero no digo nada. No quiero dejar de comer.

Reese vuelve su mirada al periódico y yo pierdo la mía por el local sin ningún interés en concreto y, sin darme cuenta, vuelvo a encontrarme con las dos chicas. Siguen completa y absolutamente embobadas con él.

—Me gustaría saber qué castigo divino estamos pagando las mujeres del mundo para que tú seas así de guapo. Es

muy injusto —sentencio fingidamente indignada.

Él sonr^íe encantadísimo y una de las jóvenes le da un codazo a la otra. Sí, esa sonrisa es como un arma de destrucción masiva y nunca la usa para hacer el bien.

Curioso, Reese me observa y de inmediato mira hacia donde yo lo hago, consiguiendo que las camareras aparten nerviosas los ojos de él para volver a posarlos en su anatomía unos segundos después.

—Deja de coquetear —me quejo divertida.

—Yo no coqueteo —replica contagiado de mi humor y fingiéndose un poco indignado, girándose hacia mí.

Quiero fastidiarlo diciéndole que sí, que sí que coquetea, pero lo cierto es que mentiría estrepitosamente. No lo hace. No lo necesita.

—Yo tampoco —me defiendo.

—Por favor —bufa—. He leído en un revista que es tu cumpleaños y te traigo una magdalena... —continúa imitando mi voz.

Yo abro la boca escandalizada y vuelvo a golpearlo en el hombro conteniendo una vez más una sonrisa. No puedo dejar que se dé cuenta de que, en el fondo, me hace gracia. Sería otra arma que sólo utilizaría para el mal.

—Idiota —protesto divertida.

Reese se inclina sobre mí, coloca una de sus manos en mi cuello, la otra en la parte baja de mi espalda y me tumba sobre ellas a la vez que me besa como en las películas de Hollywood. Sonríó como una idiota, ahora ya de marca mayor, contra sus labios y, al abrir los ojos, los suyos me están esperando. Reese me devuelve la sonrisa y yo creo que estoy a punto de ruborizarme.

Por último nos incorpora y desliza su mano por mi espalda hasta agarrar mi mano.

—Podemos irnos —comenta con una sonrisa traviesa en los labios—, ya las he enamorado definitivamente.

¡Cabronazo!

Quiero quejarme, pero no soy capaz.
¿Qué puedo hacer? Me tiene ganada.

Observo a las chicas justo antes de salir del bar y las dos siguen en el mismo lugar con la mirada perdida en Reese.

Lo peor de todo es que el muy engreído tiene razón.

Salimos a la enorme terraza y caminamos entre las decenas de tumbonas que rodean una preciosa piscina. El hotel está en la parte alta de la isla y las vistas, Mediterráneo incluido, son fantásticas.

—¡Montolivo! —grita un hombre acercándose a Reese con el paso acelerado—. Ven aquí, maldito capullo

—añade agarrándolo por los hombros y abrazándolo de forma efusiva.

Reese le devuelve unas palmaditas en la espalda con una mano mientras sigue agarrando la mía con la otra.

—¿Dónde te metiste anoche? — pregunta llevándose las manos a las caderas—. Creí que nos tomaríamos un par de copas.

De pronto el hombre repara en mí.

—Sophie, él es Carl Anderson — nos presenta Reese—, el productor del programa. Carl, ella es Sophie Silver, mi novia.

¡¿Qué?!

¿Su novia? ¿Acaba de decir que soy su novia? La sonrisa de tonta enamorada reaparece en todo su esplendor. Estoy... ¡¡feliz!! De verdad quiere que funcione.

Carl me observa aún más sorprendido de lo que estoy yo y me barre con la mirada de arriba abajo, pero no de un modo sexual, sino más bien preguntándose dónde está el truco.

—¿Sabes que eres algo así como el mirlo blanco? —me dice.

Mi sonrisa se ensancha hasta convertirse casi en risa. Me encojo de hombros y le estrecho la mano que me tiende. La verdad es que mentiría si dijera que entiendo qué ve en mí.

—Bueno, tenemos que ponernos manos a la obra. —Cambia diametralmente de tema dando una palmada—. ¡Suzie! —grita girándose.

Casi en ese mismo instante, una chica con un *walkie-talkie* enganchado a su cinturón y una carpeta de plástico sujeta con el antebrazo se acerca a nosotros. Cuando ve a Reese, una sonrisilla nerviosa se cuelga en sus labios y de inmediato agacha la mirada al tiempo que se mete un mechón de pelo tras la oreja. No la culpo. Está espectacular.

—Encárgate de... —el productor hace memoria un segundo—... Sophie —recuerda—. Es la novia del señor

Montolivo, ¿entendido?

Ella vuelve a alzar la cabeza con rapidez. Mira a Reese y a continuación me mira a mí. Está claro que también le ha sorprendido.

Silver, lo que está claro es que no estás al nivel.

Reese, como si pudiese leerme la mente una vez más, acuna mi cara entre sus manos sacándome de mis ensoñaciones y me da un delicioso beso que consigue encenderme desde el primer momento en que sus labios tocan los míos.

—Diviértete, muñeca —susurra separándose unos centímetros de mí.

Yo asiento, ha conseguido devolverme la sonrisa, y sigo a Suzie hasta el *set* que han levantado en el hotel.

Todo es bastante caótico, o al menos da esa impresión. Hay un inmenso escenario con un impoluto suelo de cristal, y dos sillones blancos separados por una pequeña mesa de metal. Lo rodean decenas de focos, tres cámaras y al menos una veintena de personas deambulando hacia todos lados. Me recuerda la primera vez que estuve en las oficinas de la KFOR. Por separado seguro que todos tienen una misión clara

e importantísima, pero el conjunto parece una película de los hermanos Marx.

—Puedes sentarte aquí —me ofrece Suzie amable deteniéndose frente a una mesa con varios monitores y una tabla de sonido—. Él es Jack —me presenta al chico que se acerca a nosotras—, uno de los técnicos de sonido.

Le devuelvo la sonrisa que me tiende y me siento junto a él.

—Puedes verlo directamente —me explica señalando el plató con unos enormes cascos negros— o a través del monitor. Yo prefiero el monitor, lo otro es demasiado real —bromea.

Yo sonrío de nuevo. Él se pone los cascos y comienza a toquetear la mesa de sonido. Lo observo ensimismada unos segundos. Debe de haber algo así como un millón de botones.

En ese momento el revuelo se hace aún más caótico. Alzo la cabeza justo a tiempo de ver a Reese subir los tres escalones que separan el escenario del suelo. Lo siguen al menos cinco personas. Una le tiende unos documentos que Reese revisa mientras una chica termina de maquillarlo y otra, de darle los últimos retoques en el pelo. El productor, Carl, está hablando con él junto a otro hombre, que imagino que es el director del programa. Reese mira a

su alrededor y, cuando nuestras miradas se encuentran, me guiña un ojo lleno de una sexy y masculina seguridad. Yo le devuelvo el gesto e inmediatamente sonrío. Acabo de sentirme como Humphrey Bogart. Él también sonrío y presta de nuevo toda su atención a los dos hombres. En ese instante se acerca un tercero, al que no tardo en reconocer; es el presentador del programa. Camina hasta Reese con una sonrisa y le tiende la mano. Viendo esto, está claro quién es la estrella del programa.

Saco mi cámara y hago una foto. El chico de sonido me mira como si acabase de escaparme de una máquina del tiempo, pero no me importa. Las

Polaroid son un clásico atemporal como el buen vino o la segunda temporada de «Cómo conocí a vuestra madre».

Una chica llama la atención de todos anunciando que falta un minuto y el tumulto enseguida se dispersa. Es curioso cómo el caos desaparece prácticamente al instante y cada persona ocupa su lugar.

Reese se sienta en uno de los sillones. La chica grita «¡Treinta segundos!». Él se retoca los gemelos y sonríe a algo que el presentador le comenta. No tarda en darme cuenta de cómo lo miran la mayoría de las mujeres. Creo que estoy peligrosamente cerca de oír algún suspiro.

La misma chica cuenta atrás desde cinco, marcando los tres últimos números con los dedos y señalando al presentador cuando llega a cero.

—Buenas noches, América —saluda ceremonioso—. Hoy tenemos un programa muy especial.

Sonrío y suspiro con una sonrisa. Todo esto es muy emocionante.

El presentador explica por qué están aquí y saluda a Reese. Le hace un par de preguntas para que comente el motivo de su ausencia del programa estas semanas anteriores y comienzan a charlar sobre lo que está pasando en Washington. Imagino que es normal que, antes de centrarse en Kosovo y en todo lo que

Reese tiene que contar, repasen los últimos acontecimientos de la política nacional.

Ya llevamos casi una hora. Han hablado de los recortes sanitarios, de los nuevos cambios presupuestarios impuestos por la gobernadora Morisson y del recientemente elegido candidato del partido demócrata Barack Obama y de las posibilidades reales que tiene de llegar a la Casa Blanca.

El presentador centra el tema en la política exterior de Estados Unidos. Yo cuadro los hombros y presto más atención. Parece el momento más indicado para que Reese explique sus últimos descubrimientos. Sin embargo,

el presentador no le deja cambiar de tema y vuelve una y otra vez a los políticos estadounidenses, como si lo único que buscase es que Reese los dejase en ridículo poniendo en evidencia los fallos de su gestión.

Cuando el presentador se despide, la audiencia y la misma chica que ha gritado la cuenta atrás grita ahora «¡Corten!». Reese se levanta como un ciclón y sale flechado hacia el productor del programa. Yo me levanto a la vez que lo sigo con la mirada. Está realmente furioso.

—Eres un hijo de puta —ruge Reese—. Me prometiste que, si volvía a sentarme en ese maldito sillón, podría

hablar de lo que está pasando aquí.

De pronto se hace el silencio. Su voz ha sonado amenazadoramente suave y muy muy intimidante.

—Reese, no he podido hacer nada —balbucea el productor—. La actualidad manda.

—¿A quién crees que le importa toda esa basura? —replica.

—¿Y a quién crees que tú que le importa este rincón perdido del mundo?

Reese se lleva las manos a la cintura y clava su vista en el suelo a la vez que resopla frustrado, exasperado, pero también controlándose por no partirle la cara al imbécil que tiene delante.

—La mayoría de la gente ni siquiera podría situar Kosovo en el mapa — añade el productor.

Reese alza la mirada, la pierde en el fondo y por último cabecea un par de veces.

—Estoy cansado de toda esta mierda —sentencia.

Sin decir nada más, echa a andar. Con los primeros pasos, me busca con la mirada. Nuestros ojos se encuentran, pero Reese sólo permite el contacto un par de segundos y continúa caminando, desoyendo todas las veces que el productor le suplica que vuelva.

Yo recojo mi bolso y lo sigo. Al entrar en el hotel, no hay rastro de Reese, así que decido subir a la habitación. La puerta de su *suite* está abierta y entro con el paso titubeante. No tardo en encontrarlo. Está metiendo sus cosas deprisa en su mochila abierta sobre la cama. Lo hace de cualquier manera, pagando su enfado con cada prenda que recoge.

—Reese —lo llamo tratando de sonar todo lo dulce que soy capaz.

Sé por qué quiere irse, pero no creo que hacerlo así, prácticamente huyendo, sea la solución.

—Entiendo por... por qué quieres irte, pero, tal... tal vez, deberías tomarte un segundo para pensar.

—No tengo nada que pensar —sisea sin ni siquiera mirarme—. Tú puedes quedarte si quieres. La *suite* está pagada hasta mañana y el helicóptero te llevará de vuelta a Pristina.

Yo lo observo un momento. ¿Cómo puede pensar que me quedaría aquí sin él? Sin decir nada, camino hasta el sillón donde he dejado mi mochila esta mañana y comienzo a guardar las pocas pertenencias que tengo desperdigadas por la *suite*. Cuando termino, la cierro, me la cuelgo del hombro y ando hasta colocarme frente a él.

—Ya estoy lista —digo.

Reese me observa, y no sé si su mundo acaba de hundirse un poco más o de salir definitivamente a flote. Alza la mano, pero, cuando está a punto de acariciar la mía, la cierra en un puño con fuerza, con rabia, y la deja caer junto a su costado. Creo que no me equivoco si digo que hay un poco de cada.

Termina de recoger sus pertenencias y salimos del hotel. El mismo hombre que nos esperaba al bajar del helicóptero lo hace ahora a la salida del establecimiento junto a un imponente Range Rover negro.

—¿Seguro que no desea esperar el helicóptero, señor Montolivo? — pregunta—. Podrá salir en menos de una hora. Hay más de diez conduciendo hasta Pristina.

Reese ni siquiera lo escucha. Me quita la mochila de las manos y la lanza junto a la suya a los asientos traseros. Después me abre la puerta del coche y espera paciente a que me monte. El hombre se despide, pero de nuevo Reese ni siquiera lo mira. Ahora mismo está enfadado con el universo.

En las primeras horas de viaje no dice una sola palabra. Me esfuerzo en tratar de sacar algún tema de conversación, distraerlo de alguna

manera, pero es completamente inútil. El Reese que no paraba de hablar y sonreír en la cama de la *suite* parece haber desaparecido.

Aunque es lo último que quiero, la noche sin dormir comienza a pasarme factura y cada vez estoy más cansada. Los ojos se me cierran de modo sistemático. Me acomodo en el asiento.

Me despierta el vehículo reanudando la marcha. Abro los ojos adormilada y, con la mirada torpe y desenfocada, observo a mi alrededor. Parece que estamos en un puesto fronterizo. Reconozco las banderas. Es la frontera

de Montenegro con Albania. Aún deben de quedarnos varias horas para llegar a Pristina.

Me incorporo y me doy cuenta de que estoy tapada con algo. Miro la tela y reconozco de inmediato la chaqueta de Reese. Él se ha remangado las mangas de la camisa y tiene la vista concentrada en la carretera.

—Te he comprado algo de comer — dice señalando con la cabeza una bolsa a mis pies.

Me froto los ojos para espabilarme, estiro el brazo y cojo la bolsa de plástico. Lo cierto es que me muero de hambre.

—¿Tú has comido? —pregunto dejando la botellita de agua entre mis piernas y sacando el sándwich perfectamente envasado.

—No —responde cortante.

Tuerzo el gesto. Necesita comer y con toda probabilidad descansar. Él tampoco durmió nada anoche.

—Reese, tienes que comer algo...

—Para, Sophie —me interrumpe.

No ha alzado la voz y, sin embargo, ha resultado más intimidante que cualquier grito. Yo me revuelvo en mi asiento y contemplo el panorama a través de la ventanilla. Entiendo que

esté enfadado, pero no tiene por qué hacerme pagar los platos rotos. Sólo me preocupo por él.

Son más de las doce de la noche cuando entramos en Pristina. Las calles están mojadas. Ha debido de llover durante todo el día. Hace tanto calor que nunca pensé que vería llover aquí.

Ninguno de los dos ha vuelto a decir una sola palabra.

Reese detiene el coche en la entrada del hotel. Antes de que él pueda abrirme, lo hago yo y salgo. Estoy enfadada. Reese se baja y abre la puerta de atrás dispuesto a coger las mochilas, pero, en lugar de hacerlo, se queda con la mirada perdida en el fondo de la

calle, pensativo. Sólo necesito un segundo para darme cuenta de que está al límite en muchos sentidos, de que toda esa rabia, ese desencanto con el mundo, han vuelto de golpe y parecen doler más que antes.

Mi enfado se diluye por completo y rodeo el vehículo hasta llegar a él.

Al verme, Reese aparta la mirada y la clava en sus manos, que juguetean con las llaves del coche.

—Siento muchísimo lo... lo que... lo que ha pasado en el programa y siento de... de verdad que no pudieras hablar de las pruebas que has reunido, pero... pero encontrarás la manera. *The New*

York Times o... o cualquier otro periódico estarían encantados de publicar algo que tú firmaras.

—No van a publicarlo porque este lugar ya no le interesa a nadie —replica distante.

—Eso no es cierto, Reese —trato de hacerle entender.

Él resopla exasperado. Ni siquiera me mira. Yo doy un paso hacia él.

—Tú... tú puedes conseguirlo.

Alzo la mano dispuesta a acariciarlo, pero, justo antes de tocar su mejilla, Reese me sostiene la muñeca y me aparta. Me mira directamente a los

ojos y el corazón me da un vuelco cuando me encuentro con la expresión más triste que he visto jamás.

—Deja de creer en mí, Sophie — susurra con la voz ronca, llena de demasiadas cosas—. Nos ahorrará muchas decepciones a los dos.

Cierra la puerta del coche y entra en el hotel sin mirar atrás. Ha vuelto a encerrarse en sí mismo y ha vuelto a dejarme fuera. Ya no sé qué queda en pie de todo lo que dijimos e hicimos en aquella *suite*. Cabeceo. No voy a rendirme. No pienso dejar que vuelva a creer que su vida no vale nada.

—Reese —lo llamo saliendo tras él.

En el preciso instante en que se detiene, Owen y Sarah salen del bar. Tal y como me pasó con Reese, sólo necesito observarlos un segundo para saber que ha ocurrido algo. Reese también se da cuenta. Se gira despacio y, con el ceño fruncido, clava los ojos en Owen.

—Se trata de Milo —murmura el militar con la voz quebrada.

Miro a Sarah. Tiene los ojos enrojecidos. Es obvio que ha estado llorando. Al percatarse de que la observo, recorre la distancia que nos separa y me coge la mano con fuerza. ¿Qué ha ocurrido?

—Owen, ¿qué ha pasado? —
pregunta Reese impaciente.

—Reese... —Ni siquiera sabe cómo
seguir.

—Habla de una maldita vez —le
exige un paso más cerca del límite.

—Lo han encontrado muerto a unas
calles del dispensario.

—¿Qué? —murmuro.

No puede ser.

La mirada de Reese se recrudece y su mandíbula se endurece. Hasta el último centímetro de su cuerpo se llena de una tensión indecible.

—¿Quién ha sido?! —ruge.

Su voz apenas es audible y, sin embargo, ha sonado dura, brusca, intimidante.

—Reese... —trata de hacerle entender Owen.

—¿Quién?! —grita.

—Varios testigos vieron a paramilitares serbios merodeando por el dispensario. Al parecer buscaban algo

que Milo debía de esconder. Lo resolvieron todo.

Reese da un paso hacia atrás nervioso, acelerado, a punto de estallar. Gira sobre sus pies a la vez que se pasa las manos por el pelo y se las lleva a la boca. Tiene los ojos vidriosos. El dolor, la rabia, el arrepentimiento, la culpa... todo se multiplica por mil en su mirada. Todo duele muchísimo más.

—Reese —murmuro soltándome de la mano de Sarah y dando un paso hacia él.

Pero él ni siquiera me escucha y sale flechado del hotel.

—¡Reese! —grito a punto de salir corriendo tras él, con la voz rota por las lágrimas.

—No, Sophie, déjalo, por favor —me pide Sarah reteniéndome.

—No, suél... suéltame —le pido, casi le suplico—. Tengo que... que ir con él.

No sé adónde piensa ir, qué piensa hacer, y eso me da demasiado miedo.

—Necesita estar solo —dice intentando que entienda.

Reese se monta en el coche. El motor ruge violento y desaparece calle arriba.

Yo lo observo con la mirada llena de lágrimas. No puedo creerme que Milo haya muerto. Rompo a llorar y me abrazo a Sarah absolutamente desconsolada. Él ya había sufrido. Se merecía poder ser feliz. ¿Qué van a hacer todas las mujeres del refugio? ¿Qué van a hacer todas las personas a quienes día a día ayudaba en el dispensario? ¿Qué vamos a hacer nosotros?

Sarah espera con paciencia a que me calme y me propone que subamos a su habitación. Le digo que no. Quiero esperar a que Reese regrese. Entramos en el bar y nos acomodamos en la mesa

de siempre. Tampoco quiero estar aquí. No quiero estar en ningún lugar, en realidad.

Owen nos explica los detalles que tienen sobre lo ocurrido. Sé que lo que buscaban es la información que él y Reese reunieron, lo que pensaba contar en el programa de entrevistas, pero no digo nada. Sólo a Reese le corresponde hacerlo.

Un relámpago atraviesa el cielo llenándolo de luz y de inmediato un potente trueno ensordece el ambiente. Comienza a llover con muchísima fuerza.

No llevamos más de una hora esperando cuando Owen recibe una llamada en recepción. Me preocupo al instante. Nadie lo llamaría aquí si no fuese algo realmente importante.

—¿Qué ha pasado? —pregunto levantándome en cuanto vuelve a entrar en el bar, consciente de que está todavía a varios pasos de nosotras.

Owen llega hasta la mesa, recoge su boina militar y deja un par de billetes sobre la madera.

—¿Qué ha pasado? —repito.

No habla y tampoco me mira. No quiere tener que decírmelo.

—Owen, por... por fa... favor —le suplico con el corazón en la garganta y las lágrimas volviendo a bañar mis mejillas.

—Una patrulla ha visto a Reese rondando la casa de Ratko Mladic en Besianë, una ciudad cerca de la frontera con Serbia.

Abro la boca nerviosa y confusa dispuesta a decir algo, pero vuelvo a cerrarla aturdida.

—Ratko Mladic está en... en busca y captura por el... por el Tribunal Penal Internacional —replico—; ¿cómo sabe Reese dónde vive?

—¡Todos saben dónde vive! — protesta Owen en un grito y, por un momento, el ambiente se silencia por completo.

Yo continuo observándolo mientras lucho por ser fuerte y no sollozar. Todo esto es demasiado injusto.

—Tengo que ir a buscarlo — sentencia echando a andar hacia la puerta.

—Voy... voy contigo —respondo sin pensar.

Owen se detiene en seco negando con la cabeza.

—No, Sophie.

—Voy a ir contigo o sin ti —
sentencio sin asomo de dudas. No las
hay.

No pienso dejar a Reese solo.

Me estudia con la mirada hasta que
por último resopla. Sabe que estoy
hablando completamente en serio.

—Vamos —dice extendiendo el
brazo para que pase delante.

—Tened cuidado —nos pide Sarah.

—No te... te preocupes.

El camino, a pesar de que no dura
más de cuarenta y cinco minutos, se me
hace eterno. No deja de llover. Las
calles de Besianë están desiertas y
apenas hay farolas que las iluminen.
Tengo la misma sensación que cuando

estuve en Mitrovica. Aquí la guerra no sólo no ha acabado, sino que se respira en el ambiente. Supongo que por eso Ratko Mladic ha elegido esconderse en este sitio. Imagino que, a pesar de la independencia de Kosovo, sigue siendo un enclave serbio.

Owen gira por una calle cualquiera y de pronto la atmósfera se enrarece todavía más. Una casa se levanta casi majestuosa en mitad de un inmenso jardín. Varios focos muy potentes alumbran la entrada.

—Ése es el... el coche que llevaba Reese —digo nerviosa señalando el Range Rover a través de la luna delantera.

Owen asiente y reduce la velocidad con la mirada centrada en la calzada.

La situación que veo a unos metros de mí de forma automática me pone los pelos de punta. Varios hombres armados con ametralladoras protegen la casa y otros dos están un poco más adelantados, hablando con alguien que no consigo ver.

—¡Quiero hablar con él, joder! — grita Reese.

Lo busco con la mirada y lo veo frente a los soldados. Los nervios aprietan la boca de mi estómago y tiran de él. Está furioso. Está dolido. Está destrozado. Y sólo va a conseguir que lo maten.

Owen detiene el vehículo junto al Range Rover y se baja cauteloso. Uno de los hombres camina hacia nosotros y nos apunta antes de preguntar siquiera quiénes somos.

—Soy el capitán de la KFOR, Owen Kendrik —dice Owen señalándose el distintivo en su brazo derecho.

Yo observo a Reese conteniéndome para no correr hasta él. Es obvio que ha bebido muchísimo. Él no presta atención a quién ha llegado, ni siquiera parece darse cuenta, pero entonces vuelve la cabeza en nuestra dirección, como si algo le dijese que debe hacerlo, y

nuestras miradas se encuentran una vez más. Son los ojos más tristes que he visto jamás.

Reese aprieta la mandíbula, haciendo un acopio de todas sus fuerzas. Verme aquí lo ha enfadado un poco más, le ha recordado todo lo que tuvimos en aquella *suite*, todo lo que sé que cree que ya no podemos tener. Cierra los puños con rabia junto a sus costados. Ha vuelto de golpe a Srebrenica, a sentirse solo, perdido. Me mantiene la mirada y una lágrima cae por su mejilla. Acaba de renunciar a nosotros y el dolor es sobrehumano.

Sin mediar palabra, más furioso de lo que lo he visto nunca, empuja al tipo que tiene delante y lo tumba de un puñetazo.

—¡Reese! —grito.

De inmediato todos los hombres rodean a Reese y lo apuntan con las ametralladoras. Uno de ellos lo golpea con la culata del arma en un pómulo y lo obliga a dar un paso atrás. El alcohol lo hace tambalearse, pero consigue mantener el equilibrio. Probablemente, si no hubiese un capitán de las fuerzas de la OTAN presenciándolo todo, ya lo habrían matado. Sin embargo, en ese mismo instante, Reese parece ver algo

que hace que su mirada se llene de tanto de odio y dolor que no hay sitio para nada más.

El pistolero da un paso hacia atrás con una sonrisa satisfecha. Entonces, yo también me doy cuenta. El tatuaje del antebrazo. ¡Dios mío, es aquel soldado de Srebrenica! Reese lo golpea cogiéndolo por sorpresa y el tipo cae al suelo. Reese le roba la ametralladora y lo apunta con ella. El resto de los hombres lo cercan y lo encañonan.

—¡No! —grito.

Por favor, no.

Uno de los soldados de la puerta grita algo en serbio. No sé el qué.

—¡Levántate! —le ordena Reese. El tipo no se mueve—. ¡Sé que me entiendes, hijo de puta, levántate!

—Reese, por favor —trata de calmarlo Owen dando un paso hacia él—. Baja el arma.

Al fin el hombre se levanta, despacio.

—¿No me recuerdas? —lo reta Reese—. Porque yo sí que me acuerdo de ti, me acuerdo de todas las veces que te besaste ese maldito tatuaje cada vez que matabas a alguien en Srebrenica.

El soldado sonrío cínico, como si cayese en la cuenta de la rabia de Reese y sencillamente le hiciese gracia.

—En Srebrenica sólo hice lo que tenía que hacer —responde taimado.

—Matasteis a ocho mil personas.

—Matamos a ocho mil bosnios.

Reese aprieta los dientes. No puede más. Tira la ametralladora con rabia al suelo, coge al desgraciado por las solapas y lo lleva contra la pared, como si pegarle un tiro no fuese suficiente, como si necesitara acabar con él con sus propias manos.

El resto de los hombres armados siguen apuntándolo. Si lo golpea, lo matarán.

—Reese, suéltalo —le pide Owen—. No hagas ninguna locura.

El tipo le mantiene la mirada. Parece estar disfrutando con toda su rabia, con toda su frustración.

—Todo lo que hice, lo hice por mi Dios —masculla sin una pizca de arrepentimiento.

La expresión de Reese, su cuerpo, se tensan aún más. Su respiración está a punto de romperse.

—Tu Dios es el mismo que el mío, y no va a tener piedad de ti —sisea Reese dejando que trece años de odio, impotencia y rabia inunden sus palabras.

—Reese, suéltalo —le pide Owen de nuevo.

Va a matarlo y después lo matarán a él. Las lágrimas caen por mis mejillas en silencio, sin control.

—Reese, por favor —le suplico con la voz entrecortada dando un paso hacia él—, por favor.

Sé que me ha escuchado. Sé que mis palabras han tenido un eco en él.

—Vuelve conmigo —le ruego.

Reese tira de las solapas del hombre y vuelve a estrellarlo contra la pared. La batalla interna que sufre es tan asfixiante, tan cruel, que puede sentirse incluso desde aquí.

—Por favor —le pido con la voz inundada por el llanto.

Reese aprieta los dientes de nuevo.

No quiero perderte. No quiero dejar de quererte.

—Joder —ruge Reese. Sólo hay rabia. Sólo hay dolor—. ¡Joder!

Suelta al soldado y da un paso atrás. Sus pies resuenan sobre la calzada mojada. Está roto por dentro en todos los malditos sentidos. La lluvia lo cala hasta los huesos mientras sigue ahí quieto, luchando. Doy un paso más hacia él. Sólo quiero consolarlo, sólo quiero traerlo de vuelta de ese rincón tan oscuro donde parece estar ahora mismo. Pero, cuando estoy a punto de llegar hasta él, Reese echa a andar, pasa junto a mí y se monta en el coche. Quiero ir con él, pero entonces Reese alza la

cabeza y nuestras miradas se encuentran a través del cristal delantero del Range Rover. Siempre he dicho que sus ojos azules podían llegar a ser inexpugnables y hoy lo hubiese preferido, porque sólo hay odio. Odio por ese hombre, odio por esta situación, odio por la muerte de Milo, por él mismo... y, sobre todo, odio por mí. No ha matado a ese tipo por mí y eso no va a perdonármelo jamás.

Nunca nada me había dolido tanto como esa mirada.

Arranca el vehículo. Las ruedas aceleran ruidosas y desaparece.

Quiero decir algo, pero no sé el qué. Tampoco sé qué hacer.

Owen rodea mis hombros empapados con su brazo y me lleva de vuelta al coche. Los hombres no nos quitan la vista de encima. Soy plenamente consciente de que debería estar muy asustada, pero ahora mismo mi mente es una maraña sin sentido. Ni siquiera siento la ropa mojada, pegada sobre mi piel.

Nos alejamos despacio y nos sumimos de nuevo en la oscuridad de las calles sin tendido eléctrico. Antes de que pueda controlarlo, o siquiera verlo venir, rompo a llorar, nerviosa, angustiada. Nunca me había sentido así.

Estoy muerta de miedo y no es por esos individuos armados. ¿Y si he perdido a Reese? No puedo perder a Reese.

—No te preocupes —trata de animarme Owen—. No va a hacer nada peor que esto. Milo era su amigo —añade apretando con fuerza el volante. También el suyo.

Asiento. No lloro por eso, pero tampoco quiero hablar.

Al llegar al hotel, Sarah insiste en que debería comer algo y subir a cambiarme de ropa y dormir, pero no quiero. Quiero esperar a Reese. Necesito saber que está bien.

Todo vibra.

Miles de pequeños cristalitos tintinean.

Abro los ojos otra vez con dificultad. Me duele muchísimo la cabeza. Me incorporo y lanzo un vistazo a mi alrededor desorientada. Me he quedado dormida sobre la mesa del bar. Inmediatamente miro hacia una de las inmensas ventanas y el cielo de color naranja me recibe mientras *Heroes*,* de David Bowie, suena ajena a todo.

—Deben de estar bombardeando alguna zona al norte de la ciudad — comenta Sarah sentada a mi lado, mirando hacia donde yo lo hago—. Deberías subir y descansar un poco.

Me revuelvo en la silla y la observo con atención. Está muy preocupada y además muy triste. Milo también era su amigo y, aunque Reese no sea su persona favorita en el mundo, sé que no quiere que le ocurra nada malo... y yo no se lo estoy poniendo nada fácil.

—Tienes razón. Subiré a mi habitación.

Ella aprieta los labios y asiente.

—¿Quieres que vaya contigo?

Niego con la cabeza.

—No —añado—. Voy a meterme directamente en la cama.

Quiero estar sola.

—Está bien.

Las dos nos levantamos. Comienzo a andar hacia la puerta, pero, cuando sólo me he alejado unos pasos, Sarah me coge de los hombros y me da un abrazo.

—No te preocupes —me dice estrechándome con fuerza—. No va a pasarle nada.

Viniendo de ella, significa muchísimo.

—Gracias —murmuro.

—No se te ocurra darme las gracias —replica sin soltarme—. Es obvio que lo quieres, así que es inevitable que yo también lo quiera.

Nos separa y me dedica una sonrisa que me esfuerzo en devolverle. Sé que siempre podré contar con ella. Por eso

es mi mejor amiga.

Por último salgo del bar y subo a mi habitación. Entro y cierro la puerta con desgana. Miro a mi alrededor sin saber muy bien qué hacer. No quiero dormir. Sólo quiero saber que Reese está bien.

Voy hasta la cómoda como podría haber ido a cualquier otro rincón y repaso con la mirada las pequeñeces que he ido dejando sobre ella. De pronto, toda mi atención se centra en la tarjeta con la que Reese forzó la puerta de mi cuarto. La contemplo un par de segundos, la cojo decidida y salgo flechada de la estancia.

Nunca pensé que haría algo así. La culpa la tienen los chicos con los ojos increíblemente azules.

Camino hasta el fondo del pasillo y miro a ambos lados antes de dar el paso definitivo hacia la puerta de Reese. Inquieta, agarro el pomo con una mano y, nerviosa, trato de meter la tarjeta entre el marco y la madera. Pruebo una vez, dos, tres, cuatro.

Menuda allanadora de morada de pacotilla, Silver.

Agarro el picaporte con más fuerza y giro la tarjeta entre los dedos para probar por el otro extremo. La tarjeta se dobla. Lo intento de nuevo.

—Maldita sea —murmuro malhumorada.

Le pego una patada a la puerta y me alejo unos pasos a la vez que refunfuño. ¿Qué estoy haciendo? ¡Todo esto es una estupidez! Resoplo de nuevo y camino un par de metros más. Sin embargo, no tardo en frenarme en seco. Da igual cuántas veces mi sentido común trate de avisarme, al final la conclusión es la misma: no puedo volver a mi habitación y meterme en la cama. No puedo apretar un botón imaginario y limitarme a dejar de pensar en él.

Voy de nuevo hasta la puerta y vuelvo a intentarlo. La tarjeta está a punto de romperse con el tercer intento,

pero entonces la puerta cruje, el pestillo cede y la puerta se abre.

—Bien —prácticamente grito—. Bien —susurro para compensar el tono anterior.

Empujo la puerta y entro con cuidado. Sé que Reese no está, pero, aun así, me siento como si estuviese entrando en la guarida del león sin permiso y, lo que más nerviosa me pone, con el león pudiendo aparecer en cualquier momento.

Recorro los pocos metros que hacen de recibidor y llego a la estancia principal. Todo está muy ordenado. Las cortinas se revuelven por la brisa caliente y húmeda y la inmensa terraza

llama de inmediato mi atención. No es la primera vez que estoy aquí, pero sí la primera en que me puedo tomar todo el tiempo del mundo para observar cada rincón.

Veo su camiseta gris sobre la cama. Guiada por una fuerza más poderosa que la propia gravedad, la cojo y la huelo con suavidad. Su olor a gel caro, a menta, a su propio cuerpo, se entremezclan y me sacuden recordándome todas las veces que he podido oler esa misma esencia directamente de su piel.

Esto se parece demasiado a nombrar la sogá en casa del ahorcado.

Resoplo.

Además, es de lo más patético.

Bajo las manos, pero no suelto la camiseta. No quiero. Me da igual cuánto me parezca ahora mismo a la protagonista de una novela de las hermanas Brontë.

Me siento en el borde de la cama con la mirada perdida en la mesita. Acaricio con delicadeza el extremo de la madera y sigo el movimiento de mis dedos hasta que mis ojos se encuentran con una polaroid. El corazón me late ridículamente deprisa. Alzo la mano a la vez que me humedezco el labio inferior fugaz y cojo la foto. Estoy durmiendo en mi cama. Tengo el pelo revuelto y la respiración tranquila. Y de forma

automática reconozco el momento. Acabábamos de acostarnos después de que Reese me repitiera que todo lo que vi con Milo en aquel refugio de mujeres, la idea tan equivocada que tenía de Kosovo, de lo que yo podía hacer aquí, no eran culpa mía.

¿Por qué me hizo esta foto? ¿Por qué se la quedó? ¿Por qué está aquí, en su mesita? Demasiadas preguntas y, como siempre, ninguna respuesta. Vuelvo a dejarla sobre el mueble y resoplo agotada en todos los sentidos a la vez que me dejo caer en su cama. ¿Qué se supone que debería pensar, hacer? ¿Por qué todo tiene que ser tan complicado?

Oigo un ruido brusco. Madera chocando contra madera. Abro los ojos desorientada. Otra vez no sé dónde estoy. Me incorporo con torpeza y veo la desvencijada mochila de Reese sobre el colchón y, casi en el mismo instante, a él, acelerado, rebuscando en su cómoda. De inmediato tengo un *déjà vu* del hotel de Hvar, cuando lo vi recogiendo sus cosas igual de rápido. Ahora está aún más furioso y, sobre todo, más dolido.

—Reese —murmuro sentándome en la cama—, ¿estás bien?

Sé que es una pregunta estúpida, pero necesito hacerla.

—Tu bolsa está en recepción —me informa sin ni siquiera mirarme mientras camina rápido hasta su mochila, guarda algo en ella y regresa a la cómoda, ignorando por completo mis palabras.

Yo asiento, pero mi equipaje es lo último que me importa ahora mismo.

Reese mete un par de camisetas más en su bolsa y la cierra con rabia. Camina hasta la mesita, abre el primer cajón, coge el dinero que hay en él y se lo mete en el bolsillo de los vaqueros.

No hay rastro de la foto.

—¿Adónde vas? —inquiero.

—No lo sé. Lejos de aquí.

Otra vez no me mira.

—No... no te... te vayas — tartamudeo, y no lo hago porque esté nerviosa, lo hago porque me da demasiado miedo perderlo.

—Tengo que irme —replica.

—Pues entonces llévame contigo.

Reese deja de andar de un lado a otro de la estancia y por un momento clava la vista en su mochila. La batalla interna ha vuelto, asolándolo todo. Me gustaría tener las palabras perfectas para explicarle que también podemos superar lo que ha pasado, que él no tiene la culpa de la muerte de Milo, que yo también lo echo de menos, que podemos ser felices.

—No —responde.

Ha vuelto a apartarme de su vida.

Asiento luchando por contener las lágrimas, no quiero que me vea llorar aunque no sé por qué, y agacho la cabeza hasta que mi mirada vuelve a encontrarse con su camiseta gris aún entre mis manos. Acaba de alejarme de él una vez más y tengo la sensación de que siempre va a ser así. En Hvar consiguió que olvidara todas las alarmas, todos los motivos por los que hui de él. Croacia, en realidad, no cambió nada. Ahora lo sé. Sólo fue la forma más cruel que encontró el universo para enseñarnos lo felices que podíamos ser y, después, demostrarnos que no podríamos tenerlo nunca. Reese

no va a dejarnos tener una oportunidad y yo no puedo quedarme a ver cómo todo lo roto que está por dentro pesa más que lo que siente por mí, que lo que siente por él mismo.

Subimos alto, caímos y hemos vuelto exactamente a donde estábamos.

Sin decir una palabra más, me levanto y voy hasta la puerta. No puedo quedarme aquí. No quiero convertirme en una de esas chicas que sólo saben llorar y suplicar delante del chico al que aman. Él ya ha tomado su decisión y yo tengo que tomar la mía.

Sus ojos azules me siguen a cada paso que doy. Abro la puerta, pero no cruzo el umbral. No sé qué estoy

esperando. Tengo que ser consecuente, protegerme y, aunque es lo único que quiero en esta vida, sé que él no va a cogermme de la muñeca, impedir que me vaya y besarme. Reese está muy lejos de aquí.

—En Hvar dijiste que querías que esto funcionara.

En Hvar todo fue diferente.

—Me equivoqué —responde.

Alzo la mirada y nuestros ojos vuelven a encontrarse. Está sufriendo. Lo sé. Pero yo no puedo seguir luchando por alguien que no quiere luchar.

Asiento otra vez desatando nuestras miradas y salgo de la habitación.

Se ha acabado. Reese Montolivo se ha acabado para mí.

Regreso a mi cuarto y, casi en el mismo momento en que la puerta se cierra a mi espalda, rompo a llorar. ¡Maldita sea! Estoy cansada de llorar. Creo que no he hecho otra cosa desde que llegué aquí y ya estoy harta. Sophie Silver no va a volver a llorar. Sophie Silver es una chica fuerte y va a volver a ser también una chica lista. Sophie Silver sabe que Reese no le conviene, que no saldría bien, que sufriría...

Llaman a la puerta; automáticamente el corazón me da un vuelco y salgo corriendo hacia ella.

«Sophie Silver no tiene ninguna fuerza de voluntad.»

Sophie Silver está enamorada hasta las trancas.

Abro con una sonrisa, dispuesta a escuchar lo que tenga que decirme, a perdonarlo, pero mis esperanzas se deshacen en el mismo segundo en el que veo a Sarah al otro lado de la puerta.

—He visto a Reese salir del hotel —me informa—. ¿Estás bien?

Se ha marchado. Tomo aire. Es urgente que entienda cómo son las cosas de una maldita vez.

—Sí —me obligo a contestar—. Estoy bien.

—¿Y esa camiseta? —pregunta con el ceño fruncido señalando la prenda de Reese que aún tengo entre las manos.

—¿Esto? —respondo llevándomela con rapidez a la espalda—. No es nada.

Sarah se encoge de hombros y da una palmada para indicarme que lo importante viene ahora. Mi amiga es de esa clase de personas que piensan que estar triste por alguien no se demuestra desmoronándose en cualquier rincón, hay que ser valientes y dar un enorme paso adelante; cuanto más grande sea el dolor, mayor tiene que ser el paso.

—He pensado que quizá te gustaría acompañarme.

La miro confusa.

—¿Adónde? —pregunto—. Sí —añado al cabo de un segundo.

Me da igual adónde vaya, cualquier cosa será mejor que quedarme aquí. No quiero seguir pensando en Reese. Puede que tenga mis momentos y mi sentido común y mi fuerza de voluntad a veces brillen por su ausencia, pero pienso dar mi paso adelante y va a ser gigantesco.

—Dame cinco minutos para una ducha —le pido regresando al interior de mi habitación.

—Claro —responde siguiéndome y cerrando la puerta a su paso.

Me meto en el baño y comienzo a pelearme con el grifo. Tras varios minutos y un par de juramentos entre

dientes, consigo que el agua salga mínimamente templada. Me desnudo y dejo mi ropa sobre el lavabo, pero, al mirarme en el espejo, me doy cuenta de que, en ninguno de los movimientos que he hecho, he soltado la camiseta de Reese. La observo con la mirada perdida. Es mi bomba de relojería particular. Tengo que deshacerme de ella. Debería salir sin ni siquiera perder tiempo en vestirme y tirarla al fondo del pasillo. Asiento malhumorada. Mejor debería quemarla, llamando con una plegaria a la diosa india de las rupturas sentimentales y pidiéndole que vuelva a Reese calvo y gordo. Seguro que hay una canción de Madonna para eso. Por

último abro el pequeño mueblecito situado sobre el lavabo y meto la camiseta, pagando lo complicada que es mi vida ahora mismo con cada centímetro de prenda. Lo echo de menos. ¿Por qué, al final, ese sentimiento es lo único que prevalece?

Resoplo y me paso las manos por el pelo a la vez que me vuelvo. No voy a llorar otra vez.

—¿Y adónde vamos?! —pregunto a gritos a través de la madera.

Necesito distraerme.

—A una rueda de prensa en Kosovo del Norte.

—¿Kosovo del Norte? —pregunto confusa, metiéndome en la ducha.

—*Ibarski*... —Sarah calla imagino que haciendo memoria—... *Kolasin*, lo llaman —me aclara—. Es una zona al norte de Mitrovica que no acepta la soberanía de Kosovo y quiere unirse a los serbios. Casi todos los serbios que quedan en el país viven allí. Últimamente ha habido algunos problemas en esa parte y el primer ministro Thaçi quiere dar sensación seguridad y ha decidido trasladar el encuentro con la prensa hasta allí para demostrar que no hay ningún peligro, como si incluso la última persona que vive aquí no supiera que ese territorio está lleno de paramilitares serbios.

—¿Es seguro? —inquiero algo inquieta.

—Claro que sí. Nunca tocarían a la prensa. Además, fijo que el primer ministro lleva algo así como dos mil escoltas armados hasta los dientes que se habrán encargado de examinar toda la zona.

Salgo del baño envuelta en una toalla, cojo el primer vestido que encuentro y las primeras botas y regreso al baño. Ni siquiera me molesto en secarme el pelo y me lo recojo en una coleta aún húmedo.

Antes de salir, paso por recepción y recojo mi mochila. Trato de no pensar por qué está aquí. No quiero darle más

vueltas.

—¿Te apetece un café mientras esperamos el coche? —me pregunta Sarah.

—No.

Niego también con la cabeza.

A los pocos minutos, un vehículo algo destartado se detiene frente a nosotras. Sarah me da un toque en el hombro para que empiece a caminar y ella hace lo mismo.

—Ésta es Safira —me dice mi amiga señalando a la conductora en cuanto nos acomodamos en el coche—. Safira, ella es Sophie.

—Hola —la saludo con una breve sonrisa a través del espejo retrovisor.

He mostrado sonrisas mejores, pero, teniendo en cuenta todo lo que ha pasado estas últimas cuarenta y ocho horas, no puedo quejarme.

—Hola —responde devolviéndome también el gesto.

Las chicas me explican que vamos a una ciudad llamada Zveçan, a una hora de aquí. Por mucho que Sarah insiste en que en esa zona ya no están en guerra, la manera en la que las tres contenemos el aliento cuando, después de pasar varios controles de la KFOR y la ONU, bordeamos la ciudad de Mitrovica, parece decir todo lo contrario. Esa ciudad sigue en guerra y todo Kosovo del Norte también. Para mi desgracia,

Mitrovica me hace pensar de inmediato en Reese. Allí me besó por primera vez justo después de salvarme la vida de nuevo. Resoplo y me revuelvo en el asiento con la mirada perdida a través de la otra ventanilla.

Se acabó pensar en Montolivo, Silver, y, de paso, se acabó echarlo de menos como una idiota.

Después de una hora y una lucha encarnizada con esa parte de mí que se empeña en recordar cada segundo que he pasado con Reese y lo atractivo que es con o sin ropa, llegamos a Zvečan.

Safira detiene el coche y las tres nos bajamos en una plaza bastante moderna. Sin embargo, sólo hay que fijarse un

poco para ver que, bajo las fachadas impecablemente pintadas, los edificios que la rodean están en ruinas. Dudo mucho que alguien viva en ellos; de hecho, me sorprende que se estén manteniendo en pie. Ésta debía de ser la parte albanesa de la ciudad y, como pasó en la de Mitrovica, la policía de Milosevic debió de destruirla durante los bombardeos de la OTAN a Serbia en el noventa y nueve.

Caminamos despacio siguiendo a otros periodistas que comienzan a arremolinarse frente a una pequeña tarima justo al lado de un monumento al presidente finlandés Martti Ahtisaari, uno de los negociadores que consiguió

el cese de los bombardeos en Kosovo por parte de Serbia en 1999. Sarah me ha contado que a menudo roban la estatua o directamente la destrozan dejando claro el mensaje de que no la quieren aquí. Supongo que por eso el primer ministro ha elegido precisamente esta plaza. Él también quiere mandar un mensaje.

Dos hombres vestidos con dos trajes negros idénticos y gafas de sol custodian el escenario sin quitar ojo a los periodistas.

Un chico saluda a Sarah y comienzan a hablar. Mi amiga me lo presenta. Se llama Mark no sé qué más, es el enviado especial de *The Guardian*. Lo cierto es

que no estoy prestando mucha atención. No me apetece estar aquí. No sé en qué momento decidí que estar en una rueda de prensa era la mejor manera de olvidar a un periodista.

«Una idea de diez puntos, Silver.»

—¿Y es verdad eso que he odio? — le pregunta el joven.

No sé por qué, vuelvo a prestar atención.

—¿El qué? —inquire Sarah a su vez.

—Todo lo de Milo Almarec, que ha aparecido muerto cerca del dispensario de la Cruz Roja donde trabajaba. Dicen que han sido los paramilitares serbios.

Sarah traga saliva. Parece que ella también pretendía olvidarse de todo viniendo aquí.

—Sí, es cierto.

Él asiente. Sarah le devuelve el gesto y disimuladamente me hace una seña para que nos alejemos.

—Oye —nos llama otra vez.

Sarah se detiene y se gira de nuevo.

—¿Y cómo se lo ha tomado Montolivo? —inquire.

¿Qué? ¿En serio?

—Mal —responde lacónica.

Se cuelga de mi brazo y volvemos a echar a andar.

—Lógico —continúa el periodista —. Él y Milo eran muy amigos.

Sarah resopla y se da la vuelta malhumorada.

—Exacto. Todos los que conocíamos a Milo estamos pasando un mal momento —replica con el tono de voz algo endurecido, buscando dar la conversación por acabada—. Reese Montolivo el que más.

El chico asiente un poco intimidado y finalmente es él quien se marcha.

—Qué tío más pesado —se queja Sarah asegurándose de que se ha ido a varios periodistas de distancia de nosotras—. ¿Estás bien? —añade mirándome a mí.

Asiento rápido. No quiero que se preocupe.

—Sí —me reafirmo—, pero esto parece que va a ser muy aburrido —me excuso—. Te esperaré en el coche con Safira.

Sarah asiente.

—No tardaré mucho.

—Genial —respondo obligándome a sonreír.

El gesto apenas dura un segundo en mis labios.

Me alejo de la multitud de periodistas y camino de nuevo hasta el viejo coche color crema. No reconozco la marca ni el modelo. Esperaba encontrar a Safira, pero no está. Tomo aire y me quito la bandolera. El peso

extra de las cosas que metí para el viaje a Hvar me está resultando de lo más incómodo.

La tiro en el asiento de atrás a través de la ventanilla abierta y me siento en el capó. Hace muchísimo calor. Debería ir a por una botellita de agua. Miro a mi alrededor buscando alguna tienda o algún puesto. Esto parece una ciudad fantasma.

En el escenario empieza a haber movimiento. Varias personas suben y dejan unos papeles sobre el atril. Un par de segundos después aparece el primer ministro y la turba de periodistas se revoluciona. Se suceden un montón de flashes y Hashim Thaçi comienza un

discurso sobre la situación de las relaciones de Kosovo con la comunidad internacional. Cuando termina, más o menos media hora después, los periodistas parecen entrar en un estado casi frenético de nuevo y empiezan a llamarlo mientras el político pide calma con las manos.

—Sarah Beckett, Reuters —se distingue la voz de mi amiga entre la multitud—. ¿Por qué nos ha traído hasta aquí, primer ministro? ¿De verdad piensa que esta rueda de prensa tapará de alguna manera lo que está pasando en esta zona del país?

Automáticamente sonrío. Va a ser una periodista increíble.

Otra media hora después, estoy agotada y la rueda de prensa no parece tener visos de terminar. Me dejo caer sobre la luna delantera del coche y cierro los ojos. Un periodista hace una pregunta muy elaborada sobre la geografía fronteriza de la región y yo me pierdo antes siquiera de que termine de formularla. Trato de hacer memoria de todo lo que he aprendido sobre este lugar, pero, por mucho que lo intento, no reconozco ni la mitad de las ciudades que están nombrando. Por Dios, ni siquiera sabía que había un Kosovo del Norte hasta esta mañana. De pronto, y antes siquiera de que pueda controlarlo, me descubro sonriendo con lo que diría

Reese al respecto. Seguro que sería algo así como «Hay que hacer los deberes antes de venir a jugar con los mayores». Es un cabronazo, pero no puedo negar que, aunque me moleste y lo odie, siempre ha tenido una parte de razón cuando me ha llamado *cría*. Recuerdo cómo reaccionó cuando vio sus artículos fotocopiados entre mis cosas o cómo me torturó cuando se enteró de que lo había citado. Reese. Reese. Reese.

Esto no es una buena idea, Silver.

Abro los ojos y me incorporo de golpe. Trato de concentrarme en cualquier otra cosa para dejar de pensar en él. Observo a los periodistas preguntando y anotando como locos y

entonces un ruido llama mi atención. Miro a mi alrededor. Me ha parecido oír un coche, puede que un derrape. Al no ver nada, me encojo de hombros y vuelvo a prestar atención a la rueda de prensa. Un par de segundos después, el ruido regresa. Más intenso. Miro a mi espalda. No hay nada... pero de repente dos vehículos aparecen por uno de los laterales de la plaza a toda velocidad. Lanzan algo al escenario.

No distingo qué es.

Explota.

Todo se llena de humo.

Todos gritan.

Me bajo del capó del coche y corro hacia los periodistas.

—¡Sarah! —grito—. ¡Sarah!

El humo es muy denso. Toso. Casi no puedo respirar. Hay más explosiones. Más gritos. Intento llegar hasta el escenario, pero no puedo. No veo nada.

—¡Sarah!

Los coches regresan. No puedo quedarme aquí. Salgo corriendo.

Corro. Corro. Corro.

Llego hasta uno de los edificios de la plaza. El humo cada vez es más denso. Asfixiante. Entro y me pego a la pared. Comienzo a toser. No puedo respirar. Las explosiones se suceden al otro lado. Camino hasta la pared

opuesta, lo más lejos posible de la puerta. Piso sobre ruinas de ladrillo y hormigón.

Trato de respirar profundo lejos del humo.

Cálmate, Silver. Cálmate.

Respiro hondo una vez más y me llevo las manos a la cara. Estoy llena de polvo. Los ruidos se han aplacado. Ya no se oyen gritos, pero sé que los coches siguen ahí.

Camino despacio hacia la puerta agudizando el oído y mirando a mi alrededor. Como sospechaba, el edificio está completamente derruido. Sólo la escalera hacia el piso de arriba sobrevive.

Me acerco a la puerta despacio. El humo aún lo cubre todo. Espero, espero y espero. Poco a poco la plaza aparece de nuevo. No hay ningún periodista y la pequeña tarima está ardiendo. Gracias a Dios, no se ve a nadie herido ni nada peor. Los vehículos se han detenido y al menos una decena de hombres con ametralladoras contemplan orgullosos el caos que han creado.

Tengo que llamar a Sarah. Tengo que comprobar si está bien y decirle dónde estoy, pero, cuando voy a meter mis manos en la bandolera, recuerdo que la he soltado en la parte de atrás del coche.

¡Joder!

Me paso las manos por el pelo tratando de pensar. Es obvio que no puedo salir, no mientras esos hombres sigan ahí.

Unos gritos en serbio me distraen. Vuelvo a asomarme con muchísima cautela. Uno de los tipos está dando indicaciones a los demás. No entiendo qué dice, pero, por cómo empiezan a desplegarse, está claro que van a comprobar que no haya nadie en los edificios de la plaza.

Miro la escalera. No tengo otra opción. La subo a toda velocidad, rezando a cada peldaño porque no se venga abajo, y entro en la primera habitación que encuentro. Me apoyo en

la pared y me dejo caer despacio. No tardo en oír ruidos en la planta baja. Pisadas aceleradas sobre los escombros. Gritan algo. No los entiendo. El corazón me late deprisa. Vuelven a gritar. Más fuerte. Mi respiración se acelera. Disparan una ráfaga.

Dios, por favor, que no suban. Que no suban.

Más gritos. Más disparos.

Una lágrima cae por mi mejilla. Cierro los ojos.

Por favor...

Ya no se oye nada.

Abro los ojos acelerada con la respiración hecha un absoluto caos. Me asomo muy despacio. Alcanzo a divisar el piso de abajo justo a tiempo de ver a dos hombres con trajes miméticos saliendo de nuevo a la plaza. Respiro hondo aguantando un sollozo. Apoyo las palmas de las manos en mis rodillas recogidas y la frente en ellas.

No es tiempo de llorar, Silver. Tienes que pensar qué hacer. Debes ser valiente.

Vuelvo a sopesar opciones. No puedo llamar, no tengo móvil, y no puedo salir mientras esos soldados sigan ahí fuera. Sólo me queda esperar.

Con mucho cuidado, camino hasta una de las ventanas y me siento junto a ella. No pienso cometer la estupidez de asomarme, pero podré estar pendiente de cualquier ruido y los oiré cuando se marchen.

El sol entra por la ventana e incide directamente en la pared de enfrente. Me pregunto quién viviría aquí. Necesito pensar en otra cosa que no sea el lío en el que estoy metida o voy a volverme loca. Es una casa grande, así que imagino que una familia con un montón de críos. Imagino mi propia casa con un montón de críos, también me imagino un perro y una bonita valla blanca...

también me imagino a Reese. Nos dibujo en una cama enorme como en el hotel de Hvar.

Está atardeciendo. Los soldados siguen ahí. Han pasado muchas horas y unos coches han sustituido a otros, pero nunca han dejado la plaza vacía. Hace mucho calor y tengo mucha sed.

Con la noche, la temperatura baja un poco y el calor me ha dado una tregua. Los hombres armados continúan ahí. Llevo horas junto a la ventana sin atreverme a moverme y ya no puedo más.

Vuelvo a pensar en Reese, en la cama de Hvar, en la valla blanca.

—¡Sophie!

Abro los ojos.

Ya ha amanecido, pero el sol aún no brilla con la suficiente fuerza y todo es de color grisáceo. Estoy segura de que he oído mi nombre.

—¡Sophie!

¡Dios, mío! Es la voz de Reese.

Me asomo por la ventana y lo veo en mitad de la plaza, llamándome preocupado, enfadado, muerto de miedo.

—¡Sophie! —vuelve a gritar.

Se pasa las manos por el pelo y mira a su alrededor desesperado.

—Por Dios, no —añade tan bajo que apenas puedo oírlo.

Me levanto y salgo disparada hacia la calle.

—¡Reese! —grito saliendo del edificio y corriendo hacia él.

Mi única palabra lo hace volverse.

—Sophie —susurra justo antes de salir flechado hacia mí.

Me da igual todo lo que haya pasado, todo lo que nos hayamos dicho, las alarmas, el peligro, mi sentido común... Me tiro en sus brazos y Reese me estrecha con fuerza. Nos besamos desesperados, diciéndonos sin palabras demasiadas cosas.

Ha venido a buscarme. Me ha salvado una vez más.

Reese da un paso hacia atrás sin soltarme, tratando de separarse de mí, alargando el beso y el contacto hasta que la distancia que él mismo está imponiendo nos obliga a separarnos. ¿Qué le ocurre?

—¿Cómo has podido hacer una tontería así? —ruge furioso, pasándose las manos por el pelo y dándome la espalda un solo segundo para darse la vuelta exasperado—. ¡Regresé a buscarte una hora después! —añade frustrado, furioso, dolido.

Aprieto los labios con rabia. De pronto yo también estoy enfadada. No he hecho ninguna tontería. Siento que volviese a buscarme y no me encontrase, pero, si no hubiese decidido dejarme al margen de su vida una vez más, yo no habría venido hasta aquí.

—Fue culpa tuya —me defiende.

Reese ríe arisco, fugaz y mordaz una sola vez al tiempo que alza la mirada al cielo y se lleva las manos a las caderas. Está al límite. No me importa. Yo también.

—Lo único que he intentado desde que tuviste la brillante idea de venir aquí —sisea con la voz amenazadoramente suave acercándose de nuevo a mí— ha sido protegerte.

—A lo mejor yo no quiero que me protejas. —Me siento como una desagradecida, pero tiene que entenderme de una maldita vez. No soy una muñequita desvalida y mucho menos su muñequita desvalida—. A lo mejor no quiero que vengas a salvarme como

si fueras el maldito héroe del cuento, porque ya dejaste muy claro que no quieres serlo.

Los ojos se me llenan de lágrimas, pero me niego a derramar ninguna. No soy una niña asustada. Ayer dejó muy claro lo que significo para él; ¿por qué ha tenido que venir a buscarme?, ¿por qué no puede dejar que me olvide de él?

—Claro que no quiero serlo, joder —sentencia.

Está dolido, pero yo también lo estoy. Esta condenada situación, lo que sea que aún hay entre los dos, también me supera. ¡Maldita sea!

—¡Pues déjame en paz! —le pido, le exijo, le suplico—. Deja de buscarme, de besarme.

Deja de hacerme pensar que me quieres, que quieres que esté en tu vida.

—¡No puedo! —replica—. No puedo, joder —todo el dolor, todo lo que sentimos el uno por el otro, inunda su voz—, y no sabes cómo me odio por eso.

Sin dejarme reaccionar, sin darme la posibilidad de huir, Reese cruza la distancia que nos separa, acuna mi cara entre sus manos y me besa de nuevo. Sé que debería pedirle que parara, ser coherente con mis propias palabras,

pero yo tampoco puedo. Lo quiero. Es mi héroe aunque él no desee serlo, aunque ninguno de los dos desee.

Reese se separa hasta que sus ojos vuelven a atrapar los míos y por un momento nos quedamos así, observándonos.

—Sophie —susurra.

Un centenar de emociones cruzan sus ojos azules. Toda la rabia sigue ahí, la titánica batalla interna. Reese entreabre los labios dispuesto a decir algo, pero en el último segundo parece arrepentirse y no lo hace. Todo mi cuerpo se estremece y algo me dice que no me hubiese gustado oírlo.

—Vamos —sentencia cogiendo mi mano y tirando de mí para que lo siga.

Yo asiento y en ese momento una luz se enciende en el fondo de mi cerebro.

—¿Sarah está bien? —pregunto deteniéndome y tirando de su mano para que él también lo haga.

Reese asiente.

—Llegó a Pristina por la tarde. Había un centenar de hombres del servicio secreto kosovar protegiendo al primer ministro y se encargaron también de los periodistas. No ha habido ningún muerto. Sólo un par de heridos leves.

Respiro hondo y el alivio se hace aún más presente en mi cuerpo. Necesitaba saber que estaba bien.

—Tenemos que marcharnos —me apremia—. No sé cuánto tiempo la KFOR mantendrá abiertos los puestos fronterizos con Kosovo del Norte. Ahora mismo esto es un maldito polvorín.

Asiento de nuevo.

—Sólo necesito encontrar mi bandolera —digo señalando uno de los laterales de la plaza, el lugar donde debería estar el vehículo—. La dejé en el asiento de atrás del coche que nos trajo aquí.

Reese mira a su alrededor y de prisa caminamos hacia la zona que le he indicado. Sin embargo, cuando llegamos, me llevo las palmas de las

manos a los ojos y resoplo desesperada: el coche está calcinado y, obviamente, no hay rastro de mi mochila.

—Maldita sea —siseo dándole una patada a lo poco de carrocería que queda en pie.

—Cálmate —me ordena Reese—. Así no vas a lograr nada. El ordenador o la cámara de fotos no importan. Te conseguiré otros.

—Ése no es el problema —replico.

Reese clava su mirada en la mía exigente y frunce el ceño de modo imperceptible.

—¿Cuál es? —pregunta cortante.

Trago saliva.

—El pasaporte. Llevaba el pasaporte en la bandolera.

Reese atrapa su labio inferior con los dientes mientras su mirada se recrudece. Lo conozco y ahora mismo está deseando pelearse a golpes contra el mundo. Sabe tan bien como yo que es casi imposible que me dejen cruzar cualquiera de los puestos fronterizos sin documentación.

—Vamos —sisea tendiéndome la mano y haciendo uso de todo su autocontrol.

Cuando nuestros dedos se entrelazan, aprieta con fuerza. Está inquieto, y algo dentro de mí me dice que muy preocupado.

Nos montamos en el jeep. Ninguno de los dos dice una palabra. Tenemos mucho en que pensar, aunque creo que la misma idea está planeando sobre ambos.

Apenas diez minutos después estamos entrando en Mitrovica. La reconozco al instante, aunque también me doy cuenta de que lo hacemos desde el lado serbio. Reese conduce deprisa, como si no quisiera estar un segundo de más en esta ciudad desierta, y no tardamos en llegar al puente sobre el río Ibar, la frontera imaginaria entre Kosovo del Norte y Kosovo y, en esta ciudad, la fina línea que separa a serbios de albanokosovares.

Nadie cruza el puente. Nunca. Así que llamamos de inmediato la atención. Unos segundos después llegamos al control fronterizo de la KFOR del destacamento francés.

Reese se baja, rodea el vehículo y me abre la puerta para que haga lo mismo. En cuanto salgo y nos quedamos frente a frente, alza la mano y me acaricia con delicadeza la mejilla.

—No te preocupes —me dice dedicándome su media sonrisa—. Voy a sacarte de aquí.

—Lo sé —respondo sin asomo de dudas, manteniéndole la mirada.

Sabía que cuidaría de mí cuando prometió hacerlo a unos metros de este mismo puente. Lo sabía entonces y lo sé ahora.

Desliza sus dedos hasta acariciarme suavemente el labio inferior con el pulgar sin desatar nuestras miradas y al final baja la mano para entrelazarla con la mía y obligarme a echar a andar. Otra vez tengo la sensación de que quiere decirme algo, pero, como ha pasado hace menos de una hora, guarda un inexpugnable silencio.

Caminamos hasta el puesto fronterizo. Ya a unos metros, un soldado nos da el alto en un torpe inglés mientras otros dos nos apuntan con sus

ametralladoras. Reese se saca el pasaporte de la mochila y levanta la mano mostrándolo.

—Somos norteamericanos —explica—. Venimos de Zveçan. Necesito hablar con quien esté al mando.

Uno de los soldados baja el arma y camina hasta nosotros. Revisa el pasaporte de Reese y nos hace una seña con la mano para que lo sigamos. Entramos en uno de los edificios colindantes, uno de los pocos que no está en ruinas o en un peligroso estado.

Atravesamos varias estancias y por último llegamos a un inmenso salón acondicionado como despacho. El soldado se presenta en francés ante el

hombre al otro lado de la mesa. Tiene el pelo negro y un grueso bigote. Tras unos minutos de conversación, el soldado se retira y el oficial se levanta.

—¿Así que norteamericanos? —nos pregunta sentándose en el borde de la mesa, frente a nosotros—. Tomen asiento, por favor, y díganme, ¿para qué querían verme? —añade amable.

Parece que, después de todo, será más fácil de lo que pensaba salir de aquí.

Reese ignora el ofrecimiento de sentarnos y se mantiene de pie, en guardia.

—Necesitamos cruzar el paso fronterizo. Ella se llama Sophie Silver. Estuvo en el atentado de Zveçan y allí perdió su mochila con su pasaporte.

—Se ha hecho un recuento oficial de los periodistas que estaban acreditados para la rueda de prensa del primer ministro y todos están de vuelta en Pristina.

—Vine acompañando a Sarah Beckett, de Reuters; si contactan con ella en Pristina, podrá verificarlo.

El hombre me observa unos segundos, estudiándome.

—Me es imposible ayudarlos —sentencia levantándose y rodeando su escritorio de vuelta a su silla—. Sin un

pasaporte, no podrá cruzar el control.

Reese me suelta y da un paso hacia él.

—Tienen mi pasaporte. Yo me responsabilizo de ella.

Reese no está siendo amable. No quiere serlo.

—Lo siento, pero la respuesta es no.

—Llame al capitán Owen Kendrik en el cuartel general de la KFOR en Pristina —contraataca—. Él podrá confirmarle todo lo que le hemos contado.

El militar lo observa un segundo y vuelve a negar con la cabeza.

—No voy a llamar a nadie —replica tozudo, abriendo una carpeta—, y tampoco voy a dejar pasar a una persona sin identificar que, hasta donde yo sé, podría ser una paramilitar serbia.

—Eso es una estupidez —protesta Reese golpeando la mesa con la palma de la mano.

El oficial vuelve a alzar la cabeza y lo fulmina con la mirada, pero Reese no se amilana ni por un solo instante.

—Salga de mi despacho —le exige.

—Si alguien le roza un solo pelo —sisea intimidante, inclinándose sobre él, demostrándole que no le importa lo más

mínimo ni este despacho ni esos galones —, vendré aquí y ajustaré cuentas contigo, maldito gilipollas.

Sin esperar respuesta, me agarra de la mano y salimos del despacho. Atravesamos la casa como una exhalación. Está aún más enfadado, más al límite.

—Reese —lo llamo.

—Ahora no, Sophie —replica arisco.

Volvemos al jeep. Reese arranca y da marcha atrás sin levantar sus ojos de los soldados del puesto. Cruzamos de nuevo el puente y salimos de la ciudad. Reese tiene la mirada clavada en la

calzada, pensativo, distante, con la cabeza funcionándole a mil kilómetros por hora.

Probamos en los distintos puestos fronterizos que nos encontramos en las ciudades de Kushtovë, Zubqë o Zubin Potok. En todos nos dicen lo mismo, como si fuese una cantinela aprendida: no dejarán cruzar a nadie sin pasaporte después de los atentados contra el primer ministro.

Reese pega un volantazo en mitad de la nada y detiene el coche a un lado de la carretera. No sé qué hora es. Otra vez he perdido la noción del tiempo. Llevamos horas yendo de una ciudad a otra. Ahora mismo no se ve ningún

puesto fronterizo, ninguna población, ninguna casa, no hay nada, sólo prado verde hasta donde alcanza la vista y el rumor perfecto de los pájaros cantando. Lo primero que leí sobre Kosovo es que su nombre significa *campo de mirlos*. También recuerdo la ventana de mi dormitorio, cómo los sonidos de Nueva York, incluido el canto de los pájaros, entraba despacio hasta inundarlo todo cada mañana.

—¿Estás cansada? —pregunta Reese sacándome de mi ensoñación.

—No.

Estoy agotada, pero jamás se me ocurriría quejarme. Nos encontramos en esta situación por mi culpa.

—¿Cuándo fue la última vez que comiste?

Dudo en contestar. La respuesta no va a gustarle.

—El sándwich cuando volvíamos de Hvar —me sincero—, pero estoy bien —me apresuro a añadir.

—Hace casi tres días —murmura y no lo hace para mí, sino para él, con la mirada clavada en el volante, agarrándolo con tanta fuerza que los dedos se le emblanquecen.

Sin mediar palabra, se incorpora a la carretera, pero lo hace en dirección opuesta a la que íbamos.

—¿Adónde vamos? —le pregunto.

—A hacer lo que te prometí, Sophie.

Trago saliva sin dejar de mirarlo. Estoy demasiado preocupada.

Ninguno de los dos dice nada en la siguiente hora y media. El calor se hace cada vez más insoportable. Hace horas que me he bebido la botellita de agua que Reese me dio cuando me encontró. Sigo con muchísima sed, pero no quiero preocuparlo más.

Entramos en un pueblo que no reconozco, ni siquiera por el nombre, Jarinjë, cuando lo veo en un inmenso cartel de la OTAN anunciando la proximidad de un puesto fronterizo con Serbia. No entiendo qué hacemos aquí.

Esta frontera no tiene nada que ver con las que hemos visto hasta ahora. Hay al menos una decena de soldados, todos armados, un blindado tapando el paso y alambre de espino bordeando las dos casetas de control. Reese se detiene a un centenar de metros y se baja del jeep, lo rodea y, en cuanto me bajo, coge mi cara entre sus manos.

—Ahora necesito que seas valiente, ¿vale?

—¿Qué... qué vas a... a hacer, Reese? —pregunto asustada.

¿Qué es lo que piensa hacer?

—Voy a cruzar la frontera —dice sin separar sus ojos de los míos—, voy a hablar con los serbios y voy a volver a

buscarte.

Reese me suelta y comienza a caminar.

¿Con los serbios? ¡No!

—No, no, no —murmuro cogiéndolo de la mano y obligándolo a darse la vuelta de nuevo.

Reese no lo duda, gira sobre sus pies, sumerge las manos en mi pelo y me besa con fuerza.

—Sophie —repite contra mis labios dejando que toda su seguridad acalle mis protestas—, voy a volver a buscarte.

Y entonces entiendo que no se refiere a que no me abandonará aquí, sé que jamás lo haría. Repitiéndome esas

palabras me está diciendo que estará bien, que no le ocurrirá nada, y que saldremos juntos de ésta.

Comienza a caminar de nuevo. Yo no suelto su mano, que se desliza sobre la mía hasta que sus pasos nos separan definitivamente. Contengo un sollozo sin dejar de mirarlo. Me niego a pensar que es la última vez que lo veré. Respiro hondo y cuadro los hombros. Vamos a salir de ésta y vamos a ser felices. No hay otra posibilidad que no sea ésa.

Reese atraviesa la frontera en manos de los soldados de la OTAN y recorre el puñado de metros que lo separan del control serbio. Quiero salir corriendo tras él y pedirle que no lo haga. Doy el

primer paso, pero, como si fuese capaz de leerme la mente, Reese se vuelve, me dedica su media sonrisa sexy, preciosa y canalla y, de pronto, hemos vuelto a Bryant Park, a todas las veces que me ha demostrado que podía tambalear todo mi mundo con ese simple gesto, sólo que ahora acaba de ponerlo en pie.

Reese habla con uno de los soldados serbios y entra en el control. Yo empiezo a dar inconexos paseos cada vez más cortos y acelerados. Me llevo el pulgar a la boca y arañó con suavidad la uña con los dientes. Ya no tengo sed, ni hambre, ni siquiera calor. ¿Dónde está? ¿Por qué no vuelve? *Necesito que vuelva ya, por favor.*

Unos veinte minutos después, los más largos de mi vida, Reese sale de la caseta de seguridad y vuelve caminando con un papel muy bien doblado entre las manos. Cruza el control serbio y, cuando hace lo mismo con el de la KFOR, salgo corriendo y me tiro en sus brazos. Nunca he estado tan asustada. Reese me estrecha contra su cuerpo y me da un suave beso en el pelo.

Sin decir nada, desliza su mano hasta agarrar la mía y no me suelta hasta que nuestros dedos están perfectamente entrelazados. Nos montamos de nuevo en el jeep y Reese arranca; sin embargo,

sin que pueda entender nada, no nos alejamos de la frontera, vamos a cruzarla.

—Pero... —digo confusa, incluso conmovida.

—Pasaportes —nos pide el soldado acercándose al jeep.

—La chica es una ciudadana serbia reclamada por su país —responde Reese entregando su pasaporte y el documento con el que ha salido de la frontera.

Yo lo miro sin comprender nada. ¿Qué pretende?

El soldado revisa los documentos y por fin pide que levanten la barrera mientras se los devuelve a Reese.

—Reese, te... te ju... juro que no... no entiendo nada —comento acelerada en cuanto nos alejamos lo suficiente del control—. ¿Qué... qué estás... qué estás haciendo?

—Ahora no, Sophie.

Estallo.

—¿Cómo que... que ahora no? — replico en un murmullo, aunque lo que me gustaría sería subirme en una silla y gritarlo a plena voz—. Explícamelo — protesto.

Reese detiene el coche junto al control serbio y se vuelve para mirarme. Sus ojos atrapan inmediatamente los míos.

—Te prometo que te lo contaré todo, pero ahora no, Sophie.

Sus palabras y su mirada siguen estando llenas de toda esa seguridad, de esa arrogancia y esa exigencia *made in* Reese Montolivo, pero también hay algo más que no sé distinguir y todo mi cuerpo se estremece.

Nos bajamos del vehículo y Reese me coge la mano. Un soldado sale a nuestro encuentro y, siguiéndolo, dejamos atrás esa especie de tierra de nadie entre las dos fronteras y nos adentramos en una gigantesca base militar serbia.

De pronto un helicóptero de las fuerzas aéreas serbias en mitad de una inmensa explanada entra en nuestro campo de visión. Reese aprieta mi mano con fuerza, casi desesperado, pero, cuando lo miro, no me está mirando a mí, sino al helicóptero. Todos mis miedos se recrudecen. ¿Qué hacemos aquí?

—El helicóptero saldrá de aquí y volará hasta Montenegro. Allí estará Owen.

Sonrío nerviosa. Vamos a salir de aquí. Suelto la mano de Reese y lo abrazo con fuerza.

—No sé cómo lo has conseguido, pero eres el mejor —susurro admirada.

Él sonríe, pero es un gesto fingido que no le llega a los ojos y la más cortante preocupación me eriza el pelo de la nuca.

—¿Qué pasa, Reese? —pregunto con una voz casi inaudible.

Ahora mismo estoy muerta de miedo.

A nuestro alrededor los soldados se mueven diligentes. El helicóptero arranca y las enormes aspas comienzan a girar.

—Yo no voy a montarme en ese helicóptero —pronuncia tratando de desprender la misma seguridad, tratando de demostrarme que es lo que quiere. No lo consigue.

—¿Qué? —murmuro.

No puede ser. No puede estar hablando en serio.

—Sube al helicóptero, Sophie —me ordena.

—No —respondo sin asomo de dudas.

No pienso hacerlo. No pienso irme sin él.

—Sube —repite atrapando mi mirada.

—Reese, ven conmigo, por favor.

—No —responde al cabo de un par de segundos con la expresión triste y furiosa. Una sola palabra que esconde demasiados sentimientos.

—Pues déjame que me quede contigo —le suplico con los ojos llenos de lágrimas.

Estoy desesperada.

—Escúchame —me pide dando un paso hacia mí y acunando mi cara entre sus manos—: quiero que te marches a Nueva York o donde quieras estar, donde puedas ser feliz, no aquí, rodeada de muerte, de dolor.

—Tú estás aquí.

Tú estás aquí. Tú estás aquí.

—Este lugar me ha engullido, Sophie, y lo poco bueno que había dentro de mí se quedó en esa calle de

Pristina donde murió Milo. —Sus palabras están tan llenas de dolor que me parten por dentro—. ¿Me quieres?

—Claro que te quiero —respondo sin dudar.

—Pues hazlo por mí. Móntate en ese helicóptero y no mires atrás.

—Reese...

No puede pedirme eso. No quiero. No es justo. Lo odio por pedírmelo.

—Destrozo todo lo que toco —me interrumpe bajando las manos, con el desahucio inundando su voz, inundándolo por completo a él—, y no pienso permitir que eso me pase contigo. Si salgo de aquí, no voy a volver a

Pristina. No puedo verte todos los días y mantenerme alejado de ti. No sería capaz.

—No —murmuro entre sollozos—.
No. No.

Reese vuelve a enmarcar mi cara entre sus manos y me besa con fuerza una vez más. Yo me agarro desesperada a ese beso. No quiero que sea el último. No quiero separarme de él. No puedo.

—Te quiero, muñeca —susurra contra mis labios.

Mi corazón se hincha lleno de esperanza. Jamás me había sentido tan viva.

—Reese —susurro mirando directamente a los ojos más bonitos que veré jamás.

Él hace un gesto casi imperceptible con la cabeza y el soldado me coge por los hombros, alejándome de él.

—No, por... por fa... favor —digo con un hilo de voz.

No voy a irme. No voy a dejarlo aquí. No voy a separarme de él.

—Reese, por fa... favor.

Forcejeo con el soldado, tratando de soltarme, pero me agarra con más fuerza.

—¡No! —grito de nuevo—. Reese, por... por fa... favor —repito desesperada.

Trato de liberarme, pero el soldado no me lo permite. Me aferra por la cintura y me levanta del suelo.

Sigo gritando desesperada, intentando zafarme bajo su atenta mirada. Está triste, furioso, con los puños cerrados con fuerza junto a sus costados. Luchando por no salir corriendo, por no llevarme con él. El soldado me mete en el helicóptero y se sienta a mi lado. Intento abrir la puerta, pero está bloqueada. Reese sigue de pie sólo a unos pocos metros. Golpeo la ventanilla con rabia mientras sigo llamándolo, casi suplicándole. El helicóptero comienza a elevarse. No puede abandonarme.

—Reese —murmuro.

Ya no sé respirar sin él. No quiero.

La hora siguiente la paso nerviosa, acelerada y sin poder dejar de llorar. En cuanto el helicóptero aterriza en Podgorica, la capital de Montenegro, salgo prácticamente disparada.

Owen me espera a un par de metros. Corro hacia él, que me recibe con una sonrisa y mucho alivio.

—Sophie...

—Tienes que sacar a Reese de allí —lo interrumpo sin asomo de dudas.

Quizá pueda hablar con alguien, mandar otro helicóptero, a los marines, lo que sea, pero necesito que lo traiga de vuelta.

—Está en... en una base serbia en...

—trato de hacer memoria, pero no consigo recordar el maldito nombre—... está en la frontera, al... al norte.

—Reese está en la base serbia del paso fronterizo de Jarinjë — me explica con voz neutra.

—Sí.

Genial. Sabe dónde está. Él mismo podrá llevarme a recogerlo.

—Vamos —lo apremio echando a andar hacia el helicóptero—, podemos volver con ellos.

Tenemos que traerlo de vuelta. Me vuelvo para asegurarme de que me sigue, pero no lo hace. No se ha movido ni un centímetro.

—Sophie, escúchame —me pide con la voz llena de dulzura, como si hablara con un animalillo asustado al que un coche acaba de golpear. No lo culpo, es probable que tenga ese aspecto—: tienes que volver a Pristina.

Niego con la cabeza.

—No —añado.

—Necesitas descansar y comer algo. No pienso abandonarlo.

—No —repito tozuda y, aunque es lo último que quiero, las lágrimas vuelven a bañar mis mejillas.

—Sophie —me llama cogiéndome por los hombros—, te prometo que Reese estará bien.

—¡Dejad de prometerme cosas y traedlo de vuelta! —grito entre sollozos. Estoy desesperada—, por favor —murmuro.

Owen me mira apesadumbrado justo antes de tirar de mí y abrazarme con toda la dulzura y la paciencia con la que lo haría un hermano mayor, pero yo no siento nada. Me he vuelto impermeable al consuelo. No quiero que me digan que estará bien, que yo lo estaré. Quiero que lo traigan. Quiero que regrese.

—Señor, una llamada desde la base de serbia de Jarinjë —avisa a Owen un soldado a su espalda.

El escocés me suelta y sus ojos inmediatamente se encuentran con los míos llorosos, pero ahora esperanzados. Tiene que ser Reese.

Los dos seguimos al soldado. Accedemos al hangar junto a la pista de aterrizaje y entramos en una pequeña habitación llena de documentos apilados y una diminuta mesa con un teléfono.

Owen rodea el escritorio y coge el auricular que descansa en la blanca madera prensada.

—Capitán Kendrik —responde— ... Sí... —Me observa un segundo y su mirada vuelve a llenarse de toda esa

dulzura y compasión, pero sé que ahora no es para mí— ... Sí, ha llegado y está bien.

¡Es Reese! ¡Está hablando con Reese!

Mi mirada cambia por completo. Owen ya sabe lo que estoy a punto de pedirle porque me dedica una tenue sonrisa y asiente con suavidad.

—Sí, claro que sí —continúa con la voz triste—. Cuenta con ello... Espera un momento.

Me tiende el teléfono y yo lo cojo nerviosa, acelerada y con una estúpida sonrisa en los labios. Todavía tengo una oportunidad de convencerlo para que vuelva.

—Reese —lo llamo en cuanto me llevo el auricular a los labios.

Los segundos pasan despacio, eternos. Nadie contesta al otro lado y de forma automática mi sonrisa desaparece.

—Vuelve, por favor —añado con la voz entrecortada por las lágrimas.

Sé que no ha colgado, pero también sé que no va a hablar. Ha tomado una decisión y piensa cumplirla hasta al final. Se aleja de mí porque cree que acabará destrozándome. Lo que no se imagina es que ya lo estoy.

—Yo también te quiero —susurro.

Cuelgo el teléfono y salgo del pequeño despacho.

Ya no queda esperanza. Ya ni siquiera queda en pie mi pobre corazón.

No sé si el helicóptero tarda una hora, diez minutos o una semana en llegar a Pristina. No me importa. Me paso todo el camino con la vista clavada al frente, llorando en silencio, como si estuviese envuelta en una neblina, como si fuera otra persona la que acabase de separarse del amor de su vida y no yo.

Owen me explica que me ha conseguido un salvoconducto que me servirá de pasaporte provisional hasta que la embajada de Estados Unidos me expida uno nuevo. Lo escucho y asiento, pero en el fondo no me importa.

Al entrar en el hotel, Sarah me abraza con fuerza sin dejar de llorar. Desoigo todas las veces que me pide que vaya a su habitación y durmamos juntas y me encierro en la mía. Camino por la estancia, que ahora me parece más pequeña, más vacía, como si el hecho de saber que él no entrará más la convirtiese en un sitio más sombrío y triste.

Voy hasta la pared y observo todas las polaroid que hay colgadas. Una sonrisa leve y sin brillo se escapa de mis labios cuando veo a Sarah y a Owen, cuando nos veo a las dos en el bar. Mi sonrisa cambia y un gesto triste y lleno de melancolía aparece en mi

rostro cuando veo una foto de Milo. Recordarlo me llena de una suave sensación de paz. Paseo mi mirada por todas las instantáneas hasta llegar a la primera que hice, a la foto de Reese en nuestro lugar secreto. La cojo y me tumbo en la cama. ¿Por qué no ha podido dejar que nos quisiésemos? ¿Por qué todo ha tenido que ser tan complicado?

Alguien llama a la puerta con fuerza. Abro los ojos. No sé si he llegado a quedarme dormida del todo en algún momento. Aún tengo la foto de Reese en la mano.

—¡Sophie! —me llaman.

Es la voz de Sarah. No contesto. Me siento culpable, pero ahora no quiero ver a nadie.

—Sophie, Owen acaba de llegar del cuartel de la KFOR. Ha recibido una llamada de Reese. —Al oír su nombre, la montaña rusa se activa de nuevo y, sin quererlo, comienzo a subir—. Está bien. —Subo alto, altísimo. Reese está sano y salvo—. Salió de la base de Jarinjë y también de Serbia. Está bien —repite—, pero no ha dicho dónde...

Y caigo en picado. Una lágrima baña mi mejilla, pero no me molesto en secármela. Nunca dejaré que vuelva a encontrarlo.

—Sophie, ábreme, por favor.

Me acurruco y cierro los ojos de nuevo.

—Te conozco y sé que estás despierta. Ábreme. Estoy muy preocupada.

Lo último que quiero es hacerle pasar un mal rato. Me arrastro hasta la puerta y la abro. Sarah me mira de arriba abajo, observando con especial hincapié la camiseta de Reese que rescaté del lugar donde la había desterrado y me puse en mitad de la noche.

—Sabía que tenías una camiseta de él escondida en alguna parte —me dice frunciendo los labios y asintiendo. Quiere hacerme reír.

—Pienso ponérmela todos los días
—la informo.

—Podría ser peor, por lo menos no es demasiado fea. Si voy a tener que verla a diario, lo mínimo que pido es un poco de estilo.

Lo dice tan convencida que, aunque es lo último que quiero, acabo sonriendo. Al ver que ha conseguido su propósito, me devuelve el gesto y me atrapa entre sus brazos.

—Si vas a llorar, hazlo delante de mí. Soy tu amiga —sentencia— y no pienso dejar que pases por esto sola.

Yo asiento contra su hombro. Deseo darle las gracias, pero las palabras se niegan a atravesar mi garganta. La

quiero muchísimo.

Ése fue el primer día de todos los que vinieron después. Todos parecidos. Todos grises. Ava, la chica alemana que trabajaba con Milo en el dispensario, se ha hecho cargo de él. Yo la ayudo en todo lo que puedo y me encargo de acompañar al nuevo médico de la Cruz Roja a visitar a las mujeres.

La KFOR terminó las investigaciones y Milo tuvo un funeral. Lo enterramos junto a su mujer y su hija en un campo precioso, tan verde como el que se ve desde la ventana del refugio de mujeres.

Puse un anuncio en el periódico y no tardé en encontrar a una profesora dispuesta a enseñarme serbio. Todos los días hablo con esas mujeres, a veces durante horas, y con cada palabra aprendo muchísimo. Al principio sólo dos querían contarme su historia; dos meses después, ya eran prácticamente todas.

Es septiembre y el calor sigue siendo insoportable. Pienso en Reese todos los días, en aquella cama en la *suite* de Hvar, en todo lo que me dijo sin palabras. He acabado haciendo lo que me juré que no haría y duermo con su camiseta. Si tenía alguna duda de que me

había convertido en una protagonista de novela romántica, esa prenda tiene la respuesta.

El verano ha dado paso a un otoño muy corto, y un invierno frío y cortante lo ha asolado todo. Continúo trabajando en el dispensario y en el refugio de mujeres, y sigo escribiendo. También sigo pensando en Reese. Todos los días.

Voy a ver el monumento Newborn. Me acerco a la W y, aunque hay muchas pintadas nuevas, puedo reconocer la que escribí hace ya muchos meses. Muchas cosas han cambiado desde entonces. Creo que ni el monumento ni el país ni yo somos los mismos. Todos hemos crecido, para bien o para mal.

El 25 de enero de 2009 regreso a Nueva York, dos meses después de que lo hiciera Sarah. El frío es tan asfixiante como el calor de Pristina lo era en verano, y el nombre de Reese Montolivo está grabado a fuego en cada hueso de mi cuerpo.

—¡Sophie! —grita Sarah a la vez que sale corriendo.

Al verla, yo también salgo disparada y nos abrazamos en mitad de la terminal de llegadas del JFK.

—Ey, deja algo para los demás —se queja Penny uniéndose al abrazo.

Cuando nos separamos, estallo en risas al ver la pancarta que Penny tiene entre las manos. Al darse cuenta de que

la observo, extiende la pancarta orgullosísima como si fuera una azafata de la tele. Debajo de la palabra *bienvenida* escrita con todos los colores conocidos y muchísima más purpurina de lo estrictamente necesario, ha dibujado lo que sospecho que es un guerrillero sexy y un montón de corazones.

—Creo que tienes una idea algo confusa sobre lo que son los guerrilleros —comento socarrona.

—En mi cabeza todos son Chris Pine —sentencia, y las tres nos echamos a reír.

Las chicas insisten en salir a tomar algo. La excusa del viaje y el *jet lag* me dan veinticuatro horas más para prepararme, y creo que me hará falta, ya que, según Penny, esta salida hará temblar los cimientos de la isla de Manhattan.

En el apartamento, mientras deshago la maleta, incluso mientras me doy una ducha, Sarah me interroga sin ningún remordimiento sobre estos meses que he estado sin ella en Kosovo. No hay mucho que contar. He terminado el libro, aunque me gustaría echarle un nuevo vistazo, y estuve trabajando con Ava en el dispensario hasta el último día. No le digo que no puedo sacarme a Reese de

la cabeza, aunque creo que tampoco hace falta que lo haga. Sarah lo tiene clarísimo.

Al día siguiente me presento en el Delightful y tengo la suerte de poder recuperar mi antiguo empleo. Quiero revisar y conseguir publicar el libro sobre las mujeres del refugio, pero, mientras lo logro, necesito un trabajo para poder comer y pagar facturas.

Paso el día haciendo algunas compras. Cuando llego a casa justo antes de que comience a llover, no hay rastro de Sarah, sólo una nota sobre la isla de la cocina avisándome de que Penny y ella me esperan en el Salisbury Red Hotel. Una sonrisa suave pero

sincera se escapa de mis labios al ver escrito el nombre de nuestro pub favorito. Esto es lo que necesitaba recuperar: mi antigua vida, volver a un punto donde había sido feliz antes de Bryant Park, de Kosovo, antes de él.

Pongo mi canción preferida, *Manhattan*,* de Kings of Leon, y comienzo a prepararme. Recupero uno de los vestidos guardados en mi armario. Hacía casi un año que no me lo ponía. Igual que hacía casi un año que no me subía a unos tacones de infarto.

Justo cuando estoy a punto de salir por la puerta, me doy cuenta de que mi móvil está sin batería. Frunzo los labios

y doy media vuelta. Hablar con mis padres durante más de una hora agotaría incluso la batería más predispuesta.

Regreso al salón, me arrodillo para enchufar el cargador junto a la pequeña mesita del teléfono y lo conecto al iPhone. Cuando el símbolo de carga en curso aparece, suspiro con las manos en las caderas y miro a mi alrededor. Por lo menos tendré que dejar cargándolo quince minutos para asegurarme de que resistiría una llamada de emergencia o un par de mensajes.

Resignada, me dejo caer en el sofá y enciendo la tele. Por lo menos estaré entretenida. Cambio los canales con desgana; en realidad no hay nada que me

apetezca ver. En la NBC están poniendo una serie de los sesenta que siempre veía con mi padre cuando la reponían en verano. Sonrío y veo un par de escenas, pero por inercia acabo zapeando y llego a la ABC justo cuando termina un anuncio de cereales; hay un fundido en negro y empieza una sintonía que me resulta de lo más familiar. No logro identificarla hasta que el rótulo con el nombre del espacio aparece en el centro de la pantalla. Es «Actualidad política», el programa donde trabajaba Reese.

Miro el reloj de la cocina. Debe de estar empezando. El presentador saluda como de costumbre, explica algo sobre el invitado de esta noche y los temas que

tratarán y comienza a presentar a sus colaboradores habituales. El mando se me cae de las manos cuando menciona al último, a la estrella del programa, y Reese Montolivo aparece en mi televisor.

Lleva un impecable traje y luce su sonrisa más dura, su mejor escudo. Hoy más que nunca es el chico del millón de dólares y mi corazón, que nunca llegó a recuperarse del todo, vuelve a partirse en dos. Se ha rendido. Ha dejado de luchar. Él no quería ser esto... o a lo mejor sí. De pronto un montón de preguntas que en el fondo no quiero hacerme se agolpan en mi mente. ¿Y si éste es el verdadero Reese? ¿Y si Matt tenía razón? ¿Y si todo lo que vivimos en Kosovo, lo bueno y lo malo, sólo fue un capricho para él? ¿Y si renunció a mí simplemente porque quiso hacerlo?

Antes de que me dé cuenta, salgo del apartamento. Está diluviando. Trato de coger un taxi, pero es imposible y comienzo a caminar. Tardo más de una hora en llegar a los estudios de la ABC en la 66 Oeste. No sé cómo me siento. Estoy furiosa, triste, pero, sobre todo, decepcionada. De repente recuerdo lo que él mismo me dijo: «Deja de creer en mí, Sophie. Nos ahorrarás muchas decepciones a los dos.» Tendría que haber hecho caso a aquellas palabras.

Me paso frente a la puerta del estudio otra hora más con el agua calándome hasta los huesos, pero, al fin, ésta se abre y el chico del millón de dólares aparece. No me ve. Lo entiendo.

Yo tampoco sería capaz de reconocerme y todo es culpa suya. Una parte de mí quiere salir corriendo y tirarse en sus brazos, pero consigo mantenerla a raya. Yo tampoco reconozco a ese Reese. Un coche alemán carísimo, negro y perfectamente pulido a pesar de la lluvia, se detiene junto a la acera y Reese se dirige hacia él con el paso decidido.

—No me puedo creer que al final hayas acabado así. —Las palabras salen de mis labios antes de que pueda controlarlas.

Al oírlas, Reese se detiene en seco, como si reconocer mi voz implicara reconocer muchas más cosas, y luego se

vuelve despacio. Aprieta los puños con fuerza. Él también se está conteniendo, está luchando como yo. Me recorre de arriba abajo con la mirada hasta que sus ojos azules se posan en los míos. Su elegante abrigo y su elegante traje azul marino bajo él comienzan a mojarse despacio. Sus ojos siguen siendo los más espectaculares que veré nunca, pero ahora parecen más cansados, más tristes, y la furia y el desahucio se han hecho aún más cortantes.

—¿Qué haces aquí, Sophie? — pregunta, y su voz me sacude por dentro de una manera que ni siquiera entiendo.

He echado tanto de menos esa voz.

—No lo sé —me sincero—. Ni siquiera sé qué hago aquí. He encendido la tele por casualidad y te he visto y he sentido tanta rabia. —Mi voz comienza a resquebrajarse—. ¿Así es como quieres que acabe todo?

No sé por qué se lo pregunto. No sé por qué me torturo de esta manera. Está muy claro que él ya ha tomado las decisiones que quería tomar y está donde quiere estar.

—Las cosas son como son.

—No —replico—. Las cosas son como uno quiere que sean, y está claro que todo lo que vivimos en Kosovo para ti no significó nada.

—Eso no es cierto —se apresura a interrumpirme con la voz amenazadoramente suave.

Me intimida, pero no dejo que lo vea. No quiero.

—Entonces ¿por qué estás aquí? —pregunto con lo herida que me siento saturando mi voz, con todo mi enfado—. ¿El programa ha cambiado?

—Sophie —me reprende.

—¿Te dejan hablar de lo que pasa en el resto del planeta? ¿Sacar esas pruebas tan importantes para que paguen por lo que pasó en la guerra?

Estoy tan furiosa.

—Sophie, para —me advierte en un susurro ronco, duro.

—¿Contar algo importante? ¿Ayudar a toda aquella gente? —No puedo creer que haya renunciado a sí mismo, a nosotros, y todo por esto—. ¿Te dejan hacerlo, chico del millón de dólares?

—¡No! —grita.

Su única palabra nos silencia a los dos, aunque creo que en realidad lo han hecho todas las mías. Sigue lloviendo, cada vez más fuerte, y el sonido de las gotas estrellándose contra la acera nos aísla del mundo.

—Y pensar que Milo murió por alguien como tú... —digo con todo el desdén, la rabia y el dolor en cada letra—. Pensar que querré toda mi vida a alguien como tú.

Reese me mantiene la mirada y soy consciente de que cada palabra ha tenido un eco en él. Aprieta la mandíbula y todo su cuerpo se tensa un poco más. Hemos vuelto de golpe a aquella base serbia. Sigo queriéndolo. Sigo echándolo de menos. Sigo necesiéndolo. Pero nada de eso valdrá para que estemos juntos, porque yo sólo fui un capricho para él.

—Matt tenía razón. Tú no puedes querer a nadie y no te mereces que nadie te quiera a ti.

Sin esperar respuesta por su parte, giro sobre mis pies y comienzo a caminar bajo la lluvia y su atenta mirada. Desde que nos vimos en Bryant

Park por primera vez tuve la sensación de que lo conocía, que sabía cómo era incluso aunque él no quisiese. Estaba demasiado equivocada.

Regreso al apartamento. Les mando un mensaje a las chicas con una excusa bastante mala, me quito el vestido empapado, me pongo el pijama y me meto en la cama. No han pasado ni dos segundos cuando rompo a llorar absolutamente desconsolada. Llevaba meses soñando con encontrarlo de nuevo, imaginando cómo sería volver a verlo, volver a abrazarlo. Pensaba que me había alejado de él para que fuese feliz, que tenía motivos generosos y leales como los de los héroes de los

libros. Ahora me doy cuenta de que no es así. ¿Cómo puede ser tan ingenua, tan estúpida? Reese nunca fue mi héroe, nunca me quiso.

Suenan unos golpes en la puerta de mi cuarto. Abro los ojos adormilada. Ya es de día. Antes de que pueda dar paso a quien sea que está al otro lado, la puerta se abre y Sarah entra acelerada.

—¿Se puede saber qué te pasó anoche? —pregunta molesta—. Porque la excusa esa de que estabas cansada y te dolía la cabeza no se la cree nadie.

Yo me incorporo y me llevo las palmas de las manos a los ojos para terminar de despertarme.

—Lo siento de verdad —me disculpo con la voz ronca por el sueño.

Sarah mira a su alrededor decidiendo si me perdona o no, cuando repara en mi vestido rojo empapado y tirado en el suelo.

—¿Qué ocurrió anoche, Sophie? —inquire de nuevo con un tono completamente diferente. He vuelto a preocuparla.

Yo alzo la cabeza, pero no soy capaz de mantenerle la mirada más de un par de segundos y acabo apartándola.

—Anoche vi a Reese —confieso.

—Sophie —murmura llena de ternura y una pizca de condescendencia, sentándose a mi lado en la cama.

—Yo... yo... fue por pura casualidad. Encendí la tele y lo vi en ese programa —recuerdo con la mirada clavada en mis propias manos, que juguetean con mi nórdico de Ikea—, y de repente tuve la horrible sensación de que no lo conocía, de que todo lo que habíamos vivido era mentira.

—Sophie...

—Y es que ha sido mentira —me reafirmo interrumpiéndola. De pronto vuelvo a estar tan enfadada, tan dolida, como lo estuve anoche—. Él me dijo que odiaba ser el chico del millón de dólares, que no era lo que quería ser.

—Sophie...

—Es un cobarde y está más que claro que nunca me quiso —vuelvo a interrumpirla.

—Y tú te estás equivocando.

La vehemencia con la que pronuncia esas palabras me hace alzar la cabeza y mirarla. ¿A qué ha venido eso?

—¿Por... por... qué has dicho eso?

—¿Sabes cómo consiguió Reese que los serbios te sacaran de Kosovo del Norte y te enviaran a Montenegro?

Yo niego suavemente sin levantar mis ojos de ella.

—Les dio toda la información que Milo y él tenían sobre los crímenes de guerra de Mladic, Karadzic y Milosevic.

Renunció a sentirse un poco mejor después de todo lo que había vivido con tal de salvarte a ti.

¿Qué?

La miro sin saber qué decir y una solitaria lágrima cae por mi mejilla.

—Reese está muy lejos de ser perfecto —añade tendiéndome el *The New York Times* que lleva entre las manos—, pero que te quiere como un loco es algo que no deberías dudar. No se lo merece. Página veintisiete —concluye levantándose.

Yo miro el periódico que acaba de darme y, confusa, alzo la cabeza a tiempo de ver cómo sale de mi cuarto cerrando la puerta tras de sí. Por un

momento no sé qué hacer. Es como si, con esta revelación, me hubiese dado una auténtica bofetada y a la vez hubiese tirado de la alfombra bajo mis pies. Él lo sacrificó todo por mí. No sólo la posibilidad de estar juntos. Sacrificó el poder poner fin a lo que había vivido en Srebrenica, el dejar de recordar una y otra vez la cara de aquel soldado. Casi al mismo tiempo recuerdo lo sereno, lo feliz que estaba cuando me contó en el viejo puesto frente al hotel toda la información que había conseguido reunir. Sacrificó el volver a estar bien, dejar de sufrir, por mí... y yo ayer le dije todas aquellas cosas horribles. Mi respiración se acelera. Me llevo los

pulgares a los labios y mi mirada se pierde en el vacío. Todo lo que le dije fue demasiado injusto. Una nueva lágrima cae por mi mejilla. Él me salvó, volvió a hacerlo una vez más.

Cojo aire y me obligo a abrir el diario. Paso las páginas deprisa hasta llegar a la veintisiete, la portada de la sección de Internacional. Sólo hay un artículo, que ocupa toda la página, sin foto y con el titular «Todo lo que perdí». Bajo él, su nombre: Reese Montolivo. El corazón me da un vuelco y casi al mismo tiempo comienza a latir demasiado rápido.

Tenía diecisiete años cuando llegué a la guerra de los Balcanes y creo que no me he marchado nunca. He visto cosas demasiado

complicadas incluso para contarlas en un periódico. He visto a gente morir, a gente ser asesinada con crueldad y a pueblos enteros exterminados sólo por profesar una religión diferente.

También la vi a ella y todo mi mundo, lo que creía saber y lo que no, cambió para siempre.

Siempre he odiado los alegatos pacifistas que se limitan a decir que la guerra es mala, porque a menudo lo firman personas que jamás han visto una de cerca. Decir que la guerra es mala es quedarse injustamente corto; la guerra es cruel, dura, es un sinsentido que te deja vacío por dentro y siempre, aunque ganes la batalla y el país, te convierte en perdedor.

Yo lo perdí todo en una guerra en la que ni siquiera luchaba y, quizá, ése fue el problema, que no luché, que no dije todo lo que tenía que decir, que no hablé.

Tenía veintiún años cuando perdí la fe en que las cosas podían ser mejores si queríamos que lo fuesen y, poco a poco, fui convirtiéndome en otra persona, en alguien que se encierra en sí mismo, alguien que no puede dormir, que se repite todos los días que debería haber muerto en el rincón más desesperanzado del mundo y, al final, eso es la guerra, incluso si no luchas en ella, el sentirte así de solo, así de perdido... hasta que la encontré a ella.

Era como una de esas canciones que suenan en la radio y enseguida la reconoces. Es sexy e increíblemente adorable. Es divertida e impertinente. Es preciosa. Y era mía. Lo único de valor que he tenido en mi vida y eso también me lo quitó la guerra, porque, aunque fui yo quien no respondió cuando ella me pidió que volviese, fue la guerra, cruel e injusta, la que estaba metida dentro de mí, la que me repetía una y otra vez que ella se merecía algo mejor, que yo no la haría feliz, y desde ese momento el dolor se

hizo abismal. Luchar a contracorriente cada día, no dormir por tener un miedo sordo y cortante a soñar con ella, echarla de menos, siempre.

Tenía treinta y cuatro años cuando me enamoré de ella.

Tenía treinta y cuatro años cuando aprendí que podía ser mejor por ella.

Tenía treinta y cuatro años cuando la alejé de mi lado.

Y también tenía treinta y cuatro años cuando aprendí la lección más dura de todas: decirle adiós a la única persona a la que vas a querer en la vida duele demasiado. Ver cómo esa misma persona te dice adiós a ti te destroza por dentro, pero nada, nunca, jamás, será tan duro como oírla decir «Te quiero» y no poder responder porque estás tan asustado que temes que ella, tú, el suelo bajo tus pies, vaya a desaparecer si te permites amar a alguien, dejarla entrar en tu vida. La guerra me quitó muchas cosas, me la quitó a ella, y nunca me dejó escapar.

*No he podido escapar y tampoco he
podido dejar de quererte.*

Las lágrimas desenfocan mi mirada.

No puedo levantar la vista del periódico. Reese me quiere. ¿Cómo pude ser tan idiota? Necesito hablar con él. Necesito explicarle que estaba equivocada.

Salgo disparada de la cama, me pongo los primeros vaqueros y la primera camiseta que encuentro y salgo al salón.

—Tengo que ir a buscarlo —anuncio lacónica, sorbiéndome los mocos y atravesando la estancia tras abrocharme las Converse.

—Sophie —me llama Sarah.

—Sé que te debo una explicación —
la interrumpo mientras cojo mi bolso y
me pongo el abrigo prácticamente a la
vez—, y prometo dártela en cuanto
vuelva, pero ahora necesito hablar con
Reese.

Sarah se levanta y me sigue unos
pasos.

—Sophie —me llama de nuevo y
algo en la manera en la que pronuncia mi
nombre me hace frenarme y volverme
para mirarla.

—¿Qué... qué pasa? —pregunto casi
en un murmullo.

Mi amiga se lleva un labio sobre
otro y suspira con fuerza. Está claro que
no quiere tener que decírmelo.

—Reese se marchó anoche.

No. No. No.

—Me ha llamado hace una hora para decirme que me asegurara de que leyeras su artículo.

—¿Te ha dicho dónde estaba? —pregunto, aunque sé de sobra la respuesta.

El llanto se acumula detrás de mis ojos, pero no derramo una sola lágrima.

—No —responde llena de ternura—. No creo que le haya dicho a nadie adónde va.

Asiento con la tristeza inundando cada centímetro de mi piel. ¿Cuántas veces voy a tener que despedirme de él?

Me paso el resto del día metida en la cama, tapada hasta las orejas y llorando a moco tendido. Me siento estúpida por todo lo que le dije y lo peor es que ni siquiera tengo una manera de hablar con él, de explicarle que estaba equivocada, que siento lo que pasó, que me perdone, que vuelva.

Al día siguiente, me despierto con una única idea en la cabeza. Convenzo a Sarah para que llame a *The New York Times* y consiga que le pasen con el director de la sección de Internacional; aunque tampoco sepa dónde se encuentra, tiene que tener algún teléfono, alguna dirección de correo electrónico, para contactar con él.

Después de tenerla media hora al móvil consigue que le pongan con Warren Stevenson-Rae, el director de Internacional. Sin embargo, no conseguimos ninguna información. Sarah pone a trabajar todas sus armas de futura premio Pulitzer, pero es inútil. Stevenson-Rae le asegura que no tiene ni la más remota idea de dónde está, que Reese tiene libertad de movimiento y puede contar la historia que quiera desde donde quiera. Le explica que claro que tiene un teléfono y un *email*, pero que no va a dárselo. Según él, se lo impide la ética periodística y, sobre todo, el sentido común, y sentencia su no rotundo preguntando si nos hacemos una

idea de cuántas mujeres han llamado al periódico pidiendo hablar con Reese Montolivo mientras aseguraban que eran la chica del artículo.

Ese día tampoco dejo de llorar.

Poco a poco me voy acostumbrando de nuevo a mi vida en Nueva York. Trabajo en el *Delightful* a jornada completa y uso mi tiempo libre para preparar el libro. Leo el *Times* todos los días en busca de crónicas de Reese. Las primeras llegaron desde Nigeria; las siguientes, desde Osetia del Norte, cerca de Rusia, Irak, Israel, la frontera entre las dos Coreas... Y, antes de que me

haya dado cuenta, la primavera ha llegado de nuevo. Estamos a finales de abril y vuelve a hacer calor.

—Mira lo que tengo aquí —dice Sarah atravesando la puerta del Delightful y haciendo sonar la campanita mientras agita un sobre dorado con una mano.

—¿Una carta de amor de uno de tus Preston? —pregunto socarrona, limpiando la cafetera con una bayeta.

—Owen es mi único Preston y lo sabes —responde apoyándose en la barra—. Me quedan ciento diecisiete días para volver a verlo —se queja en un bufido.

Jamás pensé que vería a Sarah esperando a un chico todo ese tiempo.

—Bueno, si no es una carta de amor, ¿vas a decirme ya lo que tienes en ese sobre tan cursi?

Sarah asiente con una sonrisa de oreja a oreja, abre la carta dorada y saca lo que quiera que hay dentro.

—Tengo dos entradas para la ceremonia de los premios Pulitzer de mañana —responde pletórica enseñándome un trozo de papel ribeteado también en dorado y en el que puede leerse «Sarah Becket y acompañante»—, y tú, señorita afortunada, vas a venir conmigo.

Trago saliva y abro la boca dispuesta a decir algo; como no sé el qué, vuelvo a cerrarla.

—Me... mejor llé... llévate a Penny —alcanzo a pronunciar al tiempo que me vuelvo y comienzo a limpiar de nuevo la cafetera que ya había limpiado.

—Sophie —me reprende Sarah.

—No... no pinto nada en una ceremonia así.

—¿Es porque el artículo que escribió Montolivo antes de marcharse está nominado?

Dejo de pasar la bayeta frenéticamente y hundo los hombros derrotada. Una parte de mí quiere pasarse el resto de sus días llorando con

la música de Bonnie Tyler a todo volumen y el pijama de franela con el mayor número de corazones que pueda encontrar; la otra la mantiene a raya, se levanta cada día, viene a trabajar y trata de reconstruir mi pobre corazón. ¿Qué posibilidades tiene cualquiera de las dos de sobrevivir si voy allí y me paso la noche oyendo hablar de él, de lo gran periodista que es? ¿Cómo se supone que debo contestar cuando digan que ese artículo revolucionó al país por ser el más sentido alegato antibelicista desde el *Imagine** de John Lennon si para mí, además de todo eso, significó muchas más cosas?

—No puedo ir —me sincero dando un par de pasos hacia la barra.

—Él no va a estar allí.

—Lo sé.

—Entonces ¿por qué no puedes acompañarme? —trata de convencerme llena de empatía—. Será genial y es todo un acontecimiento cultural.

—Lo sé —repito.

En otras circunstancias jamás diría que no.

—Lo siento, Sarah. No puedo.

Mi amiga estira las manos por encima de la barra y coge las mías.

—Hace un año que lo conociste, pronto hará uno desde que os separasteis y ya casi han pasado tres meses desde

que lo viste por última vez. La última crónica la escribió desde Afganistán. Sé que es muy duro, pero tienes que empezar a pensar que quizá no regrese nunca.

Asiento. Nunca me permito pensarlo, pero en el fondo es la pura verdad. Puede que Reese no vuelva nunca y yo tengo que comenzar a seguir adelante con mi vida.

—Está bien —contesto obligándome a sonreír—. Te acompañaré.

Supongo que ya es hora de correr las cortinas y dejar que entre la luz.

Tengo que pedirle a Gordon la tarde libre y me voy de compras con Sarah para elegir un vestido para la ocasión.

A las doce de la mañana del día siguiente, nos montamos en un taxi rumbo al campus de la Universidad de Columbia, donde se organiza la ceremonia, un almuerzo de etiqueta para los nominados y las personalidades más distinguidas de Nueva York. Sarah consiguió las invitaciones como un regalo personal del subdirector de la agencia Reuters en Nueva York por el extraordinario trabajo que realizó durante su beca en Kosovo.

El coche nos deja frente a la Low Memorial Library y subimos las decenas de escalones de piedra blanca entremezclándonos con todas las personalidades vestidas con elegancia

para la ocasión. Ellos, de esmoquin; ellas, con carísimos trajes de diseñadores europeos.

La biblioteca en general y el inmenso salón de celebraciones en particular son sencillamente impresionantes. Mi mirada se pierde en el techo más de una vez asombrada por el mármol abrigantado a la perfección, las paredes de un blanco impoluto y los suaves y discretos toques de dorado. Es el día grande del periodismo y no podrían haber elegido un escenario mejor.

Tras un pequeño cóctel de bienvenida, nos piden que pasemos al salón y tomemos asiento. Reuters, como

una de las agencias de noticias más importantes del mundo, tiene una de las mejores mesas y estamos ubicadas muy cerca del escenario. La ceremonia empieza y con ella comienzan a sucederse los premios: mejor editorial, mejor periodista de investigación, mejor fotografía... Todo mientras unos profesionales camareros nos sirven ensalada de verduras salvajes, espárragos y queso *parmigiano reggiano* etiqueta negra, de primero, y cordero confitado con nueces y una reducción de vinagre balsámico y *champagne*, de segundo.

Estoy nerviosa, más de lo que pensé que estaría, pero también estoy consiguiendo distraerme y lo agradezco de veras. Sin embargo, por mucho que lo intento, no soy capaz de dejar de pensar en Reese. Su artículo y él mismo son la comidilla de la ceremonia en general y de nuestra mesa en particular. Es fácil escuchar a la gente hablando sobre sus crónicas, preguntándose dónde estará, o comentando lo valiente o estúpido, depende de quién haga el comentario, que ha sido por dejar la televisión para volver a *The New York Times*.

Con el postre, llega el último premio: el Pulitzer al servicio público. Es el galardón más importante de todos,

el único que recibe la medalla de oro y que se entrega al artículo más destacado del año. El Pulitzer en sí.

El presidente de los premios se sube al escenario y, tras un pequeño discurso, anuncia los finalistas: un artículo de *The Boston Globe*, otro de *The Washington Post* y el de Reese. Los pocos segundos que tarda en rasgar el sobre y sacar la tarjeta con el nombre del ganador se me hacen eternos.

—Y el premio Pulitzer es para... Reese Montolivo, por «Todo lo que perdí», publicado en *The New York Times*.

Todos estallan en aplausos y yo sonrío sincera. No podría estar más orgullosa de él. Por un momento fantaseo con la posibilidad de que Reese vaya a aparecer tan misterioso y atractivo como siempre y suba a recoger su premio, pero, cuando veo a un hombre con el pelo canoso y las facciones muy marcadas subir ágil la escalera, me doy cuenta de que no voy a tener esa suerte. No tardo en entender que es Warren Stevenson-Rae, el jefe de Reese en el periódico.

—Muchas gracias a todos —saluda cogiendo la preciosa medalla dorada que le tienden—. Como ya imaginarán, Reese Montolivo no ha podido venir en

persona a recoger este premio, aunque mentiría si dijese que, de haber podido venir a buscarlo, lo habría hecho. — Sonríe suavemente y todos lo imitan—. Ese chico es uno de los mejores periodistas de este país y me permito llamarlo *chico* porque fui yo quien le dio trabajo con dieciocho años. Por Dios, llevaba incordiándome meses — se queja con nostalgia y, sobre todo, con un sincero cariño brillando en su mirada.

Todos sonríen, casi ríen, de nuevo, pero observo al curtido periodista y me doy cuenta de que, aunque lo disimule muy bien, también parece triste, mucho, y al instante eso me preocupa a mí.

—Recuerdo muy bien la noche que se presentó en mi despacho, hace tres meses de aquello, completamente empapado y con un papel casi tan mojado como él en la mano. Me dijo que aceptaba volver al periódico si paraba las rotativas e incluía ese artículo en la tirada. Yo dudé. Ni siquiera estaba escrito a máquina y mucho menos corregido. Sin embargo, sólo necesité leerlo una vez para saber que acabaría aquí. —Su tristeza se hace aún más palpable y el corazón me da un vuelco —. Muchas gracias.

La sala rompe en aplausos de nuevo y el jefe de la sección de Internacional de *The New York Times* baja del

escenario. Escucho impaciente las palabras del presidente de los premios, que despide la ceremonia y nos invita a seguir disfrutando del almuerzo, y salgo disparada en busca de Stevenson-Rae en cuanto todos empiezan a aplaudir por enésima vez. Sarah me sigue.

—Disculpe —lo intercepto cuando está a punto de abandonar el salón—, ¿puedo hablar con usted?

Él mira su reloj y resopla algo molesto, aunque sus modales le hacen disimularlo rápido y obligarse a sonreír antes de alzar de nuevo la cabeza y mirarme al fin.

—Soy Sophie Silver. Sé que va a decirme que no puede ayudarme, pero necesito saber que Reese está bien.

El hombre guarda silencio unos instantes mientras me observa con más detenimiento.

—Tiene razón —responde al fin—. No puedo ayudarla —sentencia echando a andar de nuevo.

No voy a rendirme. Sé que está preocupado y sé que lo está por Reese.

—Por favor —lo llamo dando un paso hacia él—, no le estoy pidiendo que me diga dónde está. —Y sin quererlo mi voz suena como una súplica. Necesito saber que está bien—. Sólo quiero saber que está bien.

Stevenson-Rae resopla de nuevo y esta vez no se molesta en ocultarlo. Se vuelve despacio y su expresión parece aún más apesadumbrada.

—Lo que he dicho ahí arriba es verdad. Yo contraté a Reese con dieciocho años y también fui a Sarajevo a traérmelo de vuelta a casa después del asedio en Srebrenica. Lo vi aparecer con la cara sucia de tierra y sangre y la mirada llena de demasiadas cosas. Sin embargo, nunca lo había visto tan perdido como cuando se presentó en mi despacho con el artículo en la mano. Sé que usted es la chica de la que habla, porque parece tan perdida como lo estaba él.

Yo suspiro suavemente y aparto mi mirada de la suya. No me ha dicho nada que no sepa, pero me asusta no dejar de estar perdida nunca y oírlo en voz alta no ayuda.

—En mis tiempos fui un periodista cojonudo, pero después de cincuenta años me he cansado de dar malas noticias. Si quiere saber dónde está Reese, ponga la CNN.

Por un momento me quedo petrificada. ¿Qué ha querido decir con eso? Demasiadas ideas se pasean por mi cabeza y, con ellas, demasiados finales tristes. Antes de que pueda pensarlo con claridad, me levanto el bajo del vestido y corro todo lo que mis tacones me

permiten hasta la puerta de la que entran y salen los camareros. Sarah vuelve a seguirme.

Nos cruzamos con un par de empleados que nos miran mitad confusos, mitad sorprendidos, pero no me importa. Seguimos a uno de ellos por un entramado algo laberíntico y al fin llegamos a la cocina.

—¡¿Una tele, por favor?! —pregunto voz en grito.

Los cocineros nos miran como nos han mirado los camareros, pero uno de ellos decide apiadarse de mí y me señala con el cuchillo con el que cortaba un delicado milhojas de nata un punto en la pared frente a él. Corro hasta allí y

encuentro una pequeña tele. La enciendo acelerada y, pulsando los botones junto al interruptor principal, sintonizo la CNN. Están hablando de Oriente Medio.

—No entiendo nada —murmuro desesperada.

¿Qué quería que viese? ¿Dónde está Reese?

Sarah observa la pantalla tan confusa como yo. ¿Por qué no ha podido decirme «No tengo ni idea de dónde está, pero, sea donde sea, estará bien»?

«Porque sabes que no es verdad.»

Maldita sea.

Resoplo con fuerza y continúo con la mirada clavada en la televisión cuando salta la sintonía de un avance

informativo de última hora. La presentadora comienza a explicar que, como llevan haciendo desde esta madrugada, han interrumpido la emisión para ofrecer nuevas informaciones sobre los periodistas desaparecidos en Kosovo.

El corazón deja de latirme cuando veo una foto de Reese en la pantalla.

—Ha desaparecido —musito como si no pudiese creerlo del todo.

—Las informaciones son pocas y confusas —continúan explicando en la televisión—. Al parecer, algún artefacto de fabricación casera, aún por

determinar, explotó en una pequeña ciudad donde un grupo de periodistas se encontraban cubriendo una noticia.

Dios mío, Reese.

Volvemos a la sala tratando de buscar al jefe de Reese, pero no hay rastro de él. Ya en el taxi de vuelta al apartamento, llamamos a la embajada estadounidense en Pristina y a todos los amigos que hicimos allí. También tratamos de localizar a Owen, pero está de patrulla y no podemos contactar con él. Toda la información que logramos reunir es que hubo una especie de atentado en un pequeño pueblo cerca de la frontera con Albania. Reese estaba allí cubriendo una noticia con otros dos periodistas, uno de ellos de *Le Monde diplomatique*. Lleva dos días desaparecido.

Las horas pasan lentas y angustiosas. Nadie sabe nada de él. Está anocheciendo cuando Sarah vuelve a llamar a Owen. Aún no ha regresado y yo ya no puedo más. Me cambio de ropa y me presento en el edificio de *The New York Times* en plena Octava Avenida. Después de pelearme con el guardia de seguridad, consigo que avisen a Warren Stevenson-Rae y que baje a verme.

—Ya le dije todo lo que sabía —
suelta serio y profesional descendiendo por una larga y metálica escalera.

—Lleva dos días desaparecido —
pronuncio conteniéndome para no romper a llorar de nuevo—. He llamado a todo el mundo: la embajada, la

Secretaría de Estado... Todos dicen que tengo que esperar y yo no puedo esperar. ¿Y si está herido? ¿Y si necesita ayuda?

El hombre me estudia con la mirada y tuerce el gesto. Sé que también está muy preocupado. Reese no es un simple trabajador para él.

—Hemos movilizado a nuestro corresponsal en Centroeuropa; llegará a Kosovo mañana. Él podrá darnos más información. Aquí tiene mi tarjeta — dice metiéndose la mano en el bolsillo de los pantalones y entregándome una—. Llámeme. La mantendré informada.

Niego con la cabeza.

—Eso no... no es suficiente —
murmuro justo antes de girar sobre mis
pies y marcharme.

En el taxi, las ideas se agolpan una
sobre otra y no puedo pensar. Regreso a
mi apartamento, pero allí tampoco sé
qué hacer. Sarah prepara algo de cenar,
pero no quiero comer. Miro el teléfono
cada par de segundos, reviso mi correo
con el portátil, repaso las ediciones
digitales de los periódicos y no me
despego de la CNN. Apenas han dado
noticias y, cuando por fin lo han hecho,
siempre se han manejado con exquisita
ambigüedad periodística. He aceptado
tomar un té, pero no porque quisiera

beberlo, sino para calentarme las manos; siento como si toda la calidez de mi cuerpo me hubiese abandonado.

—¿Han dicho algo nuevo? — pregunta Sarah saliendo de su habitación con la voz cansada.

No la culpo. Son las dos de la mañana.

—No, todo sigue igual.

—Prepararé café.

Asiento y entonces mi móvil suena. El corazón me da un auténtico vuelco. Es Owen.

—Owen —lo llamo acelerada, levantándome—. ¿Dón... dónde es... está Reese?

—Sophie. —Trata de tranquilizarme

—. Siento mucho lo que ha pasado.

Por inercia comienzo a caminar nerviosa y llego hasta mi habitación.

—¿Sa... sabes al... algo de él? —
inquiero desesperada. Noto pasos acercándose, pero no me vuelvo—. A... apenas ha... hay... apenas hay no... noticias.

¡Joder! Nunca había odiado tanto tartamudear.

Noto cómo una mano aprieta mi hombro para darme fuerzas al tiempo que me quitan el teléfono. Me vuelvo inmediatamente y suspiro sorprendida, casi atónita. ¿Qué hace él aquí?

—Mi hermano fue a cubrir una noticia y hubo una especie de atentado. No sabemos más.

Matt se separa el teléfono de la oreja y pulsa el botón del altavoz. De inmediato, un grueso ruido de fondo resuena por toda la habitación.

—Reese no estaba en el lugar de la explosión. Un fotógrafo acaba de confirmármelo.

Suspiro con fuerza y, sin que pueda controlarlo, comienzo a llorar. Es el alivio más puro e intenso que he sentido jamás.

—Pero... —continúa Owen.

Esa única palabra se queda flotando en el ambiente y después cae directamente como una losa de cien kilos sobre mis hombros.

—¿Qué? —lo apremio.

—Nadie sabe dónde está.

—¿Có... cómo que... que no... no saben dónde está? —La calma ha sido breve, demasiado breve.

—Lleva dos días sin pisar el hotel, pero todas sus cosas siguen aquí. Sabemos que no ha cogido ningún avión y no ha vuelto a llamar a la redacción. Tratándose de Reese, podría estar en cualquier bar de mala muerte, y es probable que sea así, pero lo cierto es que no lo sabemos.

Resoplo y me tapo los ojos con las palmas de las manos. Otra vez todo vuelve a empezar. Las preguntas, el miedo sordo, frío, cortante. Pienso en ir a la policía, pero es una estupidez. ¿Qué podrían hacer desde aquí?

Y de pronto lo veo todo claro, el problema es ese «desde aquí».

—Muchas gracias, Owen —digo con la voz clara y serena. Sé lo que tengo que hacer—. Llámanos si averiguas algo más.

Quito el manos libres y le doy el teléfono a Sarah, que seguía la conversación desde el marco de la

puerta. Camino con el paso acelerado hasta mi armario y cojo la mochila de lo alto del mueble.

—¿Qué piensas hacer, Sophie? — pregunta Matt siguiéndome con la mirada.

—Voy a ir a buscarlo —respondo abriendo la mochila y andando hacia la cómoda.

—No es una buena idea —replica con la voz endurecida. Es más que obvio que le parece una auténtica locura.

Pero yo ni siquiera le contesto, y no se trata de que no le entienda. Si habláramos de cualquier otra persona, pensaría lo mismo que él, vería los riesgos y problemas de lo que estoy a

punto de hacer, pero es Reese. No puedo quedarme aquí y ver pasar las horas sin ni siquiera saber si está bien, si le ha ocurrido algo, si necesita ayuda. Él me salvó a mí y sé que, si lo necesitara, aunque estuviésemos separados por los mismos siete mil kilómetros que estamos ahora, él movería cielo y tierra para encontrarme.

Sarah se despide en un susurro, cuelga y se acerca a mí.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer, Sophie?

—Reese está allí. Necesito saber que está bien.

Estoy nerviosa. Estoy muerta de miedo. Pero no pienso abandonarlo.

Meto un par de camisetas más en la mochila y mi pasaporte. La cierro y me la cuelgo del hombro. Voy hasta mi mesita y saco de una lata los doscientos dólares que tengo guardados de las propinas. Entre esto y lo que me queda en el banco, podré pagarme el billete de avión sin problemas.

Cojo aire, me guardo el dinero en el bolsillo de los vaqueros y echo a andar hacia la puerta.

—Te llevo al aeropuerto —dice Matt.

—No creo que sea buena idea — respondo deteniéndome.

—Déjame hacerlo, Sophie.

Él también está triste y preocupado, pero me parece que lo está por mí y no por Reese. ¿Por qué tiene una opinión tan equivocada de su hermano?

—Está bien —respondo.

Matt asiente y camina hasta mí.

—Espera —me pide Sarah.

Sale corriendo hacia su habitación y regresa con su cartera en una mano y trescientos dólares y su tarjeta del First National Bank en la otra.

—Toma —dice tendiéndomelos.

—No puedo aceptarlo.

Es demasiado.

—No te pongas digna, Sophie. Todo irá bien —añade con una sonrisa condensando todo el apoyo del mundo

en esas tres palabras.

Cojo el dinero y la tarjeta y Sarah me estrecha entre sus brazos.

—Muchas gracias —murmuro.

—Tú trae a ese imbécil de vuelta, ¿vale?

—Vale.

Sarah me sonrío de nuevo y yo le devuelvo el gesto. Estoy muy asustada, pero quedarme aquí, esperando, no es siquiera una opción.

Salimos del apartamento y bajamos las dos plantas en silencio. El coche de Matt está aparcado a un par de metros de mi edificio. Ninguno de los dos dice nada en esa pequeña distancia y tampoco durante el camino hasta el JFK.

Cuando llegamos al aeropuerto, Matt detiene el vehículo. Yo me quito el cinturón y cojo aire por enésima vez. No quiero perder un solo segundo y, además, la situación se ha hecho más incómoda kilómetro a kilómetro. Sin embargo, tampoco puedo bajarme sin más. Matt es un buen tío y en el fondo, aunque ni siquiera sea capaz de verlo, tiene que preocuparle lo que pueda pasarle a su hermano.

—Será me... mejor que me... me marche —musito.

Espero un par de segundos a que diga algo, pero no lo hace.

—Adiós, Matt —me despido abriendo la puerta de su Chevrolet—. Gracias por traerme.

—Reese está ahí porque quiso. No necesita que lo salven.

Sus palabras me detienen a punto de salir del coche y también me enfadan. Puede que Reese se marchara porque quiso, puede que incluso cometiese una estupidez haciéndolo, pero eso no cambia las cosas.

—¿Sabes cuántas veces cuidó él de mí? —pregunto volviéndome. Matt aparta la mirada y la clava en el volante. Toda esta situación tiene que dolerle,

todo lo que está pasando con Reese tiene que dolerle—. Todos necesitamos que nos salven, Matt.

—Podría haberse quedado en Nueva York —replica.

No está siendo justo con Reese. Él no sabe nada de lo que pasó. Mi enfado vuelve como un ciclón.

—A salvo —añade con la voz triste, interrumpiéndome.

Alzo la mirada buscando la suya, pero sigue con la vista clavada al frente. De pronto mi rabia se esfuma. Matt quiere a Reese, lo ha querido siempre, aunque supongo que su hermano no le ha puesto las cosas fáciles.

—Cuando regresó de los Balcanes la primera vez, intenté ayudarlo —me explica con la voz queda, triste—. Busqué grupos de terapia, médicos, traté de hablar con él. Tenía diecinueve años y echaba de menos a mi hermano, pero él se aisló de todos y nunca más volvió a dejar que me acercara.

Una sonrisa tenue pero llena de empatía se cuela en mis labios. Sé lo que pasó en aquella época. Reese me lo contó en Hvar. Sé lo unidos que estaban antes de que se marchase por primera vez y cómo las cosas se torcieron cuando regresó. Reese no quería apartar

a su familia, pero Srebrenica lo cambió por dentro, cambió su forma de enfrentarse al mundo.

—Tu hermano te quiere muchísimo —le digo.

Matt sonrío mordaz apenas un segundo.

—Yo también quiero a ese maldito gilipollas —responde sin dudar.

Mi sonrisa se ensancha. Apoyo las dos manos en el freno de mano y me estiro para darle un beso en la mejilla.

—Todo va a salir bien —pronuncio.

—Lo sé —responde obligándose a sonreír.

Le devuelvo el gesto y salgo del coche.

En el momento en el que mis pies pisan la terminal de salidas del aeropuerto, vuelvo a suspirar con fuerza. Tengo miedo y estoy nerviosa, pero no me importa.

Por suerte sólo tengo que esperar una hora y, antes de que amanezca, estoy montada en un avión y, después de tres escalas y diez horas de viaje, llego al aeropuerto internacional de Pristina. La primera vez que aterricé en este lugar estaba tan asustada como lo estoy ahora, sólo que por motivos completamente diferentes.

Cojo un taxi y voy hasta el hotel. No he necesitado preguntar cuál. La prensa siempre se hospeda en el mismo y me

imagino que Reese no ha cambiado esa costumbre. Al bajarme del vehículo y ver de nuevo el imponente edificio, los nervios aumentan y al mismo tiempo las mariposas despiertan en mi estómago. Puede que Reese y yo nos conociésemos en Bryant Park, pero el escenario de nuestra historia fue éste.

Entro y, obviando la avalancha de recuerdos, me acerco al mostrador de recepción. No veo al señor Ademi. Me apoyo en la madera y me echo hacia delante tratando de ver si está en el pequeño cuartito, pero no hay rastro de él. Me incorporo y resoplo con fuerza a la vez que mi mirada se pierde en la recepción.

—¿Dónde demonios estás, Reese?

—murmuro para mí.

No sé por dónde empezar a buscar. Lo mejor será que vaya a ver a Owen. Quizá haya averiguado algo nuevo o por lo menos tenga alguna idea de sus últimos movimientos.

Salgo del hotel y un sol de justicia me recibe de vuelta. Cruzo la calle con cuidado y miro una vez más a mi alrededor, esta vez en busca de un taxi... y simplemente sucede. Reese camina en mi dirección. Tiene el pelo aún más revuelto de lo que lo recordaba y una sexy barba sigue cruzando su mandíbula de esa manera tan deliciosa. Sus viejas Adidas, unos vaqueros, una camiseta

gris y sus ojos azules brillando con fuerza. Parece cansado, incluso triste, parece perdido, exactamente como me sentía yo hasta este momento. Alza la cabeza y nuestras miradas se encuentran y creo que lo hacemos en todos los sentidos.

El tráfico a mi alrededor se intensifica y un coche derrapa al incorporarse a la calzada. No me importa. Es Reese. Está bien.

Se detiene en seco, inmóvil, petrificado como yo. Tengo todo lo que quiero a una calle de distancia.

Oigo gritos en serbio.

Un ruido monstruoso hace temblar el suelo.

Todo está oscuro.

La explosión llena de polvo de ladrillo el ambiente. Toso. No puedo respirar, joder.

Sophie.

Me incorporo deprisa y miro a mi alrededor, buscándola. No la veo, pero sé que está aquí. No he podido soñarlo ni imaginármelo. Ha sido real, lo he sentido quemando cada maldito hueso de mi cuerpo.

Salgo corriendo. El humo es demasiado denso y no me deja ver nada. La gente está asustada y deambula sin sentido. *¿Dónde estás, muñeca?* Una rabia sorda y fría va acomodándose bajo mis costillas. *¿Dónde está, joder?* Uno

de los camareros del hotel ha salido y está sentando en el bordillo de la acera a varias personas ensangrentadas. Ese coche estaba lleno de paramilitares y han tirado al menos tres granadas.

Sigo andando. Toso de nuevo. La garganta me quema... Y de pronto el miedo lo asola todo.

—Sophie —murmuro con la vista fija en su cuerpo tirado en el suelo—. Sophie —repito corriendo hacia ella.

¡Joder, no!

Me arrodillo junto a ella y trato de ver de dónde sale la sangre que la rodea.

—¡Un médico! —grito.

Tiene una herida en el costado y otra en el hombro.

Miro a mi alrededor desesperado. Nadie va a venir. Todo esto es una maldita locura. Paso mis brazos por debajo de sus rodillas y de su espalda y la levanto.

—Tranquila, muñeca. Voy a cuidar de ti —susurro echando a andar—. No va a ocurrirte nada.

No puedo perderla. Joder, no voy a perderla. No pienso permitirlo.

Entro en el hotel y camino deprisa hasta el bar.

—¡Necesito un médico, joder! — grito dejándola con cuidado en una de las mesas.

Varios hombres y una mujer se acercan rápidamente.

Le aparto el pelo de la cara y me inclino sobre ella.

—No vas a morirte, ¿me oyes? —susurro, y mi voz se entrecorta por todo el miedo, por todo el dolor—. No pienso perderte otra vez.

Muñeca, por favor, no puedo perderte.

—¿Dónde la has encontrado? —me pregunta la mujer.

—En la calle —respondo acelerado—. La granada ha estallado muy cerca.

Los médicos la vuelven y rompen su camiseta con cuidado de no hacerle daño. La mesa está llena de sangre.

Joder. Joder. Joder. Me paso las manos por el pelo y las dejo en mi nuca, desesperado. No puedes morirme, muñeca. No puedes morirme.

—Tapona la herida —hablan entre sí—. Está perdiendo mucha sangre.

—La estamos perdiendo —responde la doctora.

¡No! ¡Joder, no!

Regreso a la mesa y me inclino de nuevo sobre ella. No puedo perderla, a ella no.

—Sophie —la llamo apartándole el pelo de la cara—. Muñeca, escúchame porque no pienso repetirlo. No voy a dejar que te mueras. Tenemos muchas cosas que hacer todavía. Tenemos que

salir de aquí. Tenemos que regresar a Nueva York y tengo que llevarte a cenar a mi restaurante favorito. Soy un maldito desastre. Nunca te he llevado a cenar. No te puedes morir antes de que lo haga. Y tenemos que ir a patinar al Rock Center y a pasear por Central Park y todas esas cursiladas que seguro que te encantan. —Una sonrisa triste y fugaz se cuela en mis labios. Despiértate, por favor—. Muñeca, tenemos que tener críos y un perro. Quiero una niña tan preciosa como tú y que también tartamudee cuando esté nerviosa y tenemos que buscar una casita con una valla blanca. Quiero que tengamos todo eso, así que no puedes morirte —repito

haciendo un doloroso hincapié en cada letra—. No puedes hacerlo porque ya he encontrado mi hogar. He sido un gilipollas que ha tardado demasiado tiempo en darse cuenta, pero ahora lo sé. Sophie, mi hogar eres tú, así que respira, muñeca. Respira por mí.

Mis ojos se llenan de lágrimas. La miro. Miro los suyos cerrados, sus labios entreabiertos. La miro a ella y quiero que se despierte. Joder, necesito que se despierte.

—Sophie —susurro—. Sophie, por favor.

—Hay que llevársela de aquí —dice convencida la doctora.

Uno de los médicos me aparta y se coloca en un extremo para tirar de uno de los lados del mantel y poder moverla. Mi mirada sigue fija en ella, en su cara.

No puedo perderla.

No quiero. No puedo.

—Sophie —susurro.

—Reese —murmura.

Mi nombre sale de sus labios casi inaudible. Pronuncio un «qué» conmovido y una sonrisa torpe y acelerada se apodera de mis labios mientras corro de nuevo hasta ella.

—Estoy aquí, muñeca.

—Reese —murmura de nuevo.

Hace un intento de abrir los ojos, pero no es capaz y vuelve a caer inconsciente. Miro inmediatamente a la doctora. Quiero que me diga lo que ya sé. Que va a ponerse bien. Que va a salir de ésta. Que no he perdido a la única chica que he querido en toda mi maldita vida.

—Es casi un milagro —dice la médica—, pero saldrá de ésta.

Asiento y los sigo hasta la calle. Media docena de ambulancias han llegado y están atendiendo a los heridos. Nos montamos en una de ellas y la doctora da orden de que la lleven al Hospital Americano de Pristina.

No suelto su mano. Ha dicho mi nombre. Se pondrá bien y ha dicho mi nombre. Me concentro en esas dos ideas para no volverme completamente loco. Más aún cuando, nada más llegar al hospital, la suben a quirófano. Me peleo con dos enfermeros y un jefe de planta, pero es inútil, no me dejan pasar.

Son las dos horas más jodidamente largas de mi vida.

—Familiares de Sophie Silver — pregunta un doctor con un pijama rojo de quirófano a la vez que se quita un gorro de papel del pelo. Me recuerda a Milo, aunque ahora mismo eso es lo último en lo que quiero pensar.

—¿Está bien? —pregunto acelerado caminando hasta él.

Sueno desesperado, pero no me importa. Necesito saber que está bien.

—La señorita Silver está bien. Ha perdido mucha sangre, pero se ha recuperado. Ha peleado con uñas y dientes.

Ésa es mi chica.

—Quiero verla —casi lo interrumpo.

—Ahora no es posible. Necesita descansar y recuperarse de la anestesia.

—Puede recuperarse conmigo cerca —replico testarudo.

—De hecho, no —me advierte con la mirada.

Yo entorno la mía y se la mantengo sin ningún problema. Pienso verla. Más le vale tenerlo clarísimo.

Tras unos segundos, el doctor traga saliva algo intimidado y se marcha. Mejor. Es un puto estorbo. Lo observo hasta que desaparece y echo a andar hacia el pasillo contrario. No tardo en cruzarme con un par de enfermeras.

—Necesito saber cuál es la habitación de Sophie Silver.

Las dos me miran a punto de pestañear a un ritmo de doscientas veces por minuto. Yo me contengo para no poner los ojos en blanco. Sólo es un maldito número de habitación, por el amor de Dios.

—Sophie Silver —repito a regañadientes.

Una de las jóvenes sonrío y va hasta el mostrador del puesto de enfermeras a unos metros. Coge una carpeta con varios papeles sujetos por un clip y los revisa mientras la otra chica se acerca a ella. Comentan algo en albanés sobre que soy muy mono aunque esté muy sucio. Gilipolleces. Estoy a dos putos segundos de robarles la carpeta y buscar el número yo mismo.

—Habitación 411 —dice al fin.

Yo resoplo exasperado y echo a andar. Por suerte no tardo en encontrarla. Joder, estoy inquieto, acelerado. Sin embargo, mientras

empujo la puerta del cuarto, una parte de mí se paraliza muerta de miedo. Clavo la mirada en la madera y trago saliva. No sé qué habría hecho si la hubiese perdido. Mis dedos se tensan sobre la puerta y exhalo con fuerza todo el aire de mis pulmones. Ella es lo único que me importa.

Sophie está en el centro de la habitación tumbada en una cama de hierro blanco. Está dormida y preciosa. Parece muy tranquila, tanto como el ambiente que sólo se ve interrumpido por un tímido «pip» que suena periódicamente.

Camino hasta la cama y me siento en el borde. Soy muy consciente de que ni siquiera debería estar aquí, pero quiero estar cerca de ella. Recuerdo cuando nos conocimos en el parque, cuando la vi dando saltitos con aquel vestidito. Creo que me enamoré de ella en ese maldito instante, pero fui tan estúpido de no querer entenderlo.

Le acaricio el contorno de la cara con los dedos y mis ojos se pierden en el movimiento. Todavía no me puedo creer que esté aquí, joder... que haya sido tan valiente y también tan inconsciente de venir a buscarme. De pronto estoy furioso. Podrían haberla matado. Desde luego le espera un buen

castigo en cuanto abra esos preciosos ojos. Bueno, primero follármela hasta que se acabe el maldito mundo y después hacerle entender como mejor sé que no puede ponerse en peligro nunca más. Es lo mejor que me ha pasado jamás.

—Reese —murmura moviendo la cabeza con suavidad.

Yo sonrío, creo que con la sonrisa más sincera que he puesto en todos los días de mi vida. Nunca me había hecho tan feliz oír mi nombre.

—Estoy aquí, muñeca —susurro inclinándome un poco más sobre ella.

—Reese —repite y, haciendo un esfuerzo sobrehumano, abre los ojos.

Me observa unos segundos con la mirada desenfocada. Cada vez que pestañea tiene que luchar por abrir los ojos otra vez hasta que por fin consigue mantenerse despierta.

—Hola —susurro.

—Hola —responde con la voz ronca—. ¿Dónde estoy?

—En el hospital.

Vuelve a cerrar los ojos. El cansancio no le da tregua y se frota la nariz con la palma de la mano. Joder, es adorable. Increíblemente sexy e increíblemente adorable. Debería haber sabido que esa combinación sería mi perdición desde la primera vez que la vi.

—Tengo mucho sueño —balbucea, y la última palabra se pierde en un relajado y largo bostezo.

Sonrío de nuevo.

—Siento todo lo que dije —susurra, y en realidad no sé si está despierta del todo—. No te vayas, Reese. Por favor, no te vayas.

Mi sonrisa se transforma en una más triste. La he hecho sufrir demasiado y eso nunca me lo voy a perdonar. Además, no me dijo nada que no me mereciera oír. No podía seguir siendo el chico del millón de dólares.

—No voy a irme a ninguna parte —respondo.

No pienso volver a alejarte de mí, muñeca.

Pasa el resto del día durmiendo y yo no me muevo de su lado. El médico viene con la idea de echarme. No sabe hasta qué punto está equivocado. Ese «No pienso volver a alejarte de mí» incluye también no permitir que nada me aleje de ella. Voy a cuidarla y a protegerla, y me importa muy poco lo que el mundo entero tenga que decir al respecto.

Owen viene a primera hora de la mañana. Me echa una buena bronca por no dar señales de vida en dos días. No le digo que necesitaba escapar de Pristina, que me estaba ahogando en esta

ciudad porque no podía dejar de pensar en Sophie. En realidad, podría haberme escondido en el puto desierto del Sáhara, que la sensación jamás habría desaparecido. En ese jodido momento me di cuenta de que era mi hogar. Simplemente ya no puedo respirar sin ella. No sé.

Le agradezco que cuidara de Sophie cuando se lo pedí por teléfono después de obligarla a subir a aquel helicóptero. No lo hice antes porque no quería hablar de eso. No quería hablar de nada en realidad. Pero Owen, siempre tan jodidamente británico, rechaza mi gesto.

Los caballeros protegen a las chicas de sus amigos, me explica, es una ley no escrita.

Cuando regreso a la habitación, encuentro a Sophie de pie junto a la ventana. Ha corrido las cortinas y todo se ha llenado de luz. Por un momento me quedo paralizado junto a la puerta. Es preciosa y es mía. Mi chica, joder.

Al reparar en mi presencia, sonrío y de forma automática su gesto se refleja en mis labios.

—Quería que entrara la luz —me informa.

Yo entorno los ojos fingiéndome enfadado y le señalo la cama con la cabeza a la vez que echo a andar hacia

ella.

—No quiero acostarme —protesta—. Me he pasado un día entero durmiendo. No estoy cansada.

—Me da exactamente igual —replico con mi voz más inexpugnable.

Va a descansar, va a ponerse bien y vamos a volver a Nueva York, los dos.

—Necesitas descansar —sentencio.

—No lo necesito, Montolivo —replica tozuda.

Es la cría de veintiséis años más testaruda del mundo.

—Si no descansas, el imbécil de tu médico...

—¿Por qué lo llamas *imbécil*? —me interrumpe girando sobre sus pies y apoyando la espalda y las dos manos en el ribete de la ventana—. Yo creo que es muy mono —añade fingiéndose interesadísima.

Aprieto mi labio inferior con los dientes sin apartar mis ojos de los suyos, intimidándola y al mismo tiempo luchando por contener una sonrisa.

—Es un gilipollas —sentencio.

Llego hasta ella, pero me detengo justo antes de que nuestros cuerpos se toquen. Soy muy consciente de que se muere de ganas, pero, si quiere que eso pase, después de ese «Yo creo que es muy mono», va a tener que suplicármelo.

—¿Estás celoso? —pregunta.

—Por favor —bufo presuntuoso—, no me llega ni a la suela de los zapatos.

Ella pone los ojos en blanco con su gesto más displicente, pero toda su expresión cambia cuando la sujeto de la cadera y la acerco a mí. Parece que yo también me moría de ganas de tocarla.

Atrapo su mirada y una burbuja perfecta se forma a nuestro alrededor, pero, aunque es lo último que quiero, también recuerdo cómo me sentí viéndola tumbada en aquella calle.

—Me has dado un susto de muerte —me sincero. Sueno enfadado. No me importa. Quiero que lo tenga claro. No puede volver a hacer algo así.

—Tú me lo diste a mí hace dos días
—replica sin achantarse.

Mi chica no se amilana. ¿Qué puedo decir? Los próximos cincuenta años van a ser muy divertidos.

—Eso forma parte mi atractivo, ¿recuerdas?

Ella sonríe, pero rápidamente cambia el gesto a uno más desdeñoso. No lo consigue. Puede que el hecho de que sea la cosa más sexy y adorable del mundo sea mi perdición, pero yo le hago gracia, incluso cuando está enfadada conmigo, y eso, y lo loca que la vuelvo en la cama, será la suya. Lo tengo clarísimo.

—Eres imposible y odioso. Estoy en un hospital —protesta—. Deja de reírte de mí.

—Quiero que vuelvas a Nueva York conmigo —la interrumpo.

Sophie deja de quejarse de golpe y me mira con esos ojos verdes muy abiertos. Sonrío. Es la mejor reacción de todas. Me inclino para besarla, pero en el último segundo se aparta. Yo busco su mirada a la vez que frunzo el ceño imperceptiblemente. ¿A qué ha venido eso?

—¿Sabes? —comenta impertinente—. Creo que no lo he oído bien.

Le dedico una media sonrisa. Supongo que le debo una.

—Quiero que vuelvas a Nueva York conmigo —repito.

Ella se encoge de hombros.

—Debe de ser la medicación o algo parecido —me explica ceremoniosa—. Creo que tendrás que repetirlo —añade socarrona.

Oh, muñeca. Se acabaron los juegos. Tomándola por sorpresa, la siento en el poyete de la ventana y me abro paso entre sus piernas. Hundo mis manos en su pelo y la acerco a mí hasta que nuestros labios quedan muy cerca. Ella suspira y yo vuelvo a sonreír. Mi sonrisa más canalla. He vuelto a ganar.

—Eres insufrible —protesto.

—He tenido un buen maestro —
replica.

—El mejor.

No te quepa duda.

—Engreído —se queja.

—Cría.

—Feo.

Somos sólo nosotros y ahora sé que
no necesito nada más.

—Te quiero, muñeca —susurro
contra sus labios.

—Te quiero.

La beso con fuerza y todo... las
peleas, los errores, cada cosa que nos
dijimos, las veces que nos equivocamos,
sencillamente se evapora. La deseo

como un loco y la quiero todavía más y, cada vez que la beso, cada hueso de mi cuerpo me lo grita a pleno pulmón.

Nunca había estado tan feliz y al mismo tiempo tan asustado. Nunca había tenido tantas ganas de saltar al vacío, de olvidarme del mundo, de limitarme a estar aquí, con ella, donde sea pero con ella. Sophie Silver es mi hogar y pienso hacerla sonreír cada día durante el resto de mi vida.

Epílogo

Recuerdo lo nervioso que estaba el día que cogí un avión a los Balcanes por primera vez. Estaba aterrado y al mismo tiempo tenía clarísimo que era lo que quería. Recuerdo cómo me sentí saliendo a escondidas de mi casa en plena madrugada, cuando pisé el aeropuerto de Dubrovnik. Recuerdo los nervios, la impaciencia, la ilusión de hacer exactamente lo que deseaba hacer.

Acelero el ritmo. Giro por la 39 y cruzo el paso de peatones de la Octava Avenida. Corro más fuerte. Los Who suenan a todo volumen en mis cascos.

Recuerdo cuando todo terminó en Srebrenica y conseguí salir de allí. Recuerdo mis pies pesados. La tierra y la sangre pegadas a mi piel. El olor a lluvia, aunque ni siquiera había llovido. Recuerdo la rabia colapsándolo todo. Recuerdo que no era capaz de pensar.

Esquivo a un par de japoneses haciendo fotos de la biblioteca y al fin llego hasta mi edificio. Tim, el portero, me abre y me saluda profesional con el mismo gesto de gorra de siempre. En el ascensor, estoy acelerado. He corrido hasta que me han ardidido las piernas y, aun así, la tengo más dura que en toda mi maldita vida. Bueno, los días en Kosovo antes de que me presentara en la

habitación de Sophie se parecieron bastante, concretamente el día que lo hice. Creí que iba a volverme loco. Sólo podía pensar en tocarla... como ahora.

Salgo del ascensor, recorro el pasillo color crema y marco el código en la discreta consola sobre el pomo de la puerta.

Muñeca, ya estoy en casa y pienso echarte el polvo de tu vida.

Al cerrar la puerta, mis ojos vuelan hacia la valla blanca pintada sobre el pasillo del recibidor y de forma involuntaria sonrío. Vivimos en el centro de Manhattan. Es complicado encontrar casas con vallas blancas por aquí, pero le prometí que le daría todo lo que

quisiese y, si eso incluye pintar toda una pared de nuestro ático de lujo con vistas a Bryant Park, la decisión está clara.

Cooper se acerca corriendo y choca contra mis piernas. Me agacho, cojo a nuestro cachorro de labrador y lo hago rabiarse mientras avanzo por el pasillo. Oficialmente es el perro de Sophie y yo lo odio por comerse mis zapatillas de la suerte, pero extraoficialmente me gusta esta bola de pelo.

Oigo ruidos en el estudio y mi atención vuela de nuevo a ella. Siempre a ella. A veces ni siquiera sé cómo consigo concentrarme lo suficiente como para dirigir toda la sección de Internacional de *The New York Times*.

Tengo que convencerla para que sea mi secretaria o, por lo menos, para que acepte trabajar en mi despacho. Poder follármela sobre mi mesa cada mañana. Eso sí que sería ir motivado a la oficina. Además, ella podría vestirse como una de esas secretarias con pinta de *pin-up*, los labios rojos, medias con costura... Joder, estoy perdiendo los putos papeles.

Dejo al perro en el suelo y voy hasta el despacho. La veo de pie, junto a la mesa, muy concentrada revisando unos papeles.

Recuerdo cuando la vi por primera vez. Recuerdo cómo todo lo que me hace sentir me golpeó de improvisó, sin

avisar. No valió ninguna coraza ni tampoco los trece años que llevaba perdido. La vi y algo cambió. Yo cambié. Mi mundo quedó patas arriba desde la primera vez que oí su voz.

La recorro de arriba abajo con la mirada y mis ojos se posan de inmediato en su pijama. Llevo fantaseando con la idea de quitarle esos pantaloncitos morados veinte putas manzanas.

Camino hasta ella, atrapo su preciosa cara entre mis manos y la beso con fuerza. Joder, besarla es lo mejor de este maldito universo.

—Reese —gime contra mis labios sorprendida, pero no deja de besarme. Quiere esto tanto como yo.

Por eso se nos da tan increíblemente bien, porque ninguno de los dos puede sacárselo de la cabeza en todo el condenado día.

La cojo de las caderas y la siento con brusquedad sobre el escritorio. El sonido de los papeles arrugándose y los bolígrafos cayendo por todas partes lucha por tomar el ambiente. Ganan nuestras respiraciones aceleradas.

Joder, va a volverme completamente loco.

Mis manos se esconden bajo su camiseta y avanzan por su piel desnuda. Es la cosa más suave que he tenido entre los dedos.

Me pierdo en su cuello.

—Reese —murmura de nuevo—, no podemos estar todo el día enredados.

Caliento su piel con mi aliento y la muerdo, fuerte. Su queja se transforma en un largo gemido y de forma inconsciente se estrecha contra mi cuerpo. Sé que se han acabado las protestas.

Vuelvo a besarla acelerado, me deshago de sus pantalones y de sus bragas y la embisto con fuerza.

Necesito estar dentro de ella más de lo que necesito respirar.

Aún la tengo entre mis brazos. Todavía con la respiración acelerada, se acurruca contra mi pecho y al final se separa despacio.

—Explícame por qué yo estoy desnuda y tú sigues completamente vestido —se queja.

Salgo de ella, lo que le provoca que su cuerpo se estremezca, y me guardo la polla dentro de los pantalones. Todo mientras una media sonrisa se apodera de mis labios.

—Porque así es exactamente como tiene que ser —respondo impertinente.

Sophie me da un golpe en el hombro, lo que hace que mi sonrisa se ensanche, y me empuja para que la deje vestirse. Yo la observo y tengo la tentación de abalanzarme de nuevo sobre ella. ¿Qué coño me pasa?

—De todas formas, es culpa tuya —
comento alejándome unos pasos y
reconduciendo la conversación y a mí
—. No tendrías que haber hecho lo que
has hecho esta mañana.

—Yo no he hecho nada esta mañana
—se defiende con una sonrisa,
mirándome de esa manera que me hace
perder el poco juicio que me queda.

El día que descubra que cada vez
que me mira así consigue que deje de
razonar con claridad y sólo pueda
pensar en follármela, ganará todas las
batallas.

Regreso a su lado y me inclino hasta
que nuestros labios vuelven a estar muy
cerca.

Recuerdo cuando la llevé a Mitrovica, cómo ni siquiera un chaleco antibalas consiguió ocultar toda su inocencia, cómo siguió pareciéndome la cosa más dulce del mundo. Recuerdo nuestra cama de Hvar. La recuerdo a ella en nuestra cama de Hvar. Recuerdo todo lo que me hizo sentir.

—Entonces, agradéceme el polvo —
replico con toda la insolencia del mundo.

Sophie entorna los ojos tratando de controlar su respiración, que vuelve a acelerarse suavemente, y la sonrisa que amenaza con curvar sus labios. La misma sonrisa canalla vuelve a los míos. Podría alimentarme sólo de esto.

Ella termina de vestirse de prisa bajo mi atenta y descarada mirada y, fingiendo que ni siquiera compartimos continente, gira sobre sus pies y comienza a ordenar el escritorio, que está hecho un auténtico caos gracias al fragor de la batalla. El premio Pulitzer reluce en una esquina. He perdido la cuenta de cuántas veces he cogido esa medalla y la he escondido en un cajón. Sophie siempre la encuentra y vuelve a colocarla en su sitio. No para de repetir lo orgullosa que está de mí por aquello. Yo sólo escribí ese artículo por ella, porque necesitaba saber que, a pesar de lo gilipollas que había sido, ella siempre sabría que la quería. Además, si

alguien está orgulloso aquí soy yo. Su libro sobre las mujeres del refugio consiguió que el Alto Comisionado para los Derechos Humanos creara una partida de ayudas especiales para las víctimas de violaciones en el conflicto de la exYugoslavia.

Vuelvo a acercarme a ella y la agarro por las caderas a la vez que cubro su espalda con mi pecho y dejo caer mi frente sobre su nuca. No entiendo cómo puedo echarla de menos incluso teniéndola a mi lado, como si fuera una necesidad, una adicción que nunca se calma.

Recuerdo cuando la vi alejarse en el helicóptero. Recuerdo todo el dolor, una herida que se abría y lo arrasaba todo a su paso, y de pronto Srebrenica, lo perdido que me he sentido siempre, lo solo, dejo de importar. Nada importaba porque estaba renunciando a ella.

A veces me siento exactamente así. Las manos me arden y mi cuerpo se tensa y sólo tocarla, saber que está conmigo, me calma. Sophie es lo mejor que nunca me ha pasado. La única persona que ha conseguido demostrarme que merecía la pena seguir viviendo.

Al notar mis manos, su cuerpo se tensa por un segundo, una tensión diferente, especial, y de inmediato se

relaja y se deja abrazar. Mis manos se deslizan hasta entrelazarse sobre su cintura y ella coloca las suyas en las mías, siguiendo el movimiento con sus preciosos ojos verdes. Cuando repara en su anillo de boda, sonrío. Siempre lo hace. Yo la recuerdo vestida de novia con aquel traje blanco, lleno de encajes y botones, y se me pone dura de golpe. Era todavía más sexy, aún más preciosa, y al mismo tiempo más inocente, más adorable, como si todo el universo me estuviese susurrando al oído «La hemos hecho con las medidas exactas para volverte jodidamente loco».

Pasamos la luna de miel en Hvar. Volvimos al embarcadero, al mismo hotel, pero, desde que nos metimos en la habitación, no volví a dejarla salir de la cama. Teníamos muchos asuntos que resolver. Sólo hacía diez días que había salido del hospital y esa punzada bajo las costillas, la que nunca se apaga, la que me recuerda que jamás podré querer a nadie como la quiero a ella, las agujereaba hasta casi impedirme respirar.

—Ya hace casi un año —murmura con la voz más dulce del mundo.

Diez meses y veintidós días.

—¿Ah, sí? —pregunto haciéndome el interesante.

Ella asiente y se vuelve entre mis brazos. Alza los suyos y rodea mi cuello.

—Un año siendo la señora Montolivo.

Acaricio su nariz con la mía. Me gusta cómo suena eso de «señora Montolivo».

Eres mía, muñeca.

—Francamente, no pensé que duraría tanto —sentencia socarrona.

Comienza a reírse de su propia broma mientras yo la observo con mi mirada más impasible, conteniendo una sonrisa. Al darse cuenta de cómo la miro, deja de reír al instante y se muerde el labio inferior. Sabe que acaba de

ganarse un castigo. Sin dudar, me acuclillo y la cargo sobre mi hombro desoyendo todas sus protestas.

—¡Reese! —se queja entre risas.

—Señora Montolivo —la informo —, no va a poder salir de nuestra cama hasta nuevo aviso.

Estoy en la cocina revisando unos artículos que saldrán en la edición de hoy. Sarah acaba de enviármelos por *email*. Aunque jamás se lo diría, me alegro de haberla contratado. Es una periodista increíble y, absolutamente en contra de mi voluntad, se está convirtiendo en mi mano derecha. Si no

nos odiáramos y nos asesinásemos con la mirada cada quince segundos, sería perfecto.

—Hola —me saluda Sophie pizpireta entrando en la estancia.

Yo alzo la cabeza y sonrío. Ella va derecha hacia el frigorífico y coge una botellita de San Pellegrino sin gas y el bol con los restos de la cena de anoche. No puedo evitar seguirla con la mirada por toda la cocina. Está adorable con la piel sonrosada y brillante por el contacto de la mía y mi camiseta.

No vas a volver a tirártela, Montolivo. Tienes trabajo que hacer.

Me obligo a dejar de mirarla y me concentro en lo que tengo delante.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—Estoy corrigiendo unos artículos para la edición de mañana —respondo tachando con el rotulador rojo el último párrafo. Joder, es un asco.

—Creí que Sarah se encargaría hoy de eso —responde confusa, cogiendo un trozo de tomate con los dedos.

Sonrío mordaz.

—Pues ya ves —replico otra vez sin levantar la mirada—. Otra mujer que no puede vivir sin mí. Es la historia de mi vida.

De pronto un trozo de tomate se estrella contra la hoja que leo. Alzo la cabeza y Sophie me mantiene la mirada

impertinente y alza las cejas. Sin embargo, no puede con la presión y acaba echándose a reír. Yo sonrío sin poder apartar mis ojos de ella.

Soy plenamente consciente de que no puedo encerrarme con ella en la habitación otra vez, pero ahora mismo soy incapaz de pensar en otra maldita cosa.

—Voy a contarle a Owen las cosas que dices de su prometida —me amenaza.

—No me importa. Ahora mismo está en Afganistán. Estoy a salvo.

—Pero pronto le darán el traslado definitivo a Nueva York.

—Empezaré a preocuparme entonces.

Tendría que haberme dado cuenta de que Owen acabaría casándose con Sarah desde que la invitó a sentarse a nuestra mesa por primera vez. Por aquel entonces, yo no sabía que era la mejor amiga de Sophie, pero la odiaba porque, de una manera que ni siquiera entendía, me recordaba a ella. Me alegro de que sean felices y vayan a casarse, aunque, como con el perro, alegrarme por Sarah Beckett también es algo que hago de manera extraoficial.

—¿Sabes? —llama mi atención—. Está bien que puedas tomarte un día libre de vez en cuando —comenta

fingiéndose distraída a la vez que coge otro trozo de tomate.

Alzo la cabeza de nuevo y frunzo el ceño de modo imperceptible mientras la estudio con la mirada. ¿Qué me estás ocultando, muñeca?

—Así, si alguna vez tienes que acompañarme, no sé... —finge pensar en algo al alzar—... al médico, por ejemplo, podrías hacerlo.

¿Qué coño está pasando?

—¿Por qué tendrías que ir al médico?

Quiero seguir jugando, pero no puedo. Todo mi cuerpo se tensa. ¿Acaso está enferma?

Ella se muerde el labio inferior, pero no contesta. Está nerviosa.

—Por... porque es lo que supone que... que hacen las mujeres embarazadas.

¿Qué?

El rotulador rojo se me cae de entre los dedos y rebota contra la encimera de la cocina. Está embarazada. Un bebé. Un bebé nuestro.

Sophie se muerde de nuevo el labio esperando mi reacción. Yo me levanto de un salto y camino hasta ella, pero, cuando estoy a punto de abrazarla, me detengo en seco. Estoy aterrado y estoy

feliz al mismo tiempo. Joder, un crío, un pedacito perfecto de ella y mío. Joder. Joder. Joder.

—Muñeca —susurro justo antes de acunar su cara entre mis manos.

Desde que la vi por primera vez me ha hecho más feliz que en todos los días de mi vida y ahora va a hacerme el mayor regalo del mundo.

La beso y mis manos vuelan por su cuerpo hasta estrecharla contra el mío. No quiero dejar de tocarla. No puedo. Es la mujer a la que quiero, la madre de mi hijo y, más que nunca, es la maldita suerte de mi vida.

—Muñeca, voy a cuidar de ti —le anuncio separándome pero dejando que mi frente descansa en la suya—. No voy a permitir que nada salga mal.

—Lo sé —responde llena de tanta seguridad que no puedo evitar alzar la cabeza y buscar su mirada—. Vas a ser un padre increíble. No tengo ninguna duda.

Quiero decirle tantas cosas. Quiero decirle que si seré un buen padre será sólo gracias a ella, que será la mejor madre del mundo, que la quiero, que me ha salvado en todos los malditos sentidos, pero no soy capaz y vuelvo a besarla con fuerza y, agarrándola por las caderas, la siento en la encimera a la

vez que me abro paso entre sus piernas. Puede que no siempre pueda decírselo, pero puedo demostrárselo, pienso demostrárselo cada día. Ella es lo único que necesito para ser feliz.

Recuerdo que estaba triste, solo, perdido, y entonces la encontré.

Cristina Prada tiene treinta y dos años y vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. En la trilogía «Todas las canciones de amor» decidió unir tres de sus grandes pasiones: la escritura, la literatura romántica y la música.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:

www.facebook.com/todaslascanciones,
www.facebook.com/manhattancrazy

www.facebook.com/profile.php?id=100005196107587&fref=ts.

*Las noches en las que el cielo era de color
naranja*

Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© de la ilustración de la cubierta: Andrei Aleshyn - Shutterstock

© Cristina Prada, 2016

© Editorial Planeta, S. A., 2016

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2016

ISBN: 978-84-08-16227-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L.

L.

www.newcomlab.com

Notas

* *Fans*, RCA Records Label, interpretada por Kings of Leon. (*N. de la E.*)

* *Single Ladies*, Music World Music/Columbia,
interpretada por Beyoncé. (N. de la E.)

* *I'm Alive*, Parlophone UK, interpretada Johnny Thunder. (N. de la E.)

* Recién nacido (*N. de la A.*).

* *Whole Lotta Love*, Atlantic Records,
interpretada por Led Zeppelin. (N. de la E.)

* *Forever Young*, Wea International (Warner),
interpretada por Alphaville. (N. de la E.)

* *Time After Time*, Sony Music Cmg, interpretada por Cyndi Lauper. (N. de la E.)

* *Beast of Burden*, (C) 2008 Promotone B.V. under exclusive licence to Universal International Music B.V., interpretada por los Rolling Stones. (*N. de la E.*)

* *Where the Streets Have No Name*, (C) 1998
Universal-Island Records Ltd., interpretada por U2.
(*N. de la E.*)

* *Total Eclipse From The Heart*, CBS,
interpretada por Bonnie Tyler. (N. de la E.)

* *Baby, I Love Your Way*, (C) 1996 A&M Records Inc., interpretada por Peter Frampton. (*N. de la E.*)

* *Hurt*, (C) 2003 American Recordings, LLC,
interpretada por Johnny Cash. (*N. de la E.*)

* *The Passenger*, (C) 1977 Virgin Records America, Inc., interpretada por Iggy Pop. (N. de la E.)

* *Fortunate Son*, (C) 1995 Fantasy, Inc.,
interpretada por Credence Clearwater Revival. (*N. de
la E.*)

* *Girls, Just Wanna Have Fun*, Sony Music Entertainment, interpretada por Cyndi Lauper. (N. de la E.)

* *Heroes*, Parlophone UK, interpretada por David Bowie. (N. de la E.)

* *Manhattan*, RCA Records Label, interpretada por Kings of Leon. (*N. de la E.*)

* *Imagine*, Capitol, interpretada por John Lennon.
(N. de la E.)

¡Encuentra aquí

NOVELA
ROMÁNTICA



¡Síguenos e

